


PHILIP KERR



Una investigación de
BERNIE GUNTHER

Laberinto griego



RBA

D.J.57

Título original inglés: *Greeks Bearing Gifts*.
Autor: Philip Kerr.

© Thynker Ltd, 2018.
© de la traducción: Eduardo Iriarte Goñi, 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.
Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
www.rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2019.

REF.: OBFi256
ISBN: 978-84-9187-278-8

PLECA DIGITAL · PREIMPRESIÓN

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

Dedicatoria

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55

Nota del autor

Philip Kerr. Bernie Gunther
Philip Kerr. Scott Manson

ESTE LIBRO ES PARA CHRIS ANDERSON Y LISA PICKERING,
A LOS QUE ESTOY MUY AGRADECIDO.

Son los saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su devastación sistemática. [...] Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, ambiciosos. [...] A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz a sembrar la desolación.

TÁCITO, *Diálogo sobre los oradores*

PRÓLOGO

ENERO DE 1957

Esta parecería la peor historia jamás contada si no hubiera sucedido, toda ella, hasta el último detalle, exactamente como la he descrito.

Es lo que tiene la vida real: todo parece inverosímil hasta el momento en el que empieza a ocurrir. Mi experiencia como inspector de policía y los acontecimientos de mi propia historia personal confirman esta observación. Mi vida no ha tenido nada de probable. Pero tengo la firme sensación de que a todo el mundo le pasa lo mismo. La suma de las historias que nos convierten a todos en quienes somos solo parece exagerada o ficticia hasta que nos encontramos viviendo entre sus páginas manoseadas y manchadas.

Por supuesto, los griegos tienen una palabra para definir eso: «mitología». La mitología lo explica todo, desde los fenómenos naturales hasta lo que ocurre cuando mueres y vas allá abajo, o cuando cometes la imprudencia de robarle una caja de cerillas a Zeus. Da la casualidad de que los griegos tienen mucho que ver con esta historia en concreto. Quizá lo tienen con todas las historias, si te paras a pensarlo. Al fin y al cabo, fue un griego llamado Homero quien inventó la narrativa moderna, entre que perdió la vista y que lo más probable es que en realidad no existiera.

Como muchas historias, lo más seguro es que esta mejore de manera considerable con un par de copas de por medio. Así pues, adelante. Ponte cómodo. Tómame una a mi salud. Desde luego, a mí me gusta echar un trago, pero la verdad es que no soy un caso perdido. Ni mucho menos. Yo espero sinceramente que alguna noche salga a tomar algo y despierte amnésico en un buque rumbo a algún sitio del que no haya oído hablar.

Es el romántico que llevo dentro, supongo. Siempre me ha gustado viajar, incluso cuando era bastante feliz en casa. Podría decirse que sencillamente quería escapar. De las autoridades, sobre todo. Y todavía quiero, a decir verdad, cosa que rara vez se hace. No en Alemania. No en mi caso y en los de muchos otros como yo. Para nosotros el pasado es como el muro exterior del patio de una cárcel: lo más probable es que nunca logremos trasponerlo. Y no deberían dejarnos trasponerlo, claro, si se tiene en cuenta quiénes fuimos y todo lo que hicimos.

Pero ¿cómo explicar lo que ocurrió? Solía ver esa pregunta en las miradas de algunos huéspedes americanos del Grand Hôtel Cap Ferrat, del que hasta hace poco era conserje, cuando caían en la cuenta de que era alemán: «¿Cómo es posible que sus compatriotas asesinaran a tantos otros?». Bueno, así es la cosa: cuando paseas por una gran lonja de pescado, aprecias hasta qué punto resulta extraña y diversa la

vida; cuesta imaginar que existan siquiera las siniestras criaturas fantásticas de aspecto escurridizo que ves sobre los expositores de mármol, y a veces, cuando contemplo a mis congéneres, tengo justo esa sensación.

Yo soy un poco como una ostra. Hace años —en enero de 1933, para ser exactos— se me metió en la concha un poco de arena y empezó a buscarme las cosquillas. Pero si hay una perla en mi interior, lo más seguro es que sea negra. A fuer de ser sincero, durante la guerra hice unas cuantas cosas de las que no me siento muy orgulloso que digamos. No hice nada fuera de lo normal. De eso va la guerra. Consigue que todos los que participamos en ella nos sintamos como criminales, como que hemos hecho algo malo. Aparte de los auténticos criminales, claro; aún no se ha inventado la manera de lograr que se sientan mal por nada. Con una excepción, quizá: el verdugo de Landsberg. Cuando se le da la oportunidad, es capaz de provocarle una crisis de conciencia prácticamente a cualquiera.

Oficialmente, dejamos todo eso atrás. Nuestra revolución nacionalsocialista y la devastadora guerra que provocó han terminado y la paz que hemos disfrutado desde entonces ha sido, gracias a los americanos por lo menos, cualquier cosa menos cartaginesa. Dejamos de ahorcar a gente hace mucho tiempo, y todos salvo cuatro de los cientos de criminales de guerra que fueron atrapados y encerrados de por vida en Landsberg han sido puestos en libertad. Estoy convencido de que esta nueva República Federal Alemana puede ser un país tremendo cuando hayamos terminado de apañarlo. Toda Alemania Occidental huele a recién pintado, y todos y cada uno de los edificios públicos se encuentran en un proceso de remodelación fundamental. Las águilas y las esvásticas desaparecieron hace tiempo, pero se están borrando hasta sus vestigios, como a León Trotski de una vieja fotografía del Partido Comunista. En la tristemente famosa Hofbräuhaus de Múnich —allí más que en cualquier otra parte, quizá— se había hecho todo lo posible por tapar con pintura las esvásticas en el techo abovedado de color crema, aunque aún se entreveía dónde habían estado. De no ser por eso —las huellas del fascismo—, sería fácil creer que los nazis no existieron nunca y que los trece años de vida bajo Adolf Hitler fueron una especie de horrenda pesadilla gótica.

Ojalá las marcas y señales del nazismo en el alma bivalva y emponzoñada de Bernie Gunther se hubieran podido borrar con la misma facilidad. Por estas y otras complicadas razones en las que no entraré ahora, hoy en día solo soy yo mismo de verdad cuando, por necesidad, estoy solo. El resto del tiempo, me veo obligado a ser otro.

Así pues. «Hola. Dios te dé la bienvenida», como decimos aquí en Baviera. Me llamo Christof Ganz.

Bramaba un viento feroz por las calles de Múnich cuando fui a trabajar esa noche. Era uno de esos vientos bávaros fríos y secos que soplan de los Alpes, cortantes como una navaja nueva, que hacen que desees vivir en algún sitio más cálido, o tener un abrigo mejor, o por lo menos un trabajo en el que no hubiera que fichar a las seis de la tarde. Había hecho turnos de noche más que suficientes cuando era poli en la Comisión de Homicidios de Berlín, por lo que tendría que haber estado acostumbrado a los dedos azulados y los pies fríos, por no hablar de la falta de sueño y el sueldo irrisorio. En noches así, un concurrido hospital de ciudad no es el mejor sitio para que uno se vea condenado a trabajar como portero de un tirón hasta el amanecer. Tendría que estar sentado junto al fuego en una cervecería acogedora con una jarra de cerveza blanca coronada de espuma delante, mientras su mujer espera en casa, la viva imagen de la fidelidad conyugal, tejiendo una mortaja y tramando endulzarle el café con algo un poco más letal que otra cucharadita de azúcar.

Por supuesto, cuando digo que era portero de noche, habría sido más preciso decir que era celador en el depósito de cadáveres, pero ser portero de noche suena mejor en una conversación educada. «Celador en el depósito de cadáveres» incomoda a muchos. A los vivos, sobre todo. Pero cuando has visto tantos cadáveres como yo, al final ni siquiera pestañeas ante la cercanía de la muerte. Puedes sobrellevar toda la que te echen después de cuatro años en el matadero de Flandes. Además, era un empleo y con lo escasos que van estos hoy en día no se le mira el dentado al caballo regalado, ni siquiera al jamelgo renqueante que los antiguos camaradas de Paderborn me habían comprado, sin verlo siquiera, ante las puertas de la fábrica de pegamento local; me aviaron el trabajo en el hospital después de haberme dado una identidad nueva y cincuenta marcos. Así pues, hasta que encontrara algo mejor, tenía que conformarme y mis clientes tenían que conformarse conmigo. Desde luego, ninguno se quejaba de que me anduviera con poco tacto.

Cualquiera diría que los muertos son capaces de cuidarse solos, pero, como es lógico, siempre hay alguien que muere en un hospital y, cuando ocurre, suelen necesitar un poco de ayuda para apañárselas. Por lo visto, los tiempos en los que se defenestraba a los pacientes han terminado. Mi trabajo consistía en ir a buscar los cadáveres a los pabellones y bajarlos al templo de la muerte y, una vez allí, lavarlos antes de sacarlos para que los recogieran los de la funeraria. En invierno no nos molestábamos en mantener los cadáveres en lugar frío ni echar espray contra las pulgas. No era necesario; el depósito de cadáveres estaba a pocos grados sobre cero. Buena parte del tiempo trabajaba solo y, después de un mes en el hospital de

Schwabing, supongo que casi estaba acostumbrado: al frío, al olor y a la sensación de estar solo y no estar solo del todo, si sabes a qué me refiero. De vez en cuando, algún cadáver se movía por su cuenta —lo hacen en ocasiones; suele ser por los gases—, cosa que, lo reconozco, era un tanto desconcertante. Aunque quizá no sorprendente. Llevaba tanto tiempo solo que había empezado a hablar con la radio. Por lo menos, daba por sentado que las voces procedían de allí. En el país que dio a luz a Lutero, Nietzsche y Adolf Hitler, nunca se puede estar seguro del todo de esas cosas.

Esa noche en particular tuve que subir a la sala de urgencias y recoger un cadáver que le habría dado que pensar a Dante. Una bomba sin detonar —se calcula que hay decenas de miles enterradas por todo Múnich, lo que a menudo hace que el trabajo de reconstrucción sea peligroso— había estallado en la cercana zona de Moosach; había matado al menos a una persona y herido a varias más en una cervecería local que se había llevado la peor parte de la explosión. La oí detonar justo antes de empezar mi turno. Sonó como una ovación cerrada en el reino de Asgard. Si el vidrio de la ventana de mi cuarto no hubiera estado asegurado con cinta adhesiva para que no entrara corriente, sin duda se habría hecho añicos. Así que no hubo mayores consecuencias. ¿Qué importancia tiene un alemán más muerto por efecto de la bomba de una fortaleza volante norteamericana después de tantos años?

Parecía como si le hubieran dado al tipo un asiento de primera fila en algún círculo reservado del infierno donde lo hubiera machacado un minotauro muy pero que muy furioso antes de que lo hicieran pedazos. Sus tiempos de bailoteo habían terminado, teniendo en cuenta que las piernas se le acababan en las rodillas y que además sufría graves quemaduras; emanaba del cadáver un olorcillo como a barbacoa que era más aterrador incluso porque de algún modo leve e inexplicable resultaba apetecible. Solo los zapatos estaban intactos; todo lo demás —la ropa, la piel, el pelo— daba pena verlo. Lo lavé con cuidado —el torso era una piñata de astillas de vidrio y metal— e hice todo lo posible por adecentarlo un poquito. Metí los lustrosos Salamander en una caja de zapatos, por si algún familiar del fallecido acudía a identificar al pobre diablo. Se puede deducir mucho de un par de zapatos; pero no habría sido una tarea más desesperada aunque hubiera pasado los últimos doce días siendo arrastrado por el polvo atado al carro preferido de alguien. La mayor parte de su cara se asemejaba a medio kilo de carne de perro recién troceada, y la muerte súbita parecía haberle hecho un favor al tipo, aunque yo no hubiera reconocido nunca tal cosa. La eutanasia sigue siendo un tema delicado en la larga lista de temas delicados de la Alemania actual.

No es de extrañar que haya tantos espectros en esta ciudad. Hay quienes se pasan la vida entera sin ver un solo fantasma; yo los veo constantemente. Fantasmas que, además, reconozco en cierto modo. Doce años después de la guerra era como vivir en el castillo de Frankenstein, y cada vez que miraba alrededor me parecía ver una cara meditabunda y quejumbrosa que recordaba a medias de antes. A menudo se parecían a antiguos camaradas, pero de vez en cuando se asemejaban a mi pobre madre. La echo mucho de menos. A veces, los otros espectros me tomaban a mí por un fantasma, cosa que tampoco era muy sorprendente; solo ha cambiado mi nombre, no mi cara, lo que es una pena. Además, el corazón me daba un poco la lata, igual que un niño difícil, solo que no era tan joven. De cuando en cuando me daba un vuelco sencillamente porque sí, como para demostrarme que podía hacerlo y lo que podía ocurrirme si

decidía dejar de cuidar de un Fritz latoso como yo.

Después de volver a casa al terminar mi turno tuve sumo cuidado de cerrar la llave del gas en la cocina de dos quemadores tras hervir agua para preparar el café que solía tomarme con el schnapps a primera hora de la mañana. El gas es tan explosivo como la dinamita, incluso la sustancia desleída que llega rechinando por las tuberías alemanas. Delante de mi sombría ventana amarillenta había un montículo de dos metros y medio de alto de escombros cubiertos de malas hierbas, otro legado de los bombardeos de la guerra: el setenta por ciento de los edificios de Schwabing habían sido destruidos, lo que ya me iba bien, porque abarataba el alquiler de habitaciones en la zona. El mío era un edificio que iba a ser demolido y tenía en la fachada una larga grieta tan ancha que se podría haber ocultado en ella una antigua ciudad del desierto. Pero a mí me gustaba el montón de escombros. Me servía de recordatorio de lo que era mi vida hasta hacía poco. Incluso me gustaba que hubiera un guía local que llevaba a los visitantes hasta la cima del montículo, como parte del *tour* de Múnich que anunciaba. Había una cruz conmemorativa en la cumbre y una bonita vista de la ciudad. El ingenio del tipo era admirable. Cuando yo era pequeño subía a lo más alto de la catedral de Berlín —264 peldaños, nada menos— y me paseaba por el perímetro de la cúpula con las palomas por toda compañía; pero nunca se me había ocurrido hacer carrera con ello.

Múnich nunca me había gustado mucho, con su aprecio por los trajes típicos tradicionales y las alegres bandas de viento, el devoto catolicismo romano y los nazis. Berlín me iba mucho más y no solo porque fuera mi ciudad natal. Múnich siempre fue una ciudad más sumisa, gobernable y conservadora que la vieja capital prusiana. Tuve ocasión de conocerla a fondo en los primeros años de la posguerra, cuando mi segunda esposa, Kirsten, y yo intentábamos regentar un hotel pésimamente ubicado en un barrio de Múnich llamado Dachau, ahora de triste fama por el campo de concentración que tenían allí los nazis. No me gustaba mucho más por aquel entonces. Kirsten murió, cosa que no fue de ayuda, y poco después me marché, pensando que no volvería nunca, y bueno, aquí estaba otra vez, sin auténticos planes de futuro, al menos ninguno que pudiera manifestar de viva voz, por si acaso Dios está a la escucha. No me parece que sea ni remotamente tan misericordioso como tienden a creer muchos bávaros. Sobre todo, un domingo por la noche. Y desde luego, no después de Dachau. Pero allí estaba, y procuraba ser optimista pese a que no había absolutamente ningún margen para ello —no en un alojamiento tan estrecho como el mío— y hacer todo lo posible por ver el lado bueno de la vida aunque tuviera la sensación de que quedaba al otro lado de una verja muy alta de alambre de espino.

Por todo ello, me satisfacía en cierta medida hacer lo que hacía para ganarme la vida; limpiar mierda y lavar cadáveres parecía una condena adecuada por lo que había hecho con anterioridad. Era poli, no un poli como es debido, sino un sicario en el Servicio de Seguridad de gente como Heydrich, Nebe y Goebbels. Ni siquiera era una auténtica condena como la que se le había impuesto al antiguo rey alemán Enrique IV, quien, como bien señalan las crónicas, fue de rodillas hasta el castillo de Canossa para pedir el perdón del papa, aunque quizá ya me fuera bien. Además, al igual que mi corazón, mis rodillas ya no son lo que eran. Modestamente, como la propia Alemania, intentaba recuperar poco a poco la respetabilidad moral. Después de todo, es

innegable que yendo poco a poco puedes llegar muy lejos, incluso si vas de rodillas.

A decir verdad, ese proceso le estaba yendo algo mejor a Alemania que a mí, y todo gracias al Anciano. Así llamábamos a Konrad Adenauer, porque tenía setenta y tres años cuando se convirtió en el primer canciller de Alemania Occidental después de la guerra. Seguía ocupando el cargo a los ochenta y un años, a la cabeza de los cristianodemócratas y, a menos que formaras parte de un grupo judío radical como Irgun, que había intentado asesinarlo en más de una ocasión, era justo reconocer que había hecho un trabajo bastante bueno. La gente ya hablaba del «Milagro del Rin», y no se referían a san Albano de Maguncia. Gracias a la combinación del Plan Marshall, la baja inflación, el rápido desarrollo industrial y el trabajo duro sin más, ahora a Alemania le iba mejor económicamente que a Inglaterra. Eso tampoco me sorprendía mucho; los Tommies siempre eran demasiado rebeldes para su propio bien. Después de ganar dos guerras mundiales habían cometido el error de pensar que el mundo les debía su sustento. Quizá el auténtico milagro era cómo el resto del mundo parecía haber perdonado a Alemania por empezar una guerra que les había costado las vidas a cuarenta millones de personas; y eso a pesar de que el Anciano había abrogado todo el proceso de desnazificación y declarado una amnistía para todos nuestros criminales de guerra, lo que sin duda explicaba que hubiera sospechas generalizadas y persistentes de que muchos antiguos nazis volvían a formar parte del gobierno. El Anciano también tenía una explicación útil para eso: decía que había que cerciorarse de tener un buen suministro de agua limpia antes de deshacerse del agua sucia.

Dado que me ganaba la vida lavando los cuerpos de alemanes muertos, no podía mostrarme en desacuerdo.

Como es natural, yo tenía más agua sucia en mi cubo que la mayoría, y por encima de todo apreciaba mi anonimato recién hallado. Como Garbo en *Gran Hotel*, solo quería estar a solas y la idea de ser un desconocido me gustaba más que la barbita que, a tal efecto, me había dejado crecer. La barba era de un gris tirando a rubio ligeramente metálico; me hacía parecer más inteligente de lo que soy. Nuestras vidas están conformadas por las decisiones que tomamos, claro, y eso se nota más en el caso de las equivocaciones. Pero la idea de que tanto la poli como los organismos de seguridad e inteligencia más importantes del mundo se habían olvidado de mí era agradable, como mínimo. La vida me iba bien sobre el papel; de hecho, era el único sitio donde daba la impresión de que la había aprovechado, cosa que, y esto lo digo como el policía que fui durante muchos años, era sospechosa en sí misma. Así pues, para que la vida como Christof Ganz resultase más fácil, consagraba parte del tiempo libre a repasar los escuetos datos de su vida y me inventaba algunos de sus hechos y logros. Lugares donde había estado, trabajos que había desempeñado y, sobre todo, los servicios prestados durante la guerra en nombre del Tercer Reich. Más o menos tal como todos los demás habían hecho en la nueva Alemania. Sí, todos nos habíamos vuelto muy creativos con nuestro currículum. Incluidos, por lo visto, muchos miembros del Partido Cristianodemócrata.

Eché otro trago con el desayuno, solo para conciliar el sueño, claro, y me fui a la cama, donde soñé con tiempos más felices, aunque quizá no habría sido más que una plegaria al dios de los nubarrones que moraba en las alturas. Como las plegarias rara vez son atendidas, es difícil apreciar la diferencia.

Cuando fui a trabajar la noche siguiente, la víctima de la bomba de Moosach seguía allí, tendida sobre el mármol como el festín que un buitre hubiera dejado a medio comer. Alguien le había anudado una etiqueta al dedo gordo del pie, cosa que, teniendo en cuenta que la pierna ya no seguía unida al cuerpo, parecía imprudente como mínimo. Se llamaba Johann Bernbach, y solo tenía veinticinco años. Ahora sabía un poco más sobre la bomba por lo que se decía en el *Süddeutsche Zeitung*. Un proyectil de doscientos cincuenta kilos había explotado en un solar al lado de una cervecería en Dachauerstrasse, a menos de cincuenta metros de la fábrica de gas municipal. El gasómetro contenía más de doscientos mil metros cúbicos de gas, por lo que el periódico transmitía la idea de que la ciudad había salido muy bien parada con solo dos muertos y seis heridos. Así se lo dije a Bernbach cuando lo vi.

—Espero que llevaras unas cuantas cervezas entre pecho y espalda cuando te tocó el turno, amigo mío. Las suficientes para no notar las aristas de la metralla. Mira, ahora no te importará mucho, pero tu muerte inesperada no se está tratando con todo el respeto que merece. Para decirlo sin ambages, Johann, parece que todo el mundo se alegra de que solo te chamuscaras tú. Había un gasómetro cerca de donde se produjo el pepinazo. Y además estaba lleno de gas. Habría bastado para que mi pequeño sector de hospital se pasara días colapsado. En cierto modo es apropiado que acabaras aquí, teniendo en cuenta que te mató una bomba de los Amis. Hasta el año pasado, este era un hospital americano. Sea como sea, he hecho todo lo posible por ti. Te he sacado la mayor parte del vidrio del cuerpo. Te he adecentado las piernas un poco. Ahora es cosa de los de la funeraria.

—¿Siempre habla así con sus clientes?

Me di la vuelta para ver a Herr Schumacher, uno de los gerentes del hospital, plantado en el umbral. Era austriaco, de Braunau am Inn, una pequeña población en la frontera con Alemania, y, aunque no era médico, llevaba bata blanca de todos modos, acaso para parecer más importante.

—¿Por qué no? Rara vez contestan. Además, tengo que hablar con alguien que no sea yo mismo. De lo contrario, me volvería loco.

—Dios mío. Virgen santa. No tenía ni idea de que se encontrara en un estado tan lamentable.

—No diga eso. Herirá sus sentimientos.

—Es que hay un hombre arriba, en el pabellón Diez, preparado para identificar oficialmente a este pobre desgraciado antes de que se lo lleven esta noche. Es otra de las personas que se vieron implicadas en la explosión de ayer. Ahora es paciente del

hospital. Va en silla de ruedas, pero no le pasa nada en los ojos. Esperaba que lo bajara aquí y ayudara a ocuparse del asunto. Pero ahora que he visto el cadáver; bueno, no estoy seguro de que no vaya a desmayarse. Dios bendito, yo he estado a punto.

—Si va en silla de ruedas, quizá no importe mucho. Ya lo llevaría yo a alguna parte para que se recupere. Como a otro hospital, quizá. —Encendí un cigarrillo y expulsé el humo por mis agradecidas fosas nasales—. O, por lo menos, a algún sitio donde tengan ropa de cama limpia.

—Ya sabe que no debería fumar aquí.

—Lo sé. Y he recibido quejas. Pero el caso es que fumo por razones médicas de peso.

—Dígame una.

—El olor.

—Ah. Eso. Sí, no le falta razón. —Schumacher sacó uno del paquete que le pasé por debajo de la nariz y me dejó que le diera fuego—. ¿No los suelen tapar con algo? ¿Una sábana o así?

—No esperábamos visitas. Pero mientras los de la lavandería sigan en huelga, las sábanas limpias se reservan a los vivos. Eso me han dicho, por lo menos.

—De acuerdo. Pero ¿no puede hacer algo con la cara?

—¿Qué sugiere? ¿Una máscara de hierro? De todos modos, eso no ayudaría con el proceso de identificación. Dudo que ni la mismísima madre de este pobre Fritz lo reconociera. Desde luego, esperemos que no se vea en la tesitura de intentarlo. Pero teniendo en cuenta su más que evidente falta de similitud con nada que se pueda expresar con palabras que no tomen el nombre del Señor en vano, me parece que seguramente nos hallamos en el ámbito más hermético de otras marcas características, ¿no cree?

—¿Tiene alguna?

—Tiene una. Lleva un tatuaje en el antebrazo.

—Bueno, eso debería ser útil.

—Quizá. Quizá no. Es un número.

—¿Quién se tatúa un número?

—Tatuaban a los judíos, en los campos de concentración. Para identificarlos.

—¿Eso hacían?

—No, lo cierto es que lo hacíamos, nosotros los alemanes. Los compatriotas de Beethoven y Goethe. Era como un billete de lotería, pero no muy afortunado. Este tipo debió de estar en Auschwitz cuando era niño.

—¿Dónde queda eso?

Schumacher era de esos austriacos estúpidos que preferían creer que su país era la primera nación libre que había sido víctima de los nazis y por lo tanto no era responsable de lo que había ocurrido, pero resultaba difícil dar crédito a algo así en el caso de Braunau am Inn, famosa por ser la ciudad natal de Adolf Hitler, y el motivo más que probable de que Schumacher la hubiera abandonado ya para empezar. ¿Cómo reprochárselo? Pero tampoco estaba dispuesto a poner en tela de juicio ninguna de sus convicciones. Después de todo, era mi jefe.

—En Polonia, creo. Pero no importa. Ya no.

—Bueno, mire, a ver qué puede hacer con respecto a la cara, Herr Ganz. Y luego vaya a buscar al testigo, ¿de acuerdo?

Una vez se hubo ido Schumacher, rebusqué una toalla limpia y en un armario encontré una que debían de haberse dejado los Amis. Era una toalla del Club de Mickey Mouse, que no era lo que se dice ideal, pero presentaba mucho mejor aspecto que el hombre encima del mármol. Así pues, le cubrí con cuidado la cabeza y subí en busca del paciente.

Estaba vestido y esperándome. Aunque lo esperaba a él no esperaba encontrarme a los dos polis que lo acompañaban. Tendría que habérmelos esperado, pues él había accedido a identificar un cadáver, y a eso se dedican los polis cuando no están dirigiendo el tráfico o robando relojes. El más bajo de los agentes iba de uniforme, y el otro, vestido de civil; peor aún, reconocí vagamente al Fritz más grande con ropa de calle y, supongo, él me reconoció vagamente a mí, lo que fue una pena porque esperaba eludir a los polis de Múnich hasta que la barba me hubiera crecido un poco más, pero ya era muy tarde para eso. Así pues, gruñí el saludo genérico, que consistía en un par de consonantes rayanas en lo huraño, agarré la silla de ruedas y empujé al paciente hacia el ascensor con los dos polis siguiéndome los pasos. No me preocupaba que mis modales no les gustaran, porque a fin de cuentas no era más que un portero de noche, y no tenía por qué caerles bien: bastaba con que me siguieran hasta el depósito de cadáveres. No era una buena silla de ruedas porque escoraba claramente hacia la izquierda, pero no era de extrañar, teniendo en cuenta la corpulencia del herido. Lo más sorprendente era el mero hecho de que la silla se moviese. El paciente era un tipo más bien gordo y casi cuarentón, y la tripa cervecera le caía sobre el regazo como si contuviera todas sus posesiones terrenales. Sabía que era una tripa cervecera porque yo también pensaba trabajar me la mía, en cuanto me subieran el sueldo. Además, su ropa apestaba a cerveza, como si hubiera tenido una jarra de dos litros de Pschorr delante cuando estalló la bomba.

—¿Hasta qué punto conocía al fallecido, Herr Dorpmüller? —preguntó el inspector mientras nos seguía por el pasillo.

—Bastante bien —respondió el hombre de la silla de ruedas—. Durante los últimos tres años fue mi pianista en el Apollo. Es el cabaret que regento en el hotel Múnich, en la misma calle que la cervecería. Johann era capaz de interpretar cualquier cosa. Jazz o música clásica. En cierta medida, mi esposa y yo éramos la única familia que le quedaba, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido. Es una pena que sea Johann quien haya muerto así, precisamente él, después de todo lo que sufrió en los campos de niño; de todas las cosas a las que sobrevivió.

—¿Recuerda algo, lo que sea?

—La verdad es que no. Sucedió cuando estábamos a punto de salir para abrir el cabaret esa noche. ¿Se sabe exactamente lo que pasó? Con la bomba, quiero decir.

—Al parecer, uno de los que trabajaban en el solar contiguo a la cervecería donde estaban bebiendo debió de golpear la bomba con un pico. Lo que pasa es que aún tenemos que encontrar sus restos para preguntárselo. Lo más probable es que no los hallemos nunca. Yo diría que los fumadores locales se pasarán los próximos días inhalando sus átomos. Es usted un hombre afortunado. Un metro más cerca de la puerta y sin duda habría muerto.

Mientras empujaba la silla de ruedas no pude por menos de coincidir con el inspector. Si bajaba la mirada veía dos orejas quemadas que parecían los pétalos de una flor de pascua, y una larga hilera de puntos de sutura en el cuello que me hizo pensar en el ferrocarril Transiberiano. Llevaba el brazo escayolado y tenía pequeños cortes por todas partes. A todas luces, Herr Dorpmüller había escapado por muy, pero que muy poco.

Bajamos en ascensor al sótano donde, delante de la puerta del depósito de cadáveres, encendí otro Eckstein y, al estilo de Orson Welles, pronuncié unas breves y sombrías palabras de advertencia antes de llevarlos adentro para ver la atracción principal. Si me importaban sus estómagos era porque a buen seguro me encargaría de limpiar su contenido del suelo.

—Bien, caballeros. Aquí estamos. Pero antes de entrar, debo advertirles de que el fallecido no ofrece el mejor aspecto posible. Por un lado, vamos escasos de ropa de cama limpia en el hospital, por lo que el cadáver no está cubierto. Por otro, las piernas ya no están unidas al cuerpo, que sufre graves quemaduras. He hecho todo lo posible por adecentarlo un poco, pero el caso es que no van a poder identificar a este hombre mediante el procedimiento habitual, es decir, por la cara. No tiene cara. Ya no. Al parecer, su rostro quedó hecho jirones a causa del vidrio que salió despedido, por lo que no guarda más relación con la foto de su pasaporte de la que guardaría un plato de col lombarda. Por eso le cubre la cabeza una toalla.

—Y me lo dice ahora —comentó el inspector.

Sonreí con paciencia.

—Hay otras maneras de identificar a un hombre, me parece a mí. Marcas distintivas. Viejas cicatrices. Incluso he oído hablar de una cosa que hay ahora llamada huellas dactilares.

—Johann tenía un tatuaje en el antebrazo —repuso el de la silla de ruedas—. Un número de identificación de seis dígitos del campo en el que estuvo. Birkenau, me parece. Solo me lo enseñó un par de veces, pero estoy más o menos seguro de que los primeros tres números eran uno, cuatro y cero. Acababa de comprarse un par de zapatos nuevos Salamander.

Mientras él inspeccionaba el tatuaje, busqué los zapatos y le dejé que les echara un vistazo. Mientras tanto, me quedé junto al poli de uniforme y asentí cuando preguntó si podía fumar.

—Es por el olor —confesó—. Formaldehído, ¿verdad?

Asentí de nuevo.

—Siempre me pone nervioso.

—Bueno, ¿es él? —preguntó el inspector.

—Eso parece —respondió Dorpmüller.

—¿Seguro?

—Bueno, supongo que tanto como puedo estarlo sin verle la cara.

El inspector miró la toalla de Mickey Mouse que le tapaba la cabeza al muerto y luego, con cara acusadora, me miró a mí.

—¿Tan mal la tiene? —preguntó—. La cara.

—Muy mal —dije—. Deja al Hombre Lobo a la altura de cualquier hijo de vecino.

—Seguro que exagera.

—No, ni por asomo. Pero desoiga mi consejo cuanto le venga en gana. Aquí abajo nadie me hace caso, o sea que ¿por qué iba a hacérmelo usted?

—Maldita sea —rezongó—, ¿cómo esperan que identifique con seguridad un cadáver que no tiene cara?

—Es un problema, desde luego —repuse—. No hay nada como un depósito de cadáveres para recordarle a uno la fragilidad de la carne humana.

Por algún motivo dio la impresión de que el inspector me reprochaba el inconveniente, como si yo intentara malograr su investigación.

—Pero ¿qué demonios les pasa aquí? ¿Es que no podían haber buscado alguna otra cosa para taponarle la cara? ¿Por no hablar del resto del cuerpo? He oído hablar de la cultura nudista en este país, pero esto es ridículo.

Me encogí de hombros a modo de respuesta, cosa que no pareció satisfacerle, pero eso no era problema mío. Nunca me había importado mucho decepcionar a los polis. Ni siquiera cuando lo era.

—Esa estúpida toalla es una falta de respeto —insistió el inspector—. Y lo que es peor, usted lo sabe.

—Este era el hospital americano —repliqué a modo de explicación—. Y la toalla era lo único que tenía a mano.

—Mickey Mouse. Debería informar acerca de usted, amigo.

—Tiene razón —reconocí—. Es una falta de respeto. Lo siento.

Le quité la toalla de la cabeza al muerto de un zarpazo y la tiré al cubo de la ropa sucia, con la esperanza de hacer callar al inspector. Y casi funcionó, solo que los tres gruñeron o silbaron al unísono y de pronto aquello sonó como el Polo Sur. El poli de uniforme giró sobre los talones para ponerse de cara a la pared y su colega vestido de calle se llevó una manaza a la boca más grande aún. Solo el Fritz herido en la silla de ruedas se quedó mirando, con una fascinación nacida del horror, como el conejo que mira de hito en hito la serpiente que está a punto de matarlo, reconociendo quizá por primera vez la microscópica posibilidad de emprender la huida.

—Esto es lo que hace una bomba —dije—. Ya pueden levantar todos los monumentos y estatuas que quieran. Pero son estampas como la de este pobre hombre las que mejor conmemoran la futilidad y el desperdicio de la guerra.

—Llamaré a la funeraria —susurró el de la silla de ruedas, casi como si, hasta ese preciso instante, no se hubiera creído del todo que Johann Bernbach estaba muerto de veras—. En cuanto vuelva a casa. —Y luego añadió—: ¿Conoce alguna funeraria?

—Esperaba que me lo preguntara. —Le di una tarjeta de visita—. Si le dice a Herr Urban que va de parte de Christof Ganz, le hará un descuento especial.

El descuento no era gran cosa, pero sí lo suficiente para cubrir la propinilla que me daría Herr Urban si el cliente acudía a él. Suponía que la única manera que tenía de salir de ese depósito de cadáveres era buscándome yo el porvenir.

Eran las diez en punto de la noche cuando Adolf Urban, el director de la funeraria local, apareció para llevarse a Johann Bernbach a su nuevo domicilio, más permanente. Urban rara vez decía gran cosa, pero en esta ocasión —conmovero por el aspecto de la cara del muerto, la perspectiva del nuevo negocio y quizá unos tragos que había disfrutado antes de venir al hospital de Schwabing— estaba locuaz, al menos para un enterrador.

—Gracias por mandármelo —dijo, y me dio un par de marcos.

—No sé si ha sido muy buen encargo. Este va a dar trabajo más que de sobra.

—No. Yo creo que el funeral será con el ataúd cerrado. Sería una pérdida de tiempo intentar dejar a este tipo como Cary Grant. Pero es su cara la que me interesa más, Herr Ganz.

Casi me estremecí, y deseé con todas mis fuerzas que no me hubieran reconocido. Sabía por conversaciones anteriores que Urban había incinerado a algunos de los nazis menos importantes que ahorcaron los Amis en Landsberg en 1949. Ninguno de ellos parecía dispuesto a irse de la lengua, pero según mi experiencia nunca se es demasiado precavido cuando se trata de un pasado que intentas quitarte de encima como un fuerte resfriado.

—El caso es que me falta un portador de féretro. Estaba pensando que, ya que está aquí por las noches y tal, podría venir y sacarse un dinerillo extra trabajando para mí de día. Venga. ¿Qué más va a hacer durante el día? ¿Dormir? Eso no da dinero. Además, me parece que tiene el rostro adecuado, Herr Ganz. El mío es un negocio que requiere cara de póker, y la suya parece salida de bajo el tapete de una mesa de cartas. No deja entrever nada. Igual que su boca. Un hombre que se dedica a mi oficio tiene que saber cuándo morderse la lengua. Que casi siempre es... siempre.

Él tenía el rostro torcido, casi obsceno, como un pedazo de plástico fundido, con una nariz permanentemente enrojecida que parecía una pequeña polla muy roja con los cojones debajo, y los ojos casi tan inertes como los de sus clientes.

—Me lo voy a tomar como un cumplido.

—Lo es en Alemania.

—Pero, aunque quizá mi cara cumpla sus requisitos, no tengo la ropa adecuada. No, ni siquiera una corbata.

—Eso no es problema. Puedo equiparlo: traje, abrigo y corbata, siempre y cuando le guste el negro. Igual le convendría deshacerse de esa barbita rala. Le da un aspecto como de Durero. Aunque, ahora que lo pienso, mejor no se la afeite. Sin ella estaría demasiado pálido. Eso no es bueno cuando se trabaja en una funeraria. No conviene

tener aspecto de que podría volver después de que anochezca y darse un atracón con uno de los cadáveres. Sobra gente así en Alemania. Bueno. ¿Qué me dice?

Dije que sí. Tenía razón, claro; aparte de haberme convertido en un ser casi nocturno, me hacía falta el dinero y no iba a ganarlo estando en la cama todo el día. No con una figura como la mía. Así pues, cosa de una semana después me encontraba ataviado con frac y corbata negros, un sombrero de copa en la cabeza y una expresión en el rostro levemente arreglado que en teoría debía transmitir sobriedad y seriedad. La sobriedad era discutible: el schnapps de primera hora de la mañana era una costumbre que me resultaba difícil de controlar. Por suerte para mí era la misma expresión que adoptaba para mostrar insolencia muda y escepticismo y todas las demás cualidades tan irresistibles que poseo, por lo que no me hacía falta ser Lionel Barrymore para clavarla. Tampoco es que atribuya mucha importancia a mis cualidades: todo hombre se conduce de acuerdo con ese comportamiento que ha recibido la aprobación silenciosa de un número muy reducido de mujeres.

Nevaba con fuerza cuando me monté en un coche en el cementerio de Ostfriedhof como uno de los cuatro hombres encargados de llevar el ataúd de Bernbach al crematorio donde, según Urban, los Amis habían incinerado en secreto a los doce nazis de alto rango a quienes ahorcaron en Núremberg en 1946. No era tan conocido el hecho de que las cenizas de mi segunda esposa, Kirsten, también se encontraban en Ostfriedhof. Cuando todo hubo terminado y Urban acudió a darme el pago y la propina, no dije nada al respecto, sobre todo porque me daba vergüenza no haber visitado el lugar del cementerio donde estaba la urna con sus restos; ni una sola vez desde su muerte. Pero ahora que estaba allí tenía intención de ponerle remedio. De pronto me sentía perdidamente enamorado del recuerdo de mi mujer.

—Pensaba que el fallecido era judío —le comenté a Urban mientras veíamos a los deudos salir en fila de la iglesia neogótica de la Santa Cruz donde acabábamos de arrojar su cadáver a las llamas. Entre ellos estaban la mayoría de los empleados del cabaret Apollo, así como el inspector grande e irritable al que había reconocido en el depósito de cadáveres del hospital.

—No practicante.

—¿Acaso hay alguna diferencia si eres judío?

—Qué sé yo. Pero hoy en día no es tan fácil encontrar a alguien que oficie un puñetero funeral judío en esta ciudad. La última vez que me encargué de uno la familia tuvo que ir a Augsburgo a buscar un rabino. Cabe añadir que los judíos prefieren que los entierren, no que los incineren. Y con lo dura que está la tierra, esa tarea es doblemente difícil. Por no hablar de que sigue habiendo muchos explosivos sin detonar en el antiguo cementerio judío de Pfersee. Es imposible saber qué hay enterrado allí, sobre todo con tanta nieve. Así que convencí a sus amigos, que lo han pagado todo con suma generosidad, que a todos los efectos de este funeral, el fallecido debía ser enterrado como cristiano. Después de todo, sería una pena que una vieja bomba americana hiciera saltar a alguien más por los aires, ¿no cree? —Se encogió de hombros—. Además, ¿qué importa lo que le ocurra a uno después de muerto?

—Vaya enterrador está hecho.

—Esto es un negocio, no una vocación.

—A mí desde luego me trae sin cuidado lo que me ocurra.

Urban miró alrededor.

—Además, bastantes judíos hay ya en Ostfriedhof. A muchos prisioneros de Dachau los incineraron y sus cenizas se esparcieron aquí.

—¿Junto con esos nazis de alto rango que mencionaba?

—Junto con esos nazis de alto rango. —Volvió a encogerse de hombros—. Seguro que podemos confiar en que el Señor distinga a unos de otros. —Me entregó un sobre—. ¿Puedo contar mañana con usted? A la misma hora. En el mismo sitio.

—Si sigo vivo, no me lo perdería por nada del mundo.

—Lo estará. Seguro. Cuando uno lleva en este oficio tanto tiempo como yo, desarrolla un sentido para esa clase de cosas. Es posible que no lo crea, pero aún le quedan unos cuantos años por delante, amigo mío.

—Debería regentar una clínica en Suiza. Hay quien pagaría espléndidamente por un diagnóstico tan positivo. —Encendí un pitillo y levanté la vista hacia el cielo—. La verdad es que me gusta este sitio. Puede que algún día me mude aquí para siempre.

—Seguro que sí.

—¿Me necesita para algo?

—No. Ha terminado por hoy. Vaya a casa, métase en su ataúd y duerma un poco.

—Eso haré. Pero antes tengo que ir a ver a alguien. Ya sabe que antaño Drácula tenía una novia.

Me marché con el sobre en el bolsillo y, al cabo de un buen rato de búsqueda — parte de ella en el interior de mi alma—, encontré los estoicos restos de Kirsten. Estuve allí un rato, deshaciéndome en disculpas por no haber ido antes —así como por muchas otras cosas— y di un paseo sin rumbo por el muelle desvencijado y probablemente inestable del recuerdo. Me habría quedado más tiempo, pero en la lápida delante de la urna estaba cincelada la frase QUERIDA ESPOSA DE BERNHARD GUNTHER, y por el rabllo del ojo vi que el corpulento inspector del hospital acudía a mi encuentro. A esas alturas ya había recordado su nombre, pero mantenía la esperanza de evitar que él descubriera el mío. Así pues, me alejé en diagonal, me demoré delante de otra lápida conmemorativa en un patético intento de despistarlo, y luego me dirigí hacia la verja de salida, solo que él se había escondido detrás de la tumba del gran duque Luis Guillermo de Baviera para tenderme una emboscada. Era apenas lo bastante voluminosa para ello. El poli grandullón era más corpulento incluso de lo que recordaba.

—Eh, usted. Quiero hablar con usted.

—Bueno, como puede ver, estoy de luto.

—Bobadas. Era uno de los portadores del féretro, nada más. Pregunté por usted. En el hospital.

—Qué amable. Pero ya me encuentro mucho mejor, gracias.

—Me dijeron que se llama Ganz.

—Así es.

—Solo que no se llama así. El apellido de soltera de mi esposa era Ganz. Y lo habría recordado la primera vez que coincidimos. Hace mucho tiempo. Antes de que Hitler llegara al poder. Antes de que se dejara esa barba.

Me vi tentado de hacer algún comentario sobre su esposa cuando era soltera, pero me lo pensé mejor; no es solo la conciencia lo que nos acobarda a todos, sino también

los nombres falsos, así como las historias secretas.

—Igual tiene usted mejor memoria que yo, Herr...

—Pues no. Por lo menos, no todavía. Porque aún no he recordado su auténtico nombre. Pero estoy casi seguro de que era poli.

—¿Yo, poli? Qué ridiculez.

—Sí. Recuerdo que pensé eso mismo, porque era usted un poli de Berlín amigo de los judíos que buscaba a un inspector a quien yo conocía en la jefatura de policía local. Mi antiguo jefe.

—¿Cómo se llamaba? ¿Charlie Chan?

—No. Paul Herzefelde. Lo asesinaron. Pero según recuerdo, tuvimos que encerrarlo a usted toda la noche porque tenía el noble convencimiento de que no estábamos haciendo todo lo posible por averiguar quién lo había asesinado.

Era cierto, claro. Hasta la última palabra. Nunca olvido una cara, sobre todo una cara como la suya, hecha para denunciar a herejes y quemar libros, y con toda probabilidad ambas cosas a la vez, una encima de la otra. Tenía unas marcadas líneas de expresión tan duras e inexpresivas como una percha de alambre a los lados de una nariz que parecía el peto de una alabarda. Encima de la nariz ganchuda estaban los ojillos hieráticos y azules de una anguila morena gigante. Tenía la mandíbula de una anchura inverosímil y la tez vagamente purpúrea, quizá debido al frío. La altura y la constitución del hombre, así como sus canas, eran las de un boxeador de los pesos pesados retirado. Me dio la sensación de que en cualquier momento me iba a lanzar un golpe rápido o a encajar aquel puño derecho tan grande en lo que me quedaba de plexo solar. Recordé que se llamaba Schramma y había sido secretario de la Sección Criminal en el *Praesidium* de Múnich, y aunque no recordaba mucho más sobre él, sí que me acordaba de la noche que pasé en los calabozos.

—Eso es lo gracioso, ¿sabe? Paul Herzefelde no le caía bien a nadie. Y no solo porque era judío tal como usted pensaba. Además, la gente lo consideraba un corrupto. Aceptaba sobornos. Se veía con solo fijarse en su ropa. Había fundadas sospechas de que uno de los defraudadores más importantes de Múnich, un tipo llamado Kohl, lo había sobornado para que hiciera la vista gorda. La gente pensó que a Herzefelde lo mataron los nazis, pero lo más probable es que no fuera así. Yo diría que, no satisfecho con el soborno, Herzefelde intentó sacarle más pasta a Kohl y a este no le hizo gracia.

—Creo que me confunde con otro. Nunca he conocido a nadie con ese nombre. Y nunca fui policía en Berlín. Detesto a los polis. —Pensé en el currículum que me había pergeñado y me maldije por haber descuidado los años de la República de Weimar—. Sí que trabajé en Berlín una temporada. Pero era portero del hotel Adlon. Así que quizá es allí donde me vio. ¿Herr...?

—Schramma, secretario de la Sección Criminal Schramma. Mire, amigo, a mí me trae sin cuidado si se ha buscado una nueva identidad como Fritz Schmidt. Mucha gente lo ha hecho en los últimos tiempos, y por toda suerte de motivos inteligentes. Créame, un poli que vive en esta ciudad necesita dos guías telefónicas simultáneas para saber con quién demonios está hablando. Pero en el caso de que estuviera buscando trabajo, quizá podría ayudarlo. Por los viejos tiempos.

—No creo que de verdad quiera ayudarme, ¿sabe? Tengo la impresión de que intenta zarandearme con la esperanza de que caiga algo de mis bolsillos. Pero soy un

hombre con dos empleos, lo que significa que estoy sin blanca, ¿lo ve? Debería ser evidente. Y si de mis ramas cuelga alguna manzana, lo más probable es que a estas alturas esté medio comida o podrida.

Schramma esbozó una sonrisa avergonzada.

—El conocimiento es poder, ¿verdad? No sé quién lo dijo, pero apuesto a que era alemán.

No lo contradije. Tampoco se percató de la ironía que entrañaba su propio comentario.

—Bueno, ¿qué demonios le importa quién sea? Voy tan de capa caída que hay casinos que me quieren contratar gafando a sus jugadores más afortunados. Se lo voy a repetir, soy un don nadie, pedazo de gorila. Está perdiendo el tiempo. Hay encargados de borrar la pizarra en las aulas de los colegios que son más importantes que yo.

—Quizá. O quizá no. Pero le prometo una cosa. En cuanto descubra quién es en realidad, Ganz, lo tendré en mis manos. Al igual que usted, he hecho un par de trabajillos para llegar a fin de mes. Tareas de seguridad. Investigaciones privadas. La mayor parte resultan tediosos y requieren mucho tiempo, pero a veces también conllevan peligro. Lo que significa que me vendría bien un expoli como usted en toda suerte de situaciones que no le costará ningún esfuerzo imaginar.

Me di cuenta de que era verdad. No estaba seguro de lo que pasaba por su cabeza, pero yo había intimidado a suficientes canallas cuando era policía en Berlín como para saber que lo más probable era que nada de aquello fuera a redundar en mi propio beneficio.

—Y no se le ocurra desaparecer. Si lo hace, tendré que sacar a relucir el nombre de Christof Ganz como sospechoso en algún viejo caso que no le importe a nadie. Ya sabe que puedo hacerlo encajar en cualquier clase de descripción. Seguramente usted haya hecho algún chanchullo parecido.

Lancé la colilla de un capirotazo contra el terso culo verde del ángel que velaba por el alma del gran duque y proferí un suspiro exasperado que sonó mucho menos exasperado de lo que en realidad me sentía.

—Adelante, haga lo peor que se le ocurra, poli, pero yo me voy ahora mismo. Llego tarde a una cita con mi barman preferido.

Era un farol, claro. Quizá tuviera cara de póker, pero no llevaba ninguna jugada en la mano.

Había acabado mi turno en el hospital. Fui al servicio situado junto al depósito de cadáveres para limpiarme, pero mientras estaba allí me examiné la cara sin mucho entusiasmo. Me desagradaban su aire de decepción y su aspecto maleado, los furtivos ojos rojos y la expresión recelosa, como si siempre estuviera esperando un toque en el hombro que fuera a llevar a su propietario a un coche y luego a la celda de una prisión para los siguientes diez años.

Salí por la verja principal y crucé por entre dos columnas de hormigón con serpientes enroscadas en torno a los inmensos incensarios que las coronaban; quedaban demasiado altas para preguntarles qué hacían allí, pero estaba vagamente al tanto de que para los antiguos griegos las serpientes eran sagradas, y su veneno, reparador, y quizá veían su mudar de piel como símbolo del renacimiento y la renovación; como idea, a mí desde luego me convencía. Quizá fuera primera hora de la mañana, pero todavía quedaba por ahí alguna que otra serpiente real, y una de ellas estaba sentada en un BMW tirando a nuevo delante del hospital. Cuando llegué a la entrada del edificio, se corrió hacia el asiento del pasajero y, con el puro todavía en la boca, gritó por la ventanilla abierta del acompañante.

—Gunther. Bernhard Gunther. Ver para creer. Acabo de visitar a un viejo amigo en el hospital y ahora aparece usted. ¿Cómo está, Gunther? ¿Cuántos años hace de la última vez que nos vimos? ¿Veinte? ¿Veinticinco? Creía que había muerto.

Me detuve en la acera y miré hacia el interior del vehículo, sopesando qué posibilidades tenía de descubrir lo evidente: que, en realidad, no tenía ninguna. Schramma gritaba de modo que lo oyeran otros transeúntes y yo me sintiera más incómodo aún. Lanzaba una sonrisa maliciosa mientras lo hacía, además, como si hubiera acudido a cobrar una apuesta que él había ganado y yo había perdido. De haber llevado pistola, lo más seguro es que le habría pegado un tiro, o quizá me lo habría pegado yo mismo. Antes me daba miedo morir; pero ahora, por lo general, lo espero con ilusión, para así alejarme lo más posible de Bernie Gunther y todo lo relacionado con él, de su enmarañada historia y su manera de pensar tan incómoda, de su incapacidad para adaptarse al mundo moderno; pero, sobre todo, espero con ilusión alejarme de todos los que lo conocieron, o aseguran que lo conocieron, como el secretario de la Sección Criminal Schramma. He intentado ser algún otro varias veces, pero ese que soy siempre vuelve a darme en los morros.

—Ya le dije que averiguaría quién es. Anda, venga. No tenga tan mal perder. Aún no lo sabe, pero he venido a hacerle un favor, Gunther. En serio. Me agradecerá lo que voy a contarle. Así que dese prisa y monte en el coche antes de que alguien caiga en la

cuenta de que no es quien dice ser. Además, hace mucho frío para estar aquí con la ventanilla abierta. Se me están helando las pelotas.

Entré en el vehículo, cerré la portezuela y accioné la manivela para subir la ventanilla sin decir una sola palabra. Casi de inmediato deseé no haber tocado la ventanilla. El puro de Schramma olía como una hoguera en una fosa común para víctimas de la peste.

—¿Quiere saber cómo he descubierto quién es?

—Adelante, sorpréndame.

—El *Praesidium* de Múnich salió de la guerra prácticamente intacto. Los archivos, también. Como le dije, sabía que nos conocimos en algún momento antes de Hitler. Y eso suponía que fue también antes de Heydrich. Heydrich fue jefe de policía en Múnich durante una temporada y cambió el sistema de archivos. Era muy eficiente, como seguramente sepa. Todo eso de las referencias cruzadas que estableció sigue resultando útil a veces. Así que fue relativamente sencillo buscar el nombre de un inspector de la famosa Alex, en Berlín, que pasó una noche como invitado en nuestros calabozos por agredir a nuestro sargento de turno.

—Por lo que recuerdo del incidente, él me pegó primero.

—Seguro que sí. Recuerdo a aquel sargento. Menudo cabrón. Fue en 1932. Hace veinticinco años. ¿Qué le parece? Dios mío. El tiempo vuela, ¿eh?

—En este preciso instante, no.

—Como le dije, me trae sin cuidado lo que hizo durante la guerra. El Anciano dice que ahora todo eso es agua pasada, incluso en la RDA. Pero de vez en cuando los comunistas aún se sienten obligados a dar ejemplo con alguien, para ser capaces de distinguir su propia tiranía de la fascista que había antes. Quizá les gustaría echarle el guante a usted. Quizá se podría arreglar para que se lo echaran. Los antiguos nazis son prácticamente la única clase de criminales que Alemania Occidental está dispuesta a enviar al otro lado de la frontera hoy en día.

—No hay nada de eso —repuse—. No soy un criminal de guerra. Yo no maté a nadie.

—Sí, claro. Christof Ganz no es más que su pseudónimo de poeta. Su *nom de plume*, por así decir. Lo entiendo. A mí también me gusta moverme fuera del alcance del radar, a veces. Como poli, quiero decir. Luego está la Interpol. No me he puesto en contacto con ellos aún, pero me apostaría lo que fuese a que tienen algún expediente sobre usted. Como es natural, no puedo indagar sin levantar sospechas. Una vez haya preguntado, querrán saber a qué se debe mi interés y quizá quieran llevar el asunto un paso más allá. Así que a partir de ahora la decisión es suya, Gunther. Solo que más vale tomar la correcta, por su propio bien.

—Ya lo ha dejado claro, Schramma. Ha encontrado el modo de acorralarme y cuenta con mi cooperación. Pero pase ya a la parte esa de que quiere hacerme un favor, ¿vale? Estoy cansado y quiero irme a casa. He pasado toda la noche trasladando cadáveres y si me quedo aquí mucho más rato es posible que meta la mano en esa fea bocaza suya en busca de alguna moneda.

No pilló el comentario. Tampoco me importó. Hoy en día hablo sobre todo para mí mismo. Y el ingenio solo parece ingenio cuando hay alguien cerca para apreciarlo. La mayor parte del tiempo, la gente como Schramma simplemente hablaba demasiado. En

Alemania había demasiada charla, demasiada opinión, demasiada conversación, y nada de ello era muy bueno. La televisión y la radio no eran más que ruido. Para ser efectivas, las palabras tienen que destilarse como si antes de emitirlas hubieran pasado por un filtro y un receptor impecables.

—¿Ha oído hablar de un político local llamado Max Merten? Es oriundo de Berlín, pero ahora vive en Múnich.

—Vagamente. Cuando estaba en la Alex había un Max Merten que era un joven letrado del tribunal de distrito en el Ministerio de Justicia.

—Debe de ser el mismo Fritz. Se ha buscado la vida muy bien, además. Tiene una bonita casa en Nymphenburg. Un elegante bufete en Kardinal-Faulhaberstrasse. Es uno de los cofundadores del Partido Popular Panalemán, el PPP, que está estrechamente asociado con el Partido Socialista Unificado de Alemania, el PSU. El otro fundador es Gustav Heinemann, que fue miembro destacado de la Unión Demócrata Cristiana y ministro de Interior hasta que se enemistó con el Anciano. Pero ahora mismo no hay muchos fondos para la política. Los fondos para los partidos nuevos escasean. Bueno, ¿quién quiere librarse de Konrad Adenauer, que es capaz de obrar milagros, aparte de Heinemann, claro, y algún que otro judío hipersensible?

»Así pues, hace unas semanas Max Merten me contrató, en privado, para que investigara la buena fe de un donante en potencia del nuevo partido, el general Heinrich Heinkel, que se ha ofrecido a financiar el PPP. Pero Merten tiene la sospecha, no del todo infundada, de que Heinkel sigue siendo nazi. Y no quiere que el PPP acepte dinero sucio. Sea como sea, resulta que Merten estaba en lo cierto, aunque no tal como sospechaba. Los diez mil de Heinkel provienen en realidad de la RDA. Resulta que el socio empresarial de Merten es un destacado político alemán llamado Walter Hallstein, que es el ministro de Exteriores del Anciano en la sombra, y el tipo que ha estado llevando nuestras negociaciones para establecer esa nueva Comunidad Económica Europea. La RDA detesta la idea de una CEE, y más en concreto la Comunidad Europea de Defensa, de la que Alemania Occidental será un miembro importante, y tiene planeada una compleja operación encubierta para desacreditar al PPP y a Merten con la esperanza de que algo del barro que sacarán le salpique al profesor Hallstein. Ahora bien, quizá se pregunte por qué un antiguo nazi aporta dinero de la RDA. Bueno, el hijo mayor de Heinkel se las ingenió para dejarse detener en Leipzig, donde ahora se pudre en una celda como garante de la cooperación de su padre. Si hace exactamente lo que se le diga, se pondrá en libertad a su hijo. A eso aspira.

»Dentro de unas noches, Heinkel le abonará el dinero en efectivo a Merten en el domicilio del general en Bogenhausen. En la casa de Heinkel hay una habitación debidamente decorada con esvásticas y demás pruebas de que el general todavía le profesa lealtad al nazismo. Mientras esté allí Merten aparecerá la policía para detener a Heinkel por delitos diversos, incluida la venta de recuerdos nazis. Y para salvar el cuello, Heinkel le dirá a la policía que el dinero era en realidad un soborno para el profesor Hallstein.

—¿Y cómo ha averiguado todo eso? —pregunté.

—Soy poli, Gunther. A eso nos dedicamos los polis. Averiguamos cosas que en teoría no deberíamos saber. Unos días hago el crucigrama en veinte minutos. Otros, airo los trapos sucios de gente como usted y Heinkel.

—Entonces, ¿por qué me cuenta todo esto a mí, y no a Max Merten?

Schramma le dio una chupada al puro en silencio y cuando entornó sus curiosos ojos azules empecé a entrever toda la perversa intriga, que es una de mis malas costumbres: siempre me ha poseído la incómoda e inquietante sensación de que, debajo de cualquier indicio en sentido contrario, en realidad soy un mal tipo, lo que me da ventaja a la hora de intuir las intenciones de otros malos tipos. Quizá es lo que hace falta para ser un buen policía.

—Porque le ha dicho a Max Merten que el general Heinkel es de fiar, ¿verdad? Es eso, ¿no? La poli no va a acudir por la sencilla razón de que usted planea embolsarse el dinero de la RDA. Va a presentarse una o dos horas antes que Max Merten y a robarle a ese general.

—Algo por el estilo. Y usted me va a ayudar, Gunther. Después de todo, es muy posible que Heinkel vaya acompañado. Un hombre que roba solo es un hombre que acaba entre rejas.

—Solo hay una cosa peor que un maleante, y es un poli corrupto.

—Es usted quien tiene una identidad falsa, Gunther, no yo. Con arreglo a mi experiencia, eso indica que no es trigo limpio. Así que ahórrese el sermón sobre la honradez. Si no me queda otra, me ocuparé del asunto yo mismo. Como es natural, eso querrá decir que habrá ido a parar a la cárcel o, como mínimo, que habrá emprendido la huida. Pero preferiría con mucho que siguiera aquí, respaldándome.

—Empiezo a entender un poco mejor lo que le pasó a Paul Herzefelde allá por 1932 —dije—. Era usted quien le estaba sacando dinero a aquel defraudador, ¿verdad? A Kohl, ¿no? ¿Herzefelde lo averiguó? Sí, eso encajaría. Fue usted quien lo mató. Y dejó que los nazis cargaran con el muerto porque era judío. Qué listo. Lo he juzgado mal, Schramma. Debe de dársele de maravilla fingir que es un poli honrado para seguir impune después de tantos años.

—Lo cierto es que no es tan difícil hoy en día. La policía anda como todo el mundo en Alemania. Un poco escasa de personal después de la guerra. No pueden permitirse ser muy quisquillosos con quien reingresa en el cuerpo. Ahora bien, usted sí que es un tipo listo, a juzgar por cómo ha deducido todo eso en apenas unos minutos.

—Si fuera tan listo no estaría sentado en este coche hablando con un cabrón como usted, Schramma.

—Se menosprecia, Gunther. No todos los días se resuelve un asesinato ocurrido hace veinticinco años. Lo crea o no, esa faceta suya me gusta. Y es otro de los motivos por los que quiero que me acompañe en este asunto. Usted no piensa como una persona normal. Si ha sobrevivido tanto tiempo haciéndose pasar por otro, seguro que es porque ve las cosas venir. Ve cómo se van a desarrollar las situaciones. Esa clase de experiencia me vendría muy bien. Ahora, y en el futuro. En Múnich ya no me queda nadie en quien pueda confiar de verdad. La mayoría de mis colegas de Ettstrasse, más jóvenes, son demasiado honrados para su propio bien, y lo que es más importante, para el mío.

—Me alegra oírlo. No me haría ninguna gracia pensar que perdimos una guerra solo para que escoria como usted siguiera de uniforme.

—Siga hablando sin pelos en la lengua si eso lo ayuda. Pero seguro que un poco de dinero le callará la boca. Me aseguraré de que le salga a cuenta, Gunther. Le daré el

diez por ciento. Eso son mil marcos. No me diga que no le vendrían bien mil marcos. Me da la impresión de que el destino lleva ya mucho tiempo siguiéndole los pasos con un pedazo de tubería de plomo en la mano.

Como para demostrar a qué se refería, ahora tenía en su manaza una pistola automática que me estaba clavando en el hígado, del que difícilmente podía prescindir a pesar de los daños que ya había sufrido tras años de empujar el codo.

—Pero no se pase de listo conmigo, Gunther —dijo, a la vez que indicaba la entrada del hospital con un gesto de la cabeza—. O será su cadáver el que acabe sin rostro en eseapestoso depósito.

Un cielo de color peltre comprimía el paisaje frío y uniforme; para ser una ciudad bávara, Múnich es más lisa que un colchón e igual de cómoda, y ninguna zona de Múnich es tan cómoda como Bogenhausen, en la ribera este del río Isar. La casa del general Heinkel era una villa blanca de tres plantas con contraventanas de listones verdes, unas treinta ventanas y una quietud que se daba un leve aire a cuento de hadas. Se alcanzaba a oír el río en los sumideros y, en la pequeña iglesia enfrente de donde había aparcado Schramma el BMW, la melodía de un organista que ensayaba una cantata de Bach que bien podía ser *Oh, feliz día, oh, momento ansiado*, aunque yo no lo veía así precisamente. Una cerca verde descendía con suavidad hasta una hilera no muy recta de árboles de hoja caduca que bordeaban el Isar. Al otro lado de la calle de adoquines vacía había un hospital militar para soldados a quienes la guerra había dejado tullidos u horriblemente desfigurados. Lo sabía porque mientras estábamos en el coche vimos en un silencio incómodo cómo un grupo de quizá diez o quince de ellos salía en tropel por la puerta para dar su paseo vespertino por Bogenhausen. Un hombre miró por nuestra ventanilla al pasar, aunque, a decir verdad, costaba creer que esa hubiera sido su intención, pues tenía buena parte de la cara vuelta en dirección contraria. El hombre que iba detrás de él parecía llevar un par de gruesas gafas o anteojos de carne rosada, de resultas quizá de la cirugía plástica a la que lo habían sometido para paliar graves quemaduras faciales. Un tercer hombre con un ojo, una pierna, un brazo y dos muletas parecía estar al mando, y pensando en un famoso cuadro de Pieter Bruegel el Viejo, *La parábola de los ciegos*, me estremecí al caer en la cuenta de la buena suerte que me había acompañado por comparación. Es cierto eso que dice Homero de que a veces los más plenamente afortunados son los muertos.

—Dios bendito —exclamó Schramma, mientras volvía a encender el puro—. ¿Ha visto a esa puñetera pandilla? Y yo que creía que era usted feo, Gunther.

Sacó una petaca de bolsillo plateada y apuró buena parte del contenido.

—Oiga, un poco de respeto —advertí.

—¿Por quién? ¿Por esa reata de desgraciados? Mejor esos infelices patituertos que yo, eso es lo que digo.

—En este caso en concreto, me veo obligado a darle la razón. Son mejores que usted, Schramma. Y siempre lo serán. —Meneé la cabeza. Empezaba a hartarme de su compañía—. De todos modos, ¿qué estamos esperando? Aún no me lo ha dicho.

—Estamos esperando a que llegue el dinero, eso estamos esperando. En cuanto aparezca, entraremos en acción, pero ni un minuto antes. Así que deje de darle a la lengua y tome un lingotazo de esto.

Me pasó la petaca, que llevaba grabada la dedicatoria «Gracias, Christian Schramma, por ser nuestro testigo de boda, 25-11-1947. Pieter y Johanna». Casi me hizo reír la idea de que una sabandija como Schramma fuera padrino en la boda de alguien; pero también era cierto que no solo la policía alemana iba escasa de hombres buenos, sino también todos los demás hoy en día. Pieter y Johanna incluidos. Eché un trago de la petaca; era schnapps barato; aun así, lo agradecí. El alcohol es el mejor cómplice para cualquier crimen que se le ocurra a uno.

—Lo único que digo —matizó— es que resulta un poco chocante. Ver a hombres así caminando por la calle, asustando a los caballos. Deberían llevar una bandera roja o algo así, como se hacía antes cuando venía un tren.

—El mar siempre es bonito hasta que baja la marea —repuse—, y entonces se ve toda la fealdad que oculta. Alemania es un poco así, me parece. Bueno, tenemos más de eso que la mayoría. Lo normal sería que no nos sorprendiera encontrarnos con lo que hay en realidad. Eso es lo único que digo yo.

—Yo soy más darwinista, supongo. Tiendo a creer en una Alemania donde solo sobrevivirán los fuertes.

—Vaya novedad.

—Ah, no quiero decir desde el punto de vista político. La política se ha ido al garete en este país. Me refiero a la supervivencia no de los más fuertes, sino también de los mejores. Los mejores que hagan los mejores coches y las mejores lavadoras y las mejores aspiradoras. Me parece tan evidente que me extraña que a Hitler no se le ocurriera. Alemania, centro neurálgico de fabricación y locomotora económica de Europa. Y con ello, un nuevo realismo. Claro, los valores humanos tendrán importancia, pero durante mucho tiempo las cifras puras y duras habrán de ser prioritarias si vamos a recuperar el lugar privilegiado que nos corresponde.

Eché otro trago y le devolví la petaca.

—¿Ese es el discurso que pronunció en la boda o en los acuerdos de Bretton Woods?

—Que le den, Gunther. —Schramma tomó un lingotazo de la petaca y lo removió por la boca como si fuera elixir bucal. Buena falta le hacía, con el puro que estaba fumando—. En cuanto saque dinero suficiente de todo este asunto, pienso agenciarme una porción del milagro económico. Yo también voy a dedicarme a los negocios.

—Pero, entonces, ¿este asuntillo qué es? ¿*Pro bono publico*?

—Me refiero a que me voy a hacer empresario. Voy a comprar una bonita fábrica que conozco en la que se hacen cubiertos.

—¿Qué sabe de fabricación?

—Nada. Pero sé usar cuchillo y tenedor.

—Eso sí que me sorprende.

—No, en serio. Eso es lo que dará ventaja a Alemania sobre Inglaterra, por ejemplo. El balance final en la hoja de resultados. Los Tommies creen, y se equivocan, que su victoria les ha valido el derecho a acceder a esos valores humanos primero. Por eso crearon su estado del bienestar, pero la historia demostrará que no se lo pueden permitir. Ya verá cómo no me equivoco.

Siguió haciendo comentarios de ese tenor; quizá Schramma se veía como el nuevo Paul Samuelson, aunque tampoco es que importara demasiado, porque unos minutos

después dejé de escucharlo. Tal vez sea un consejo digno de tener en cuenta con todos los economistas. Transcurridos varios minutos más, un hombre que llevaba un abrigo Gannex y un sombrero Karakul llegó pendiente arriba desde la zona del río y cruzó la verja de entrada a la casa blanca.

—Allá vamos —dijo Schramma.

Ya me había dado un pañuelo con el que taparme la cara, pero ahora sacó una Walther PPK, accionó la corredera, la aseguró bajando el gatillo y me la tendió, pero luego retuvo la pistola un momento para poder pronunciar una breve charla.

—Para que lo sepa, tengo que pagarle a otra persona parte de mi tajada, y esa persona sabe quién es usted.

—Ah, ¿sí? ¿Quién es?

—Lo único que debe saber es que, si me la juega, también se la jugará a él. Así que más vale que no se le ocurra ninguna idea brillante, Gunther. Quiero que me cubra la espalda, no que me pegue un tiro en ella. ¿Está claro?

—Claro.

Pero evidentemente no lo estaba, ni de lejos. Sabía que había una bala en la recámara —era imposible accionar la corredera de una automática sin meter un proyectil—, pero no tenía ni idea de si era munición real o de fogueo. Tal como veía yo el asunto, darme un arma cargada era correr un riesgo. ¿Por qué lo hacía, entonces? ¿Qué iba a impedirme arrebatarme los diez mil después de que él se los hubiera robado al general?

Supuse que una bala de fogueo cumpliría su propósito tan bien como una real; nadie iba a discutir con una pistola, y si tenía que disparar, causar un estruendo sería casi tan efectivo como meterle un balazo a alguien. Y, claro está, no tan peligroso para esa persona. Como es natural, podría haber accionado la corredera y dejado caer la bala en la palma de la mano para averiguar si era una cosa u otra, pero, curiosamente, a los dos nos convenía que yo me condujera como si el arma estuviera cargada, incluso si no lo estaba. Por supuesto, se me había pasado por la cabeza que el auténtico fin de que me pidiera que lo acompañase no fuera protegerlo sino comprobar que podía confiar de veras en mí o incluso ser el que cargara con las consecuencias. Supuse que tenía más probabilidades de salir bien parado si le hacía creer a Schramma que estaba seguro de ir armado como era debido.

Soltó el arma y me la guardé enseguida en el bolsillo del abrigo.

Nos apeamos del coche y lo seguí a través de la cerca. Rodeamos el lateral de la casa y fuimos hasta la puerta de atrás. El organista había empezado a tocar otra cantata, que los grajos y cuervos parecían disfrutar más que yo, a juzgar por cómo se habían unido al coro. A esas alturas había alguna luz encendida en la casa, pero solamente en el segundo piso.

Schramma se detuvo junto a una carretilla apoyada contra la pared y miró por la ventana de la puerta trasera, que no estaba cerrada con llave. Unos momentos después habíamos entrado en la casa. Había un fuerte olor a manzanas y canela en el ambiente, como si alguien hubiera estado preparando *strudel*, pero no me abrió el apetito. De hecho, sentí unas leves náuseas; no pude por menos de reparar en que la empuñadura del calibre 38 que llevaba Schramma en la mano estaba recubierta de cinta adhesiva, como si planeara dejarlo en el escenario, lo que no auguraba nada

bueno para nadie, y menos aún para mí. Uno no planea deshacerse de un arma a menos que la haya utilizado. Así pues, me atemorizaba no tener claro en qué me había metido. Pero ¿qué otra opción tenía? Christof Ganz apenas estaba comenzando su vida y tampoco es que tuviera ninguna otra nueva identidad a mi disposición. Ni siquiera en Alemania. De momento, por lo menos, tenía el pie bien atrapado entre las fauces dentadas de acero del cepo de Schramma.

Schramma dejó en equilibrio el puro medio mascado en el extremo de la mesa de la cocina, se cubrió la nariz y la boca con el pañuelo en plan forajido y luego me indicó con un gesto de cabeza que hiciera lo propio. Enfilamos con sigilo un pasillo apenas iluminado hacia una habitación de la que llegaban voces en la parte anterior de la casa.

En el interior de la habitación todo marchaba según lo previsto: el general, un hombre bajo con bigote encerado al estilo del káiser Guillermo y un chaleco de cuero verde, estaba de pie en el comedor, frente a un individuo con un abrigo Gannex que era más joven de lo que había supuesto y lucía una de esas barbitas rubias que tanto les gustaban a los aspirantes a leninistas. El dinero, diez mil marcos contantes y sonantes, estaba encima del mantel a cuadros rojos bajo la mirada de un retrato del Renacimiento nórdico de una joven con una carta de papel vitela doblada en la mano. Era una buena noticia que su expresión no revelase nada. Aunque también es verdad que estaba perdiendo pelo en la coronilla, por lo que no tenía mucho de lo que alegrarse.

—¿Quién demonios son ustedes? —espetó el general—. ¿Qué es esto?

—El arma y el pañuelo deberían darle alguna pista, general —contestó Schramma—. Vengo con la intención de robar ese dinero. Pero si hace exactamente lo que le diga, no sufrirá ningún daño. —Se hizo a un lado y señaló la puerta con un golpe de pistola—. Abajo. Ahora mismo.

El general se encaminó hacia la puerta, pero el otro hombre se quedó plantado como si Schramma no se hubiera dirigido a él.

—Usted también —añadió Schramma.

El hombre del abrigo Gannex frunció el ceño como si le cogiera por sorpresa.

—¿Yo?

Schramma apoyó la pistola en la cabeza del individuo y le levantó el Karakul, que le quedó sobre la coronilla rubia como el solideo de un eclesiástico. Lo cacheó rápidamente en busca de un arma. Al no encontrarla, dijo:

—¿Qué quiere, una orden por escrito? Sí, usted también.

El del sombrero lanzó a Schramma una mirada entre furiosa y amarga, casi como si se conocieran, y quizá habría dicho algo más de no ser por el arma que empuñaba el policía. Nunca es buena idea hacerse el valiente cuando te apuntan con un calibre 38. Hay quien ha recibido un tiro por menos. Supongo que el general lo sabía. Y quizá se había fijado, como yo, en que la empuñadura estaba recubierta de cinta adhesiva, y lo más probable era que también el gatillo. Así pues, se mordió el labio, con buen juicio a mi modo de ver, y echó a andar delante de nosotros. Yo cerraba la comitiva como un estúpido postillón que parecía estar de más.

Seguí a los tres hombres escaleras abajo entre crujidos de peldaños. Al final de un largo pasillo embaldosado había una puerta metálica grande y gris con dos cerraduras. Debajo de una mirilla se leía la palabra PANZERLIT. Era un refugio antiaéreo.

—Ábrala —le dijo Schramma al general.

—¿Qué van a hacer? —preguntó este, al tiempo que movía la manilla. Abrió la puerta y encendió la luz para revelar una bodega bastante amplia. Un intenso aroma a botellas cubiertas de moho y humedad saturó el aire. No sabía gran cosa de vino, pero calculé que allí debía de haber por lo menos un millar de botellas. Era el refugio antiaéreo mejor equipado que había visto.

—Voy a encerrarlos aquí para que no puedan llamar a la policía —expuso Schramma, quien volvió a señalar con un golpe de pistola—. Adentro. Los dos.

—No se saldrá con la suya —replicó el hombre del sombrero, que se lo arrancó de la cabeza y lo sostuvo entre las manos como si se fuera a poner a rezar.

—¿No?

—No. Cometan ustedes un grave error. ¿Saben de quién es este dinero? De la división de inteligencia exterior del Ministerio para la Seguridad del Estado de Alemania Oriental. De ellos es.

—Calle y entre en el sótano —insistió Schramma.

—Los del MSE irán a por ustedes. Lo saben, ¿verdad? Este dinero solo le granjeará un montón de noches en blanco.

—No pasa nada. De todos modos, no duermo mucho.

Los dos hombres entraron en la bodega y se volvieron para encararse con Schramma, quien los había seguido unos pasos hacia el interior. Entonces se metió el índice en un oído, y eso, sumado a la cinta adhesiva que recubría la empuñadura del arma, me llevó al convencimiento de que iba a matarlos a los dos. Retrocedí un paso por instinto al tiempo que él daba uno hacia delante —para no errar el tiro, supongo— y, al cabo de un momento, le disparó al general y luego le disparó también al del sombrero. En el atronador instante que separó un tiro del siguiente, decidí que yo bien podía ser su tercera víctima y, reculando velozmente, cerré la puerta de acero a mi espalda y la atranqué con un mango de hacha de buen tamaño que alguien había dejado tirado en el suelo.

Me arranqué el pañuelo de la cara y me llené los pulmones de aire que olía a quemado. Los oídos me pitaban por efecto de los disparos y transcurrieron unos segundos antes de que oyera a Schramma golpeando la puerta y gritando. A través de la mirilla vi uno de sus brillantes ojos fijo en mí como un trozo de topacio azul. Entretanto, me las había arreglado para obstruir la manilla de la otra cerradura con medio ladrillo. El aroma a *strudel* de la casa había desaparecido; ahora solo alcanzaba a oler a pólvora y muerte.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Gunther? —gritó sin alzar demasiado la voz—. Déjeme salir de aquí.

—Me parece que no —repuse.

—No sea idiota. No hay tiempo para esto. Tenemos que salir de aquí por si alguien ha informado de los disparos.

—Me alegra que lo mencione. —Le quité el cargador a la Walther e inspeccioné rápidamente la munición. Balas de fogueo. Lo que había pensado—. ¿Por qué los ha matado? No tenía por qué hacerlo.

—¿Para qué correr el riesgo de que nos identificaran? Así lo veo yo.

—Ah, ya lo entiendo. Solo que me da la impresión de que también iba a matarme a mí. ¿Por qué no? Ahora mismo soy más prescindible que un tallo de apio.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, por un lado, es un poli corrupto que sabe cómo manipular un escenario del crimen. Y por otro, esta pistola que me ha dado lleva munición de fogeo.

—Claro. Quería ver si podía confiar en usted. Oiga, escúcheme. Déjeme que le hable de estos dos Fritzes a quienes acabo de matar. El del sombrero era de la Stasi. El otro era un criminal de guerra nazi. Permaneció impune durante años. Nadie va a llorar por estos dos. Se lo tenían merecido.

—Yo también he apretado el gatillo un par de veces contra gente que se lo merecía. Por lo menos, eso me dije en su momento. Ahora me doy cuenta de que todos nos lo tenemos merecido. Yo, probablemente. Usted, en especial.

—Olvídelo. Ya están muertos. Mire, igual el diez por ciento del botín no era justo por mi parte. Lo entiendo. ¿Qué le parece la mitad? Le daré la mitad del dinero. Pero no me deje aquí. ¿Qué dice, Gunther?

—Digo que no hay trato.

—Hasta le daré un empleo en mi nueva fábrica de cubertería.

—No tiene nada que me interese, Schramma.

El ojo azul detrás de la mirilla se amusgó y luego desapareció.

—Si mira por la mirilla me verá descargar el revólver antes de abrir la puerta. ¿Qué le parece?

—Dudo que vaya a dar resultado. Seguro que lleva una tercera arma en el bolsillo del abrigo. La que iba a usar contra mí y luego a dejar en la mano del tipo muerto de la Stasi.

El ojo volvió a la mirilla.

—Piénselo, Gunther. No se lo puede contar a la policía, porque ¿a quién le parece que creerían? ¿A mí, un poli local con treinta años de servicio? ¿O a usted, un hombre que vive bajo un nombre falso? Ahora mismo, los dos podemos largarnos de aquí como si nunca hubiéramos estado.

—No le falta razón. Y como es natural no voy a llamar a la policía. ¿Quién ha dicho que fuera a llamar a la policía?

—Entonces, ¿qué va a hacer? No puede dejarme aquí sin más.

—Claro que puedo. Ya aparecerá alguien. Quizá.

—El general vive solo.

—Entonces, más le vale que haya un sacacorchos por ahí en alguna parte. Con tanto vino... Sería una pena desperdiciarlo. Puede pasar una buena temporada antes de que aparezca alguien y le abra la puerta.

—Y a usted. —El único ojo azul se entornó de nuevo—. ¡A usted más le vale que no salga nunca de aquí! —gritó—. Porque si salgo, lo mato, Gunther.

Los oídos me pitaban todavía como un timbre de alarma; un timbre de alarma que me alertaba de que cuanto más me quedara allí más posibilidades tenía de meterme en un serio aprieto; aunque largarme de allí tampoco es que fuera a solucionarlo por completo. Tenía los rudimentos de un plan a medio formar en la cabeza, pero iba en contra de todo lo que me dictaba el instinto.

—Esto es una mala idea, lo sé. Pero ha sido usted quien me ha acorralado en este rincón. Además, los dos sabemos que iba a matarme de todos modos. Para eso ha recubierto la empuñadura de la pistola con cinta adhesiva. Para dejarla aquí y crear la

impresión de que me pegaron un tiro mientras intentaba robar a estos dos. Creo que he ganado un poco de libertad de movimiento por ahora. Con diez mil marcos puedo irme muy lejos de Múnich. Para cuando alguien lo encuentre aquí estaré muy lejos de esta ciudad. Quizá fuera del país. Usted preocúpese por lo que ocurra si se presenta aquí la poli y lo encuentra con un arma homicida y dos cadáveres. Ni siquiera los polis de Múnich son tan idiotas como para no resolver este caso. Lo que tenemos aquí es un misterio a puerta cerrada en el que la única incógnita es cómo ha sido tan estúpido como para dejarse atrapar a las primeras de cambio.

—No esté tan seguro, Gunther. A pesar de las pruebas en sentido contrario, se me da bien mi trabajo. Me prestarán oídos.

—Es usted bueno, caballero. Muy convincente. Apuesto a que sería capaz de venderle un filete a un carnicero. Pero correré el riesgo. Que da la casualidad de que es lo que se me da bien a mí.

Me guardé el arma en la cinturilla del pantalón, subí corriendo, me llené los bolsillos con el dinero y salí con cautela de la casa blanca. No había nadie en las inmediaciones y, según mis oídos, el organista seguía interpretando a Bach como si no hubiera ocurrido nada. Tal vez por eso le guste su música a la gente. No volví al coche. No era mío. En cambio, fui pendiente abajo a través de los árboles y luego calle arriba hasta el puente de Max-Joseph para cruzar el Isar. Me detuve a la mitad para contemplar las turbulentas aguas de color café en un esfuerzo por quitarme de la cabeza parte de lo que acababa de ocurrir. No hay nada como el sonido y la imagen de un río crecido para aliviar el espíritu humano de lo que le angustia, y, si eso no funciona, siempre te puedes ahogar. Cuando tuve la seguridad de que no había nadie cerca del puente, tiré la Walther al río y luego fui en dirección oeste hasta el Jardín Inglés. No estaba seguro de por qué se llamaba así. A mi modo de ver, no tenía nada especialmente inglés, salvo tal vez la cantidad de gente de aire engreído que cabalgaba en imponentes caballos o paseaba grandes perros; por otra parte, quizá fuera la presencia de una inmensa pagoda china. Tengo entendido que ningún jardín inglés está completo sin una de esas. Al lado de la pagoda había una cervecería con terraza donde eché un trago rápido para calmarme los nervios. Se acercaba la hora de presentarme a trabajar en el hospital de Schwabing, pero con diez mil marcos en el bolsillo del abrigo y un par de cadáveres dejados a mi paso supuse que tenía cosas más urgentes que hacer si no quería ir a parar a la cárcel. Así que fui hasta una pequeña fila de taxis y le pedí al primer taxista que me llevara a Kardinal-Faulhaberstrasse, en el centro de la ciudad. Una vez allí, deambulé de aquí para allá un rato, mirando los nombres en las lustrosas placas de latón de los portales hasta que, al lado de un banco, encontré la que buscaba: aquella sobre la que Schramma había tenido detalle de informarme, la del «Doctor Max Merten, abogado». Confiar en un abogado no parecía muy buen plan e iba en contra de mi instinto —algunos de los peores criminales de guerra que había conocido eran abogados y jueces—, pero no veía otra alternativa. Además, este abogado tenía un interés especial en mi caso.

Había un ascensor, pero no funcionaba, de modo que subí por la amplia escalera de mármol hasta la tercera planta, donde me detuve un momento para recuperar el aliento antes de entrar. Tenía que parecer y, más importante aún, sonar tranquilo —aunque no lo estuviera— antes de decirle a un abogado a quien no veía desde antes de la guerra que los dos estábamos vinculados con un doble asesinato. Una mujer que supuse que era la secretaria de Merten se estaba preparando para irse a casa. Al verme, hizo una leve mueca de dolor como si supiera que iba a entretenerla. Llevaba el cabello de color

amarillo intenso que podría haberle peinado toda una colmena de abejas y parecía servirle de contrapeso crucial a su pecho, que era extraordinario y apetecible al mismo tiempo. Acaso me tachen de cínico, pero se me pasó por la cabeza que sus aptitudes para la taquigrafía y la mecanografía quizá no fueran las principales razones por las que la habían contratado.

—¿Puedo ayudarlo?

—Quiero ver al doctor Merten.

—Me temo que está a punto de irse a casa por hoy.

—Seguro que querrá verme. Soy un viejo amigo.

No llevaba mi ropa más elegante, así que me di cuenta de que ella lo ponía en tela de juicio.

—¿Puede decirme su nombre?

Era reacio a usar mi nombre auténtico y no creía que tuviera ningún sentido dar el nuevo. A Merten no le habría dicho nada. Tampoco quería mencionar el nombre de Schramma, por la sencilla razón de que ahora era un asesino. Hasta a la secretaria más leal le puede superar un poco algo así.

—Dígale solo que soy de la Alex, en Berlín. Él sabrá a qué me refiero.

—¿La Alex?

—Ya que lo pregunta, era el *Praesidium* de Alexanderplatz. Como el que tienen aquí en Múnich, pero más grande y más bonito. O por lo menos lo era hasta que llegó Karl Marx a la ciudad. Yo era policía. Por eso nos conocemos.

Un poco más tranquila ahora que sabía que antes era policía, la secretaria de Merten fue a buscar a su jefe. Entró en un despacho al fondo, dejándome con la elegante vista desde la ventana del rincón. El bufete de Merten estaba delante de la iglesia ortodoxa griega de Salvatorstrasse. Construida con ladrillo rojo al estilo gótico, la iglesia parecía curiosamente ajena a todo el resto de la calle, por lo demás de un uniforme estilo barroco. Seguía contemplándola cuando volvió la secretaria y me informó de que su jefe podía recibirme. Me indicó que pasara al despacho y luego cerró la puerta a nuestra espalda, al tiempo que Max Merten rodeaba la mesa para saludarme.

—Dios mío, no esperaba volver a verlo. Bernie Gunther. ¿Cuánto hace? ¿Quince años?

—Por lo menos.

—Pero me parece que no es poli. Ya no. No, no tiene aspecto de policía. No con esa barba.

—Hace tiempo que no llevo placa.

—Siéntese, Bernie. Coja un cigarrillo. Tómese una copa. ¿Quiere una copa? —Miró el reloj—. Sí, creo que ya es hora. —Fue hasta un enorme aparador Biedermeier y cogió una licorera del tamaño de una farola—. ¿Schnapps? Me temo que es eso o nada. Es lo único que bebo. Eso y cualquier otra cosa que lleve alcohol.

—Schnapps.

Era mucho más grande de lo que recordaba, casi en todos los sentidos: más alto, más escandaloso, más ancho, más gordo; su cabeza cubierta de cabello plateado era inmensa y parecía más propia de un león de piedra. Solo tenía pequeñas las manos. No aparentaba ser más joven que yo, pero lo era; por lo menos, una década. Vestía un

grueso traje de tweed de buena calidad, ideal para el invierno en Múnich, y aunque no le sentaba bien —llevaba la cinturilla de los pantalones justo debajo del pecho, como un flotador—, le urgía más un dentista que un sastre; uno de sus incisivos era de oro, pero los demás no tenían tan buen aspecto, quizá por la enorme cantidad de tabaco que fumaba. El despacho despedía un olor acre a cigarrillos egipcios. Yo también fumaba mucho, pero Max Merten podría haber formado parte de la selección oficial de fumadores de Alemania Occidental. Sus cigarrillos llegaban hasta sus carnosos labios rosas de un paquete de Fina encima de la mesa, uno detrás de otro, en una estrecha línea blanca casi ininterrumpida, pasando cada cual una llama diminuta al siguiente, como un testigo en una carrera de relevos sin fin. Me tendió una copa y luego me indicó unos cómodos sillones junto a la ventana, donde descorrió las gruesas cortinas y se sentó frente a mí.

—Bueno, ¿qué ha estado haciendo últimamente?

—He procurado no meterme en líos.

—Sin conseguirlo, por lo que lo conozco.

—Por eso estoy aquí, Max. Necesito un abogado. Es posible que lo necesitemos los dos.

—Ay, Dios. Eso no augura nada bueno.

—Contrató a un poli para que hiciera un trabajo por cuenta propia. Christian Schramma.

—Así es.

—Quería que comprobara los antecedentes de un posible donante de ese partido político que ha fundado. El CPP.

—PPP. Así es. El general Heinkel. Quería averiguar de dónde procedía el dinero para la campaña.

—Bueno, Schramma me contrató a mí. Bueno, quizá no me contrató, sino que no tuve opción de negarme.

—¿Para verificar la procedencia del dinero?

—Eso creía, pero luego resultó que quería que lo ayudara a robarlo. Tampoco tuve opción de negarme a eso. Vivo aquí en Múnich bajo un nombre falso. Por razones evidentes.

—La guerra.

—Eso es.

—Entonces, ¿qué ocurrió exactamente? Usted no es un ladrón.

Le conté todo lo que había ocurrido dentro de la casa del general. Y luego dejé el dinero encima de la mesa, hasta el último de los diez mil marcos.

—El general Heinkel ha muerto.

Asentí.

—Pero ¿quién es el otro muerto?

—No sé cómo se llama. Pero creo que trabajaba para el servicio de inteligencia exterior de Alemania del Este. El MSE.

—¿Qué tiene que ver con esto la RDA?

—Usted iba a ir a casa del general mañana por la mañana a recoger el dinero para el PPP, ¿verdad?

—Sí.

—Los del MSE planeaban avisar a la policía local de modo que fueran a detener al general quien, para quedar libre de culpa, alegaría entonces que el dinero era un soborno para usted y su amigo el profesor Hallstein.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa el general?

—Porque, según Schramma, la Stasi tiene a su hijo en una celda de la cárcel de Leipzig. Yo diría que el tipo del MSE estaba conchabado con Schramma. Pero que este lo traicionó.

—Ya veo. Qué inquietante es todo esto.

—También lo es para mí.

—No tenía idea de que Christian Schramma fuera un tipo tan peligroso.

—Los polis tienen armas. Y alternan con toda suerte de gentuza. Eso hace que sean peligrosos.

—¿Y Schramma sigue allí? ¿Encerrado en la bodega del general con los dos cadáveres?

—Eso es. —Tomé un sorbo de schnapps y cogí un cigarrillo—. Teniendo en cuenta que fue usted quien lo contrató, he pensado que igual tiene idea de qué hacer ahora. Si no fuera porque vivo bajo un nombre falso y que su amigo es un poli con un montón de años de servicio, habría llamado a la policía yo mismo y les habría dejado que se ocuparan ellos. Esperaba que lo hiciera usted en mi lugar.

—Ha hecho lo correcto al acudir a mí, Bernie. Bueno, por lo que ha dicho, parece un caso más que claro: dos cadáveres y el asesino y el arma homicida, todos en una habitación cerrada. Pero sé por experiencia que incluso los casos que parecen abiertos y cerrados tienen la manía de no encajar como es debido, desde el punto de vista de las pruebas. Y luego hay que tener en cuenta a la policía de Múnich, claro. Si Schramma es un poli corrupto, hay muchas posibilidades de que también haya otros agentes corruptos. Fingirán creer su versión y lo dejarán en libertad sin más. No, hay que plantearse con sumo detenimiento a quién llamar, y cuándo. Es posible que tenga que dar parte al Ministerio de Justicia del Estado de Baviera.

—Eso es cosa suya, claro. Pero, al margen de a quién se lo diga, haga el favor de tener en cuenta que, si yo tuviera necesidad de un abogado, no puedo costearme uno como usted. Espero que haber venido a ponerlo sobre aviso de todo lo que ha ocurrido sea suficiente para que me acepte como cliente de manera gratuita.

—Ah, desde luego. Y se lo agradezco. Mucho. Después de todo, podría haber desaparecido con el dinero y yo no me habría enterado de la misa la media.

—Me alegra que lo vea así, Max.

—Por cierto, ¿qué espera que haga yo con todo este dinero en efectivo?

—Eso es cosa suya. Nadie aparte de mí sabe que lo tiene.

—¿Cuánto hay, por cierto?

—Diez mil.

—Supongo que tendré que entregárselo a la policía.

Le di una larga calada al cigarrillo y entorné los ojos para que no me entrara humo. Si el gesto me confería un aspecto cauteloso y pensativo, esa era siempre mi intención.

—Me da la impresión de que tiene alguna que otra idea de su cosecha acerca de qué hacer con el dinero —comentó Merten.

—Si se lo da a la policía, tendrá que decir de dónde lo sacó. O quién se lo dio. Lo

primero sería incómodo para usted. Lo segundo me perjudicaría a mí. Yo le aconsejaría que lo use para el PPP de todos modos. Como era su intención desde el principio. Tampoco es que se lo pueda devolver a la RDA.

—Pero si me quedo el dinero para el PPP, eso nos deja con la incógnita de qué hacer con Christian Schramma. No podemos dejarlo allí dentro sin más, ¿verdad? Con esos hombres muertos y Schramma encerrado en la bodega es muy posible que la policía no vaya a presentarse mañana en casa del general dispuesta a efectuar una detención. Sin Schramma o alguien que dé la alarma, podría pasar allí una buena temporada. El general llevaba una vida bastante solitaria. No sé si tenía ama de llaves siquiera.

—También he pensado qué hacer con Schramma.

—A ver.

—Lo contrató usted. Puede librarse de él. Y no, no me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—Volvemos allí y lo convencemos de que tenga la boca cerrada.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Lleva razón, claro. No tiene sentido demorarlo y esperar que se arregle solo. El mueble preferido del diablo es la tumbona. Y ¿de verdad cree que debemos dejarlo ir?

—Pues más o menos sí.

—Pero ha matado a dos personas a sangre fría.

—Dar parte a la policía no les devolverá la vida. Y solo nos daría quebraderos de cabeza a nosotros. Una vez acuda a comisaría, es imposible saber lo que dirá. A hombres que son amigos suyos. No querrán creernos a nosotros.

—Cierto. Aun así, no me gusta. Ha dicho que todavía está armado, ¿no?

—Ajá.

—¿Y si le dejamos salir de la bodega y dispara contra nosotros? ¿Y si nos mete allí dentro, se queda el dinero como era su intención y luego nos mata a los dos?

—Creo que sé cómo evitar que lo haga.

—¿Cómo?

—¿Tiene una cámara?

—Sí.

—De acuerdo. Creo que debemos hacer lo siguiente.

Enfilamos Maximilianstrasse en dirección este en el Mercedes de Merten y cruzamos el Isar por el puente de Maximiliano, antes de doblar a la izquierda y hacia el norte Möhlstrasse arriba. Merten no había estado nunca en la casa del general muerto, por lo que yo le daba indicaciones. Volvía a nevar y ante los faros del coche los copos parecían burbujas en un vaso de cerveza blanca.

—Le estoy muy agradecido —reconoció Merten.

—No hay de qué, Max.

—Mire, me trae sin cuidado lo que hizo en la guerra. De verdad, eso no es asunto mío. Pero se supone que soy funcionario del tribunal de Baviera. Así que más me vale saber un par de cosas acerca de su situación actual. Si voy a ser su abogado, tiene que decirme si lo busca la justicia por algo en concreto. Más allá de lo evidente.

—¿Qué es lo evidente?

—Me refiero a su pasado en el Servicio de Inteligencia, el SD.

—En realidad, no hay nada. Ya sé lo que parece, por lo de que me ocultó bajo un nombre falso y tal, pero tengo la conciencia tranquila. —No estaba tan convencido, pero, al menos de momento, no tenía intención de contarle toda la historia de mi vida—. El caso es que soy un prisionero de guerra huido de un campo ruso. Maté a un hombre en la RDA cuando huía. Un alemán. Si me descubren, me cortarían la cabeza. Pero lo más probable es que la Stasi quisiera asesinar me con discreción.

Eso, al menos, sí era cierto.

—Entonces no hay problema. Por un momento pensé..., bueno, ya puede imaginar lo que pensaba. Siempre corrían por la Alex muchos rumores sobre el famoso Bernie Gunther. Que Himmler le dio una patada una vez. Que cumplía órdenes de gente como Goebbels y Göring, pero que sobre todo trabajaba para el general Heydrich.

—A regañadientes.

—¿Cabía siquiera esa posibilidad?

—Sí, si Heydrich lo decidía así.

—Supongo. Lo último que supe de usted fue que lo habían enviado a Rusia como miembro de un batallón de policía, a las órdenes de aquel otro asesino, Arthur Nebe, con el Grupo Operativo B.

—Así es. Solo que no asesiné a nadie.

—Sí, claro, claro, pero ¿a cuántos mató él? ¿Cincuenta mil?

—Algo por el estilo.

—Cuesta creer que dos o tres años después formara parte de la trama de Stauffenberg para asesinar a Hitler.

—De hecho, a mí me cuesta más aún creer que asesinara a cincuenta mil personas —dije—. Pero lo hizo. Nebe estaba lleno de contradicciones. Sobre todo, era un cínico oportunista. A principios de los años treinta, un nazi a ultranza; para 1938, integrante de una de las primeras tentativas para librarse de Hitler. Después de la milagrosa caída de Francia, un nazi comprometido dispuesto a hacer cualquier cosa para medrar, incluido el genocidio; y para 1944, cuando vio hacia dónde soplaba el viento, parte de la incompetente trama de Stauffenberg. Si fuera el personaje de un libro, nadie se lo creería. —No, supongo que no. En cualquier caso, quien esté libre de pecado... De no ser por sus buenos consejos, quizá yo me encontraría en su misma situación, Bernie.

—¿Por qué lo dice?

—Me refiero a que fue usted quien me disuadió de entrar a formar parte del Partido y las SS. ¿Lo recuerda? Justo antes de la guerra era un ambicioso abogado sin apenas experiencia en el Ministerio de Justicia, ansioso por hacer carrera. Por aquel entonces ingresar en las SS y el Partido Nazi era la forma más rápida de abrirse camino. En cambio, yo me quedé en el ministerio, por fortuna. Si no me hubiera quitado esa idea de la cabeza, Bernie, lo más probable es que hubiera acabado en el SD y al mando de algún grupo de operaciones especiales de las SS en los estados bálticos encargado de matar mujeres y niños judíos, como muchos otros abogados que conocía, y ahora estaría en busca y captura, como usted, o algo peor: podría haber corrido la misma suerte que esos otros hombres que acabaron en la cárcel, o ahorcados en Landsberg. —Meneó la cabeza y frunció el ceño—. A menudo me pregunto cómo habría afrontado ese dilema en particular. Ya sabe, el asesinato en masa. Qué habría hecho. Si hubiera sido capaz de hacer... eso. Prefiero creer que me habría negado a cumplir esas órdenes, pero si he de ser sincero, no sé la respuesta. Creo que mi deseo de seguir vivo me habría convencido de hacer lo que se me ordenaba, como cualquier otro abogado. Porque hay algo en mi profesión que a veces me horroriza. Me parece que los abogados pueden justificar casi cualquier cosa ante sí mismos, siempre y cuando sea legal. Pero cualquier cosa puede hacerse legal si se apunta a la cabeza con un arma a un parlamento entero. Incluso el genocidio.

—Doble a la derecha ahí delante y luego continúe dejando el río a la izquierda.

—De acuerdo.

—Bueno, ¿cómo le fue la guerra, Max?

—Por suerte, sin incidentes. Me reclutó la Luftwaffe cuando empezó la guerra y serví un tiempo en una batería antiaérea en Bremen y luego en Stettin. Era muy tranquilo. Demasiado tranquilo, en realidad. Quiero decir que me aburría mucho. Así que en 1942 fui al Comité de Guerra y me presenté voluntario al ejército. Pasé por la escuela de formación de oficiales, llegué a capitán y conseguí un destino tranquilo en un sitio cálido y soleado. De hecho, lo pasé bastante bien, teniendo en cuenta la situación.

—Gire a la izquierda por Neuberghauserstrasse y luego aparque. No queda muy lejos de aquí, pero más nos vale asegurarnos de que no esté la poli antes de entrar. Y no se olvide de la cámara.

Prendió otro cigarrillo con la colilla del anterior y la tiró.

—Buena idea.

Estacionó el Mercedes un poco más allá de la casa blanca y luego permanecimos

unos minutos junto al coche antes de asegurarnos de que aún no se habían descubierto los asesinatos.

—Voy a entrar yo primero, solo —dije—. Por si acaso. Espere un par de minutos. Subiré a la segunda planta y haré parpadear una luz para indicarle que todo está bien antes de que me siga. No tiene sentido que nos detengan a los dos. Pero si me trincan, no olvide ir a verme al *Praesidium* en cuanto pueda. Ya pasé allí una noche y no me gustó nada.

—Gracias, Bernie. Se lo agradezco.

Fui hacia la casa blanca, dejé atrás la iglesia y crucé la cancela de la cerca. La puerta de atrás seguía sin cerrar, y unos minutos después Max Merten y yo estábamos en la cocina. El puro de Schramma continuaba en equilibrio en el borde de la mesa de la cocina donde lo dejó.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó—. ¿Lo oye?

—Supongo que es Christian Schramma pidiendo ayuda a gritos.

Bajamos y me encontré su ojo azul escudriñando por la mirilla, igual que antes.

—Déjeme salir de aquí —gritó a través de la puerta de acero.

Me acerqué a la mirilla y le sostuve la mirada. Él golpeó la puerta como si deseara que hubiera sido mi cara y luego retrocedió varios pasos. Estaba claro que había encontrado un sacacorchos; había por lo menos dos botellas abiertas que no lo estaban la última vez.

—Estoy dispuesto a dejarle salir —grité—. Pero con tres condiciones.

—¿Cuáles?

—La primera es que escriba una confesión completa en su libreta. Sé que tiene una porque la vi en el bolsillo del abrigo cuando sacó ese calibre treinta y ocho. Puedo leer lo que escriba por la mirilla. La segunda es que lo vea quitar la cinta adhesiva de la empuñadura del revólver y vaciar el cargador. Calculo que le quedan cuatro balas. Puede meterlas todas en una botella de vino. Cuando el arma esté cubierta de sus huellas dactilares, puede dejarla encima de la mesa donde yo la vea.

—¿Y la tercera condición?

—Esta va a llevar algo más de tiempo. Quiero verle beber el contenido de varias botellas. Solo cuando esté seguro de que está borracho como una cuba abriré la puerta. Si hace todo lo que le digo a mi entera satisfacción, el doctor Merten y yo lo llevaremos en carretilla a su coche y lo conduciremos hasta el Jardín Inglés, donde lo dejaremos para que duerma la mona toda la noche.

—Y luego, ¿qué?

—El trato es el siguiente: nos olvidaremos de que tuvo nada que ver con estos asesinatos si usted se olvida de mí. Y del dinero. El dinero va a ir a parar al PPP de todos modos. Yo volveré a mi trabajo de mierda en el depósito de cadáveres del hospital y usted puede volver al suyo, velando por la ley en esta hermosa ciudad. Siempre y cuando tenga la boca cerrada acerca de todo, nadie se enterará jamás de que mató a estos dos hombres. Pero si un poli con gorra absurda me reprende, aunque solo sea por silbar en la calle, deduciré que el trato se ha roto y la policía descubrirá esa pistola con sus huellas y su confesión.

No mencioné la cámara. Quería que la existencia de fotografías de Schramma junto a dos cadáveres fuera un elemento extra de persuasión amistosa, llegado el caso.

—Que le den, Gunther. A usted también, Merten. Que les den a los dos. Seguro que acabará por aparecer alguien aquí dentro de poco y me dejará salir; y cuando eso ocurra...

—No va a venir nadie. El general vivía solo, como usted dijo.

—Alguien vendrá. Vendrá la policía. Mañana. Eso es. Vendrán porque les avisé para que vinieran a detener al general y a Merten. Tal como le dije.

—No. Me parece que eso es lo que pensaban que iba a ocurrir esos dos hombres a los que asesinó. Pero no. Creo que usted quería que sus cadáveres siguieran ahí, sin que los descubrieran, durante tanto tiempo como fuera posible. El tiempo suficiente para ponerse a salvo, por lo menos.

—Puede creer lo que le venga en gana. Pero le aseguro que se presentarán aquí mañana. Y cuando vengan les diré que me tendió una encerrona. La situación no me favorece, claro. Pero ¿a quién le parece que creerán? ¿A mí, un poli con placa desde hace veinticinco años, o a usted, un hombre con falsa identidad.

—Muy bien. No le falta razón. Pero piénselo bien. Aunque podría haberlo dejado morir de hambre aquí, no lo he hecho. He vuelto a por usted. Sin embargo, veo que no quiere entrar en razón. Así que no volveré. No puedo correr ese riesgo. Y esta vez tendré buen cuidado de apagar todas las luces y cerrar la puerta al salir. Bogenhausen es una zona muy retirada. La gente no se mete en los asuntos del prójimo. Podrían tardar meses en encontrarlo. La inanición es una manera horrible de morir. Pero quizá si bebe suficiente vino de ese, no note tanto dolor. Eso espero, por su bien. Hay un pequeño cementerio ahí al lado. Me da la impresión de que enterrado vivo en esta bodega ya está más o menos igual que allí.

Apagué la luz del sótano, que también controlaba la luz en el interior de la bodega, y empujé a Max Merten hacia las escaleras, como si fuéramos a irnos de verdad.

—¡Vale, vale! —grito Schramma—. Usted gana, Gunther. Lo haré a su manera, so cabrón.

Volví a encender la luz y regresé hasta la mirilla, dispuesto a supervisar todo el laborioso proceso de cerciorarme de que tendría algo remotamente parecido a un futuro.

Todo discurrió según lo planeado, o casi. Incluso con cuatro botellas de Spätburgunder del bueno entre pecho y espalda, Schramma se las ingenió para sacar un arma del bolsillo e intentar dispararme —era la que había tenido previsto usar contra mí desde el primer momento, después de que en teoría yo hubiera abatido a los otros dos con el calibre 38— y me vi obligado a dejarlo inconsciente por completo de un gancho rápido a la cara. Después de haberlo fotografiado con los muertos, los arrastramos arriba y lo sacamos al jardín, donde lo cargamos en la carretilla y lo llevamos de regreso a su coche. Estaba oscuro y caía una fuerte nevada, pero no nos vio nadie. En Bogenhausen seguramente lo habríamos podido sacar de la casa en mitad de un día de verano y nadie se habría percatado.

Con Merten siguiéndome, conduje el BMW a través del puente hasta el Jardín Inglés y lo abandoné allí con Schramma en un lugar tranquilo cerca del monóptero, que es una especie de templo griego en la cima de una colina dedicado a Apolo, uno de los dioses que gozan de mayor popularidad en Múnich. Después de todo es el dios de la profecía, y a los bávaros eso les gusta. Desde luego, Hitler así lo creía.

—¿Y si se muere congelado? —dijo Merten.

—Mire que lo dudo.

—No me gustaría cargar con ninguna muerte sobre mi conciencia.

—No se preocupe por eso. Estará bien. Cuando era un poli que hacía la ronda en Berlín me topé con muchos borrachos que habían sobrevivido a noches más frías que la que pasará Schramma en ese BMW. Además, esto ha sido idea mía, no suya. Así pues, aunque muriera, usted no tendría nada que reprocharse. Yo puedo vivir con ello después de lo que él tenía pensado hacer conmigo.

—Necesito un trago.

—Yo también.

—Mejor en algún sitio alegre. Tengo a esos dos muertos grabados en las retinas. Venga. Invito yo.

Merten condujo en dirección sur hasta la Hofbräuhaus de Platzl, una cervecería de tres plantas que se remonta al siglo XVI en cuya planta de arriba Hitler pronunció en cierta ocasión un importante discurso, solo que nadie menciona eso ahora. Hoy en día la gente agradece más una pequeña banda de viento. Ocupamos una mesa apartada que hacía esquina con un alféizar de ventana de la anchura de la tapa de un ataúd y pedimos cervezas tan altas como paragüeros. Intenté llevar la cuenta de los cigarrillos que fumaba el abogado, no por insulsa curiosidad sino llevado por el deseo de sentirme mejor con respecto a mi propia adicción. Sentado junto a Merten me sentía mejor de lo

que me había sentido en mucho tiempo. Hasta me las apañé para convencerme de que me encontraba en un estado óptimo de salud. El tipo echaba más humo que el valle del Ruhr. Durante un rato nos limitamos a beber y fumar y no hablamos en absoluto, pero poco a poco la música y la cerveza nos dieron alcance y al final dijo:

—Hablando como berlinés, Múnich deja mucho que desear en ciertos aspectos, pero desde luego que la cerveza no es uno de ellos. No hay cerveza como esta en ningún lugar del mundo. Ni siquiera en Asgard. En un momento u otro habré probado todas y cada una de las cervezas de esta zona. No es una gran afición, lo sé, pero desde luego es mejor que coleccionar sellos. También deja mejor sabor.

—¿Alguna vez echa de menos Berlín, Bernie?

—Claro. Pero ahora mismo Berlín anda como Amelia Earhart, ¿no? Perdido en una isla desierta en mitad de un inmenso mar rojo y hostil. Así que no tiene sentido desear encontrarse allí.

—Sí, pero Múnich tiene algo que no es tan bueno como Berlín. Solo que no sé lo que es.

—Si Berlín es Amelia Earhart, entonces Múnich es Charles Lindbergh: rico, reservado, vano y con una historia más que cuestionable.

Merten sonrió hacia el interior de una cerveza del color de una buena noche ya disfrutada y a punto de desaparecer sumidero abajo.

—Estoy en deuda con usted —aseguró.

—Ya me lo dijo. Y no hace falta que lo repita. Basta con que siga invitándome a cervezas.

—No, en serio, me gustaría ayudarlo, Bernie. Por los viejos tiempos. Dijo que es celador en el depósito de cadáveres del hospital de Schwabing, ¿no?

—Ah, ¿sí?

—Un hombre con sus aptitudes está desaprovechado en un lugar así.

—¿A qué aptitudes se refiere, Max? ¿Manipular un escenario del crimen? ¿Dejar a un hombre sin sentido? ¿Apañármelas para que no me peguen un tiro?

—Ser poli, claro, cosa que hizo durante un montón de años.

—Por eso ahora disfruto de una pensión tan generosa de la policía.

—Casualmente estoy al tanto de que hay un puesto vacante aquí en Múnich. Se le daría muy bien.

—Tengo un empleo que se me da muy bien. Cuidar de los muertos. De momento, no he tenido quejas. Ellos no me molestan y yo no los molesto a ellos.

—Me refiero a un empleo como es debido. Un empleo con perspectivas.

—De repente, todo el mundo me ofrece trabajo. Oiga, Max, los polis no somos buena gente. Dedicamos nuestras mejores cualidades al trabajo, y a la vida solo le tocan las sobras. No me tome nunca por un tipo decente. Nadie más lo hace.

—A ver, haga el favor de escucharme, ¿quiere?

—De acuerdo. Lo escucho.

—Un trabajo respetable.

—Ah. Entonces quedo descartado. Hace muchos años que no soy respetable. Lo más probable es que no vuelva a serlo nunca.

—Le hablo de un trabajo en seguros.

—Seguros. Eso es cuando la gente apoquina dinero a cambio de tranquilidad. No

me importaría gozar de un poco de tranquilidad. Solo que dudo de que pueda permitirme la prima.

—Múnich RE es la empresa más importante de Alemania. Un amigo mío, Philipp Dietrich, es director del departamento de tasación de daños. Resulta que está buscando un nuevo investigador de demandas por daños y perjuicios. Un tasador de pérdidas. Y me da la impresión de que a usted se le daría de maravilla.

—Es cierto que de riesgos sé mucho, los he corrido toda mi vida, pero no tengo ni idea de seguros, aparte de que no tengo ninguno.

—«Investigador de demandas» no es más que una manera educada de describir a uno que cobra por averiguar si alguien miente. Corríjame si me equivoco, pero ¿no es eso lo que hacía en la Alex? Se dedicaba a buscar la verdad, ¿no? Además, se le daba estupendamente, si mal no recuerdo.

—Es mejor dejar de lado esos recuerdos, si no le importa. Eran los de un hombre que se llamaba de otra manera.

—Lo que se decía en la Alex era que durante un tiempo fue usted el mejor inspector de la Comisión de Homicidios. Todo un experto.

—Sin duda vi muchos asesinatos. Pero hágame caso: si busca la verdad, no le pregunte a un experto en nada. Lo que obtendrá es una opinión, que es algo muy distinto. Además, los polis y los inspectores no son expertos, Max, son apostadores. Se manejan con probabilidades, igual que ese tipo francés, Pascal. Lo más probable es que este sea inocente y lo más probable es que ese sea culpable, y luego lo dejamos en manos de los abogados. Los únicos que siempre aseguran decir la verdad son los sacerdotes y los testigos en los juicios, lo que permite hacerse una idea bastante aproximada del valor que tiene la verdad.

—Trabajar para MRE tiene más futuro que trabajar en un depósito de cadáveres, diría yo.

—No estaría tan seguro, Max. Todos acabaremos allí tarde o temprano.

—Hablo en serio. Mire, deme unos días para que le hable de usted a Dietrich. Y déjeme agenciarle un traje nuevo. Sí, ¿por qué no? Para una entrevista. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que ha hecho por mí. Dígame que se lo planteará. Y deme una respuesta por la mañana. Pero no lo deje correr más tiempo. Como se suele decir, la mañana amanece con oro en la boca.

—De acuerdo, de acuerdo. Siempre y cuando deje de mostrarse tan rematadamente agradecido. Es posible que la bondad parezca la cadena dorada que mantiene unida la sociedad, pero a mí me destroza. No la soporto. Ya no. Cuando la gente es cruel o indiferente, sé a qué atenerme. Eso nunca defrauda. Pero, por el amor de Dios, no sea amable conmigo. No sin un paracaídas.

Ubicada a un breve trecho a pie del Jardín Inglés, Múnich RE tenía su sede en Königinstrasse, cerca del Club Automovilístico Alemán, en un edificio de cuatro plantas de color ocre relativamente antiguo que tenía el tamaño y la forma de una universidad pequeña, con una columnata jónica y abundantes trampantojos estucados. Las puertas de madera rústica y las altas rejas de hierro parecían el sueño de un agente de seguros con todos los riesgos cubiertos: ni siquiera un campamento entero de gitanos podría haber entrado allí. Una de las dos alas situadas a ambos lados de un patio enlosado estaba en proceso de renovación y varios jardineros retiraban la nieve de la entrada principal, probablemente para evitar que alguien resbalara, cayera y pusiera una demanda. La mayoría de los coches aparcados delante eran Mercedes-Benz o BMW nuevos sin un solo arañazo. Saltaba a la vista que había conductores muy cautelosos en esa parte de Múnich, a diferencia del resto de la ciudad, y todos asegurados. Si me hubieran dicho que el edificio era la jefatura de policía o el tribunal penal central o incluso el palacio arzobispal, lo habría creído. A juzgar por el aire tan lujoso del lugar, deduje que llevaban tiempo sin abonar ninguna póliza de seguro hasta que no hubiera quedado fuera de toda sospecha.

Me dirigí a la entrada lateral de Thiemstrasse. Encima de otra puerta de aspecto robusto había una cabeza de mujer de piedra gravemente desfigurada por la metralla, como otras muchas en Múnich. Del otro lado de la puerta había un área de recepción donde se daba la bienvenida a los proveedores, lo que casi era cierto: la ocupaban dos mujeres de rostro tan pétreo como la de fuera. Detrás de ellas había dos extintores, un cubo de arena, una manguera y una alarma contra incendios de tamaño considerable. El mero hecho de entrar en ese edificio me transmitió la sensación de que iba a vivir por lo menos un año más.

Herr Dietrich bajó y me mostró el camino a su despacho del segundo piso en persona, un detalle muy amable por su parte. Era alto y tenía un sobrepeso considerable y, como todos los demás allí presentes —yo incluido, gracias a Max Merten—, vestía un traje gris granito que, no tardé en averiguar, reflejaba su actitud ante quienes formulaban reclamaciones a la aseguradora. Tenía las orejas muy grandes y caminaba de un modo pulcro y afeminado, con las muñecas hacia el suelo como si estuviera en equilibrio sobre la cuerda floja o —lo que era más probable— como si le hubieran dicho que caminara y no corriera para que su corpulencia gris no provocase un accidente. En su moderno despacho con vistas a los amplios jardines de atrás, me invitó a sentarme y luego me ofreció su manera de ver el mundo al completo junto con una taza de buen café y un vaso de agua en una bandejita de acero.

—Los seguros giran en torno a las estadísticas —dijo—. Y en este departamento, esas estadísticas son, en la mayoría de los casos, poco más que datos relacionados con el crimen, debido a que un elevado número de clientes son maleantes. Aunque a Herr Alzheimer no le hace ninguna gracia que yo vaya diciéndolo por ahí. Herr Alzheimer es presidente de Múnich RE y diplomático, por no decir otra cosa. No es bueno para el negocio mencionar a todos los ladrones a los que aseguramos. Pero mi trabajo es llamar al pan, pan y al vino, vino incluso cuando la mayoría de la gente diría que son queso y agua. No parecen darse cuenta de que al presentar una reclamación falsa a la aseguradora cometen un grave delito. Pero es justo eso. Y ocurre a diario. Si le contara la mitad de las estrambóticas mentiras que algunos ciudadanos sumamente respetables esperan que nos creamos, diría que exagero.

—No, ni siquiera si lo creyera. El caso es que yo también soy un tanto cínico, Herr Dietrich.

—El cinismo es una escuela filosófica muy respetable. Para los antiguos griegos no tenía nada de vergonzoso decir que uno era cínico. En mi humilde opinión, no hay nada de malo en una buena dosis de cinismo, Herr Ganz, y no tardará en descubrir que Diógenes es el santo patrono del negocio de la investigación de demandas. Siempre y cuando mi departamento siga pensando así, esta empresa seguirá siendo rentable. Pero no crea que tenemos el corazón de piedra, por favor. No es así. Lo cierto es que estamos llevando a cabo un valioso servicio público. Así lo veo yo. Al no atender solicitudes fraudulentas, las primas de nuestros clientes honrados son más bajas. Pero ahora mismo ando escaso de hombres con buen olfato para la falsedad. Necesito un tasador de daños capaz de pensar del mismo modo que yo.

»Seguro que ya se habrá fijado en mis prominentes orejas, Herr Ganz —prosigió Dietrich—. Por estas oficinas se me apoda Dumbo. Ya sabe, como el elefantito de los dibujos animados de Walt Disney. La mayoría de la gente cree que mis orejas son graciosas. Y a mí no me parece mal porque, como en el caso del elefantito, estas orejotas me han valido mi fortuna. Son el motivo por el que dirijo este departamento. Desde luego no puedo volar, pero sí que cuento con los consejos del ratón Timothy, que susurra cosas que solo alcanzan a oír estas orejotas; ideas que van directas a mi subconsciente. El caso es que Timothy me dice cuándo cree que una solicitud en particular huele a chamusquina. El doctor Merten me ha asegurado que fue usted un excelente inspector. En lo que ahora es Berlín Oriental. Y que por ese motivo no puede presentar referencias por escrito.

—Pues sí, más o menos, Herr Dietrich.

—En tal caso es una suerte que el doctor Merten esté dispuesto a responder de usted en persona. En mi opinión, eso hace de usted un muy buen riesgo. Un riesgo pero que muy bueno.

—Agradezco la confianza que ha depositado en mí.

—¿Le gustaba trabajar de policía?

—Casi siempre.

—Hábleme de lo que no le gustaba.

—El horario. El sueldo.

—¿No era suficiente?

—Ni de lejos, para trabajar tantas horas. Pero ya sabía que sería así cuando

empecé, de modo que estaba preparado para sobrellevarlo. La mayor parte del tiempo. Esperar que una mujer viviera con ello era harina de otro costal.

—¿Diría que es usted un hombre confiado, Herr Ganz?

—Bueno, lo que se debe tener en cuenta sobre la confianza es lo siguiente. No tiene mayor secreto. Confiar en la gente se reduce a hacer caso omiso de lo que te dice el instinto y toda la experiencia y dejar en suspenso la incredulidad. El caso es que la única manera de estar seguro de si puedes confiar en alguien o no es lanzarte y fiarte de ellos. Pero no siempre da muy buen resultado. La gente suele portarse como gente y dejarte en la estacada, y no hay más. Como es natural, si uno sabe que van a dejarlo en la estacada, entonces no se lleva decepciones.

Sonrió y profirió un ruido desde lo más profundo de su enorme barriga que supuse que era algo parecido a aprobación.

—Dígame, Herr Ganz, ¿está en buena forma?

—Claro —mentí—. Siempre que no me pida que baile alrededor de una farola con un paraguas.

—Son utensilios peligrosos —dijo—. En Alemania Occidental cada año resultan gravemente heridas más de cien personas como resultado de la imprudencia de alguien con un paraguas.

De pronto entreví el peligroso mundo en el que Dietrich vivía, en el que todo lo que hacía un ser humano conllevaba un riesgo inherente. Era como tener una conversación con un físico nuclear: nada era demasiado pequeño para considerarse insignificante.

—¿Es un hecho?

—No, es estadística —matizó—. Hay diferencia. A un hecho no siempre se le puede poner precio. Bueno. Tengo otra pregunta. ¿Hasta qué punto es usted cínico, Herr Ganz?

—Tengo veinticinco años de experiencia viviendo en un barril en las calles de Berlín. ¿A eso se refiere?

Sonrió.

—No exactamente. Lo que quiero es que me ponga un ejemplo de cómo piensa.

—¿Sobre qué, pongamos por caso?

—No sé. Dígame algo sobre política. La Alemania moderna. El gobierno. Cualquier cosa.

—El caso es que podría resultar que soy demasiado cínico para su gusto, Herr Dietrich. Con la boca que tengo, igual consigo quedarme sin trabajo.

—Puede hablar con toda libertad. Lo que me interesa es cómo piensa, no lo que piensa.

—De acuerdo. A ver qué le parece, señor. Vivimos en una era de amnesia internacional. ¿Quiénes éramos y qué hicimos? Nada de eso importa ahora que estamos en el bando de la verdad, la justicia y el estilo de vida americano. Lo único que importa en Alemania hoy en día es que los americanos disponen de un canario en la mina europea que les permitirá disponer de tiempo suficiente para escapar si los rusos deciden cruzar la frontera. Y ese canario somos nosotros. Pío, pío.

—¿No cree que los americanos vayan a defendernos?

—¿Después de lo que hicimos? ¿Lo haría usted?

Herr Dietrich rio entre dientes.

—Es usted el hombre que necesito, Herr Ganz. Me gusta cómo piensa. El escepticismo, sí. Esa es la esencia de la oficina de investigación de reclamaciones. No crea lo que le hayan dicho que crea. Hay que esperar lo inesperado. Ese es nuestro lema. Me enorgullezco de ser un excelente juez de la naturaleza humana. Y opino que es usted la clase de hombre que busco. ¿Cuándo puede empezar a trabajar?

—¿Tiene algo de malo el 1 de febrero?

—Muy bien. Así me gusta. Pero antes tengo que pedirle a Herr Alzheimer que apruebe su contratación. Es el presidente de la junta, pero se interesa especialmente por mi departamento, así que querrá conocerlo en persona. ¿Le parece bien, Herr Ganz? ¿Está preparado para someterse un momento al riguroso examen de Alois Alzheimer en su despacho?

Estaba decidido a comportarme lo mejor posible, de modo que dije que sería un honor y Dietrich debió de creerme porque levantó el auricular e hizo una llamada. Al cabo de unos minutos subíamos hacia una atmósfera más enrarecida. Desde luego, las moquetas grises eran más gruesas. Había también muchos paneles de madera en las paredes, lo que, si bien era bonito, me pareció que planteaba un posible riesgo de incendio. Habría señalado incluso que no había red de seguridad en el hueco de la escalera; alguien podría haber caído fácilmente por la barandilla del rellano del cuarto piso, sobre todo si algún otro le golpeaba primero, o lo encañonaba con un arma. Ya empezaba a calcular riesgos sin pensarlo.

Según Max Merten, Múnich RE había asegurado todos los campos de concentración nazis contra incendios, robos y demás riesgos. También había tenido tratos con las SS. Yo desde luego no iba a buscar ninguna actitud de superioridad moral en ese sentido. Además, de hecho, creía en lo que le había dicho a Dietrich sobre la amnesia internacional. A nadie iba a quitarle el sueño lo que hizo Alemania en la guerra. A nadie salvo a mí, quizá.

El despacho del presidente era una aguilera propia de un ave de rapiña gigantesca. El hombrecillo delgado que lo ocupaba tenía la mirada tan penetrante como un halcón o águila míticos. Alzheimer era un bávaro elegante de aspecto acomodado con traje gris hecho a medida, un leve bronceado, pelo oscuro, cejas más oscuras y semblante tan perspicaz como las estadísticas de esperanza de vida en un actuario de seguros. Si Josef Goebbels siguiera vivo, quizá hubiese tenido el aspecto de Alois Alzheimer. Mientras Dietrich pasaba por el trámite de recomendarme, el presidente me dirigió una mirada valorativa como calculando cuánto me quedaba de vida y cuál debería ser la prima de mi póliza. Pero hasta Pollyanna se habría dado cuenta de que yo suponía un riesgo excesivo. A pesar de todo, el presidente de Múnich RE aprobó mi nombramiento. Ahora era un tasador de daños con un sueldo de veinticinco marcos alemanes a la semana, más incentivos. No era una fortuna, pero superaba con creces lo que cobraba en el depósito de cadáveres. Como decía mi madre, está bien poder llegar a fin de mes, pero a veces se agradece tener suficiente para darse un capricho. Y se lo debía todo a Max Merten. Salí del edificio sintiéndome casi satisfecho conmigo mismo. El mundo de los seguros no parecía menos oscuro que lo que hacía en el hospital, y por lo tanto resultaba igual de atrayente. Más aún, quizá. Incluso la palabra «seguros» parecía conllevar un elemento deseable de protección. Costaba imaginar a un solicitante descontento apuntándome al oído con un arma mientras discutía los detalles

más sutiles de la letra pequeña de su póliza. En eso me equivocaba.

—¿Sabe dónde está la Gliptoteca, Christof?

—Sé dónde está —le dije a Dietrich—. Aunque no estoy seguro de lo que es.

—Es el museo público más antiguo de Múnich y el único en el mundo dedicado exclusivamente a la escultura antigua. Se produjo un allanamiento anoche y quiero que vaya a ver qué robaron. O, dicho de otro modo, quiero que averigüe si van a presentar una demanda. De ser así, compruebe si hay alguna negligencia de contribución, ese tipo de cosas. Algo que pueda afectar a la indemnización. ¿Se dejó alguien una puerta sin cerrar o una ventana abierta? Ya sabe.

—Ya sé.

Y lo sabía. Antes de ingresar en la Comisión de Homicidios de Berlín había investigado robos suficientes como para abordar ese encargo en nombre de Múnich RE con seguridad e incluso con cierta nostalgia.

Había una media hora a pie en dirección suroeste hasta el museo en el lado norte de Königsplatz. La Gliptoteca había sufrido daños de consideración en 1943 y 1944, y la restauración estaba a punto de terminar pero aún había andamios en el lateral del ala oeste. Me pregunté si el allanamiento habría tenido lugar allí. Detrás de un pórtico de columnas jónicas con dos alas provistas de nichos ornamentados quedaban las salas de exposición a las que entraba luz desde un patio central. En cierto modo, el lugar me recordó a las oficinas de Múnich RE, lo que decía mucho más sobre el negocio de los seguros que sobre las artes plásticas, al menos en Alemania. El conjunto de mármol del frontón representaba a una Atenea manca que impartía órdenes a un grupo de obreros que no podrían haber parecido más indiferentes a la protección de la diosa, lo que me hizo pensar que ya eran miembros de un sindicato, y muy probablemente ingleses, pues ninguno parecía estar haciendo gran cosa. Frente a la entrada había un coche de policía, y en el interior, un montón de esculturas de mármol griegas y romanas, la mayoría demasiado grandes para robarlas o ya muy dañadas para saber si habían resultado dañadas, por así decirlo. Un poli de uniforme me preguntó quién era y le tendí una de mis nuevas tarjetas de visita, que pareció satisfacerlo. A mí sin duda me satisfacían; hacía años que no disponía de tarjetas de visita, y aquella era más rígida que un cuello de puntas bien almidonado.

El poli me explicó que el allanamiento se había producido en el piso superior y, fijándome en que había un timbre de alarma del tamaño de un gong para anunciar las comidas y una escalera de mano bajo las escaleras, subí siguiendo el sonido de unas voces hasta una suite de despachos en la segunda planta del ala oeste. Un inspector de policía examinaba una ventana rota que parecía haber sido forzada, mientras otro

prestaba oídos a un hombre con gafas y perilla, que supuse era alguien del museo.

—Es muy raro —dijo el del museo—, pero hasta donde alcanzo a ver, no se llevaron apenas nada. Solo unas pocas piezas muy pequeñas, me parece. Cuando pienso en todos los tesoros que podrían haber robado, o destrozado, se me hiela la sangre. La *Medusa* de Rondanini o el *Fauno* de Barberini, por ejemplo. Ahora bien, no les habría resultado nada fácil trasladar algo del tamaño de nuestro preciado *Fauno*. Pesa cientos de kilos.

—¿Resultó dañado algo? —preguntó el inspector.

—Solo la mesa de mi despacho. Alguien la forzó y hurgó a fondo en los cajones.

—Chavales, lo más probable —comentó el inspector—, en busca de pasta fácil.

Fue más o menos entonces cuando repararon en que yo estaba allí, de modo que me adelanté con la tarjeta de visita y me presenté. El agente de policía era un inspector llamado Seehofer y el Fritz del museo era el doctor Schmidt, subdirector adjunto.

—Me da la impresión de que ha hecho el viaje en balde, Herr Ganz —observó Seehofer—. Parece que no se ha dañado ni ha desaparecido nada recientemente.

Yo no estaba tan convencido.

—¿Entraron por ahí? Los chavales, digo.

—Sí, parece ser que treparon por el andamio.

Me acerqué a la ventana.

—¿Le importa si echo un vistazo? —le pregunté al inspector.

—Como en su casa.

Asomé la cabeza por la ventana. Había huellas de aspecto reciente en unos tablones amontonados allí cerca. Quizá fueran las pisadas de un obrero, pero ya había visto otra parecida en una alfombra junto a la puerta del despacho. No parecía de ningún chaval, pensé, sino más bien de un tipo grandullón. Pero no contradije al inspector de la policía. Decidí que era mejor congraciarme con él por el momento.

—¿Vienen muchos visitantes al museo? —le pregunté al doctor Schmidt.

—Es febrero —señaló—. La cosa siempre va un poco lenta en febrero.

—¿Y la alarma? —indagué—. ¿Cómo es que no sonó?

—¿Qué alarma? —se interesó Seehofer—. ¿Hay una alarma?

—No lo sé —repuso el doctor Schmidt, como si se le acabara de ocurrir en ese momento, y saltó a la vista que no se lo había mencionado al inspector, a quien pareció irritarle levemente descubrir un hecho semejante a esas alturas.

—¿Le importa mostrarme dónde está la alarma, señor? —le rogó Seehofer, un poco tarde ya para colmar de confianza el corazón de un investigador de reclamaciones.

Volvímos abajo, cruzamos el pasillo y levantamos la vista hacia el timbre colocado en la pared un metro o así por encima de nuestras cabezas. Desde donde estábamos no iba a revelarnos mucho, y poco después me sentí obligado a acelerar las cosas y cogí la escalera de mano que había bajo los peldaños.

—Eso debería hacerlo yo, oiga —dijo Seehofer cuando me subía a la escalera, que, ahora que trabajaba para una compañía de seguros, me pareció un poco menos firme sobre el suelo de mármol pulido.

Asentí y volví a bajar sin pronunciar palabra, contento de no tener que correr el riesgo. No iba a cobrar mis veinticinco marcos a la semana si me caía de una escalera.

Seehofer subió la escalera, miró hacia abajo con aire de precariedad varias veces y

al final se las arregló para llegar a la altura de la alarma, donde empezó a emplear de veras sus aptitudes detectivescas.

—Esto lo explica —dijo—. Hay un trozo de cartón doblado entre la campanilla y el badajo.

—Pues no lo saque, por el amor de Dios —advertí.

—¿Cómo dice? —preguntó, y lo sacó. El timbre empezó a sonar, con un estruendo, lo que casi hizo que Seehofer se cayese de la escalera. Perdido el valor para permanecer en las alturas, se apresuró a bajar enseguida.

—¿Puede desconectarla? —le grité al doctor Schmidt.

—No estoy seguro de saber cómo —reconoció.

—¿Quién lo sabe?

—El vigilante de seguridad.

—¿Dónde está?

—Esto... Lo despedí cuando descubrí que habían entrado. Supongo que se ha ido a casa.

Dado que no podíamos oírnos pensar, y mucho menos hablar, me sentí obligado a coger el trozo de cartón de los dedos nerviosos de Seehofer, subir la escalera y meterlo de nuevo entre la campanilla y el badajo, pero no sin antes desplegarlo para comprobar que en realidad era un paquete vacío de tabaco Lucky Strike.

Una vez abajo, pregunté:

—¿Para qué está aquí esta escalera de mano?

—Ayer estuvo puesta todo el día —respondió Schmidt—. Uno de los obreros la usó para cambiar bombillas en los apliques del techo.

—Así pues, debió de estar largos ratos desatendida.

—Sí.

—Entonces, yo diría que quien irrumpió aquí anoche vino al museo como visitante ayer y, al ver la oportunidad, se subió a la escalera e inutilizó la alarma con un paquete de tabaco vacío.

—Lucky Strike... Un golpe de suerte, aunque no para algunos —murmuró Seehofer, lo que no le ganó la simpatía del doctor Schmidt, cuyo sentido del humor, como era comprensible, brillaba por su ausencia esa mañana.

—Parece muy oportunista —observé—. Como que nuestro sospechoso vio la ocasión de inutilizar la alarma en un momento dado y usó el primer objeto que tenía a mano.

—Lo que hace más sorprendente si cabe el hecho de que no robaran nada —dijo Schmidt—. Bueno, esto fue planeado. No creo que unos chicos se tomaran tantas molestias. Ni que actuaran con semejante previsión. ¿No les parece?

—¿Puedo echar un vistazo dentro de los cajones de la mesa? —le pregunté—. Si no le importa.

—Desde luego, pero no hay nada que ver. Solo artículos de escritorio del museo y unas guías. Quizá se guardaban algunas piezas muy pequeñas en uno de los cajones. No sabría decirlo a ciencia cierta. No es mi mesa, sino la del subdirector.

—Tal vez podamos preguntarle a él qué falta, si es que falta algo.

—Me temo que no. Lleva enfermo una temporada. De hecho, dudo que vaya a volver.

—Entiendo.

Volvimos por el pasillo, y fue entonces cuando vimos una sola gran estatua de mármol en una sala como un panteón, y si nos llamó la atención no fue porque hubiera resultado dañada sino por lo que era: la estatua a tamaño real de un fauno romano o sátiro griego, con las piernas cruzadas —una en ángulo recto con la piedra sobre la que estaba sentado— que parecía sufrir una resaca después de haber estado hasta las tantas en la Hofbräuhaus. La indecorosa estatua era sumamente fiel a la realidad y no dejaba nada a la imaginación.

—Dios —exclamó Seehofer—. Por un momento me ha parecido que era de verdad. Es muy..., muy realista, ¿no creen?

—Es el *Fauno* de Barberini del que les hablaba —dijo Schmidt—. Griego. Posiblemente restaurado por Bernini después de sufrir graves desperfectos durante un ataque de los godos casi un millar de años antes.

—Parece que la historia se repite una y otra vez —comenté, y me imaginé fugazmente a aquellos antiguos germanos en una desesperada lucha a muerte.

De nuevo en el despacho, eché un vistazo al interior de la mesa.

—¿Robaron algo de aquí? —pregunté—. ¿Alguna caja con dinero, quizá?

—No, ni siquiera un rollo de entradas.

—Entonces, ¿por qué lo tiene cerrado?

—La costumbre. A veces dejo aquí mis objetos de valor. Una pluma de oro. Un buen mechero. El billetero. Pero esta vez no. No cuando me voy a casa. En realidad. Es increíble. Todo parece en su lugar.

Quizá hubiera coincidido con él de no ser por algo que había visto en la mesa y que a juzgar por su aspecto habría sido más lógico que estuviera en un cenicero. Era un puro medio mascado que formaba un ángulo recto con el borde de la mesa, igual que la pierna del *Fauno* de Barberini.

¿Qué debería haber hecho? ¿Decirle al inspector Seehofer que un poli a quien yo conocía había asesinado a dos personas, había entrado por la fuerza en el museo más antiguo de Múnich y no había robado nada? ¿Un poli a quien lo más seguro sería que él también lo conociese? Así pues, no dije nada. La mayoría de las veces, lo mejor que se puede decir es nada. Sobre todo, en un trabajo nuevo cuando todavía tratas de causar buena impresión. Tener relación con asesinos y policías corruptos no inspira la confianza de ninguna aseguradora. Aun así, me pregunté qué habría estado haciendo el inspector Schramma. Por supuesto, cabía la posibilidad de que el auténtico culpable fuera otro. Pero en lo más profundo de mi ser sabía que era él quien había irrumpido en la Gliptoteca, como había sabido sin el menor asomo de dudas que el *Fauno* de Barberini era hombre. Si yo hubiera sido inspector de policía y no tasador de daños, quizá hubiera cogido la colilla de puro para analizarla y comprobar si coincidía con la hallada en casa del general muerto en Bogenhausen: los polis habían encontrado ya aquellos cadáveres y, según la prensa, no decían gran cosa, lo que equivalía a decir que no tenían la menor idea de quién era el responsable. Lo que ya me iba bien. Lo último que quería era ver otra vez a Schramma. Lo que se trajera ahora entre manos, fuera lo que fuese, no era asunto de mi incumbencia. Y ayudar a la policía no formaba parte de mis nuevas funciones.

Sin embargo, a decir verdad, el trabajo era muy aburrido y conllevaba pasar muchos ratos mirando por la ventana. La mayor parte de los días me dedicaba a eso. Sinceramente, no me habría aburrido más en Múnich RE aunque hubiera dedicado un par de horas a calcular la velocidad de crecimiento de la hierba en el jardín trasero de las oficinas.

Transcurrieron así una o dos semanas. Empezó a acumularse en mi mesa un montón de reclamaciones. En teoría debía leerlas, rastreando cualquier indicio de sospecha, antes de pasárselas a Dietrich con mis recomendaciones. Vehículos quemados que pudieran ser incendios premeditados, tuberías reventadas que habrían sido sabotajes deliberados —hay mucho de eso a principios de primavera—, reliquias de familia extraviadas o dañadas a propósito, lesiones personales fingidas, reclamaciones fraudulentas de pérdida de ingresos. Pero, en realidad, no había nada que me hiciese arquear la ceja siquiera. Después de la exposición de Dietrich sobre lo que pensaba de algunos clientes nuestros, me sentí defraudado como mínimo. Recé para ver si lograba dar con algo sospechoso que aliviara un poco el aburrimiento. Y entonces Ares, el dios griego de la guerra, la violencia, el derramamiento de sangre y la industria de los seguros, respondió a mis plegarias con una jugosa reclamación de

indemnización por fallecimiento.

Ahora bien, los seguros de vida funcionaban del siguiente modo: la compañía de seguros y el asegurado establecían un sencillo contrato por el que, a cambio de una prima anual, la aseguradora se comprometía a abonarle a un beneficiario designado cierta suma de dinero por la muerte y las lesiones graves de la persona asegurada. Pero después de tantos años con la Kripo en Berlín, la idea de que una persona sacara provecho de la muerte de otra simplemente me parecía sospechosa. En realidad, era ignorancia por mi parte —los seguros de vida eran una de las divisiones más rentables del negocio de Múnich RE—, pero no es fácil renunciar a las viejas costumbres. Supongo que es verdad eso que se dice: los investigadores no son más que gente normal que insiste en plantear preguntas evidentes o incluso estúpidas, pero supuse que para eso me pagaban y, como decía, estaba muy aburrido. Además, había en juego una suma considerable de dinero.

Los hechos eran que un hombre de treinta y nueve años había fallecido arrollado por el tren a Rosenheim en la estación de Holzkirchen. Tenía una póliza de tres estrellas con MRE desde el mes de julio del año anterior por la que pagaba cuatro marcos al mes: deceso, daños personales y lucro cesante. La viuda se llamaba Ursula Dorpmüller, de treinta y un años, y era quien presentaba la reclamación; vivía en Nymphenburg, en el número 11 de Loristrasse, en el último piso. El marido era Theo Dorpmüller, propietario de un cabaret en Dachauerstrasse, y la policía aseguraba que se había caído del andén de la estación porque iba borracho. En otras palabras, no les cabía la menor duda de que su muerte había sido accidental. También es verdad que no se enfrentaban a una cuantiosa demanda de seguro. El fallecido llevaba en el bolsillo del abrigo la cuenta de cinco marcos de una cena para dos en el Walterspiel, lo que a mi modo de ver descartaba el suicidio. Por lo general, uno no come y bebe tan bien cuando planea quitarse la vida. A decir verdad, las únicas razones por las que la policía pensaba que estaba borracho eran las tres botellas, dos de champán y una del mejor borgoña, que figuraban en la cuenta. Quizá estaba borracho, no lo sé, pero si se abonaba la póliza, Ursula Dorpmüller iba a cobrar veinte mil marcos alemanes, lo que la convertiría en la viuda alegre por antonomasia. Con veinte mil marcos se pueden comprar un montón de pañuelos y todo un océano de la más honda compasión. Ursula era azafata de la TWA en Briennerstrasse y cobraba un sueldo excelente. Antes había sido enfermera. Estaba en América, visitando a su madre enferma, cuando su marido, Theo, falleció. Tocaba el órgano todos los domingos en la iglesia de St. Benno, en la misma calle donde estaba su apartamento, y formaba parte del comité del Baile de la Magnolia, un acto benéfico organizado por el Club de Mujeres Germanoamericanas. También colaboraba mucho con otra entidad benéfica que ayudaba a los refugiados de Alemania del Este y Hungría, y parecía muy buena persona. Tal vez nunca habría llamado la atención de Dietrich sobre su caso de no haberme acordado de que ya había oído el apellido Dorpmüller, y además hacía poco. Le di vueltas durante varios días antes de recordar dónde. Al final me vino a la memoria. Y cuando ocurrió, fui directo a ver a Dietrich.

—El ratón Timothy y yo tenemos que decirle unas palabras al oído a Dumbo — anuncié.

—¿Sobre qué?

—La reclamación de Dorpmüller —dije—. No me da buena espina.

—Parece bastante buena mujer.

—Sí, lo parece, ¿verdad? Y eso es precisamente lo que no me gusta de ella. Es una santa. Es nada menos que Hildegarda de Bingen, y déjeme que le diga que los santos no acostumbran a cobrar veinte mil marcos libres de impuestos.

—Imagino que cuenta con algo más sólido que una corazonada para decirlo.

—Como bien sabe, antes de entrar a trabajar aquí lo hice en el hospital de Schwabing.

—Ya suponía que fue allí donde desarrolló semejante preocupación por sus congéneres.

—Un día nos llevaron a unos que habían resultado heridos de gravedad tras la explosión de una bomba que no había detonado en su momento.

—Leí algo al respecto. Por suerte, no era de las nuestras. La póliza, quiero decir. No la bomba.

—De hecho, se equivoca. Uno de los heridos era el Fritz que acabó debajo del tren. Theo Dorpmüller.

—Ah, ¿sí? ¿Herido de gravedad?

Recordé al hombre a quien había llevado en la silla de ruedas al depósito de cadáveres con Schramma para que identificase a Johann Bernbach.

—No fueron heridas muy graves. Tan solo algunas quemaduras. Pero sin duda lo suficiente para estar una semana de baja.

—Empiezan a aletearme las orejas. Y Timothy le envía saludos.

—A lo que quiero ir a parar es a que no presentó una reclamación por lucro cesante. Ese hombre tiene una póliza de tres estrellas por fallecimiento y lesiones personales y no reclamó ni cinco. ¿Por qué?

—Timothy le vuelve a saludar y pregunta: «¿Está seguro de que era el mismo Fritz?».

—Seguro. También estoy seguro de que eso solo puede significar una cosa.

—Que no sabía que tenía una póliza de tres estrellas con Múnich RE. No había manera de que lo supiera. Porque de haberlo sabido, sin duda habría presentado una reclamación por lucro cesante.

—Exacto.

—Buen trabajo, Christof.

—Creo que usted y Timothy tienen que investigar a Ursula Dorpmüller.

—No caerá esa breva. Mire cómo tengo la mesa. Es el problema de este negocio: el exceso de papeleo. Estoy encadenado a este despacho como el tipo ese del hígado y el águila. Sencillamente no dispongo de tiempo para investigarla. En cambio, usted, Diógenes, podría ocuparse del asunto. Acaba de exponerme el caso y ahora tiene que encargarse de investigarlo.

—De acuerdo. Pero ¿cómo debo abordarlo?

—Del siguiente modo. Haga creer a esa mujer que vamos a abonarle la póliza sin ningún problema. Que ha quedado satisfecho con su reclamación, pero quiere comprobar unos detalles irrelevantes. Hágale firmar algún que otro documento que no sirva para nada. Necesita una copia de su pasaporte. Su carné de conducir, si lo tiene. La partida de nacimiento. El certificado de matrimonio. Y dele largas. Nuestro

departamento de contabilidad extenderá el cheque en cualquier momento y, en cuanto lo hagan, asegúrele que se lo entregará usted en persona. No es más que una formalidad, de veras. Es como si ya tuviera los veinte mil en el banco. Si está llevando tanto tiempo es porque se trata de una cifra muy elevada. Sea tan amable con ella como si fuese su propia madre, si es que la tiene. Dele jabón a base de bien. Cortéjela si es necesario. Pero en privado, quiero que la trate como si fuera Irma Grese. Y vea qué lleva Irma en el bolso.

Irma Grese había sido una supervisora de prisioneros de las SS a la que los británicos ahorcaron por crímenes de guerra en 1945; a decir de todos se la había conocido como la Bella Bestia, y también como la Perra de Belsen.

—Ya me hago una idea. Es una idea desagradable, pero veo exactamente cómo llevarla a la práctica. Poli bueno, poli malo. Jekyll y Hyde.

—Quizá. Pero al ratón Timothy le gusta más el Fritz ese de Shakespeare. El que toma a Otelio por idiota.

—Yago.

—Sí, ese. A su lado, pero no de su parte. Gánese su confianza y aguarde el momento de ponerle la zancadilla.

—De acuerdo. —Fruncí el ceño—. Si es lo que quiere. Usted manda.

—¿Qué le pasa? No parece muy convencido de mi estrategia.

—No, no es eso. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Para empezar, estamos hablando de asesinato con premeditación. Y de una conspiración. Alguien tuvo que empujar a Dorpmüller del andén de la estación. Yo diría que la persona con quien cenó. Un amigo. Un buen amigo, a juzgar por lo que costó la cena.

—Según el informe policial, fue a las tantas de la noche, en la oscuridad, y Dorpmüller era la única persona que había en el andén.

—Así pues, hay alguien que ya está convencido de que salió impune.

—¿La viuda?

—La viuda tiene una coartada inmejorable. Estaba en América cuando murió su esposo.

—Sí, es verdad. Lo que significa que debía de tener un cómplice. Otro conspirador.

—Exacto.

—Salta a la vista que le ronda mucho más por esa cabeza suya tan retorcida, Christof.

—Mire, Herr Dietrich, no llevo ni cinco minutos en Múnich RE, por lo que no quiero pisarle los callos a nadie.

—No se preocupe, lo más probable es que los tenga asegurados.

—No contra algo así. Nadie está asegurado contra la posibilidad de que se escape algún comentario peligroso de la boca de otra persona.

—Suéltelo, sea lo que sea. Lo lleva bastante bien hasta el momento.

—De acuerdo. ¿Hasta qué punto conoce al agente que le vendió la póliza de seguros a Dorpmüller?

Dietrich abrió el expediente y consultó los nombres del certificado de seguro.

—Friedrich Jauch —dijo—. Lo conozco desde que entró a trabajar hace unos dos

años. Un tipo listo. Atractivo, también. Era subastador en Karl & Faber antes de ingresar en MRE. De hecho, solicitó el puesto que ocupa usted.

—¿De tasador de daños?

—Eso es. Solo que es demasiado listo como para que el departamento de ventas lo deje escapar. Les hace ganar mucho dinero. Así que los de arriba me obligaron a rechazar su solicitud.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará un par de meses.

—Entonces, mucho después de que le vendiera la póliza a Dorpmüller, ¿no?

—Sí, supongo.

—Qué interesante.

—¿Cree que puede estar implicado?

—Si Dorpmüller no estaba al tanto de que tenía esa póliza, ¿quién cree que firmó los formularios? Eso me gustaría saber a mí. Yo diría que fue Frau Dorpmüller. Quizá en connivencia con Friedrich Jauch.

—Y tal vez algo más que eso.

—Podría ser. Podría ser que alguien empujara a Dorpmüller del andén de la estación. Podría ser que ese alguien fuera Friedrich Jauch. Podría ser que por eso solicitara un puesto en reclamaciones. Solo para echar por tierra una posible investigación de este departamento. Piense en ello un momento. Sería una buena intriga, investigar la reclamación de una póliza que vendió él mismo.

—Qué imaginación tan retorcida tiene, ¿eh? Ahora que lo pienso, me sorprendió un poco que solicitara el puesto. No solo MRE gana dinero gracias a las buenas aptitudes como vendedor de Friedrich Jauch, sino que él también lo gana. Con las comisiones que obtiene, pasar a ser tasador de daños le habría supuesto un recorte de sueldo considerable.

—¿No se lo preguntó?

—Sí. Adujo que se estaba cansando de estrechar manos y sonreír todo el día. Que pensaba que un puesto en reclamaciones le iría mejor.

—¿Cómo se lo tomó cuando rechazó usted su solicitud?

—Bien. Le mejoraron el contrato como agente de seguros. Le dieron un coche de empresa y le subieron un punto el porcentaje de comisión. Difícilmente podía despreciar algo así.

—No sin llamar la atención.

—Claro que hay otra posibilidad. Podría ser que Dorpmüller no tuviera ocasión de reclamar una indemnización por el tiempo que estuvo de baja. Que estuviera demasiado ocupado como para hacerlo.

—Dudo que usted lo crea así. Y el ratón Timothy, tampoco.

—Pero quiero creerlo —aseguró Dietrich—. Hay una sutil diferencia. Friedrich Jauch es casi amigo mío.

—Mire, tampoco es que la prima de Dorpmüller hubiera subido en el caso de que hubiese pedido una indemnización. También estaba cubierto en ese sentido.

—¿También ha reparado en eso? Aprende rápido, Christof.

—He aprendido a no hacer afirmaciones así sin tener indicios. Y los indicios están por escrito en ese expediente que tiene en la mano. Lo he leído de cabo a rabo. Y aún

tengo la sensación de que me voy con algo chungo pegado a la suela del zapato.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Es la viuda quien esperará que la traten como Irma Grese. Al fin y al cabo, es ella quien está a la espera de que le caiga una pasta gansa. No Friedrich Jauch. Así pues, ¿por qué no lo sigue a él un par de días? A ver qué averigua. Si están juntos en esto, seguro que de momento procurará pasar inadvertido. Si tienen dos dedos de frente, habrán acordado no ponerse en contacto hasta que el cheque se haya hecho efectivo. Así que quien tiene que confiar es él. Sobre todo, después de que ella haya recibido el dinero. Lo que significa que igual podemos sacarlo de su madriguera igual que a un conejo. —Mientras hablaba con Dietrich ya tenía la sensación de estar afilando mis embotados conocimientos forenses igual que el filo de una navaja contra un asentador de cuero—. Sí. Eso podría funcionar. Me gustaría que se plantee lo siguiente.

—Soy todo oídos.

—Quiero que hable con el departamento de contabilidad y les haga extender un cheque certificado por veinte mil marcos, a favor de Ursula Dorpmüller.

—¿Después de todo lo que ha dicho? Me decepciona usted.

—Pero lo que debe hacer es indicarles que pongan en el cheque fecha de hace una semana. Y que le faciliten una copia fotostática.

—¿Qué planea?

—Poner a prueba la antiquísima teoría de que cree el ladrón que todos son de su condición, y el asesino también.

Seguramente fue un alemán quien inventó la noción de archiduque. Quiero decir, un duque alemán insatisfecho con su condición de duque normal y corriente. Supuse que algo parecido debía de ocurrir con los que trabajaban en el mundo de los seguros en Alemania. El cargo que ocupaba Friedrich Jauch era el de «director ejecutivo de ventas a cargo del desarrollo de nuevos negocios». Como para estar a la altura de un título tan largo, era muy alto, erguido y esbelto; con el traje gris pálido y la corbata verde claro casi parecía un álamo. Debía de rondar los treinta y cinco años, aunque el pelo rubio peinado con estilo juvenil y la voz aguda con que ceceaba lo hacían parecer más joven aún. Lo bastante joven y estúpido como para considerar el asesinato una solución fácil a un problema común: el dinero y la carencia de este. Nos habíamos visto ya en un par de ocasiones, pero lo dispuse todo para que pareciese un encuentro casual, en la amplia escalera de mármol que bajaba hasta el espléndido vestíbulo principal de MRE, solo un par de días después de poner a Dietrich al tanto de mis sospechas sobre él. Salía camino de algún lugar, con un loden de color verde cazador y un sombrero adornado de algo que parecía medio tejón encima de la coronilla.

—Buenas tardes, ¿qué tal está? —saludé en tono animado.

—Bien, muchas gracias. ¿Cómo se está adaptando a MRE? ¿Qué tal Dumbo?

—¿Siempre anda tan enfurruñado?

—Siempre.

—Yo diría que, a su modo de ver, él es lo único que se interpone entre esta compañía y la ruina financiera. Por cierto, igual le interesa saber que hemos abonado la indemnización por fallecimiento de Dorpmüller.

—Ah, ¿sí? Bueno. Bien. Al menos, creo que está bien. Era mucho dinero, por lo que recuerdo.

—En efecto. Lo es. Investigué todos los detalles, pero no encontramos nada sospechoso. Para gran irritación de Dietrich. Como seguramente imagina. Detesta abonar una indemnización tan cuantiosa. Sea como sea, yo mismo entregué el cheque. De hecho, tengo una copia en este mismo expediente. Tal vez quiera verla. Si hubiera sido pagadero a mi nombre, lo más probable es que la enmarcase.

Abrí el expediente que llevaba bajo el brazo y le enseñé la copia de un cheque por veinte mil marcos alemanes a favor de Ursula Dorpmüller, con la esperanza de que se fijase en la fecha.

—Hay que ver —comenté—. Veinte mil marcos. Qué no haría yo con semejante suma.

—Es mucho dinero, eso seguro.

—No quería llevarlo a correos sin más, teniendo en cuenta la cifra. Así que se lo entregué a la viuda en persona. Se lo llevé a su apartamento de Nymphenburg, hace unos días. Todavía estoy orientándome un poco por aquí y sigo sin saber exactamente cómo funciona la burocracia de los seguros. En cualquier caso, me pareció que querría saberlo. —Cerré el expediente y le ofrecí mi sonrisa más afable, como si fuese uno de mis mejores amigos en MRE.

—Claro, claro. Muchas gracias. Me alegra que lo haya hecho.

—Es una mujer muy atractiva, ya sabe. Frau Dorpmüller, quiero decir.

—Sí, supongo.

—Desde luego, a mí me lo pareció. A veces me pregunto si las mujeres atractivas saben el efecto que causan en los hombres. Por lo general, procuro no pensar en ellas en absoluto. Por mi bien y por el suyo. Las mujeres cercanas a mí no han corrido muy buena suerte, de un modo u otro. Dejar a la hembra de la especie en paz se ha convertido, en mi caso, en una especie de acto de valor.

—Ah, ¿sí? Me sorprende. Igual es usted más peligroso de lo que parece.

—Eso espero.

Tenía una sonrisa tan tenue como su piel apergaminada. Los álamos son típicos de climas fríos y su madera resulta muy difícil de quemar, pero mientras charlaba, el pálido cuello de Friedrich Jauch empezó a tornarse de un rojo intenso, como si su cuerpo entero entrara en ignición muy poco a poco. A todas luces nuestra conversación tenía el efecto que yo deseaba. Acababa de despejarse cualquier posible duda sobre su culpabilidad. En mis tiempos como poli en Berlín había interrogado a algunos grandes maestros del embuste, y Friedrich Jauch no era uno de ellos. Su culpa y su codicia de una parte del acuerdo lo volvían más transparente a mis ojos que alguno de esos peces sin sangre de las profundidades abisales. El caso era que yo acababa de volver de entregarle el cheque manipulado a Ursula Dorpmüller en su apartamento de Nymphenburg, pero quería que Jauch sospechara que ella lo había traicionado y se había echado atrás con respecto a cualquier posible trato previo que hubieran hecho. Aun en el caso de que hubiesen acordado no verse durante un tiempo, lo más probable es que, después de nuestra conversación, él insistiera en quedar con Frau Dorpmüller: tenía que hacerlo, y sin duda daría por sentado que ella mentía cuando le dijera que acababa de recibir el cheque. En cuanto esa semilla de duda arraigara en su mente, yo apostaba a que su conspiración empezaría a desmadejarse como la lana de un jersey barato.

—Bueno, gracias por ponerme al tanto, Christof. Se lo agradezco. Pero no puedo quedarme aquí de cháchara. Más vale que me vaya. Tengo clientes que ver, y seguros que vender.

—Me alegra hablar con usted —dije, y continué escaleras arriba hacia donde había dejado el abrigo encima de un sillón tallado a mano. Lo cogí, bajé de nuevo al vestíbulo, lo vi doblar a la derecha al salir por la columnata hacia Königinstrasse, y luego lo seguí.

Llevaba una temporada sin seguir a ningún sospechoso, y me hacía ilusión revivir la experiencia. A decir verdad, la persecución me hacía sentir joven de nuevo, como si fuera un inspector de menor rango en la Alex cuando los comisarios nos adiestraban cual sabuesos. Fue la mejor preparación del mundo, por cierto. Una vez seguí a un

hombre durante tres días sin que se diera cuenta, y ni siquiera llevaba una letra M pintada con tiza en la espalda del abrigo. Lo ideal habría sido tener un compañero que siguiera a Jauch, pero lo más probable es que las dudas y las sospechas sobre su cómplice lo tuvieran demasiado preocupado como para fijarse en que lo seguían. Además, yo había hecho aquello miles de veces, mientras que tal vez fuera la primera vez que lo seguía un inspector curtido. De confirmarse mis sospechas, seguramente también sería la última vez que lo siguieran.

Fui tras sus pasos hasta la esquina de Galeriestrasse, donde entró en una cabina telefónica e hizo una llamada. Unos minutos después salió, cruzó hacia Ludwigstrasse y cogió un taxi de la parada. Primera regla si crees que te están siguiendo: no cojas nunca un taxi de la parada a menos que sea el único libre. Allí había tres, lo que significa que me fue fácil montarme en otro y seguirlo allí adonde iba. Unos minutos después, en la zona sur del centro de Múnich, su taxi se detuvo y él se apeó en Sendlinger Tor Platz. Pero yo seguí en mi taxi un momento y lo observé. La zona, que se extendía desde Marienplatz hasta más allá de Rindermarkt, había quedado destruida casi por completo durante la guerra y la estaban reconstruyendo con arreglo a líneas nuevas y uniformemente modernas. Las recientes demoliciones habían dejado al descubierto la Löwenturm, una de las torres de la antigua muralla de la ciudad, y despejadas las vistas a través de varios solares vacíos. Era pan comido no perderle el rastro a Jauch. Con el sombrero que llevaba, no podría habérmelo puesto más fácil. Era un Gamsbart, un sombrero tirolés con un penacho que en teoría tenía que imprimir carácter a quien lo lucía. Para el caso, como si hubiera llevado una bandera nazi. Unos momentos después, se escabulló hacia el interior de un cine y lo seguí.

En la ventanilla le sonreí a la taquillera con cara de tucán que había tras el cristal y dije:

—El tipo que ha entrado con ese sombrero estúpido, el Gamsbart. ¿Dónde se ha sentado? No quiero ponerme justo detrás de él.

—En el patio de butacas.

Volví a sonreír.

—Deme una entrada para el anfiteatro, ¿quiere? Por si no se quita el sombrero.

—La película está a punto de empezar —me apremió, a la vez que me daba la entrada antes de volver a ocuparse de sus uñas y su ejemplar de la *Film Revue*.

Entré y busqué mi asiento antes de que se apagaran las luces, justo a tiempo de localizar a Friedrich Jauch, solo en mitad del patio de butacas, podría decirse que justo debajo de la primera fila del anfiteatro donde me había puesto yo, no lo bastante cerca como para oír nada de lo que pudiera decir, pero sí para fijarme en si alguien se sentaba cerca de él. Dejé el sombrero en el asiento de al lado, con sumo cuidado, como una mascota querida. Me incliné hacia delante y, con la barbilla apoyada en el antepecho de terciopelo rojo, vi que podía columpiar la mirada entre la pantalla —la película era *Cruce de destinos*— y Friedrich Jauch sin mover siquiera la cabeza. El cine estaba más o menos vacío; una película sobre el imperio británico no era un tema especialmente popular en Alemania. Encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar la otra función que había venido a ver.

Siempre me había gustado ir al cine, incluso cuando el doctor Goebbels quería erigirse en Louis B. Mayer. Formar parte del público de una sala de cine tenía un

atractivo infernal para mí. Estaban la oscuridad y el humo, claro; estaba la arquitectura grandiosa, el telón dorado, el mármol barato y el terciopelo rojo; y estaba el drama que acontecía en la gran pantalla, algo así como ver a los dioses esforzarse y fastidiarla a base de bien. Era como si la vida real hubiera quedado suspendida o acotada de repente en una antecámara del purgatorio. Estaba todo eso y el hecho de que yo siempre había querido morir en un cine, por la sencilla razón de que una película me daría algo mejor en lo que pensar que el asunto en sí de exhalar el último suspiro. Ava Gardner mirándome con esos ojos suyos de color esmeralda, por no hablar del espectáculo de su abundante busto en una camisa del ejército británico un poquitín demasiado ajustada, no tenía ni punto de comparación con los murmullos de algún cura severo.

Solo entonces caí en la cuenta de que a quien me recordaba Ursula Dorpmüller era a Ava. Al conocerla en el apartamento de Nymphenburg no me había costado nada imaginar al pobre Friedrich Jauch prestándose a los planes de la seductora sirena. Lo raro era que se hubiese casado con un pobre desgraciado como Theo Dorpmüller. Igual lo había hecho porque es más fácil recibir una generosa suma en concepto de seguro de vida cuando aún no has cumplido los cuarenta años. Sentí pena por él. Incluso sentí pena por Friedrich Jauch. Esperaba que hubiese disfrutado del cuerpo de Ursula, porque iba a ir a parar a un sitio donde seguramente no se permitían visitas conyugales. Quizá en Alemania Occidental no hubiera pena de muerte como en Francia y el Reino Unido, pero sabía por experiencia que la prisión de Landsberg no era una ciudad de vacaciones.

Un rato después despegué mis ojos golosos del pecho de Ava y me fijé en que la butaca justo detrás de Jauch estaba ocupada por una figura con abrigo de piel y un pañuelo lila en la cabeza. Los dos amantes fingían no hablar, pero entonces Jauch se dio la vuelta y le cogió la mano, que a mi modo de ver apretó la suya con fuerza. Esos dos no habrían parecido más culpables ni aunque hubiesen sido Ava Gardner y Frank Sinatra. Ahora lo único que tenía que hacer era ir a una cabina y llamar a Dumbo Dietrich.

Abandoné la sala por la salida de incendios y bajé corriendo hacia el exterior. Si los polis se daban prisa, podrían atraparlos a los dos, uno después del otro, cuando salieran del cine como dos extraños en la noche. Era verdad que la mayor parte de las pruebas que pesaban contra ellos eran circunstanciales, pero un inspector experimentado no tendría problemas para hacer que se derrumbaran en el interrogatorio. La única incógnita era cuál de los dos se vendría abajo primero. Yo tenía mi propia teoría al respecto. Jauch había cometido el asesinato, por lo que era quien más tenía que perder. Así pues, ella lo delataría. No podría evitarlo. Lisa y llanamente, es lo que hacen las mujeres.

En el lado oeste de Sendlinger Tor Platz, delante de los jardines de Nussbaum, estaba Matthäuskirche, una anodina iglesia protestante construida en 1953 con un alto campanario de ladrillo rojo que parecía un lugar adecuado para entrenar a bomberos o, lo más probable, matarlos. Si había estado mirando, Dios debió de pensar que los arquitectos alemanes habían perdido la razón por completo. Cerca había una hilera de cabinas telefónicas con más carácter que la iglesia. Entré en una de ellas para llamar a Dumbo. Un par de refugiados de la Alemania del Este pedían limosna delante de la

iglesia y les lancé un par de monedas cuando salía de la cabina. No fue ver refugiados lo que me molestó. Nada de eso. Lo que me afectó fue que ellos me mirasen a mí. Un alemán mirando a otro como queriendo decir: «¿Por qué yo y no tú?». Lo peor era que muchos de los más jóvenes aún se las apañaban para tener el aspecto rubio y de ojos azules de la raza superior.

Me apresuré para regresar al cine, donde compré otra entrada, esta vez para el patio de butacas. Dejé escapar un suspiro de alivio. Los amantes estaban ahora sentados uno junto al otro donde los había dejado, ajenos por completo al desastre que estaba a punto de poner su mundo patas arriba.

Ava posó en mí sus ojazos verdes y meneó la cabeza como para decir: «¿Cómo puedes haberlos traicionado, maldito cabrón? No podían hacer otra cosa. Ese seguro de vida era el único dinero que tenían para que su amor saliera adelante», o alguna chorrada por el estilo. Pero también es verdad que Ava era una mujer de armas tomar. Saltaba a la vista. Seguro que por eso la adoraba. Y más nos valía a los dos que yo me hubiera prometido dejar a Ava en paz.

El tiempo transcurrió, lentamente, y entonces, una tarde gélida hacia mediados de marzo, me emplazaron a subir para que me recibiera en audiencia el mismísimo Herr Alois Alzheimer, un emplazamiento de esos para el que no me hubiera venido mal una bombona de oxígeno; hasta ese punto estaba enrarecida la atmósfera de la cuarta planta. Cuando llegué, Dietrich tomaba asiento en una butaca Biedermeier de cuero marrón y, por un momento, hasta que vi la botella de Canadian Club en la mano de Alzheimer, pensé que me había metido en algún lío. Es lo más natural en el caso de alguien que tiene tanto que ocultar como yo.

—Y aquí está —dijo Alzheimer, a la vez que me ponía un trago largo en una copa de cristal del tamaño de una pecera pequeña—. El hombre que nos ahorró veinte mil marcos.

Todo en el despacho era de la mejor calidad. Mientras que había tantos paneles de roble en las paredes que uno se sentía como un puro cubano en un humidor, la moqueta gris bajo los pies parecía la funda protectora de un colchón. En la chimenea de piedra humeaba en silencio un leño del tamaño de un mortero de trinchera. Al lado de un pequeño juego de escritorio Meissen y una impresionante fotografía de Alzheimer con Konrad Adenauer en un marco de plata, había un radio reloj RCA Victor, y entre los numerosos volúmenes encuadernados en cuero en las estanterías había un televisor portátil Slim Jim y un proyector de diapositivas Argus; del otro lado de la puerta, los dedos de la secretaria de Alzheimer estaban ocupados con una máquina de escribir eléctrica IBM que sonaba como una ametralladora ligera. A todas luces era un hombre con gustos muy sencillos para quien lo mejor seguramente no era lo bastante bueno.

Volví la mirada hacia Dietrich, quien ya tenía una copa en la mano.

—¿Por fin lo han reconocido?

—Acabamos de tener noticias de la policía. Los dos lo han confesado todo.

—Ha llevado más tiempo de lo que pensaba —dije, levantando la copa para brindar por la noticia—. En mis tiempos, habríamos conseguido una confesión en cuarenta y ocho horas. Y no hablo de métodos demasiado violentos. Si tiene a alguien despierto durante veinticuatro horas con una lámpara Kaiser alumbrándolo a la cara, se olvida hasta de la historia mejor ensayada.

—Hoy en día los criminales tienen derechos, por desgracia —observó Alzheimer.

—Y no olvide que Frau Dorpmüller sufrió un ataque al corazón —dijo Dietrich—. La policía no pudo interrogarla hasta que le dieron de alta en el hospital.

Hice una mueca y reí.

—¿Cree que lo fingió? —preguntó Alzheimer.

—Hay muchas maneras de fingir un ataque al corazón —respondí—. Sobre todo, cuando eres una enfermera con experiencia como ella. Creo que ganaba tiempo hasta tener claro qué versión iba a dar. O hasta encontrar alguna vía de escape. Las dos cosas, lo más probable. Me sorprende que siga bajo la custodia de la policía.

—Es cierto —comentó Dietrich—. Era enfermera, ¿verdad?

—Por curiosidad —preguntó Alzheimer—, ¿cómo fingiría usted algo semejante? Bueno, me parece que en nuestro oficio deberíamos estar al tanto de algo así, ¿no cree, Philipp?

Por un momento vacilé en contarles toda la historia. No era de lo que más me enorgullecía como inspector berlinés, pero también es verdad que por entonces no había muchos supervivientes de la guerra que no tuviéramos algo que ocultar. Según Max Merten, Alois Alzheimer y el anterior presidente de MRE, Kurt Schmitt, habían sido amigos íntimos de Hermann Göring y después de la guerra los americanos los detuvieron. Casi todo el mundo creía que Schmitt había formado parte de las SS, por lo que en realidad no me pareció conveniente tratar de tapar mi pasado. Tomé un trago de whisky y me dispuse a entreabrir un poquito la antigua cripta de la familia Gunther.

—Una vez me vi en la obligación de detener a un médico por ser cuáquero —comencé—. Debió de ser 1939, con toda probabilidad. Resulta que era pacifista. Lo tuvimos detenido y entonces sufrió un infarto..., en teoría. Fue de lo más convincente, eso sí. Nos engañó por completo y lo llevamos al hospital, donde confirmaron nuestro diagnóstico. Pero lo había fingido. Sobre todo, tiene que ver con la respiración. Si respira hondo y rápido por la boca, no por la nariz, uno hiperventila y se envenena por un exceso de dióxido de carbono. Lo más probable es que se desmaye, como le ocurrió a él. Al recuperar el conocimiento, uno finge liarse al hablar, se queja de dolores en el brazo y el cuello, pero no en el pecho, y quizá finge tener paralizado un párpado, o incluso la lengua. Una vez estuvo en el hospital, un médico amigo suyo se apropió de un poco de adrenalina y la usó para prolongar el engaño. Por lo menos, hasta que la mujer del médico, que había decidido que ya no quería saber nada de él ni de los cuáqueros, nos enseñó un artículo de su autoría en el que explicaba cómo fingir un ataque al corazón para eludir el servicio militar. Lo repartió entre los alumnos de la Universidad de Humboldt, en Berlín. Por suerte para él, no estábamos en guerra todavía, lo que significa que se libró por los pelos de la pena de muerte. He de reconocer que eso me quitó un peso de encima. De todos modos, le cayeron dos años de cárcel. Yo no era nazi, pero luché en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, así que siempre he estado firmemente en desacuerdo con el pacifismo. Cuando se trata de una guerra, siempre tiendo a adoptar el punto de vista de que «yo con mi país, acierte o se equivoque».

Haciendo caso omiso de la mención a los nazis —nadie mencionaba nunca a los nazis a menos que fuera absolutamente inevitable, sobre todo en Múnich—, Alzheimer dijo:

—Aprecio mucho su sinceridad. Y he de reconocer que la admiro. No tenía idea de que tal cosa fuera posible siquiera. ¿Y usted, Philipp?

Dietrich sonrió.

—No, pero no me extraña, señor. Ya sabe lo cínico que soy. Aun así, la gente no deja nunca de sorprenderme. Las cosas que son capaces de hacer con tal de ganar

dinero rápido. Sin embargo, lo de Friedrich Jauch me sorprendió. Estuvo en mi casa en más de una ocasión. Debo reconocer que me decepcionó mucho.

—Nos decepcionó a todos, Philipp, a todos. Su carrera era de lo más prometedora. Sin duda lo echarán en falta en ventas.

—Y pensar que hasta le ofrecí un puesto en reclamaciones. Creía que se me daba bien juzgar el carácter de las personas.

—Se le da bien —insistió Alzheimer—. Fue usted quien encontró a Herr Ganz, ¿no?

—Sí, supongo.

—Lo que ya supone un motivo para felicitarlo, teniendo en cuenta que Herr Ganz se ha adaptado al negocio de los seguros con una rapidez evidente. Una puerta se cierra y otra se abre. Es de lo más oportuno. Sin duda tiene que escribir algo para la revista de la compañía sobre este asunto de los infartos fingidos. ¿No le parece, Philipp?

—Desde luego que sí, señor.

—Me pregunto qué más podríamos aprender de él. ¿Qué dice usted, Herr Ganz? ¿Puede enseñar algo nuevo a dos perros viejos como Dietrich y yo?

Bebí más whisky, dejé que Alzheimer me volviera a llenar la copa y encendí uno de sus cigarrillos.

—No me atrevería a enseñarle su negocio, señor.

—Atrévase, venga —me instó—. Nadie aprende sin cometer algún error.

—Deberían plantearse hacer que todas las suscripciones nuevas de pólizas de seguro de vida se hagan con una tercera parte como testigo. Ursula Dorpmüller abonaba la póliza de su marido en efectivo, y por eso él no sabía nada del asunto, de modo que quizá también podrían plantearse la domiciliación bancaria de los recibos en el futuro. Para evitar la posibilidad de fraude.

—Son dos buenas ideas —reconoció Alzheimer—. Empiezo a preguntarme por qué no se nos ocurrió antes contratar a un antiguo inspector en el departamento de reclamaciones. ¿Es usted religioso, Herr Ganz?

—No, la verdad es que no.

—Bien. Porque eso me permite hablar con libertad. En tanto que empresario, siempre he pensado que toda compañía necesita su propio Jesucristo. No necesariamente el hombre que esté al mando, sino otro que consiga resultados, que obre milagros, por así decirlo. Empiezo a pensar que usted podría ser ese hombre, Herr Ganz. ¿No cree usted, Philipp?

—Sin duda, señor.

—Solo hacía mi trabajo.

Pero nadie iba a negarle a Alzheimer su oportunidad de hablar y mostrarse generoso.

—Tendría que buscar algún modo de recompensar su diligencia, Philipp. De no ser por él, esta empresa sería veinte mil marcos más pobre. Por no mencionar que aún tendríamos a un asesino trabajando en ventas.

—Estoy de acuerdo, señor. Quizá un aumento de sueldo.

—Un aumento de sueldo, por supuesto. Pongamos cinco marcos más a la semana. Y puesto que Friedrich Jauch ya no trabaja con nosotros, recompensemos también a Herr Ganz con su coche de empresa. Más dietas. ¿Qué le parece, Herr Ganz? Supongo que conduce usted.

—Sí, conduzco. Y gracias. Un coche me vendría muy bien. Sobre todo, con este tiempo.

Todos miramos por la ventana la nieve que una vez más surcaba, empujada por el viento, el aire gris afuera. A través del cristal, los copos parecían las interferencias de un televisor mal sintonizado. Pero la perspectiva de no tener que acudir al trabajo caminando o en tranvía nos colmó de alegría a mí y al cuero de mis zapatos.

—Y dígame, ¿habla algún otro idioma?

—Ruso, francés, con soltura, inglés y un poco de español.

—No habla griego, supongo.

—No.

—Es una pena. Porque me parece que también sería procedente que se tome unas vacaciones para trabajar en Grecia. Una suerte de recompensa por un trabajo muy bien hecho. Le dará la oportunidad de alojarse en un buen hotel y disfrutar de un clima más agradable. Incluso de pasárselo bien un par de días. Estábamos pensando que tal vez podría llevar a cabo una investigación rutinaria para MRE al mismo tiempo. Quizá esté al tanto de que una de nuestras líneas de negocio más importante es la de los seguros marítimos. No obstante, Walther Neff, nuestro principal perito tasador, ha enfermado. Como le decía, es un asunto más o menos rutinario. Una goleta alemana, la Doris, desapareció frente a las costas griegas después de sufrir un incendio. Tenemos un hombre del país, Aquiles Garlopis, que sabe de barcos y llevará a cabo la mayor parte del trabajo pesado, claro. Y Dietrich le explicará con detalle qué más hay que hacer. Pero necesitamos con urgencia alguien que se traslade allí para supervisar unas cosas, como si el propietario ya ha nombrado a su propio perito tasador, si nos enfrentamos a una pérdida total real o una pérdida total constructiva, para garantizar que todo se desarrolle sin contratiempos y con arreglo a nuestras propias directrices y para autorizar cualquier gasto, claro, en espera de que se alcance un acuerdo definitivo. Alguien de confianza. *Alguien alemán.*

—Señor, lo único que sé de barcos es que solo hace falta una vía de agua pequeña para hundir uno grande. Después del Titanic y el Gustloff, me asombra que alguien sea capaz de asegurarlos.

—Por eso da tanto dinero el negocio de los seguros marítimos. Cuanto mayor es el riesgo, mayor es la prima. Además, no son los barcos lo que nos preocupa en este caso, Herr Ganz, sino los propios griegos. El caso es que cuando se trata de asuntos de dinero, nuestro dinero, no se puede confiar en los griegos. Esos follacabras bien podrían ser la raza más despilfarradora de Europa. En su caso, la mentira y el fraude son costumbres arraigadas. Cuando Ulises vuelve por fin a Ítaca, está tan acostumbrado a mentir que le miente a su propia esposa, Penélope, le miente a su anciano padre, e incluso le miente a la diosa Atenea. Y ella no es menos embustera. Sencillamente no lo pueden evitar. Las posibilidades de fraude son infinitas. Pero con un hombre astuto como usted, MRE tiene muchas posibilidades de que la tasación de este siniestro se realice a nuestra entera satisfacción.

Volvió a llenarme la copa de Canadian Club, solo que no tanto esta vez, como si ya hubiera calculado juiciosamente mi límite, que era más de lo que yo había hecho. Aun así, me agradó saber que velaba por mi bienestar. Pero más tarde, para celebrar mi ascenso, me compré una botella entera de ese whisky y averigüé exactamente por qué

se llamaba Canadian Club.

—Corren tiempos interesantes —dijo Alzheimer, que se sentó en el borde de la mesa como dándome a entender que debía escucharlo—. MRE se está expandiendo por Europa gracias al nuevo tratado que Adenauer y Hallstein están a punto de firmar en Roma dentro de unas semanas. El resultado será la reducción progresiva de los derechos de aduana a lo largo y ancho de una nueva zona de intercambio económico que comprenderá Italia, Bélgica, Luxemburgo, Holanda, Alemania Occidental y Francia, por lo que creo que su francés le vendrá bien. Como es natural, los franceses están convencidos de que van a convertirse en una fuerza predominante en Europa; pero, como el tiempo demostrará, sus ridículos esfuerzos por mantener esas desastrosas colonias en Argelia e Indochina les acarrearán una enorme desventaja económica, lo que dejará a la Alemania moderna a la cabeza. De nuevo. Y todo ello sin necesidad de recurrir a ningún ejército esta vez. Solo unas cuantas leyes europeas nuevas. Lo que será un cambio agradable, ¿no cree? Y mucho más barato para todos los implicados.

Por eso sí podía brindar, de hecho. Supuse que el tratado de dondequiera que fuese podía verse como una declaración de buenas intenciones: Alemania haría todo lo posible por estar a bien con todos y, con el fin de ganar dinero, el resto de los países harían lo que estuviera en su mano para olvidar lo que hizo Alemania durante la guerra. La burocracia y el comercio iban a ser el nuevo subterfugio de mi país para conquistar Europa, y los abogados y funcionarios, sus soldados de infantería. Pero si Konrad Adenauer era un indicio por el que guiarse, en realidad era un golpe de estado por parte de un grupo de políticos que no creían en la democracia, y nos veíamos conducidos hacia un sistema al estilo soviético de Europa sin nadie que entendiera lo que se había planeado. Sin duda, Hitler podría haber aprendido esa lección del Anciano. No eran hombres armados quienes iban a dirigir el mundo, sino empresarios como Alois Alzheimer y Philipp Dietrich, con sus reglas de cálculo y sus tablas actuariales, y gruesos libros llenos de nuevas leyes abstrusas en tres idiomas distintos.

Por supuesto, lo que había dicho Alzheimer sobre los griegos era imperdonable; supongo que su única excusa era —como estaba a punto de descubrir por mí mismo— que también era cierto.

Desde Fráncfort tomé un DC-68 al aeropuerto de Ellinikon, en Atenas. El trayecto duró nueve horas y media, con una escala para repostar. No hacía calor en Atenas, no en marzo, pero la temperatura era mucho más cálida que en Múnich. En el interior de la terminal del aeropuerto me recibió un tipo gordo con un cartel de MÚNICH RE. Llevaba un bigote marchito y una pajarita bien plantada que podría haber resultado elegante de no ser porque era verde y, peor aún, hacía juego con su traje de tweed —y, muy levemente, su dentadura—, y la impresión general que ofrecía, aparte de la de que el traje lo había confeccionado un taxidermista en prácticas, era la de un jovial irlandés de alguna película sensiblera de John Ford. Era una impresión realzada por el trébol de esmalte en la solapa que, según explicó después, se debía a su entusiasmo de toda la vida por un equipo de fútbol local llamado Panathinaikos.

—¿Ha tenido un vuelo agradable, señor? —preguntó Aquiles Garlopis, el representante de MRE en Atenas.

—No nos hemos estrellado, si a eso se refiere. Después de nueve horas de vuelo, me siento igual que esa piloto, Amy Johnson.

—No es una manera civilizada de viajar —dijo, al tiempo que me cogía el bolso con gesto amable—. No es natural. Barcos y trenes: son medios más aptos para los seres humanos, más amables. Seguro que no encuentra a un solo griego que no esté de acuerdo con usted, Herr Ganz. Después de todo fue un griego, Ícaro, el primero que intentó conquistar los cielos, y mire qué le pasó.

Garlopis se las ingenió para que Ícaro sonara como uno de los hermanos Wright, pero su alemán no tenía nada de malo; era casi perfecto.

—Los dioses tienen aversión a los aviadores como tienen aversión a toda blasfemia. Yo nunca faltó el respeto a los dioses. Soy un hombre de lo más pagano, señor. —Soltó una risilla—. Sacrificaría gallinas si los sacerdotes no pusieran objeción. Para ser una religión basada en el derramamiento de sangre, el cristianismo es muy peculiar en su actitud hacia el sacrificio animal.

—A mí eso no me quita el sueño —reconocí, aunque sin tomármelo muy en serio, todavía—. No me lo quita prácticamente nada.

—¿Qué tal está el señor Neff? Sufrió un infarto, ¿no?

—¿Conoce al señor Neff?

—Sí. Ha estado aquí en varias ocasiones. Somos viejos amigos, Walther y yo.

—Creo que se está recuperando. Pero durante un tiempo no estuvo nada bien.

Garlopis se persignó al estilo ortodoxo griego y se besó el pulgar.

—Rezaré por él. Dele recuerdos de mi parte la próxima vez que lo vea.

Me condujo al exterior del aeropuerto hasta su coche, un Oldsmobile azul pálido con neumáticos de banda blanca y un ribete del mismo color. Se fijó en mi sorpresa al ver el enorme coche americano mientras dejaba mi equipaje en el maletero del tamaño de un dormitorio.

—El coche no es mío, señor. Se lo cogí prestado a mi primo Poullos, que trabaja en la empresa de alquiler de vehículos Lefteris Makrinos, en la calle Tziraion. Le hará muy buen precio en cualquier automóvil que quiera. Incluido este mismo.

—Prefiero algo que llame menos la atención. Como un tanque Sherman, quizá.

—Claro, señor. Lo entiendo a la perfección. Pero esto era lo único que me podía dejar hoy mientras mi coche está en el taller. Pierda cuidado, su hotel es mucho más discreto. El Mega, en la plaza de la Constitución. No es tan bueno como el Grande Bretagne, pero tampoco es tan caro, ni mucho menos. Muchas habitaciones, incluida la suya, disponen de baños y duchas. Otro primo mío que trabaja allí se ha cerciorado de que le den la mejor habitación al mejor precio. Vivirá en la opulencia. También queda muy cerca de la oficina de correos de la calle Nikis, desde donde podrá enviar telegramas a la oficina central a diez dracmas por palabra, a cualquier hora y en cualquier día de la semana. Para cualquier otra cosa, puede ponerse en contacto conmigo en mi despacho del número 50 de la calle Stadiou, al lado del cine Orfeo.

Garlopis me tendió una tarjeta de visita y encajó su corpulencia detrás del volante blanco del Oldsmobile mientras yo encendía un cigarrillo y me montaba a su lado, acomodándome en el tapizado de cuero blanco a juego. En el salpicadero azul había un pequeño icono enmarcado en plata y una estatuilla de escayola de un mochuelo.

—¿Para qué son las toallas del asiento de atrás?

—La costumbre, me temo. Hace mucho calor en verano, señor. Y yo sudo mucho. Así que protegen el cuero. —Arrancó el motor y sonrió—. El nuevo motor Rocket. Alerta, a punto, potencia cuando se necesita, económico cuando se desea. Debo confesar que profeso un entusiasmo absurdo y más bien juvenil por este coche. Desde que era joven me ha gustado todo lo americano. Vaya país tiene que ser para fabricar coches así. Cuando conduzco este, no me cuesta trabajo imaginarme en un cohete espacial rumbo a la Luna.

—No le gustaría la comida —repuse, observando su cintura—. No la hay.

Garlopis metió la marcha y avanzamos con suavidad. Luego pulsó un interruptor para accionar las ventanillas eléctricas del vehículo.

—Ventanillas eléctricas. ¿No es una maravilla? Uno ve un coche como este y piensa en América y el futuro. Cuando los americanos hablan del sueño americano, no es un sueño del pasado. Ahí está la diferencia entre el sueño americano y el británico, o el francés, o el griego. Los nuestros son sueños que siempre tienen que ver con el pasado; y el de ellos es un sueño que siempre mira hacia el futuro. Un mañana mejor. No solo eso, sino que además creo sinceramente que están preparados para garantizarnos ese futuro a todos, por la fuerza de las armas. Sin la OTAN, estaríamos todos tocando la balalaika.

—Sí, lo más probable es que sí.

—Le aseguro que hay muchos coches americanos en Atenas, señor. No son tan llamativos como podría pensar.

—Aun así, me gustaría que lo cambiase.

—Desde luego, señor.

Garlopis guardó silencio un momento mientras jugueteaba un poco más con las ventanillas eléctricas. Pero luego cambió de asunto.

—Ya que habla de comida —dijo, por encima del ruido del motor Rocket—, el mejor restaurante de toda Atenas es el de Floca, en la calle Venizelos, donde le harán muy buen precio si dice que es amigo mío. No debería pagar más de veinticinco dracmas por una buena comida.

—¿Otro primo suyo?

—Mi hermano, señor. Un hombre con gran talento en la cocina, aunque sin suerte en la vida. Su mujer es una gorgona que aterrará al mismísimo coloso de Rodas. Pero no confunda el restaurante de Floca con el de Adam, que está al lado. Ese no es un buen establecimiento. Me apena decirlo, porque tengo un primo que trabaja allí, pero las cosas que me cuenta le pondrían los pelos de punta.

Sonriendo, saqué el codo por la ventanilla abierta e intenté relajarme un poco después del vuelo, aunque no era fácil, teniendo en cuenta el modo tan irregular como conducía el griego. Ojalá no nos hiciera falta la protección del icono.

—Habla un alemán excelente, Herr Garlopis.

—Mi padre era alemán, señor. De Berlín. Garlopis es el apellido de soltera de mi madre. Mi padre vino a Grecia como corresponsal extranjero de un periódico alemán, se casó con mi madre y se quedó, al menos un tiempo. Se apellidaba Göring, de modo que lo cambiamos durante la guerra, por razones evidentes. Mi madre tenía ocho tías y tíos, y todos esos primos míos son de su rama de la familia. Usted es de Alemania, ¿verdad?

—Sí. Oriundo de Berlín.

—¿Y viaja usted mucho, Herr Ganz?

Pensé en mis recientes viajes a Italia, Argentina, Cuba y el sur de Francia, por no hablar de los dieciocho meses que había pasado en un campo de prisioneros soviético, y luego negué con la cabeza.

—Casi nunca.

—Yo no he viajado mucho. He ido a la oficina central un par de veces. Y una vez fui a Salzburgo. Pero Salzburgo tenía algo que no me gustó.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Austriacos, sobre todo. Gente fría y antipática, me pareció a mí. Hitler era austriaco, ¿no?

—Eso seguimos diciendo en Alemania, con la esperanza de que la gente lo recuerde. Sobre todo, los austriacos, claro. Pero no parece que lo hagan.

—Me pregunto por qué —comentó Garlopis en tono de no preguntárselo en absoluto—. ¿Puede decirme una cosa, si no le importa? ¿Qué otros idiomas habla, aparte del alemán?

Respondí.

—¿Por qué?

—Disculpe que se lo diga, señor, pero si alguna vez se encuentra solo y necesita ayuda, lo mejor en cualquier circunstancia sería que hable inglés. O incluso francés. No es que se desprecie a los alemanes, señor. Ni que los ingleses sean muy populares. Todo lo contrario. Lo que ocurre es que tan poco tiempo después de la guerra hay

quienes están celosos del milagro económico de Alemania Occidental, señor. Quienes consideran que nuestra economía ha funcionado, por decirlo así, menos que milagrosamente, señor. De hecho, que se ha paralizado. Yo creo que el éxito de Alemania es positivo para toda Europa, incluida Grecia, por injusto que nos pueda parecer a quienes sufrimos de una manera tan atroz bajo la desconsiderada brutalidad de los nazis. Solo una Alemania fuerte puede ayudar a garantizar que Europa no se vuelva comunista, como estuvo a punto de suceder con Grecia después de la guerra. Pero haga el favor de hablar en inglés siempre que sea posible, señor. Y muéstrase cauteloso antes de reconocer su auténtica procedencia. Decir que es suizo siempre será mejor que decir que es alemán sin más. Después de la terrible guerra civil que libramos, Atenas no está exenta de peligros, señor, ni siquiera para un griego.

—Ya veo. —Toqué el ojo azul de gran tamaño que colgaba del extremo de la cadenita de la llave del coche—. Esto es contra el mal de ojo. ¿no?

—Desde luego que sí, señor. Yo creo que toda precaución es poca en el mundo de los seguros, ¿no le parece? Soy totalmente partidario de minimizar cualquier clase de riesgo.

—¿Y el mochuelo?

Se mostró avergonzado.

—A menudo la diosa Atenea va acompañada de un mochuelo, que tradicionalmente simboliza el conocimiento y la sabiduría. Nunca se tiene suficiente, ¿no cree? Llevo una moneda de plata en el bolsillo, un tetradracma, que también lleva la imagen de un mochuelo, para que me dé suerte.

—Y el icono, ¿qué?

—San Jorge, señor. Lleva velando por mí y, si a eso vamos, por este país, desde que nací.

Tiré la colilla.

—Bueno, hábleme del barco ese que se perdió. La Doris. Supongo que no estaban tan bien preparados frente al desastre como parece estarlo usted, señor Garlopis.

—Al grano. Así me gusta. Si me permite que lo diga, es una virtud de lo más alemana. Disculpe que hable tanto. Eso es muy griego. Me viene de mi parte materna.

—No se disculpe. A mí también me gusta hablar. Me viene de mi parte de ser humano. Pero ahora mismo, solo quiero hablar del barco. A fin de cuentas, es la única razón por la que estoy aquí.

—Como creo que ya sabe, el barco es alemán, y también el propietario. El valor asegurado ascendía a treinta y cinco mil marcos, que son doscientas cincuenta mil dracmas. Siegfried Witzel es un experto submarinista alemán que hace películas subacuáticas. Una de ellas, *La foca del filósofo*, versaba acerca de la foca monje mediterránea, que Aristóteles fue el primero en describir, y por algún motivo ganó un premio en el Festival de Cine de Cannes. No me pregunte por qué. Lo único que sé de las focas monje es que son muy poco comunes. La Doris se hundió en una expedición en busca de antigüedades griegas: estatuas, vasijas..., cosas así. Que son mucho más comunes, por lo menos en Grecia. El barco iba del Pireo, que es el principal puerto de Atenas, a la isla de Hydra cuando se incendió frente a la costa de Dokos, que es otra isla cercana. Los pocos tripulantes abandonaron el barco y fueron a tierra en la balsa salvavidas. La Guardia Costera Helénica del Pireo está investigando ahora el siniestro,

igual que el Ministerio de la Marina Mercante aquí en Atenas, pero como ambos organismos son griegos, también son lentos y burocráticos, por no decir escleróticos. Y para serle del todo sincero, señor, su entusiasmo por investigar el naufragio de un barco alemán es por desgracia limitado. Lo que quizá no sea de extrañar, teniendo en cuenta que en la guerra Grecia perdió un total de cuatrocientos veintinueve barcos, la mayoría hundidos por los alemanes. Pero incluso en las mejores condiciones, y hablo meramente a título de organismo de investigación, la Guardia Costera Helénica es lenta. Aún está indagando el naufragio del Lycia, un barco británico que embarrancó frente a Katakolon el mes de febrero pasado, y también el del Irene, un buque de cabotaje que se fue a pique al sureste de Creta el mes de septiembre pasado.

—Así que nos las tenemos que arreglar solos, por lo que a la investigación respecta.

—Pues sí, más o menos, por desgracia.

—Hábleme de ese tipo, Witzel.

—Creo que cabe la posibilidad de que los dioses hundieran su barco porque estaban furiosos con él, pero dudo de que estuvieran más furiosos de lo que ha estado él conmigo. En resumidas cuentas, es un hombre de temperamento muy violento. Grosero, antipático e impaciente. Hace que Aquiles parezca un ejemplo de buenos modales.

—¿Por qué lo dice?

—He intentado explicarle que no ocurriría nada hasta que llegara alguien de la oficina central para tasar esta reclamación a MRE, pero no está muy dispuesto a escucharme a mí, que solo soy un griego. Desde entonces, ha amenazado con ponerse violento conmigo en más de una ocasión.

—¿Witzel?

—Witzel. Es un tipo muy duro, muy fuerte; ya sabe. Como cabe esperar de un buceador profesional. No parece ser muy paciente con los imbéciles, y con los imbéciles griegos como yo, menos aún. Para serle sincero, me alegro de que esté aquí para que se las vea con él. De un alemán a otro. Ese hombre asustaría al mismísimo Poseidón. En buena medida porque lleva un arma.

—Ah, ¿sí?

—Y navaja.

—Qué interesante. ¿Qué clase de arma?

—Una pistola automática. En una funda sobaquera de cuero. Muchos griegos van armados, claro. Por los nazis. Y antes de eso, por los turcos otomanos. En Creta es bastante común que los hombres lleven armas cortas. Pero también es cierto que los cretenses tienen su propia ley.

—Pero Witzel es alemán, según ha dicho. No griego.

—Aunque no resulta tan evidente como en su caso, señor. Habla nuestro idioma con soltura. Es lo más natural, teniendo en cuenta que vivía aquí desde antes de la guerra.

—Con arreglo a mi experiencia, un arma tiende a calmar a quien la lleva. Uno no se puede permitir el lujo de perder el temperamento más de una vez cuando lleva un Bismark en el bolsillo. A la policía no le hace gracia.

—Bueno, creí que se lo debía decir.

—Me alegro de que lo haya hecho. Desde luego, lo recordaré si intento liquidar esta reclamación. ¿Qué más puede contarme de él?

—Es cierto que ese hombre ha perdido su hogar además de su medio de vida, porque aduce que vivía en el barco. Así que quizá eso tenga que ver con su comportamiento. Sea como sea, también he comprobado que, además de furioso, tiende a mostrarse esquivo. Un ejemplo. En mi opinión, no ha logrado ofrecer una explicación convincente de cómo pudo haber ocurrido el incendio a bordo de la Doris. Digo «pudo haber ocurrido» porque solo le pedí que especulara acerca de lo que podría haber ocurrido, lo que no me pareció excesivo, teniendo en cuenta la magnitud de su demanda. A fin de cuentas, hay que escribir algo en el informe de daños. Además, no se ha mostrado muy comunicativo con respecto a la empresa que fletó la Doris para ir en busca de antigüedades.

—¿Cabe la posibilidad de que buscaran esas antigüedades de manera ilegal?

—Al contrario. Todos los permisos se obtuvieron al más alto nivel. Y me refiero al más alto. La licencia de exploración fue firmada por el señor Karamanlis, nada menos.

Konstantinos Karamanlis era el primer ministro griego.

—El señor Witzel parece creer que eso lo exime de dar ninguna explicación. Como si Karamanlis fuera el mismísimo Zeus.

—¿Cree que la demanda podría ser fraudulenta? ¿Que podría haber abandonado su propio barco para obtener el dinero?

—Eso no me corresponde a mí decirlo, señor. Yo no soy investigador de demandas. Solo el humilde agente de un investigador de demandas.

—Es posible, pero cuando me envió aquí, Alois Alzheimer, el presidente de MRE, lo describió a usted como nuestro experto local en seguros marítimos.

Era mentira, claro. Pero unos halagos no podían hacer ningún daño.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dijo el señor Alzheimer?

—Sí.

—Me es muy grato oírlo, señor. Pensar que un hombre como el señor Alzheimer sabe siquiera de la existencia de alguien como yo... Sí, me es muy grato.

—Yo soy nuevo en esto, señor Garlopi. Me temo que no sé nada sobre barcos. Y menos aún sobre Grecia. He venido a sustituir al señor Neff. Así pues, sus opiniones sobre lo que le pasó a la Doris son mucho más importantes de lo que se cree. Si me dice que autorice el pago, recomendaré que autoricemos el pago. Pero si me dice que el caso cojea, daremos un paseo y nos aseguraremos de recabar todos los indicios. Treinta y cinco mil marcos son mucho dinero. Hay gente que ha matado por mucho menos, se lo aseguro.

—Es muy amable por su parte decirlo, señor Ganz. Y agradezco su sinceridad. —El señor Garlopi dejó escapar una risilla—. Hay explicaciones lógicas para casi todo, claro. Eso lo reconozco. Pero durante años fui marino mercante y le aseguro que los hombres que se hacen a la mar, sobre todo aquí en Grecia, albergan muchas creencias irracionales, por decirlo con suavidad. Es posible que nuestros superiores de Múnich no vean con mucha simpatía nuestras explicaciones acerca de todo lo que ocurre aquí en Grecia.

—Póngame a prueba.

—Seguro que se ríe, señor, y me toma por un idiota de lo más crédulo.

—No, por mucho que lo pensara.

Garlopis siguió hablando y enseguida tuve la impresión de que era uno de los hombres más supersticiosos que he conocido, aunque no por eso menos agradable. Para sorpresa mía, creía que seguían morando seres sobrenaturales en las montañas, las ruinas antiguas y los bosques del país. El mar no era distinto, pues también creía en las nereidas —ninfas del mar que cumplían la voluntad de Poseidón— y parecía más que dispuesto a atribuir toda suerte de desastres a su intromisión. Me pareció insólito en un agente de seguros y me pregunté cómo reaccionaría el señor Alzheimer si le enviara un telegrama explicándole que la Doris se había ido a pique por culpa de una ninfa marina.

—A veces —dijo Garlopis—, es tan buena explicación como cualquier otra. Las aguas que rodean estas islas son extrañas y traicioneras. No todas las desapariciones de barcos se resuelven como es debido. Espero me perdone si sugiero que ustedes los alemanes incurren en el defecto de creer que absolutamente todo tiene una explicación lógica.

—Claro, pero fueron los griegos los que inventaron la lógica, ¿no?

—Ah, sí, señor, pero me perdonará de nuevo, son ustedes los alemanes los que han llevado la lógica hasta sus extremos. El doctor Goebbels, por ejemplo, cuando pronunció un discurso defendiendo que había que librar una guerra total, en 1943, ¿no?

»Sí, lo sé, va a decirme que solo se estaba haciendo eco de Von Clausewitz. Aun así, se puede decir que fue su mentalidad lo que condenó a Alemania a un fútil desperdicio de vidas a una escala sin precedentes cuando lo cierto es que... deberían haberse rendido.

Desde luego no iba a llevarle la contraria. Para ser un hombre supersticioso, Aquiles Garlopis era también muy culto.

—En este caso, sin embargo —añadió Garlopis—, seguro que encontraremos una explicación más satisfactoria de lo que le ocurrió a la Doris, y que además les convenga a los señores Alzheimer y Dietrich.

—Eso espero. Porque creo que el único monstruo en el que cree el señor Alzheimer es con toda probabilidad la señora Alzheimer.

—¿La conoce?

—Vi una fotografía suya en su mesa. Y creo que debía de llevar millones de años congelada antes de que él la encontrara.

Garlopis sonrió.

—Me he tomado la libertad de pedirle al señor Witzel que venga a la oficina mañana a las diez. Entonces podrá hablar con él y sacar sus conclusiones. Pasaré por el hotel a las nueve y lo acompañaré allí. ¿Quiere que le telefonee temprano para despertarlo, señor?

—No hace falta que me llame para despertarme, señor Garlopis: de eso se encarga mi vejiga.

El hotel Mega estaba en la plaza de la Constitución, que recibía su nombre en honor a la constitución que el primer rey griego, Otón, se vio obligado a otorgar a los líderes de un alzamiento popular en 1843. Estaba situado enfrente del antiguo Palacio Real, que ahora albergaba el parlamento griego y el hotel Grande Bretagne, mucho mejor que el mío. Di un paseo por la plaza bordeada de árboles después de que Garlopis se hubiera ido, para estirar las piernas, ver un poco de Atenas y llenarme los pulmones del monóxido de carbono local. El lado este de la plaza quedaba más alto que el oeste y estaba dominado por unas escaleras de mármol que llevaban hasta el parlamento, como si hubiera que hacer alguna clase de esfuerzo para alcanzar la democracia. Delante de este edificio de color limón, un par de soldados denominados *evzones* se ponían en ridículo para el deleite de un grupo de turistas americanos, solo que ellos lo llamaban cambio de guardia. Vestidos cual pierrots, hacían un gran alarde de no hacer gran cosa con la regularidad de un reloj. Supongo que no era más ridículo que las actividades desempeñadas por los soldados del Ejército Nacional Popular delante del Nuevo Cuartel de la Guardia en Unter den Linden en lo que ahora era Berlín Oriental, pero de algún modo, como muchas cosas en Grecia, lo era. Se me podrá tachar de xenófobo, pero parecía haber algo inherentemente cómico en dos hombres muy altos tocados con un fez, una falda blanca y zuecos de cuero rojo con pompones negros marcando el paso y alzando las piernas al aire con una incertidumbre casi incitante; de hecho, era casi como si esos dos intentaran burlarse de toda la ceremonia, lo que no hacía sino volverlo todo más curiosamente fotogénico.

Compré unos Lucky, un mapa y un ejemplar de *The Athens News*, el único periódico en inglés (no había ninguno en alemán), y me los llevé al bar del Mega para tomar una copa, fumar un pitillo y ponerme al tanto de lo que estaba ocurriendo en la antigua capital griega. Habían asesinado a un abogado en Glyfada. Se había cometido una serie de robos en Amaroussion. Habían detenido a unos polis griegos de la jefatura de policía por aceptar sobornos. La División de Asuntos Internos de la Policía Helénica informaba de que el noventa y seis por ciento de la población creía que la policía griega era corrupta. Y a un alemán llamado Arthur Meissner estaban a punto de juzgarlo por crímenes de guerra. Salvo por la música griega despiadadamente alegre que sonaba en los altavoces encima de la barra, me sentía como en casa.

Más incluso de lo que podría haber esperado.

—¿Qué le parece ese tabaco? —preguntó una voz que hablaba alemán.

—No está mal. Lo fumo desde hace tanto tiempo que apenas me doy cuenta, excepto cuando tengo que fumar otra marca.

—Entonces, ¿fumaría otro tabaco si le gustara más?

—Hay muchas cosas que haría si me gustaran más —dije—. Lo que ocurre es que no sé cuáles son todavía.

El hombre de la otra punta de la barra era alemán, o quizá austriaco, y tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. Era delgado con la nariz fina y ganchuda, bigote corto y perilla, la frente despejada, los ojos con un intenso matiz de ostra y, por lo que alcanzaba a ver, no era muy alto. Llevaba una chaqueta de sport Shetland y pantalones de tralla. Su nuez era la más pronunciada que había visto en la vida y oscilaba sobre el cuello de su camisa de guingán a cuadros como una bola de *ping-pong* en una barraca de tiro al blanco. Su tono de voz era un discreto barítono nasal con mucha paciencia en el remate. Sonaba como el rugido grave de un leopardo amaestrado.

—Estoy leyendo un periódico inglés y he hablado en inglés con el camarero. ¿Por qué ha supuesto que soy alemán?

—No es un Tommy y no es americano, eso me ha parecido evidente cuando ha hablado. Y la única manera de que esté fumando Lucky es que sea un alemán que vive en la zona americana. En Múnich, lo más probable. Fráncfort, quizá. La etiqueta de su chaqueta es de Hugo Boss, por lo que supongo que por fin se han desnazificado. Me alegro. Ese pobre Fritz no era más que un sastre. Intentaba ganarse la vida y seguir vivo. Para el caso, tendrían que desnazificar también a los porteros del Adlon.

—Debería ser usted policía.

Sonrió.

—No creo. Solo bromeaba. De hecho, lo he visto registrarse hace un rato. Le he oído hablar en alemán con el otro tipo. El que tiene ese coche americano tan ostentoso. Y de no ser por la guerra yo habría sido muchas cosas. Húngaro, lo más probable. Supongo que tengo suerte de ser austriaco, porque de lo contrario estaría viviendo bajo el puñetero régimen comunista y rascándome el culo con la hoz y el martillo. Me llamo Georg Fischer. Me dedico al negocio del tabaco. Y a riesgo de parecer un viajante cutre, tome, amigo mío, pruebe uno de estos.

Dejó un paquete de tabaco en el tablero de mármol de la barra.

—Son griegos, o turcos, dependiendo de cómo vea uno estas cosas.

—Karelia. Da la impresión de que tendrían que venir del Báltico.

—Por suerte, ellos no fuman así. Si algo aborrezco son los cigarrillos rusos.

Movió los párpados sin pestañas en un lento parpadeo; parecían versiones más pequeñas de su cráneo casi sin pelo.

—Eso seguro.

—Karelia es la empresa tabaquera más antigua e importante de Grecia. Tiene su sede en Kalamata, en el sur. Pero el tabaco procede de la costa del mar Negro. De Sujumi. Las hojas son casi como las de los puros. Dulces al paladar y frescas en la garganta.

Encendí uno, me gustó y asentí en ademán de auténtico aprecio.

—La vida está llena de sorpresas. Me llamo Christof Ganz. Y gracias.

—No, gracias a usted. Es muy agradable volver a hablar un poco de alemán otra vez, Herr Ganz. A veces no es muy buena idea en esta ciudad. Aunque tampoco es que se les pueda reprochar a los griegos después del infierno al que sometimos a este puñetero país durante la guerra. Ahora cuesta creerlo. Pero tengo entendido que

durante el primer año de ocupación nazi había cadáveres de niños tirados en la acera delante de este mismo hotel. ¿Se lo imagina?

—Procuro no hacerlo. Ahora procuro no pensar en la guerra si puedo evitarlo. Además, ya hemos pagado por ello, ¿no cree? O por lo menos la mitad de nosotros hemos pagado. La mitad oriental. Creo que van a seguir pagándolo durante el resto de sus vidas.

—Tal vez tenga razón. —Miraba al frente hacia un bar con tantas botellas que parecía el órgano de una catedral—. A veces me entra un poco de nostalgia.

—Me da la impresión de que lleva mucho tiempo aquí.

—Amigo mío, llevo aquí tanto tiempo que he empezado a hacer añicos la vajilla cuando estoy de buen humor.

—¿Y cuando está de mal humor?

—¿Quién va a estar de mal humor en un país como este? Quizá los griegos sean unos irresponsables, pero en verano este es el mejor país del mundo. Y las mujeres están muy bien. Incluso las que son un bombón.

Le devolví el paquete deslizándolo sobre la barra.

—Quédeselo —dijo—. Tengo una maleta llena en mi habitación.

—¿Ha dicho que es austriaco?

—De un pueblo llamado Rohrbrunn, cerca de la frontera de Estiria, en lo que antes era Hungría. Lo llamábamos Nádkút. Pero viví en Berlín un par de años. Antes de la guerra. Bien. ¿A qué se dedica usted, Herr Ganz?

—A los seguros.

—¿Los vende o los paga?

—Ni una cosa ni otra, espero. Soy tasador de pérdidas. ¿Puedo invitarlo a una copa?

Fischer le hizo un gesto con la cabeza al camarero.

—Calvert con hielo.

Yo pedí otro gimlet.

—Los seguros son un respetable negocio alemán —dijo Fischer—. Todos necesitamos negocios así, en los que se puede hacer una pausa y recuperar el aliento, máxime teniendo en cuenta todo lo que ocurrió.

No dijo de qué se trataba, pero era austriaco, así que no tenía que decirlo. Yo ya sabía a qué se refería. Cualquier alemán lo habría sabido.

—Solo cuando se hace una pausa puede uno oír sus pensamientos.

—En el negocio de los seguros no ocurre nunca gran cosa. Eso me gusta. Solo así se le puede coger el tranquillo a la vida.

—Sé exactamente a qué se refiere. El tabaco también es un poco así. Estable. Poco espectacular. Sin cambios. Inocuo. No conlleva ninguna clase de culpa. Bueno, la gente siempre fumará, ¿verdad? Mi empresa está a punto de empezar a exportar estos cigarrillos a Alemania.

—Acaba de hacer un cliente.

—Por lo menos lo haremos en cuanto los griegos ingresen en esta nueva Comunidad Económica Europea.

—¿Algún otro consejo, además de no hablar alemán en Grecia?

Brindó con el whisky que había pedido.

—Solo uno. No beba agua del grifo. Le dirán que no hay peligro. Que la hacen los americanos. Y así es, la hacen los Amis. Ulen & Monks. Son los propietarios de la presa de Maratón. Pero yo que usted bebería agua embotellada. A no ser que quiera perder peso por la vía rápida.

Brindé con él, que me entregó su tarjeta de visita.

—Me parece un buen consejo.

—Si se mete en algún lío o necesita mi ayuda, llame a este número. Los alemanes tenemos que apoyarnos, ¿verdad? ¿Cómo es el dicho? Si nos atrapan juntos, nos ahorcan juntos.

—¿Qué película ponen en el cine de enfrente?

Garlopis se acercó a la ventana abierta de su despacho en Stadiou y miró el cartel en la fachada del cine Orfeo. Había ido a buscarme a mi hotel hacía una hora y estábamos esperando a que llegara Siegfried Witzel, el solicitante de la indemnización del seguro. Llegaba tarde.

—*El ogro de Atenas* —dijo—. ¿Le gusta el cine, Herr Ganz?

—Sí.

—Es una película muy popular aquí en Grecia. Por lo menos ahora. Es sobre un hombrecillo tranquilo al que confunden con un asesino llamado Drakos. Aprovechando el error, se enseñorea del mundo del hampa hasta que los demás maleantes empiezan a ver su error.

Me recordó mucho a Hitler, pero negué con la cabeza.

—No me gustan esas películas. Prefiero las del Oeste.

—Sí, las películas del Oeste tienen algo que resulta agradablemente atemporal. —Miró el reloj de muñeca—. Concepto con el que al parecer también está familiarizado el señor Witzel. Me pregunto dónde se habrá metido.

Delante del cine, un sacerdote con sobrepelliz negra limpiaba su escúter. La ciudad entera estaba plagada de esos vehículos cual millares de ruidosos insectos de colores llamativos. Lo vi brillantar esa carrocería que se parecía a la concha de un molusco rojo del escúter e hice una mueca de dolor al oír que un pariente lejano suyo venía estruendosamente por la calle, mientras por el rabillo del ojo veía que el señor Garlopis se percataba de mis problemas con el estrépito de Atenas y se preguntaba si debía interceder por mí. Cuando por fin lo hizo y cerró la ventana, casi proferí un suspiro de alivio.

—Atenas es muy ruidosa después de Múnich —dije.

—Sí —convino—. A los dioses les gusta el silencio. Por eso prefieren vivir en las cimas de las montañas. Y por eso los ricos que quieren imitarlos se compran casas en las colinas, supongo.

En las paredes había un mapa grande de Grecia y varias fotografías del equipo de fútbol Panathinaikos en la actualidad y en el pasado. Por la puerta entreabierta se oía el repiqueteo de los dedos de una secretaria pulsando las teclas de una máquina de escribir muy grande.

—¿Cuánto hace que trabaja en MRE, Herr Garlopis?

—Cinco o seis años. Durante la guerra fui intérprete y después trabajé para mi primo en una agencia de cobro de deudas. Pero ese trabajo no está exento de riesgos.

La morosidad siempre es un asunto delicado. —Volvió a mirar el reloj y chasqueó la lengua con fuerza—. ¿Dónde se ha metido este hombre?

—¿Tiene que venir de muy lejos Herr Witzel? —pregunté.

—La verdad es que no lo sé. No ha querido dar ningún detalle sobre su domicilio actual. Me dijo que, puesto que el barco también era su hogar, ha estado durmiendo en el suelo en casa de diversos amigos en la ciudad. Aunque con su temperamento, la idea de que Herr Witzel tenga amigos parece sumamente poco probable. ¿Quiere un café griego, Herr Ganz?

—No, gracias. Como tome más café voy a salir volando por esta ventana. ¿Tiene abogado?

—No lo mencionó.

—Nos hará falta alguna clase de dirección si vamos a abonar treinta y cinco mil marcos. Nuestra sección de contabilidad no se contentará con «El suelo de su novia, Atenas».

—Eso le hemos dicho una y otra vez, señor.

—¿Puedo ver el expediente sobre el barco?

Volví a la mesa y Garlopis me entregó los detalles sobre la Doris. Mientras echaba un vistazo al contenido, él resumió las especificaciones del bajel:

—La Doris era una goleta de dos mástiles, treinta metros de eslora, ocho metros y medio de manga y un calado máximo de 3,8 metros. Tenía un solo motor diésel de seiscientos caballos con una velocidad crucero de doce nudos. Construida en 1929 con el nombre de Carasso, con cinco camarotes, era toda de madera, lo que con toda probabilidad explique que el fuego se adueñara de ella con tanta ferocidad.

Había una sola fotografía en color de un barco en el mar con unas ocho velas. Para alguien como yo, que no tenía ni idea de barcos, supongo que ofrecía un aspecto espléndido, y según el informe acababan de someterlo a una reparación. Por lo que había allí escrito, no habría sabido decir si el barco estaba en condiciones de navegar, pero en un mar tan liso y azul como el de la fotografía, desde luego lo parecía.

—También hay una lista de cosas que tenía a bordo que se perdieron y nos reclama —añadió Garlopis—. Equipo de submarinismo, cámaras, mobiliario, efectos personales. Artículos por valor de más de veinte mil dracmas. Por suerte para él, parece haber sido de lo más escrupuloso teniéndonos al día con los recibos.

Unos minutos después oímos pasos en las escaleras delante de la puerta del despacho y Garlopis me hizo un gesto con la cabeza.

—Debe de ser él. Recuerde lo que le dije, señor. Acerca de no provocarlo. Probablemente vaya armado.

Un hombre alto con barba, una mata de pelo ondulado tan densa y amarilla como un maizal un día de viento y los ojos azules de Tor, abrió la puerta e hizo una rígida inclinación a modo de saludo. Tenía la cara redonda y bronceada, el labio inferior como si se lo hubiera picado una avispa, y en su frente encima de la nariz ligeramente rota se apreciaba un feroz nudo de músculos. Me recordó mucho un cuadro de Durero que había visto una vez de un burgués anónimo: autoritario, desconfiado, severo; Witzel tenía un rostro de lo más alemán. Llevaba una cazadora ablusada de cuero pálido con puños y cuello de punto, vaqueros de color trigo, botas de polo marrones y una gorra de gamuza marrón. Tenía en la muñeca un Rolex Submariner con la correa de goma

negra y, entre los dedos cubiertos de manchas, un cigarrillo mentolado. Olía intensamente a loción para después del afeitado Sportsman, lo que era un cambio agradable con respecto a la vaharada de olor corporal de Garlopis que se aferraba al traje verde de marras del griego igual que el olor a naftalina.

—Herr Witzel, cómo me alegro de volver a verlo —dijo Garlopis—. Le presento a Herr Ganz, de la oficina central de Múnich. Herr Ganz, le presento a Herr Witzel.

Nos estrechamos la mano en cauto silencio, como dos ajedrecistas a punto de enfrentarse. Tenía la mano fuerte, pero la giró rápidamente sobre la mía de modo que su palma quedara hacia abajo y la mía hacia arriba, como si quisiera demostrar que tenía intención de dominar nuestro encuentro. A mí ya me iba bien. No era más que una conversación sobre seguros, a fin de cuentas.

—Por favor, caballeros, siéntense —dijo Garlopis.

Witzel se sentó delante de la mesa, cruzó las piernas con aire despreocupado y dejó un paquete de Spud y unas llaves encima de una carta náutica Imray de Grecia y el Peloponeso. Fue entonces cuando me fijé en que llevaba en uno de los oídos un pequeño audífono del tamaño de una pastilla de menta. Y me llamaron la atención las llaves. Para ser un hombre que aseguraba estar durmiendo en casas de amigos, había varias en el llavero además del amuleto contra el mal de ojo que todo el mundo menos yo parecía tener en Grecia y un timoncito de barco de latón.

—Para procesar su demanda, Herr Witzel, voy a necesitar más detalles sobre sus actividades y lo que le ocurrió a su barco. Sé que es una cuestión sumamente urgente para usted, pero haga el favor de tener paciencia. Tengo muchas preguntas. Al final de nuestra conversación espero poder extenderle, como mínimo, un cheque provisional, para cubrir sus gastos inmediatos.

—Me alegra oírlo.

Mientras lo decía, Witzel fusiló con la mirada al pobre Garlopis, como si le reprochara que no hubiera hecho antes eso mismo.

—Es usted submarinista, ¿no? —dije.

—Eso es.

—¿Cómo entró en ese negocio?

—Durante la guerra estuve en la marina alemana. Con la División Brandemburgo, más conocida como los guerreros del océano. Antes de eso me formé con la Decima Flottiglia MAS italiana, que eran líderes en el combate submarino. —Se dio unos golpecitos en el audífono—. Así fue como sufrí daños en este oído. Estalló una mina cuando estaba en el agua. Después de la guerra compré la Doris, y me quedé aquí, haciendo películas submarinas, lo que siempre había sido mi pasión.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, me parece una decisión valiente. Para un alemán, quiero decir.

—No crea. Durante la guerra no hice nada de lo que tuviera que avergonzarme.

A todas luces, el concepto de la culpa colectiva no figuraba en la manera de pensar de Witzel.

—Además, hablo griego e italiano con soltura, y siempre me he esforzado en demostrarles a los griegos que yo no tenía nada de nazi.

Asentí con gesto atento, pero me pregunté cómo exactamente se podía hacer algo así.

—Gracias a eso siempre había vivido en el barco sin problemas. Más allá de los habituales cuando uno se dedica al cine: la falta de dinero. Hacer películas sale caro. Sobre todo, si son submarinas.

—¿Qué objetivo tenía esta travesía en concreto? Todavía no lo tengo claro.

—Era un alquiler privado. Había encontrado unas cuantas piezas de mármol y bronce en una inmersión anterior en aguas de la isla de Dokos, en lo que parecían ser los restos de un antiguo trirreme griego, y, pensando que podría sacar algún dinero del descubrimiento, me puse en contacto con el Museo Arqueológico del Pireo a fin de equipar una expedición para buscar más piezas. No es lo que suelo hacer, pero necesitaba dinero. Como he dicho, hacer películas sale caro. Sea como fuere, me dijeron que en ese momento no había mucha financiación para esas cosas, Grecia no anda escasa de bronces y mármoles arcaicos, pero sugirieron que si encontraba un museo alemán dispuesto a adelantar el dinero, organizarían todos los permisos necesarios a cambio de la mitad de lo que encontrásemos. Así que eso hice. El profesor Buchholz es un destacado helenista alemán, y un viejo amigo de un amigo a quien conocí cuando iba a la universidad en Berlín. Así de sencillo, en realidad. O, por lo menos, me lo parecía hasta que se hundió mi barco.

—¿Es usted berlinés?

—Sí. De Wedding.

—Yo también. ¿Qué estudió?

—Derecho, en Humboldt. Para tener contento a mi padre, claro. Es una historia muy alemana. Pero murió cuando estaba a mitad de la carrera, y me pasé a zoología.

—Como Humboldt.

—Exactamente.

Witzel apagó la colilla y luego se colgó otro cigarrillo del labio inferior como si fuera un tendedero. Entre tanto, yo desplegué la carta, la volví hacia él y rodeé la mesa para verla por encima de su hombro.

—Quizá pueda indicarme en el mapa dónde se hundió la Doris.

—Desde luego.

Witzel se encorvó sobre el mapa y deslizó el dedo hacia abajo resiguiendo la costa griega, unas treinta o cuarenta millas al sur del Pireo a vuelo de pájaro. Mientras se inclinaba hacia el mapa vi a las mil maravillas lo que parecía una pistola automática en una funda de cuero debajo de su axila izquierda. A saber para qué necesitaba ir armado un hombre que buceaba en busca de arcaicas piezas griegas de bronce.

—Fue más o menos aquí cuando descubrimos el incendio. —Señaló—. A 37.30 grados de latitud norte, 23.40 grados de longitud este, frente a la costa occidental del Peloponeso. Eran las tantas de la noche y estaba oscuro, conque lanzamos un SOS; y mientras luchábamos contra el fuego intentamos llegar a tierra, pero enseguida quedó claro que tendríamos que botar la lancha salvavidas. La Doris estaba hecha de madera de cabo a rabo. Se hundió aquí a unos doscientos cincuenta metros de profundidad. Está muy hondo para bucear hasta allí, por desgracia; si no, alquilaría el equipo necesario y bajaría a por algunos efectos personales que siguen a bordo.

»Llegamos en la balsa salvavidas hasta Hermíone. Dos tripulantes, el profesor Buchholz y yo. Entonces nos pusimos en contacto con la guardia costera local y les dijimos que no se molestaran en buscar la Doris, que ya se había ido a pique.

Plegué el mapa de nuevo.

—Bien, con respecto al fuego, ¿tiene alguna idea de qué lo causó?

—Prendió fuego el aceite del motor. Eso sin duda. Era un motor diésel americano de dos tiempos; un Winton, revisado hacía poco en el taller, y por lo general muy fiable. Pero el astillero Adrianos del Pireo, donde solía llevar la Doris, quebró y tuve que ir a otras instalaciones en Salamina para que hicieran la última revisión. Supongo que tomaron unos cuantos atajos para ahorrar dinero, que usaron un aceite barato de baja viscosidad en lugar de uno más caro de viscosidad elevada, que es lo que hace falta para un motor así. Y el aceite sencillamente no soportó las altas temperaturas. Típico de los griegos. Hay que vigilarlos como un halcón o te timan. Como es natural, una cosa es saberlo y otra muy distinta demostrarlo. Le sorprendería lo rápido que cierran filas esos cabrones cuando empieza a alegar incompetencia alguien que no es griego. Sobre todo un alemán. Le confieso que en este país arrastramos una fama terrible.

—Ya me lo imagino. Los astilleros a los que acudió, ¿cómo se llaman?

—Son unos astilleros de Megara. Astilleros Megara, creo que se llaman.

—Y las piezas que encontré, ¿dónde se encuentran ahora?

—Estaban en el barco. La Doris era mi hogar. Guardaba allí todo lo que tenía de valor. El equipo de buceo, las cámaras y todo lo demás.

—Veo que no otorgó valor a esas antigüedades. De hecho, son lo único que no hizo constar en la lista de cosas por las que desea ser indemnizado.

—No, no las hice constar.

—De todos modos, debían tener un gran valor para llevar a toda una expedición al buque naufragado.

—Supongo. Pero ahora ya no importa, ¿no cree? Quiero decir que nunca tuve documentación que demostrara que estaban en mi posesión. Ni siquiera lo que eran.

—Ah, no creo que fuera un problema —dije en tono servicial—. Seguro que ese tal profesor Buchholz podría hacer una estimación del valor, ¿no? Después de todo, debió de ver las piezas cuando lo consultó a fin de obtener financiación para la expedición. Para abrirle el apetito. Se lo podemos preguntar. Tendré que hablar con él de todos modos, solo por si decide presentar una demanda contra usted, por el motivo que sea.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Ah, no sé. Pero pierda cuidado, también está cubierto ante esa contingencia.

—No presentará ninguna demanda.

—Parece muy seguro de ello. ¿Le importa si le pregunto por qué?

—Sencillamente no la presentará. Se lo aseguro.

—¿Tenía una póliza de seguros propia?

—No lo sé. Pero de ser así, no tiene nada que ver conmigo.

—Es posible que así lo crea. Pero si él presenta una reclamación a su aseguradora, ellos bien podrían presentar una reclamación a Múnich RE. No estaría haciendo mi trabajo si no intentara hablar con él. Solo para cerciorarme de lo que dice. ¿Dónde puedo localizarlo?

—La verdad es que no lo sé.

—Debe de tener su dirección, cuando vino a Grecia.

—Creo que se alojaba en el Acrópolis Palace, aquí en Atenas.

—Bien, quizá esté allí ahora.

—Es posible. Pero creo que bien podría haber regresado a Alemania.

—Da igual. También puedo ponerme en contacto con él allí. Volveré a Alemania en cuanto haya liquidado su reclamación.

—Entonces, ¿va a liquidarla? —preguntó con desdén—. ¿No me va a hacer un montón de preguntas estúpidas?

—Me sorprende oírle decir tal cosa, teniendo en cuenta la suma de dinero que hay en juego.

—Mire, con respecto a las antigüedades, vamos a olvidarnos de ellas, ¿de acuerdo? No quiero que se me indemnice por ellas. Sobre todo porque no quiero que el Museo del Pireo me reclame la mitad de su valor. Lo entiende, ¿verdad?

—Lo entiendo. Pero eso no cambia nada. Quizá no le reclamen la mitad de su valor a usted, pero es posible que sí se lo reclamen a su aseguradora.

Hasta ahora no había visto en Siegfried Witzel indicios del mal talante que había mencionado Garlopis, pero eso estaba a punto de cambiar. Witzel ya hacía muecas y meneaba la cabeza con irritación, lo que provocó el nerviosismo de Garlopis.

—A ver, ¿qué es esta mierda? Esperaba que él me diera largas. —Witzel hizo un brusco gesto con la cabeza en dirección a Garlopis—. Es un puñetero griego. Pero no lo esperaba de un compatriota alemán. Le he dicho todo lo que sé.

—Es posible que así lo crea. Pero mi trabajo también consiste en averiguar las cosas que usted no sabe. Poner las diéresis donde corresponda. Usted es un hombre culto. Seguro que lo entiende.

—No sea condescendiente, Herr Ganz.

—Bien podría ser que, con su cooperación, encuentre suficientes pruebas para demandar por negligencia a los astilleros de Megara.

—No quiero demandar a nadie. Mire, amigo mío, tengo que vivir aquí. Imagine cómo me irían las cosas si empezara a demandar a esta gente. Bastante mala fama tenemos ya los alemanes.

—Sí, ya lo entiendo. Pero yo solo hago mi trabajo. Velo por los intereses de mis jefes. Así como por los suyos.

—He sido un buen cliente. He pagado las primas, como un reloj. Y nunca había solicitado una indemnización. Seguro que ya lo sabe. El problema de los chupatintas como usted, Herr Ganz, es que creen que pueden mangonear a todo el mundo con la misma facilidad con que manejan la Pelikan en su mano.

—Yo no mangoneo a nadie. Ni siquiera cuando quiero hacerlo. Pero si lo hiciera, creo que más vale mangonear con una estilográfica que con un arma como la que lleva en esa funda.

Witzel esbozó una sonrisa avergonzada.

—Ah. Esta.

—Sí. Esa. A decir verdad, me plantea ciertas dudas sobre usted. El Bismarck, quiero decir. No nos encontramos con muchos solicitantes armados, Herr Witzel.

—Tengo licencia para llevarla, se lo aseguro. —Meneó la cabeza—. Cuando uno está tan a menudo como yo en puertos marítimos a altas horas de la madrugada, más le vale llevar una pistola o un cuchillo igual que otro hombre llevaría una pluma. Los pescadores no se andan con tonterías. Y no solo ellos. Ocho años después de una guerra civil tan cruenta como la que se libró en España, conviene andarse con cuidado

en una isla desconocida o una gran ciudad. En este país murieron cincuenta mil personas.

—Eso sí me lo trago.

—No intento que se trague nada. No es más que un hecho. Lo toma o lo deja.

—De lo que me gustaría tomar nota es de su dirección actual. O del nombre y la dirección de su abogado, si lo tiene. Y de la dirección del profesor Buchholz, por favor.

—No puedo darle mi dirección ahora mismo. Me alojo en casas de amigos, lo que quiere decir que casi nunca estoy dos veces en el mismo sitio. Hasta que no aflojen la mosca ustedes, no puedo costearme un hotel.

—En cuyo caso debería tener un abogado para que vele por sus intereses, de modo que podamos ponernos en contacto con usted.

—Muy bien. Si lo cree necesario.

—Y el profesor Buchholz, ¿dónde puedo encontrarlo?

Witzel adoptó un aire ausente.

—En Múnich, por alguna parte. Lo siento, pero mi agenda con todos sus detalles de contacto estaba en la Doris.

—Da igual. Si es un helenista de renombre, como dijo usted, no debería ser muy difícil localizarlo.

Abrí el maletín y saqué el cheque certificado por veintidós mil quinientos dracmas pagadero a Siegfried Witzel que había extendido antes de salir de Múnich.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Hasta que lleguemos a un acuerdo sobre su reclamación, este es un pago a cuenta para que vaya tirando. Ahora puede costearse un hotel.

—Ya era hora.

—Voy a necesitar un documento de identificación para darle esto.

—Claro —dijo, y me tendió su pasaporte. Así me enteré de su edad: tenía cuarenta y tres años, aunque parecía algo mayor.

Ver el cheque pareció aplacarlo un poco e incluso intentó sonreír, por una vez.

—Mire, Herr Ganz —dijo—, de un alemán a otro, le pido que se olvide de las antigüedades que se perdieron con la Doris. Le doy mi palabra de que nadie reclamará una indemnización por ellas. Y menos aún el profesor o yo. La gente no siempre muestra su mejor comportamiento cuando un barco se está hundiendo. Reconozco que ni el profesor ni yo podemos estar orgullosos de cómo nos condujimos y el caso es que él y yo cruzamos unas palabras bastante desagradables antes de separarnos, en Poros. No soy el hombre más apacible del mundo, como quizá haya visto. El caso es cuando llegó el momento de abandonar el barco, encargué a todos que llevaran algo importante a la balsa salvavidas. Al profesor le dije que llevara agua, una linterna y la pistola de bengalas. Cosa que no hizo. Eso me enfureció y me enfureció aún más cuando encontré en los bolsillos del profesor unas antigüedades una vez estábamos ya en la balsa. Supongo que no me hubiera importado tanto si también se hubiera acordado de la pistola de bengalas y el agua. Estaba oscuro cuando abandonamos la Doris. No tenía manera de saber cuánto tiempo estaríamos en la balsa, conque la pistola de bengalas y la linterna podrían haber sido esenciales para que nos rescataran. Sea lo que fuere, fui brusco con él; lo zarandeé un poco y le acusé de robar. Tuvimos un forcejeo y las antigüedades cayeron por la borda. No creo que ahora responda con

amabilidad ninguna pregunta relacionada conmigo. De hecho, lo más probable es que cuelgue en cuanto oiga mi nombre. Así que ahórrese la molestia de preguntarle nada.

—Bueno, gracias por esa sinceridad suya tan encomiable.

—Buscaré un abogado y seguiremos en contacto —aseguró.

—Hay uno bueno en el piso de abajo —señaló Garlopis—. Herr Trikoupis. Respondo por él.

Witzel esbozó una sonrisilla. Se guardó el cheque en el bolsillo de atrás, cogió el tabaco y las llaves y se fue del despacho.

—¿Esa sinceridad tan encomiable? —dijo el señor Garlopiis riendo entre dientes—. Le confieso que he sentido cierta incredulidad cuando le he oído decirlo, señor. Y no pretendo enseñarle cómo debe llevar sus asuntos. Pero haga el favor de decirme que no se cree el cuento de ese tipo.

—No, claro que no me lo creo —repuse, a la vez que cogía el abrigo—. Lo que me ha contado de él desde el primer momento parece bastante acertado. He visto zorros menos evasivos que Herr Witzel.

—Me alivia mucho oírsele decir, señor. Casi no he podido evitar reírme a carcajadas cuando intentaba convencerlo a usted de que no se ponga en contacto con el profesor Buchholz. Aquí hay mucho más de lo que parece a simple vista. Creo que hasta un cíclope vería los gazapos en su historia. ¿Y se ha fijado en que no le ha llevado la contraria cuando usted ha hablado de presentar una demanda contra los astilleros de Megara después de que él hubiera dicho que estaban en Salamina? Supongo que lo ha hecho adrede. En ese caso, ha sido un golpe maestro, señor. Me quito el sombrero. Y su manera de sacar a colación el arma. Yo no me habría atrevido nunca a mencionarla. No, la historia de ese hombre tiene más agujeros que el manifiesto político del actual gobierno.

Salí al descansillo delante de la puerta del despacho y, desde la barandilla de hierro forjado, vi a Witzel bajar las escaleras.

—Por eso voy a seguirlo. Según mi experiencia, a veces es la manera más rápida de comprobar hasta qué punto es cierto lo que alguien te ha dicho. —Estaba pensando en cómo había seguido a Friedrich Jauch en Múnich, y el buen resultado que me había dado. Quizá seguir a Witzel acabara siendo igual de provechoso—. Por lo menos me gustaría averiguar dónde vive ahora mismo, y con quién. Tal vez eso nos revele algo.

—Pero si me disculpa, señor, usted no conoce la ciudad. ¿Y si se pierde?

—Es lo que tiene seguir a alguien. Es imposible perderse. Después de todo, seguro que me lleva a alguna parte, y aunque no sepa dónde es, lo más probable es que pueda volver a encontrarlo.

—En serio, señor. He de decirle que no me parece buena idea en absoluto. Me cuesta imaginar que Herr Neff hiciera alguna vez nada parecido a seguir a uno de nuestros solicitantes de indemnización. ¿Y si lo ve Witzel? ¿Ha olvidado que lleva un arma?

—Me las apañaré.

Sonreí. Parte de mí, esa parte que seguía siendo detective, ya esperaba con impaciencia lo que tenía en mente. Había disfrutado siguiendo a Jauch, casi como un

niño.

—Entonces, ¿quiere que lo lleve, señor? Estoy aparcado a la vuelta de la esquina y completamente a su disposición.

—¿En ese coche de su primo? Para el caso, como si intentara seguirlo con dos motoristas de escolta. No, quiero que se quede aquí e intente arreglarlo para que nos reunamos con alguien del Museo Arqueológico esta tarde. Y a ver qué más consigue averiguar sobre ese barco suyo. Ha dicho que llevaba el nombre de Carasso antes de que pasara a ser la Doris, ¿no? ¿Por qué se lo cambió? ¿Cuándo lo hizo? Es de suponer que en el Ministerio de la Marina Mercante del Pireo tendrán información sobre esos asuntos.

—Propietario nuevo. Nombre nuevo. Así suele funcionar, señor. No todo el mundo cree que un nombre nuevo traiga mala suerte a una embarcación. Aunque en este caso podría parecer que así fue. El libro mayor de las profundidades de Poseidón y todo eso.

—Meneó la cabeza con gesto avergonzado—. Meras supersticiones, claro. Pero a veces hay que reconocer que esas antiguas costumbres no carecen de fundamento.

—Aun así, tengo curiosidad.

—Por supuesto, señor. Ahora mismo lo haré. Tengo un primo en el ministerio que me debe un favor. Es un hombre imposible y muy engreído, pero quizá pueda ayudarnos. De hecho, insistiré en ello. De no ser por mí, aún sería bedel en la Escuela Agrícola Americana de Tesalónica.

Oí abrirse y cerrarse la puerta de la calle y bajé para salir a tiempo de ver a Witzel dirigirse al sureste por Stadiou hacia la plaza de la Constitución, en la misma dirección que el estruendoso tráfico ateniense. Ya estaba buscando un taxi. Al no ver ninguno, empecé a preguntarme si habría tomado la decisión correcta al prescindir de Garlopis y el Oldsmobile azul, que estaba aparcado delante de una floristería en Santarozza, justo detrás de un Simca verde pistacho al lado del que se había detenido Witzel. Me dije que debía recordarle a Garlopis que se librara del coche americano. Cuando Witzel abrió la puerta del Simca, crucé a paso rápido la carretera y, en inglés, le ofrecí a un joven cura que sacaba brillo al escúter delante del cine cien dracmas si seguía al Simca conmigo de paquete. Ya tenía un billete en vertical en la mano y él lo cogió sin mediar palabra, levantó el escúter del soporte, arrancó el motor y me hizo un gesto con la cabeza por encima del hombro para que me montara. Un instante después estábamos en mitad del asfixiante tráfico ateniense, persiguiendo a velocidad de infarto al Simca que se dirigía hacia el oeste por Mitropoleos.

—¿Es americano? —preguntó el cura, que se llamaba Demetrio.

—Suizo —grité—. Como el queso.

—¿Por qué sigue a ese hombre?

—Les ha robado dinero a unos amigos míos. Quiero averiguar dónde vive para avisar a los polis.

—¿Los polis de Ática? Son peores que los ladrones. Para el caso, más le valdría ir a la iglesia y pedirle a Dios que lo recupere.

—Esperemos que no tenga que llegar a eso. Tengo entendido que a menudo pide tarifa de salvador. Algo así como tu alma inmortal.

Blasfemar nunca es buena idea cuando vas de paquete en un escúter por Atenas. Hice acopio de ánimo y cerré los ojos un segundo cuando nos acercamos

peligrosamente a las ruedas de una camioneta de helados. Luego noté una fuerte sacudida al topar las ruedas del escúter con un bache y, por miedo a que nos saliéramos de la calzada, me agarré a la sotana negra del sacerdote, que olía mucho a incienso y tabaco en marcado contraste con el apestoso humo azul que llenaba las calles, pero el escúter permaneció en equilibrio y unos treinta metros a la zaga del Simca. Ahora que iba de pasajero, me di cuenta de que un escúter habría sido perfecto para seguir a alguien en Atenas, de no ser por mis nervios. El tráfico de la ciudad era tan caótico e indisciplinado que habría sido imposible no perder a Witzel en un taxi. Demetrio continuó con la persecución como si nada, e incluso aprovechó la oportunidad de señalar un edificio a nuestra izquierda.

—Es la antigua catedral metropolitana de Atenas, donde trabajo. Venga alguna vez a saludarnos a mí y a santa Filotea, cuyo relicario se guarda allí. Los musulmanes turcos la mataron a golpes por dar cobijo a cuatro mujeres que habían huido de un harén.

—Hay muchos tipos que se toman esas cosas demasiado a pecho hoy en día. Sobre todo, cuando llevan un par de copas encima. Al menos eso creo yo. Pero haga el favor de no apartar la vista de la carretera. Ya haremos turismo luego. Mejor aún, puede confesarme ahora, mientras voy de paquete. Así matamos dos pájaros de un tiro.

El Simca giró de repente hacia el sur en la dirección aproximada de la Acrópolis y lo seguimos. Witzel era tan feroz conduciendo como presentando reclamaciones; un par de veces extendió todos los dedos de la mano hacia otros automovilistas, lo que, según me aseguró Demetrio, era un gesto obsceno denominado *moutza*. El joven cura no me explicó lo que quería decir; no tuvo que hacerlo: en cualquier idioma, un gesto obsceno no suele ser una invitación a bailar el vals.

Witzel dobló a la izquierda delante de unas ruinas antiguas. Hicimos lo propio, y nos dirigimos colina arriba por una calle cada vez más angosta con la Acrópolis y lo que había encima, fuera lo que fuese, ahora claramente a la vista. Entonces, delante de un café, Witzel detuvo el Simca, se apeó y fue andando colina arriba hacia la Acrópolis. Por un momento no me di cuenta de que en realidad había aparcado el coche porque lo había estacionado a la griega, lo que distaba un millar de kilómetros de como aparcaba la gente en Alemania, que era ordenadamente, de acuerdo con la ley y con cierta consideración por el prójimo.

Sin haber recibido instrucciones de hacerlo, Demetrio permaneció un poco rezagado, con el motor de dos tiempos al ralentí, y yo más o menos me mantuve oculto tras él para que no me viera Witzel. No fue difícil: el sacerdote era alto como una columna dórica e igual de ancho. Hacía que el escúter rojo en el que iba montado pareciera la guinda de un cóctel.

Me apeé del asiento trasero del escúter y procuré templar mis piernas trémulas. Dicen que todos los días se aprende algo, pero hasta el momento solo había aprendido que montar en escúter me gustaba menos aún que ir a lomos de un potro salvaje. Demetrio se pasó la mano por la barba y prometió esperar lo que le costara fumarse el cigarrillo que le había dado, conque le tendí otro para que se lo guardara encima de la oreja y, cuando tuve la seguridad de que Witzel ya casi se había perdido de vista, lo seguí a pie.

Era un barrio tranquilo de cafés turísticos vacíos, estrechas calles sinuosas y pulcras casitas de estuco blanco; un barrio de esos de pueblo antiguo que sería más fácil imaginar en alguna isla griega que amontonado a los pies de la Acrópolis. Por las ventanas salía música de buzuki cual señales electrónicas enviadas por un frenético viajero espacial. Más adelante, unos intrépidos turistas japoneses que habían hecho frente al frío matinal ateniense estaban comprando suvenires. Como casi todo el mundo en Europa, Witzel no hizo ningún caso a los japoneses. Eran afortunados en ese sentido: afortunados de haber cometido sus crímenes de guerra contra los chinos, los británicos y los australianos en lugares lejanos como Nankín y Birmania. Podían ir por los lugares turísticos de Grecia sin miedo a que nadie los agrediera, no como yo. Y quizá es que no les importaba un carajo como nos importaba a los alemanes.

Witzel se detuvo un momento para encender uno de sus repugnantes cigarrillos mentolados. Ello me dio tiempo suficiente para acortar distancias y, desde la entrada de una tienda que vendía reproducciones baratas de escayola del Partenón, lo seguí cautelosamente con la mirada para ver hacia dónde iba. Unos momentos después se detuvo delante de una casa de tres plantas medio en ruinas con un farol de carruaje casi opaco y desvencijadas contraventanas marrones de listones, sacó las llaves y abrió la estrecha puerta de doble altura. Se veía una bandera griega en una ventana de la planta superior y, detrás de unas rejas de hierro forjado, habían pintado un símbolo contra el mal de ojo encima de una vieja grieta en un nudoso tronco de árbol apoyado en la pared igual que un perro sarnoso. Eché un buen vistazo a la casa, anoté la dirección, que estaba convenientemente indicada en una placa detrás del farol de carruaje y luego decidí volver con el sacerdote y su escúter. Me habría quedado un poco más de no ser porque la casa tenía un aspecto tan particular y recoleto que supuse que no averiguaría nada quedándome allí delante para vigilarla. Ya volvería al número 11 de Pritaniou y sorprendería a Witzel más adelante, quizá cuando hubiera reunido más información sobre la Doris y la expedición subacuática del Ministerio de la Marina Mercante y el Museo Arqueológico del Pireo. Por lo menos, la suficiente para contradecir el cuento chino que hubiera pergeñado para cerciorarse de percibir la indemnización. Lo esperaba con ilusión. Pero cuando bajaba la suave cuesta que describía la calle, me vi obligado a detenerme un momento delante del café Scholarhio.

Uno de los milagros de esta vida es que —las más de las veces— uno no repara en el latir de su corazón. En ese sentido se parece a ir en barco; cuando hay mala mar es imposible no prestarle atención. Mi corazón había añadido un par de palpitations adicionales, igual que un virtuoso batería de jazz, solo porque sí, quizá, y luego se había detenido una desconcertante fracción de segundo, o eso me pareció, lo que me llevó a tender la mano contra la pared encalada del café —como si la cubierta del barco hubiera dado un ominoso bandazo bajo mis pies— antes de que volviera a latir de nuevo, con tanta fuerza que casi hiqué una rodilla, cosa que ahora me planteé hacer de todos modos porque siempre parece la mejor postura para elevar una plegaria. De algún modo permanecí en silencio, incluso en el interior de mi propio cráneo, por miedo a oír que Dios se reía de mi mortal cobardía. Noté un dolor en la espalda, como debido a una vuelta de tuerca infernal, que se me empezó a propagar por el torso tembloroso. Empezaron a tachonarme la cara y el pecho cuentas de sudor igual que escamas de cocodrilo y se me aceleró la respiración. Pensé en Walther Neff y el infarto que lo había

llevado al hospital y había propiciado que yo ocupara su lugar como representante de MRE en Atenas, y casi sonreí al plantearme la ironía de que yo muriera en Grecia, haciendo su trabajo, mientras él se recuperaba a salvo en su casa en Alemania. Pero de inmediato supe lo que tenía que hacer: irrumpí en el café, pedí un coñac bien grande y encendí un pitillo, aunque no sin antes arrancar el filtro para apurarlo a fondo y recuperar el aliento. Los viejos remedios suelen ser los mejores. A lo largo de ambas guerras era un cigarrillo bien fuerte y un lingotazo de algo caliente lo que mantenía a raya los nervios, sobre todo cuando caían las bombas a tu alrededor igual que piedras en una lapidación musulmana. Una vez apañados los nervios, las balas ni te rozaban, y si lo hacían, apenas te importaba.

—¿Está bien? —preguntó Demetrio cuando volví al escúter rojo. Era un hombre bien plantado con el aspecto de un Rasputín bien enseñado, por lo menos antes de que Yusúpov lo invitara a cenar en su palacio—. Se le ve algo pálido, incluso para ser suizo.

—Sí, estoy bien —respondí, un poco jadeante—. Aparte de haber sufrido un ataque al corazón casi fatal, estoy como siempre. Pero más vale que oiga ya mi confesión: lo cierto es que no estoy seguro de que los escúteres me vayan mucho. Así que gracias de todos modos, Demetrio, pero voy a volver en taxi. O igual incluso iré andando. Si he de morir en Atenas, prefiero que ocurra mientras no estoy muerto de miedo.

Telesila, la pelirroja nada mal parecida que le hacía a Aquiles Garlopis de secretaria, tenía unos ojos verdes y estrechos que lo parecían aún más por efecto del grosor de sus cejas, la anchura de la nariz y, tal vez, su certeza de que yo era alemán. Ella sabía quién era; aun así, me miraba con algo muy parecido a recelo, lo que con toda probabilidad explicaba que a todas luces vacilara en permitirme esperar el regreso de Garlopis en su despacho. Me dijo que había ido al ministerio en el Pireo, me ofreció un café que rehusé por respeto a mi corazón rebelde, cerró un archivador que había dejado abierto Garlopis y luego fue al despacho de al lado para sentarse ante una máquina de escribir bajo una fotografía de gran tamaño del rey Pablo vestido con uniforme del ejército británico y con más estrellas en el pecho que un gran almirante ruso. Me dejó ocupar la silla de su jefe, donde me vi frente a una hilera de fotografías encima de la mesa en las que se veía a un Garlopis más joven con su voluminosa esposa y sus hijos más voluminosos aún. Era todo un alarde de amor por su familia que no acababa de casar con un ejemplar reciente de *Playboy* que encontré bajo el vade. Lo hojeé con aire distraído, pasando por alto artículos seguramente encomiables sobre jazz, México y mujeres empresarias para centrarme en miss Enero, una voluptuosa pelirroja llamada June Blair que se las ingeniaba para prometer mucho mostrando muy poco de lo que la había llevado a convertirse en la Conejita del Mes. Lo más probable es que hubiera alcanzado a ver más en cualquier playa alemana, incluso en invierno, lo que me llevó a pensar que hacía falta cierta genialidad para convencer a los hombres de que pagasen por una revista así: una genialidad americana, lo más probable. Un rato después cerré los ojos. Estaba cansado después de la caminata de regreso de la Acrópolis y es posible que incluso me durmiera un poco. Con arreglo a mi experiencia, no hay nada como una silla de oficina para que un hombre tenga la sensación de que necesita echar una cabezada. Sobre todo, cuando aún tiene la bonita figura de miss Enero grabada en el envés de los párpados.

Poco después oí los pasos lentos de un hombretón que venían escaleras arriba. Abrí los ojos y llegué a la conclusión de que por fin había regresado Garlopis.

—¿Qué tal le ha ido, señor? —preguntó sin aliento—. ¿Ha averiguado dónde vive?

Me levanté, le cedí su silla de capitán y fui a sentarme delante de la mesa en una silla donde imaginé a Telesila escribiendo al dictado bajo la lúbrica mirada de Garlopis. Por cierto, acababa de reparar en que, bien pensado, guardaba cierto parecido con la conejita de cabello llameante que ocupaba el póster central debajo del vade. Quizá fuera eso lo que llevó a Garlopis a comprar la revista. O eso, o Telesila solo trabajaba allí desde enero.

—Pritanious, número once, en la parte antigua al pie de la Acrópolis. No he visto si vive allí solo o no. Pero al menos ahora sabemos dónde encontrarlo. ¿Y usted? ¿Ha visto a su primo en el Ministerio de la Marina Mercante?

—Sí. —Garlopis se ajustó la pajarita y se permitió una sonrisa—. Y las noticias son..., bueno, interesantes por no decir otra cosa, ya que nos ofrecen un posible móvil para un caso de incendio premeditado. Solo digo posible, señor. Eso tendrá que decidirlo usted, claro. Pero la gente tiene mucha memoria en este país. Con tantos siglos de historia como tenemos, nos hace falta mucha memoria.

Cogió un cigarrillo, agitó una caja de cerillas, lo encendió y sacó un papel del bolsillo.

—Por lo que sabemos, la Doris había estado registrada con el nombre de Carasso. Descubrí que el anterior dueño era un empresario judío de Salónica, que, como usted sabe, es ahora nuestra segunda ciudad más importante, Tesalónica. El empresario judío se llamaba Saul Allatini y se dedicaba a la compraventa de café. Antes de la guerra, Tesalónica albergaba a una cantidad importante de judíos, tal vez la mayor concentración de toda Europa, excepción hecha de Polonia. Judíos sefardíes procedentes, sobre todo, de España; pero también muchos que habían huido de la persecución musulmana en el Imperio otomano. Pero a diferencia de la mayoría de los países, me enorgullece decir que Grecia les otorgaba a los judíos plenos derechos de ciudadanía, y que prosperaron. De resultas de ello, quizá la mayoría de los habitantes de Tesalónica, por lo menos sesenta mil, eran judíos.

»En todo caso, no quiero violentarlo, señor, con una lacrimógena historia de sufrimiento judío en Grecia, siendo como es usted alemán y tal. Así pues, y para no extenderme, a la mayor parte de los judíos de Tesalónica los deportaron a Auschwitz en 1943 y los ejecutaron en la cámara de gas. Entretanto, el gobierno colaboracionista helénico de Ioannis Rallis confiscó sus propiedades y luego las vendió. Por este motivo se vendieron a precio de saldo tres barcos del desafortunado señor Allatini, dos buques mercantes y su propio yate privado, la Carasso, a griegos y alemanes. O más bien a un alemán en concreto. Siegfried Witzel adquirió la Carasso por una miseria y la rebautizó con el nombre de Doris, y luego navegó en ella hasta el Pireo, donde permaneció el resto de la guerra. —Garlopis hizo una pausa y le dio una calada al cigarrillo durante un momento—. Los judíos que sobrevivieron a los campos, parece ser que menos de dos mil, volvieron a Tesalónica y encontraron sus casas y propiedades en posesión de los cristianos griegos que se las habían comprado de buena fe a los alemanes. Y todos los intentos de restituir a los judíos sus propiedades se malograron enseguida cuando un gobierno del partido anticomunista de derechas IPE, apoyado por los británicos, llegó al poder en Atenas. Ninguno de ellos tenía mucha simpatía por los judíos, y, como es natural, Grecia se sumió en una guerra civil poco después. Una guerra civil que duró tres años. Desde entonces nadie ha tenido ganas de reabrir heridas y decir qué es de cada cual. Desde luego, al ministerio no le consta que nadie de la familia haya solicitado la restitución de la Doris. Por lo menos, nadie a quien mi primo pudiera encontrar.

»En defensa de mi país debo mencionar que esta lamentable situación se complica debido a que numerosas propiedades adquiridas por los judíos mucho antes de la guerra habían estado en manos de los musulmanes antes de la denominada diáspora

que se produjo tras la guerra turco-griega de 1919 a 1922. Muchos musulmanes se vieron obligados a saldar sus posesiones y emigrar a Turquía, mientras que infinidad de turcos, incluidos miles de judíos, se vieron obligados a abandonar sus hogares turcos e ir a Tesalónica. Así pues, ya ve que en esta parte del mundo no hay nada sencillo. No, ni siquiera la situación de los frisos que los turcos se llevaron del Partenón y le vendieron al británico lord Elgin por setenta mil libras durante la guerra de independencia griega que se libró contra el Imperio otomano. Mi opinión, por si le interesa, es que Grecia debería dar ejemplo a los británicos y restituir a los judíos tantas antiguas propiedades suyas como fuera posible, costara lo que costase. Pero hasta que eso ocurra, esta situación provoca una gran amargura entre los pocos judíos que aún viven en Grecia.

—¿La suficiente como para incendiar un barco, quizá?

—Es posible, sin duda —reconoció Garlopi— Vaya usted a saber.

—Eso explicaría por qué Herr Witzel siente la necesidad de ir armado. Quizá ya recibió amenazas.

Garlopi asintió y apagó el cigarrillo en un cenicero de loza Hellas.

—En este contexto en particular, también merece la pena mencionar que, debido a la guerra civil, la Doris no fue asegurada en ningún momento contra atentados terroristas. Si se demostrara que unos activistas judíos atacaron el barco por razones políticas, entonces esto entraría en el ámbito de las exclusiones por riesgo de guerra que, con arreglo a las condiciones de la póliza, se consideran intrínsecamente no asegurables.

—Y sin duda a Witzel le interesaría alegar que el motor se incendió debido a una negligencia de los astilleros.

—Exacto, señor.

—¿Qué dice la guardia costera sobre el incidente? ¿Hay algún modo de demostrar que el barco se hundió de veras en el mar donde dijo él?

—Me temo que no, señor.

—Es una pena que no podamos hablar con el profesor Buchholz para corroborar la historia de Witzel.

—Con eso en mente, señor, después de pasar por el ministerio en la calle Kolokotronis, fui a la vuelta de la esquina hasta el Museo Arqueológico y concerté una cita esta semana para que nos reunamos con el director adjunto, el doctor Lyacos. A las tres en punto, para ser exactos. —Garlopi miró el reloj—. Pero mientras estemos en el Pireo, sin duda tenemos que sacar tiempo para ir a Vassilenas.

—¿Qué es eso?

—El mejor restaurante del Pireo, señor.

—Por cierto, supongo que no tendrá un primo en la policía de Ática. Tomé nota de la matrícula del coche que conducía Witzel.

—No, señor. Lo siento.

Salimos y fuimos hasta el Olds, donde se había apostado una mendiga, sin duda por la errónea creencia de que el propietario era un americano rico. Yo sabía lo mío de estar en la calle, por lo que le di a la mujer veinte leptones y me monté en el coche. Pero incluso la calderilla, que era de aluminio, tenía agujeros.

—Por cierto —recordé—. Le dije que se deshiciera de este coche, ¿verdad? Es

difícil desplazarse con discreción con este trasto. Y es un imán para los pedigüños.

—Tiene toda la razón, claro —reconoció cuando nos poníamos en marcha—. Y lo haré. En cuanto mi primo regrese a la oficina.

—¿Cuándo regresará?

—Se ha tomado un par de días libres, señor. Así que quizá pasado mañana. Por cierto, señor. Si no le importa, no dé dinero a los mendigos. Eso no hace más que alentarlos. Son sobre todo húngaros, señor. Refugiados del terrible alzamiento frustrado del año pasado. Hay trabajo de sobra para ellos en Grecia, recogiendo algodón, pero no lo harán si la gente sigue dándoles dinero. Es malo para ellos y malo para nosotros. En mi opinión, son demasiado orgullosos para su propio bien.

—Los dioses solo castigan el exceso de orgullo, ¿verdad? ¿El orgullo desmesurado que conduce a la némesis?

—Desde luego, eso es verdad. Y hace bien en recordármelo, señor. Pero de no ser por mi orgullo desmesurado, aún seguiría casado... con la señora Némesis.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿qué ocurrió?

—En una sola palabra, Telesila. Eso fue lo que ocurrió. Es lo que siempre ocurre en el caso de un hombre como yo. Se me fue la cabeza, señor. Del todo, además. No llegó a pasar nada entre ella y yo, ya me entiende. Pero imaginé que podría pasar y, por desgracia, en un momento de puro delirio, le hice creer a mi pobre esposa que estaba enamorado de Telesila. Telesila es del todo inocente y está felizmente casada. Y además es muy buena secretaria, por lo que no tengo el valor de despedirla. Bueno, no tendría mucho sentido ahora que la señora Garlopi ya no está conmigo. —Garlopi sonrió con tristeza—. Y en su caso, señor, ¿hay una Frau Ganz?

—No. Ese capítulo en concreto de mi vida está cerrado; para siempre, diría yo. Sobre todo, ahora que me dedico a los seguros. Nadie lo diría con solo mirarme, pero he tenido una vida interesante. Es uno de los motivos por los que me gusta el mundo de los seguros. Es como un banco tranquilo al fondo de una iglesia vacía.

Unos días después, tras un almuerzo pero que muy bueno, fuimos al Museo Arqueológico del Pireo. Construida por Temístocles a comienzos del siglo V a. C., la ciudad albergaba casi cinco millones de habitantes. Era el centro de la navegación costera griega y el corazón industrial de Grecia, con hilanderías, fábricas de harina, destilerías, cervecerías, fábricas de jabón y plantas de abono químico. Desde luego, olía a eso. A unos veinte minutos en coche de Atenas, la ciudad no tenía ningún monumento antiguo de importancia, gracias a los espartanos, que habían destruido las fortificaciones originales, y a los romanos, que habían destruido prácticamente todo lo demás. Eso es lo más reconfortante de la historia: uno se da cuenta de que los alemanes no siempre tienen la culpa. Al lado del museo había un jardín lleno a rebosar de arcaicos torsos de mármol que casi me produjeron la impresión de estar de nuevo en el depósito de cadáveres del hospital de Schwabing. Pero dentro del edificio de dos plantas había magníficos tesoros, como una estatua de Atenea alta como una jirafa. Tenía una mano tendida a modo de súplica, como si estuviera pidiendo calderilla, y, de no ser por el casco de hoplita echado hacia la nuca, habría guardado cierto parecido con la húngara a la que le había dado limosna.

Encontramos al doctor Stavros Lyacos, director adjunto del museo, en el sótano, al lado de los laboratorios de conservación de objetos de cerámica, metal y piedra. En un despacho había un ojo grande de mármol en la pared, y, encima de la mesa, una diosa griega de la fertilidad mucho más atractiva que la diosa de la fertilidad alemana y obesa mórbida que se había descubierto en Willendorf. Hasta el doctor Lyacos era más atractivo que esa. Era alto con la boca fina y tirante, ojos penetrantes con los párpados entrecerrados y gafas de media luna en el puente de una puntiaguda nariz de pinocho que le confería a su rostro un aire más quisquilloso que cómicamente mendaz. Lucía un traje cruzado de franela gris de corte generoso con solapas de la anchura de un par de cimitarras y pajarita a rayas azules. El clavel azul en el ojal le daba aspecto de estar a punto de ir de boda y, como a todas luces no era el caso, me dio la impresión de que ese hombre poseía un espejo grande y tenía el ojo de mármol en la pared como una especie de declaración de intenciones. Fumando en pipa de cerezo, el doctor Lyacos escuchó con amabilidad y sonrió sin mostrar mucha calidez mientras yo me presentaba y le explicaba mi misión, y luego fue a sacar un expediente de un armario que había entre un león de mármol sin cabeza y el torso de un joven al que le faltaba buena parte de los genitales y —aunque en circunstancias tan trágicas no habría tenido mayor importancia— las dos manos. Lyacos no hablaba alemán ni mucho inglés y, luego, Garlopi me dijo que hablaba un griego trufado de palabras antiguas, cosa que siempre

era indicio de que se poseía cultura.

Dijo que se había reunido tanto con Siegfried Witzel como con el profesor Buchholz, que ambos hablaban griego con soltura y que tenían permisos chapados en oro, y como prueba de ello regresó del archivador con diversos documentos oficiales. Demostraban que la expedición de los alemanes tenía el visto bueno de nada menos que una figura como el ministro del Interior griego, Dimitrios Makris, en forma de una carta manuscrita en papel de carta parlamentario, así como todos los consentimientos y aprobaciones necesarios del Ministerio de Obras Públicas en la calle Karageorgi Servias. También había varios formularios sellados por el Ministerio Naval en la calle Papparigopoulou y la guardia costera griega del Pireo. Al parecer, el profesor Buchholz se había mostrado de lo más encantador e incluso le regaló al doctor Lyacos un ejemplar firmado de su libro sobre el arte helénico, que él habría leído de no ser porque estaba en alemán. Cuando le pregunté si aún tenía el ejemplar del libro, el doctor Lyacos asintió, lo sacó de un cajón de su mesa y me lo dejó delante. El libro, publicado por C. H. Beck y profusamente ilustrado, se titulaba *Helenismo, el auge y la caída de una civilización*, y, como me había dicho Lyacos, estaba en efecto firmado por el profesor Philipp Buchholz y dedicado en alemán y griego: «A Stravros Lyacos, en agradecimiento por su generosa ayuda y colaboración». Lyacos pasó a explicar que el acuerdo entre los dos museos había consistido en que todo lo que se encontrara en la expedición se compartiría, aunque el museo del Pireo tendría prioridad al elegir las piezas y el museo de Múnich se quedaría con el resto.

—Dígame, doctor, ¿es habitual que todos estos permisos se concedan con tanta rapidez? —pregunté al fijarme en lo cercanas que eran las fechas del papeleo oficial—. Todo esto parece haber ocurrido con una celeridad que, si ustedes me perdonan que lo diga, parece un tanto extraordinaria incluso en Grecia.

No lo era en absoluto, fue la respuesta del doctor. También era verdad que el Ministerio del Interior tenía cangrejos en los bolsillos cuando se trataba de financiar cuestiones arqueológicas en la Grecia moderna, lo que quería decir que era cicatero. Era la primera cooperación griego-germánica que se producía en el campo de la arqueología desde 1876, cuando la Sociedad Arqueológica griega colaboró con Heinrich Schliemann en las tumbas reales de Micenas, por lo que quizá hubiera esperanzas de que esta empresa resultase tan exitosa como aquella. A fin de cuentas, fue Schliemann quien descubrió la famosa máscara de oro de Agamenón, ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Los dos alemanes se habían mostrado muy respetuosos y complacientes, concluyó Lyacos.

Miré a Garlopis y negué con la cabeza.

—No veo nada fuera de lugar, ¿y usted? Todo parece de lo más apropiado.

Garlopis se encogió de hombros y le tradujo al doctor Lyacos lo que acababa de decir.

—Bueno, quizá todo no —observó Garlopis, interpretando lo que decía ahora Lyacos—. Pero al fin y al cabo, dice, esto es Grecia, así que ¿cómo iba a serlo?

—¿Como qué, por ejemplo?

Lyacos dio unas chupadas a la pipa, se mostró incómodo un momento y luego empezó a hablar.

—No quiere decir nada contra un hombre tan distinguido en el campo del helenismo

como el profesor Buchholz —explicó Garlopis—. Aun así, el profesor ha identificado las pequeñas piezas halladas por Herr Witzel en el lugar del naufragio como pertenecientes al periodo heládico tardío, cuando en opinión del doctor Lyacos eran en realidad muy anteriores. De finales de la Edad de Bronce, lo más probable. Pero no es nada raro que los expertos en la Antigüedad discrepen sobre esas cosas, por lo que no cree que tenga importancia.

—Aun así —dije—, parece que le sorprendió un tanto.

—Pues creo que sí. Sobre todo porque hay unas piezas muy similares de finales de la Edad de Bronce en el libro del profesor que están identificadas correctamente.

Lyacos fue a las páginas ilustradas para mostrar una fotografía de un trípode de bronce, un anillo de oro y una estatuilla de una diosa serpiente.

—Estas —señaló Lyacos.

Asentí y luego cerré el libro.

—De todos modos, ¿cómo se obtiene permiso de alguien como el señor Makris para ir en busca de esta clase de objetos?

Garlopis le habló a Lyacos un instante y luego contestó que no lo sabía.

—¿Está seguro?

Los dos griegos hablaron casi un minuto, durante el que rieron varias veces, y luego Garlopis tradujo:

—Dice que cree que el ministro del Interior, Takos Makris, siempre ha hecho lo que le dice Konstantinos Karamanlis. Y he de decir que coincido con él. El señor Makris está casado con la sobrina del señor Karamanlis, Doxoula, así que no hay duda de que los dos hombres son íntimos. Después de que alguien como el señor Makris diera su permiso, seguro que todos los demás miembros del gobierno debieron de ponerse firmes y prestar atención.

Como quien no quiere la cosa, abrí otra vez el libro sobre el helenismo —C. H. Beck era una de las editoriales más prestigiosas de Alemania— y eché un vistazo a lo que había escrito sobre el profesor Buchholz en la biografía del autor en la solapa.

Y fue entonces cuando me di cuenta de lo que había sido tan tonto como para no ver antes: que el profesor Buchholz era director adjunto en la Gliptoteca de Múnich.

Desde luego era una casualidad que mi primer encargo como tasador de daños para MRE hubiera sido investigar un robo en la Gliptoteca, pero ¿hasta qué punto era extraordinaria? Hubo un tiempo en el que estaba convencido de que un buen investigador no era más que un hombre que reunía casualidades —una actividad perfectamente respetable desde Pascal y Jung— con el objetivo de relacionar una o dos hasta que parecieran algo más significativo y concurrente. Como es natural, no es de extrañar que, a lo largo de un periodo prolongado, a medida que la fortuna sigue su curso, se den muchas casualidades. Pero el asunto era el siguiente: ¿contaban las semanas transcurridas desde el robo en la Gliptoteca como un periodo prolongado y, por lo tanto, suficiente para descartar la casualidad?

O, por plantearlo de un modo menos ingenuo desde el punto de vista matemático, ¿me olía a chamusquina?

—Teniendo en cuenta nuestra historia marítima, los griegos tenemos mucha más tendencia a oler a pescado que a chamusquina —comentó Garlopis después de que nos fuéramos del museo.

—Chamusquina, pescado, ¿qué más da? Las dos cosas huelen igual cuando no son lo que deberían.

—Pero para responder su pregunta anterior —continuó—, no, no creo mucho en las simples casualidades. Toda la tragedia griega me lo confirma. Lo que ustedes los alemanes llaman casualidad, griegos como Sófocles tienden a achacarlo a las Moiras, las tres diosas que tejían el tapiz que dictaba el destino de los hombres.

—Son siempre las mujeres las que deciden el destino de un hombre. Por lo menos, esa ha sido mi experiencia.

Caminábamos de regreso al coche que, como antes, había atraído a un par de mendigos a la expectativa y, como antes, les di unas cuantas monedas agujereadas. Esperaba que, si los dioses estaban atentos, vieran ese acto de generosidad y me recompensaran por mi caridad; que una musa, o comoquiera que la hubiera llamado Garlopis, me infundiera inspiración divina para descubrir la relación, si la había, entre la Gliptoteca de Múnich y la Gliptoteca del Pireo. Cosas más raras se habían visto en Grecia, eso seguro.

—Supongo que tiene razón —dije—. Con respecto a la casualidad. Pero me está provocando una comezón que supongo que tendré que seguir rascando un tiempo. De un modo u otro, ya he decidido, más o menos, demorar la reclamación de Herr Witzel. Aquí hay muchas cosas que no resisten un examen. Por lo menos eso le voy a decir a Dumbo en la oficina central, así que hoy voy a tener que enviarle un telegrama. Aunque no pienso contarle a Siegfried Witzel nada de esto. Por lo menos, no creo que lo haga, no todavía. Y no sin un chaleco antibalas.

—Es un gran alivio oírsele decir, señor. Preferiría estar tan lejos como sea posible de ese hombre cuando reciba cualquier mala noticia.

—Dicho todo esto, señor Garlopis, lo que sí quiero ver es su reacción cuando lo sorprendamos en esa dirección de Pritaniou. Que es adonde vamos ahora. Si está usted dispuesto, claro. ¿Quién sabe? Quizá tengamos suerte y encontremos allí al profesor, encerrado en el dormitorio. Y él pueda decirnos qué pasó en realidad con la Doris. Pero, en serio, me parece que bastará que nos plantemos allí para provocar que Witzel diga algo fuera de lugar o cometa algún error.

Aquiles Garlopis se mordió el nudillo, se santiguó e hizo una mueca de dolor.

—Eso es lo que me temo, señor. Mire, ahora que sabe su dirección, ¿no podría

escribirle para decirle que va a demorar el acuerdo? Salta a la vista que ese individuo es peligroso.

—¿Qué le puedo decir? Tal vez tenga razón. Puede esperar fuera en el coche, si quiere. Ya me ocuparé yo. En cuyo caso, quizá se lo diga después de todo. No sería exactamente la primera vez que soy portador de malas noticias.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿no tiene miedo?

—¿Desde que los Ivanes tienen la bomba? En todo momento. Pero de Witzel, no. Además, lo que mejor se me da es decepcionar a la gente. Llevo toda la vida practicando.

Regresamos en coche a Atenas y el casco antiguo al pie de la Acrópolis. El Simca verde se encontraba allí, pero le dije a Garlopis que buscara otra calle para aparcar. Condujo unas calles más allá y estacionó junto al bordillo detrás de un coche de policía vacío y enfrente de lo que me dijo que era el antiguo mercado romano. Si me hubiera dicho que era el Partenón, yo no habría sabido distinguirlo. De un tiempo a esta parte, tengo algo descuidados mis conocimientos sobre el helenismo de finales de la Edad de Bronce.

—¿Por qué no se queda aquí a vigilar el coche? —le dije a Garlopis—. Igual aparecen unos mendigos húngaros y tiene ocasión de ahuyentarlos antes de que yo vuelva.

—¿Y si no vuelve?

Señalé el coche patrulla vacío.

—Se lo puede decir a la poli.

—¿Y si se marchan antes de que vuelva? Entonces, ¿qué? Me vería en la obligación de ir a buscarlo, yo solo. No, señor, creo que es mejor que lo acompañe ahora. Así tendré la certeza de que se encuentra bien, o que no, y no deberé enfrentarme a una decisión tan difícil como esa. Por último, al ser más, correremos menos peligro.

—¿Y si nos dispara a los dos? —aduje mientras nos alejábamos del vehículo.

—Haga el favor de no bromear con esas cosas. Voy a ser del todo sincero con usted, Herr Ganz, y no me avergüenza más que un poquito reconocerlo, pero soy un cobarde, señor. Toda mi vida he tenido que esforzarme por superar la carga que supone mi nombre de pila: Aquiles. Por eso prefiero que me llamen Garlopis, o señor Garlopis. Pero no Aquiles. No soy ni podría ser nunca un héroe. La valentía es admirable, pero solo les corresponde a los valientes y a menudo me da la impresión de que en los cementerios hay hombres valientes de sobra y no muchos cobardes. Sobre todo, en Grecia, donde los héroes suelen ser tan problemáticos y combativos como los propios dioses. En mi opinión, los héroes suelen estar abocados a eso que los ingleses denominan «un final cruento». Su idioma es de lo más creativo. Es sumamente gráfico, ¿no le parece? ¿Un final cruento?

—He visto unos cuantos casos de esos en mi vida. En alemán y en inglés.

Garlopis no paró de hablar mientras subíamos la colina y llegábamos a la esquina de Pritaniou, y siguió hablando incluso mientras observábamos la casa del número 11 durante diez cautos minutos desde detrás de la esquina de una pequeña iglesia. La calle estaba vacía, como si el afloramiento de rocas que servía de base a la ciudadela más arriba hubiera sido un volcán a punto de entrar en erupción. El griego estaba

nervioso, claro, ¿cómo no iba a estarlo? Era yo quien andaba errado. Era yo quien corría riesgos que empezaban a parecer casi innecesarios. Garlopis se comportaba como siempre habría cabido esperar que lo hiciese un agente de seguros: con suma cautela, y mostrándose juiciosamente reacio a abandonar la seguridad de su mesa y su silla de capitán, así como el cuidado de su voluptuosa secretaria de cabello llameante. Pero yo... Supongo que se podría decir que es difícil renunciar a las viejas costumbres. Era divertido hacer otra vez de poli, notar la acera bajo las suelas de mis Salamander mientras vigilaba la casa de un sospechoso. La pistola de Witzel no me preocupaba. Cuando has pasado la vida rodeado de armas, estas no resultan tan intimidantes. Aunque también es verdad que quizá sea esa la razón de que, a veces, a la gente le peguen tiros.

Nos acercamos a la desvencijada puerta de doble altura. No había timbre ni aldaba, y estaba a punto de golpear la madera con los nudillos cuando me fijé en que la verja de hierro forjado justo al lado no estaba cerrada, a diferencia de mi visita anterior. La entreabrí y me mostró un angosto tramo de escaleras de piedra que pasaba por debajo del tronco de olivo con el símbolo contra el mal de ojo y luego ascendía por el lateral de la casa. Convencido de quizá así pudiéramos espiar a Witzel antes de anunciar nuestra presencia, crucé la verja, tirando de Garlopis, quien me siguió a regañadientes. Lo habría dejado allí de no ser porque era con diferencia lo más grande que había en la calle. Cualquiera que abriese un postigo de la planta superior y mirase hacia abajo se habría fijado en él de inmediato. Con su holgado traje verde, bien lo podrían haber tomado por Poseidón ataviado de algas, pero a los ojos de cualquiera más atento tenía el sospechoso aspecto de un individuo que le hiciera de centinela a otro ladrón.

En lo alto de las escaleras encontramos un muro encalado con una puerta de madera que parecía cerrada. Me aupé para otear qué había al otro lado y vi un pequeño patio con una puerta cerrada solo con pestillo, un gato dormido, una fuente seca y varias macetas de terracota agrietada que albergaban plantas más secas aún. Si el lugar estaba ocupado, era por alguien a quien le importaba muy poco. Había una motocicleta oxidada a medio desmontar debajo de una parra en la que las uvas casi se habían fosilizado. Salté el muro, me sacudí el polvo y luego descorrí el pestillo de la puerta para que entrara Garlopis, quien a estas alturas estaba del mismo color que su traje. Entretanto, el gato se incorporó, se estiró un poco y se largó.

Pasando por alto lo que parecía la puerta de la cocina, bajé un par de escalones de madera hasta unas contraventanas tan polvorientas que eran casi opacas. Una de las ventanas estaba entreabierta y, teniendo presente la pistola de Witzel, la abrí lentamente del todo antes de entrar en la casa. Debajo de las escaleras había una bolsa de plástico grande llena de esponjas. La radio estaba encendida, pero tan baja que no era más que un murmullo. La vivienda olía a tabaco y ouzo, loción para después del afeitado Sportsman y algo más acre y combustible quizá, y había un sofá de mimbre estilo Luis XV cubierto de manchas con la mitad del relleno del asiento colgando hasta el suelo como el vergajo de un toro. Encima de una mesa con tablero de formica había una carta marítima Imray abierta al lado de una botella de Tsantali, un paquete de Spuds y el cheque que le había entregado en la oficina. En la pared había una colección de máscaras de yeso baratas de esas que se compraban en cualquier tienda de suvenires y que presentaban una variedad de grotescos rictus en tonos grises

y verdes que quizá tuvieran algo que ver con la tragedia griega. Pero lo que sin duda tenían en común era un gran parecido con el hombre tendido en el suelo cuyo rostro se caracterizaba por las cuencas de los ojos vacías y la boca abierta, por no hablar de un indudable aspecto de dolor abreviado. Abreviado por su muerte, claro. Era Siegfried Witzel, y había recibido dos disparos. Lo supe porque le había entrado uno por cada ojo.

Garlopis se tapó la boca y se apresuró a darse la vuelta.

—*Gamiméno kólasi* —exclamó—. *O ftochós*.

—Si va a vomitar, hágalo fuera —le advertí.

—¿Por qué haría alguien algo semejante?

—No creo que fuera por su colonia. Aunque es bastante acre. Pero supongo que sus razones tendrían.

La primera bala parecía haber salido limpiamente por la nuca de Witzel y alcanzado una fotografía enmarcada de un caballo de carreras; el proyectil había agrietado el cristal y lo había salpicado muy levemente de sangre y masa cerebral. Me agaché junto al cuerpo para verlo más de cerca. La segunda bala se había disparado a menos distancia cuando el hombre ya estaba tendido en el suelo. Se notaba por la cantidad de sangre y humor acuoso de consistencia gelatinosa que había brotado de la cuenca del ojo de Witzel. Por lo que vi, el segundo disparo había sido gratuito, un acto de puro sadismo, con la intención quizá de infligir un nivel adicional de castigo y humillación. Porque si Siegfried Witzel tenía familiares, les resultaría difícil soportar verlo así. Un ataúd cerrado, entonces. Nada de últimos besos para Siegfried. No a menos que llevara unas gafas de sol.

Llevando el dedo primero a la sangre sobre la alfombra persa apolillada y luego a la boca del muerto, dije:

—La sangre está seca, pero el cadáver no está frío todavía. Yo diría que no lleva muerto más de un par de horas. —Le abrí la chaqueta. La funda seguía allí, pero la pistola había desaparecido y, cuando le levanté el brazo pesado y musculoso para comprobar si había indicios de *rigor mortis* y lividez, vi que todavía llevaba el Rolex Submariner en la muñeca—. Creo que podemos descartar la posibilidad de que fuera un robo. Aún lleva el reloj de submarinista. Por lo que parece, hace rato que se ha ido el asesino. Garlopis, igual resulta que tenía usted razón con lo de los judíos, y que esto ha sido un asesinato por venganza. No lo sé, pero eso no es asunto mío. Ya se encargarán los polis locales de buscar un móvil. Lo que significa que más vale que nos demos el piro. Desde luego, sería ponérselo en bandeja si la policía pudiera culpar a un alemán del asesinato de otro.

Estaba hablando solo. Garlopis había salido al patio trasero y ya estaba fumando un cigarrillo para calmarse los nervios.

Me limpié los dedos en los vaqueros del muerto y le registré los bolsillos por instinto. Todos. Como policía de patrulla en Berlín era una práctica habitual aumentar los escasos ingresos con lo que encontrabas en el billetero de una víctima de homicidio, y solo dejé de hacerlo al llegar a inspector, pero es difícil renunciar a las viejas costumbres. De todos modos, Witzel no llevaba nada en los bolsillos aparte de unas llaves que parecían ser del Simca y de la puerta de la casa. Además, esta vez solo buscaba información, pero si había llevado cartera, no la vi. Me levanté y eché otro

vistazo por ahí. En el suelo encontré un casquillo de latón de una automática: no tenía ribete, era ahusado y con toda probabilidad de una automática de nueve milímetros. Había visto miles así en otras ocasiones. Volví a dejarlo en el suelo y regresé a la mesa. El mapa abierto encima era una carta diferente de la que habíamos consultado en el despacho de Garlopis. Esta era de los golfos Sarónico y Argólico, y estaba marcada con tinta, que no era lo único que la impregnaba. También se apreciaba sangre en la carta, y no parecía que fueran salpicaduras de los tiros en la cabeza; era una mancha globular más grande que parecía haber goteado sobre el papel impermeable mientras alguien estaba inclinado encima.

Llamé a Garlopis.

—Supongo que esto tiene su parte positiva —dije—. Significa que nos lo podemos tomar con calma. Mi trabajo ha terminado. Con el debido respeto por su país, ahora puedo ir a ver el Partenón y luego volver a Múnich. Aunque quisiera liquidar esta reclamación, ya no queda nadie a quien abonársela. No tenemos la culpa de que Siegfried Witzel no nos dijera el nombre de su pariente más próximo, o el de un abogado. Dumbo estará encantado, claro. Por no hablar del señor Alzheimer. A esos nada les gusta tanto como tasar una pérdida en cero. Seguro que esto les alegra el fin de semana.

Garlopis no contestó. Miré por las contraventanas y lo vi plantado rígidamente en el jardín con los brazos a los costados, igual que una estatua. Parecía conmocionado y perplejo, como si la muerte de Witzel lo hubiera afectado más de lo que hubiese creído posible. Aunque quizá solo fuera que había visto un cadáver, después de todo. No se lo reprochaba. Incluso en el país de Edipo y Yocasta, no todo el mundo es capaz de tolerar la visión de un hombre sin ojos.

—¿Qué le pasa? —pregunté, con la esperanza de que recuperara el buen humor—. Ese tipo nunca le cayó bien. Por lo menos, ahora no tiene que preocuparse de que sea él quien le pegue un tiro a usted. Esta pérdida no puede resarcirla nadie. Así que hemos terminado. Puede usted dedicarse de nuevo a comerse con los ojos a esa secretaria suya. Y ¿por qué no? Es muy guapa. Es posible que yo también me la coma con los ojos un par de minutos si no tiene objeción.

Encendí un cigarrillo y me acerqué a las contraventanas, pero me quedé de piedra cuando vi una mano con un revólver que apuntaba directamente a la cabeza del griego. Me volví para ver si conseguía localizar el arma de Witzel antes de decidir qué hacer, pero me detuve y noté que el cuerpo se me volvía gelatina cuando vi un Smith & Wesson cargado que también me apuntaba a mí. Me di cuenta de que el arma estaba cargada porque tenía el cañón justo delante, como dispuesta para que el primer disparo me atravesara el ojo. Dejé caer el cigarrillo de los labios. Lo último que quería era que el hombre de la pistola pensara que no me lo estaba tomando muy en serio. Y por si lo había olvidado, había un cadáver en el suelo como recordatorio de lo que podía hacer un revólver de gran calibre a quemarropa. Al mismo tiempo, no tenía nada claro si me aliviaba o me preocupaba ver que quien lo empuñaba era un policía de uniforme.

Después de cachearnos, los policías nos obligaron a sentarnos en el sofá despanzurrado. Eran tres, y al parecer nos habían oído saltar el muro de atrás y se habían escondido en la cocina hasta disponer de la oportunidad de entrar en acción. Garlopis ya estaba hablando más de la cuenta, en griego, por lo que le dije que se callara, en alemán, al menos hasta que supiéramos si la policía estaba dispuesta o no a tratarnos como sospechosos. Está en la Biblia, así que debe de ser cierto: «Mas el que refrena sus labios es prudente», Proverbios 10:19. El agente al mando era un hombre alto cuya cara atezada de pómulos prominentes era en parte de boxeador, en parte de capo mafioso y en parte de revolucionario mexicano con un parecido considerable a Stanley Kowalski, por lo menos hasta que sacó un par de gafas de montura gruesa y cristales ligeramente tintados y se las puso. En ese momento dejó de parecer corto de alcances y desalmado, y empezó a tener un aire más pensativo e inteligente.

—¿Encuentran algo interesante?

El griego no hablaba alemán ni remotamente tan bien como Garlopis, pero tampoco lo hacía mal, porque no es el fin del mundo cuando no se utiliza una gramática impoluta. Tenía nuestras carteras en las manos, así que ya sabía cómo nos llamábamos.

—Solo el tipo en el suelo. Y a ustedes, claro.

—¿Dónde se aloja, Herr Ganz?

—Yo estoy en el Mega. En la plaza de la Constitución.

—Debería haberse quedado en el Grande Bretagne. Pero supongo que cualquiera de los dos queda cerca del antiguo edificio de la Gestapo en la calle Merlin.

Sonreí, procurando encontrarle gracia a su chiste.

—Su primo trabaja en el Mega —señalé, mirando a Garlopis—. Supongo que ha sido mi mala suerte.

—Bueno, ¿qué hacen ustedes dos aquí?

—Si le dijera que vendemos seguros, probablemente creería que estoy siendo sarcástico y no podría reprochárselo. Pero no dista mucho de la verdad. Soy tasador de pérdidas. Ese hombre es un alemán llamado Siegfried Witzel. Tenía un barco llamado Doris que aseguró con mi empresa por casi un cuarto de millón de dracmas. Tengo una tarjeta de visita en el billetero que será de ayuda para confirmar esas credenciales. Puede telegrafiar a mi oficina en Múnich y ellos responderán de mí y de Herr Garlopis. El barco de Witzel se incendió y se hundió, él presentó una demanda y hoy hemos venido a decirle que algo resultaba sospechoso.

—¿Siempre entra a vender seguros saltando el muro trasero?

—Sí, cuando estoy sobre aviso de que la parte asegurada lleva un arma. A decir verdad, quería ver en qué compañía estaba antes de saludarlo de nuevo. Sobre todo, teniendo en cuenta que venía a darle malas noticias. A la vista de lo que ha ocurrido aquí, yo diría que tenía motivos para conducirme con cautela, ¿no cree?

—¿Habla griego?

—No.

Garlopis empezó a hablar otra vez en griego. Los griegos tienen una palabra que lo define. O eso se suele decir. De hecho, por lo general tienen varias palabras que lo definen, demasiadas, en realidad, y Aquiles Garlopis no era ninguna excepción. Era capaz de hablar sin pausa durante horas, del mismo modo que un belga sería capaz de montar en bici. Así pues, le dije que se callara, otra vez.

—¿Por qué le dice que se calle?

—Lo típico. Porque habla demasiado.

—Todo ciudadano tiene el deber de ayudar a la policía. Igual solo intenta ser útil.

—Sí —corroboró Garlopis—. Eso es.

—Entiendo que podría servirle de ayuda a usted —le dije al agente de policía—. Pero creo que es lo bastante listo como para darse cuenta de que quizá a nosotros no nos beneficiaría. Usted es un hombre ocupado y tiene que resolver un crimen. Y ahora mismo, en ausencia de nadie más, cree que nosotros podríamos servirle.

—Creo que lo más inteligente es que nos digan todo lo que sepan sobre este hombre.

—Sí, claro. Mire, yo sé qué decir. Lo que no sé es si debo decirlo. Eso es ser inteligente sin pasarse de listillo.

El agente encendió un pitillo y echó una bocanada de humo en mi dirección, cosa que no me gustó.

—¿Habla inglés? —preguntó—. Yo hablo inglés mejor que alemán.

—Le va bastante bien de momento —dije en inglés—. Qué, ¿ya era poli durante la guerra?

—Ahora mismo, el que hace las preguntas soy yo, ¿de acuerdo?

—Claro. Lo que usted diga, capitán.

—Teniente. Así pues, ¿por qué iban a rechazar su solicitud de indemnización?

—Su historia tenía muchas incongruencias. Eso, y el arma que llevaba.

—No hemos encontrado ningún arma. Todavía no.

—Es posible que no. Pero no lleva una funda sobaquera porque le pesara mucho el billetero. Creo que tenía miedo de alguien, y no era de Múnich RE.

—¿Como quién, por ejemplo?

—Eso es evidente. Como el hombre que lo ha matado, supongo.

—Qué gracioso.

—Con el debido respeto, «como quién» es trabajo suyo averiguarlo, no mío. Pero Garlopis, aquí presente, me dice que, durante la guerra, los nazis les confiscaron a los judíos el barco, la goleta Doris, y se lo vendieron a Witzel. Tal vez esos judíos o sus parientes decidieran que, si no podían recuperar su propiedad de manera legal, por lo menos ajustarían las cuentas. A veces ajustar cuentas es la mejor compensación que hay. Pero el móvil no suele preocuparme en mi oficio. Si hay indicios de fraude, rechazo la solicitud y encajo todo tipo de improperios. Es así de sencillo. Por lo general,

no tengo que empeñarme mucho en buscar una razón. Los clientes suelen preferir que su compañía de seguros pierda dinero a perderlo ellos mismos. Mi trabajo consiste en evitar que eso suceda. Y por ese motivo estaba a punto de rechazar la demanda del señor Witzel. Pero ahora mismo no le diría que no a un cigarrillo.

El teniente se lo pensó un momento, le ordenó a uno de sus hombres que nos quitara las esposas, y recuperé mis Karelia. No hay nada tan malo como el ansia que entra de fumar porque alguien dotado de autoridad te ha quitado el tabaco. Alguien que fuma. Supongo que el poli griego lo sabía. Y cuanto mayor es la privación que precede a su devolución, mejor sabe el primero. El cigarrillo de la libertad. Hasta Garlopis coincidía con esta observación empírica. Lo supe por el modo en el que dio la primera calada succionando igual que un aspirador. De acuerdo, aún no habíamos salido del apuro, pero la situación empezaba a calmarse, un poco. O, por lo menos, todo lo posible cuando hay un cadáver sin ojos tendido en la alfombra y alguien te apunta con una pistola.

—¿Le importa decirles a sus hombres que guarden las armas? He tomado un buen vino con el almuerzo y no querría derramarlo en el suelo. No vamos armados y ya saben quiénes somos, por lo que no vamos a intentar huir.

El policía germanoparlante dijo algo y los otros dos agentes enfundaron las armas.

—Gracias.

—Cuénteme más sobre esa demanda de seguro.

—Si unos activistas judíos abordaron y hundieron su barco por razones políticas, esto sin duda entraría en el ámbito de exclusiones por riesgo de guerra que, con arreglo a los términos de la póliza, se consideran intrínsecamente no asegurables. Creo que tal vez estaba intentando que lo averiguáramos.

—Y seguro que tienen muchos documentos en la oficina que confirman esa historia.

—No solo allí. Si mira en la mesa, verá un cheque al portador certificado de mi compañía que era un pequeño pago a cuenta por su pérdida.

El teniente pasó con cuidado por encima del cadáver de Witzel, se dirigió a la mesa y miró el cheque sin tocarlo.

—Creía que había dicho que no pensaban pagar.

—¿La demanda principal? No. Creo que estará de acuerdo en que hay una diferencia de mucho cuidado entre la cantidad impresa en ese cheque y un cuarto de millón de dracmas.

—¿Sabe que creo también? —repuso el poli, al tiempo que se volvía para mirarme—. Creo que usted ya había estado en presencia de cadáveres, señor Ganz.

—Después de la guerra que hubo, no es nada raro.

—No, esto era distinto. Los estaba observando a los dos desde las escaleras. Y escuchando las cosas que decían. Garlopis se ha comportado como una persona normal. Ha visto el cadáver, se ha mareado un poco y ha salido a tomar el aire. Pero usted... ha reaccionado de un modo distinto. Por lo que he entendido de lo que ha dicho, estaba mirando el cadáver tal como lo hago yo. Como si un hombre sin ojos no le afectara demasiado. Y como si esperase que este escenario del crimen le revelara alguna respuesta. La manera en la que sabía cuánto tarda en secarse la sangre. Esa clase de comportamiento me dice algo.

—¿Y qué le dice?

—Por un instante he pensado que usted podía ser una de las respuestas. Ahora creo que quizá es o fue policía de alguna clase.

—Ya se lo he dicho. Soy investigador de reclamaciones de una aseguradora. Eso es una especie de poli, supongo. Un poli que puede volver a casa al dar las cinco, quizá.

—Debe de tomarme por estúpido, señor Ganz. Y está muy lejos de casa. ¿Con quién demonios ha creído que se las está viendo? Llevo veinte años haciendo este trabajo. Soy capaz de oler a un poli igual que un elefante huele el agua. Así que no me obligue a pegarle para obtener respuestas claras. Si le pego, le prometo que luego me escribiré una carta de agradecimiento. En griego.

—Ya me han pegado en otras ocasiones.

—No me extraña. Pero le aseguro que he zurrado a suficientes canallas en mi vida como para distinguir a los que devuelven los golpes de los que aprenden a apreciarlos. Hablando en sentido metafórico, claro. Porque el caso es que no me hace falta golpearlo. Los dos sabemos que puedo retenerlo tanto tiempo como sea necesario. Puedo meterlos a los dos en la cárcel o retirarles el pasaporte. Esto es Grecia, no la Asamblea General de las Naciones Unidas.

—De acuerdo. Antes era policía. ¿Y qué? Con todos los hombres que murieron durante la guerra, muchas empresas alemanas no pueden permitirse ser quisquillosas con la gente a la que contratan hoy en día. Me parece que le dan empleo a cualquiera que sea capaz de hacer el trabajo. Aunque eso suponga contratar a un poli imbécil jubilado como yo.

—Eso sí que no me lo creo. Que usted fue alguna vez un poli imbécil.

—Sigo con vida, supongo.

—¿Qué clase de poli era?

—De los honrados. Casi siempre.

—¿Qué significa eso?

—Como he dicho, teniente, me las arreglé para seguir con vida. Eso debería decirle algo.

—Pues algo más me dice que sabe usted lo suyo sobre asesinatos.

—Todos los alemanes sabemos de asesinatos. Como griego, debería usted saberlo.

—Es verdad, pero puesto que hay un alemán muerto en el suelo, ahora se me ocurre la absurda idea de que un expoli alemán como usted podría ayudarme a resolver este caso. ¿No le parece razonable?

—¿Por qué iba a querer yo hacer tal cosa?

—Porque si no me ayuda, se interpondría en mi camino. Tenemos leyes contra la obstrucción al trabajo de la policía.

—Dígame una.

—Venga, señor Ganz. Está en el escenario de un asesinato. Tiene sangre en los dedos y sus huellas están en ese casquillo que estaba manipulando antes. Ni siquiera ha entrado por la puerta principal. Hasta que encuentre a alguien mejor, ustedes son todo lo que tengo. Hasta conocía al muerto. Es alemán, igual que él. Su tarjeta estaba en el billettero de la víctima. Así pues, quizá empiece a referirme a ustedes dos como sospechosos. ¿Qué tal le suena esa palabra?

—Solo que usted estaba aquí antes.

—¿No ha oído eso de que el asesino regresa al lugar del crimen?

—Claro. También he oído hablar de Papá Noel, pero nunca lo he visto con mis propios ojos.

—¿No cree que ocurra?

—Creo que ayuda a muchos escritores a salir de un apuro. Pero tendría que ser muy estúpido para volver aquí después de haber matado a este hombre.

—Muchos criminales son estúpidos.

—Es verdad. Lo son. Pero yo nunca contaba con ello cuando era poli. No solo eso, sino que, además, cuando los polis no atrapan a esos criminales quedan en mal lugar. Es malo para la reputación de la policía en todas partes.

—De acuerdo. Partamos de la base de que este asesino no es estúpido. ¿Por qué cree que disparó a su hombre en los ojos? ¿Por qué haría alguien algo semejante?

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Sígame la corriente, por favor. Tengo mi propia teoría, pero me gustaría oír qué tiene que decir al respecto un antiguo inspector. —Tiró la colilla por las contraventanas—. Estoy en lo cierto, ¿no? ¿Usted fue inspector de policía?

—Sí. De acuerdo, lo fui. Hace mucho tiempo.

—¿Dónde y qué hacía?

—Fui inspector de la Comisión de Homicidios en Berlín durante casi diez años.

—¿Qué rango tenía?

—Era comisario de policía. Es algo así como capitán, supongo.

—Así que era el hombre a cargo de una investigación de asesinato, ¿no?

—Podría decirse que sí. Pero allá en Alemania solo había un hombre al mando en todo momento. Y se llamaba Adolf Hitler.

—Bien. Por fin llegamos a alguna parte. Entonces, dígame, comisario Ganz, ¿por qué cree que le han disparado en los ojos al señor Witzel?

—Cualquiera sabe. Yo diría que es un asunto de venganza, quizá. Que el asesino probablemente sea un sádico que disfruta no solo matando a la gente sino también humillándola.

—Estoy de acuerdo. En lo del sadismo, quiero decir. Tengo otra pregunta. ¿Era Witzel por casualidad judío alemán?

—No —dije—. Estoy prácticamente seguro de que no lo era.

—¿Puedo preguntarle cómo lo sabe?

—Nos dijo que estuvo en la Marina alemana durante la guerra. Es sumamente improbable que hubiera podido servir en el ejército de haber sido judío.

—Ya veo. Mire, Herr comisario, creo que quizá podamos ayudarnos mutuamente en este asunto. Soy el teniente Leventis, y le garantizo que no los meteré en la cárcel si me entrega su pasaporte y accede a ayudarme. A título puramente de asesor, claro.

—Claro.

—Dos cabezas son mejor que una. Sobre todo, una cabeza tan entrecana como la suya, comisario.

—No crea que mis canas me otorgan sabiduría, teniente. Solo me convierten en alguien viejo. Y cansado. Por eso me dedico a los seguros.

—Si usted lo dice... Pero no se equivoque, comisario, Grecia nunca fue país para jóvenes. No como Alemania. Son las cabezas viejas las que siempre han importado

aquí.

—De acuerdo. Lo haré. —Miré de reojo a Garlopis—. Pero ¿no tenía Cerbero tres cabezas?

Garlopis torció el gesto y luego se enderezó la pajarita.

—No esperará que los ayude, ¿verdad? En serio, señor, no creo que pueda. Sobre todo, ahora, con un cadáver tendido a mis pies. Creo haberle dicho que soy un cobarde. Soy de esos que deja en mal lugar a los cobardes. Me metí en el negocio de los seguros porque el cobro de morosos entrañaba demasiado peligro. La gente amenazaba una y otra vez con zurrarme, señor. Pero ahora eso parece una nadería, teniendo en cuenta cómo se encuentra el pobre Herr Witzel. Y por cierto: Cerbero acabó muerto. A manos de Hércules.

—Solo en algunas versiones. Difícilmente podré ayudar al teniente sin su inestimable colaboración, Garlopis.

—Así es —dijo el teniente—. Habla usted alemán con soltura, me parece. Y desde luego, con más soltura que yo inglés. Así que cuento con usted. Pueden elegir entre eso o un paseo al cuartel de Haidari, donde por lo menos uno de ustedes se sentirá como en casa. Durante la guerra era el campo de concentración local dirigido por las SS y la Gestapo. Los dejaremos allí en prisión preventiva mientras buscamos pruebas para procesarlos por el asesinato de Witzel.

Garlopis dejó escapar una risilla nerviosa.

—Pero no las hay.

—Es verdad. Lo que quiere decir que podría llevarnos una temporada buscarlas. Quizá varios meses. La galería quince de Haidari todavía se emplea para tener en régimen de aislamiento a los presos rojos.

—Lleva usted razón —dije—. Más vale ayudarlo desde fuera que estar dentro.

Garlopis hizo una mueca de dolor.

—Es como estar entre Escila y Caribdis —repuso—. Escoger entre la espada y la pared. Lo que, si me permite decirlo, no es ninguna opción.

—Bien, entonces ya está decidido —zanjó el teniente Leventis—. Así pues, si quieren acompañarme, hay unas fotos en la jefatura de policía a las que quiero que eche un vistazo el comisario.

De camino a la jefatura de policía tomamos un desvío. La Gendarmería de Atenas estaba en la avenida Mesogeion, en un parque que ofrecía una agradable impresión de amplitud. Rodeado de árboles y hierba, era un edificio de tres plantas de color crema con tejado de tejas rojas y una serie de ventanas y puertas abovedadas patrióticamente pintadas de azul y blanco a juego con las banderas que pendían lánguidas a ambos lados de la puerta principal. El teniente Leventis estacionó el coche al lado de una hilera de palmeras enanas que más parecía una exhibición de piñas gigantes y entró, según dijo, para entregarles a los de balística los casquillos que habíamos encontrado en el escenario del crimen. Puesto que yo iba esposado a Garlopis en el asiento de atrás, no creo que le preocupara mucho que emprendiéramos la huida; además, Garlopis no tenía mucha planta de corredor.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté unos momentos después.

—Es la Gendarmería, que está vinculada con el ejército griego. Leventis es de la Policía Municipal, que es un cuerpo distinto. Cooperan entre sí, claro. Por lo menos, eso se dice. En Atenas, la comisaría de la Policía Municipal está en el Megaron Pappoudof, justo enfrente del hotel Grande Bretagne, en la confluencia de las calles Kifisias y Panepistimiou. Que es adonde vamos ahora, me parece. —Miró el reloj—. Espero que esto no nos lleve mucho rato. Me preocupa el coche. A mi primo no le haría ninguna gracia si le ocurre algo.

—Yo no me preocuparía por el coche. Preocúpese por nosotros.

—Pero ¿por qué? El teniente ha dicho que no nos pasará nada siempre y cuando cooperemos con él. Lo que significa que coopere usted, claro. Yo no creo que pueda ayudar mucho.

—Usted me está ayudando a ayudarlo a él, y eso es suficiente. No quiero que haya ningún malentendido con el teniente.

—Bueno, ahora me preocupa que esté usted preocupado. ¿Puedo preguntarle por qué está preocupado?

—Porque los policías dicen cualquier cosa para cerciorarse de que alguien coopere con ellos, sobre todo cuando se trata de resolver un asesinato. Hágame caso, no se puede confiar en los polis más de lo que se puede confiar en sus clientes. Es posible que ahora mismo nos esté reservando una celda tranquila en ese cuartel de Haidari que ha mencionado.

—En Haidari no hay ninguna celda agradable. Todavía es la cárcel más famosa de toda Grecia. A muchos héroes de la resistencia griega los torturaron y asesinaron allí. Y a muchos judíos, claro. Aunque para ellos fue más bien un sitio de paso hacia otro

lugar más desagradable incluso. De Tesalónica a Auschwitz.

—Qué idea tan reconfortante. Mire, espero equivocarme. Por cierto, ¿qué clase de hombre es el teniente?

—¿Leventis? Me ha parecido un hombre bastante justo, la verdad. Un poco mejor que el típico teniente de policía, quizá, aunque no estoy seguro de si es o no de los que aceptan sobornos. Pero aún no lo he visto poner nada por escrito, así que bien podría soltarnos a los dos sin tener que dar explicaciones. Por una gratificación adecuada.

—Me gusta cómo ha dicho «a los dos». Me da confianza en nuestra asociación profesional. Por cierto, ¿cómo se soborna a un poli en Grecia?

—La mejor manera es con dinero, señor.

—No me diga. Me parece que ya lo ha hecho alguna vez.

—Sí, pero no para nada importante, ya me entiende. Infracciones de tráfico, sobre todo. Y una vez en nombre de un primo mío al que acusaron de robarle el bolso a una mujer. Pero esto es diferente. O, al menos, lo parece. ¿Tiene usted mucho dinero?

—Eso depende del poli, ¿no? No sé cómo va eso en Grecia, pero por lo general no sobornamos a los agentes de policía en Alemania Occidental porque los alemanes no pueden ocultarse detrás de su sentido del humor si algo se tuerce.

—Los policías griegos tampoco tiene sentido del humor. De tenerlo, no se habrían hecho policías, eso de entrada. Eso sí, les gusta el dinero. A todo el mundo en Grecia le gusta el dinero. Fueron los griegos quienes inventaron el uso del dinero, así que no es fácil renunciar a las viejas costumbres. Sobre todo, para la policía del Ática.

El teniente Leventis apareció en el umbral de la Gendarmería y regresó hacia el coche. Garlopis lo observó con los ojos entornados.

—Un detalle que me lleva a dudar que este hombre acepte sobornos es que se ha afeitado esta mañana. Y otro, que lleva la camisa limpia. El coche en el que estamos es un Ford Popular, que es el más barato de Europa. Además, el reloj que lleva en la muñeca no es más que un modelo ruso barato, y fuma Santé, que es una marca de tabaco para mujeres. En Grecia no hay ningún hombre que fume eso a menos que intente ahorrar dinero.

—Igual le gusta la mujer del paquete.

—No, señor. Si me disculpa, este hombre vive de acuerdo con sus posibilidades. Además, camina muy rápido para ser de los que aceptan dinero. Como quien tiene un objetivo. Tiendo a pensar que la corrupción se mueve mucho más lentamente en un país como este.

—Debería haber sido usted policía, Garlopis.

—Qué va, señor. Además de ser cobarde, siempre he tenido los pies fatal. No se puede ser poli con los pies mal. Estar plantado todo el día sin hacer nada pasa factura a los pies.

El teniente volvió a ponerse en el asiento delantero y fuimos hacia el centro de Atenas; a una velocidad considerable, además. Para desplazarse por Atenas yo desde luego recomendaría ir con un policía al volante, aunque sea en un Ford Popular.

El Megaron Pappoudof daba al lado norte del parlamento griego y la esquina noreste de la plaza de la Constitución, y estaba un poco apartado de la calzada principal, detrás de una alta barandilla de hierro forjado. Dominado por la iglesia de San Isidoro en la colina más alta de Atenas, que impera sobre la ciudad como una réplica

cristiana a la Acrópolis, el edificio de cuatro o cinco plantas con su frontón central de columnas era el equivalente ateniense del *Praesidium* de Múnich, o la antigua Alex de Berlín. Leventis aparcó el coche a la vuelta de la esquina, nos quitó las esposas y luego abrió camino a través de la verja principal y por los escalones de mármol hasta la entrada. El interior casi supuso un alivio del ruido y el olor de los autobuses que llevaban a los griegos de regreso a casa desde el trabajo, y de inmediato nos vimos ante un retrato en color del rey Pablo, que tenía un par de guantes blancos, por si se veía en la obligación de estrecharle la mano a alguien o aceptar un soborno. Subimos a la tercera planta.

Las jefaturas de policía son iguales en todo el mundo: impersonales, deslucidas, malolientes y ajetreadas. Empezaba a sentirme como en casa. No obstante, habría estado encantado de dar media vuelta y regresar paseando a mi hotel para darme un baño y tomar una copa, aunque no fuera tan bueno como el Grande Bretagne. El tablón de anuncios que había en el pasillo delante del despacho del teniente estaba todo en griego, pero supe exactamente lo que ponía porque en la Alex tenían un tablón exactamente igual hacía veinte años. El crimen es más o menos lo mismo en cualquier idioma. Garlopis y yo nos sentamos delante de una mesa de madera barata bajo la atenta mirada de otro agente que estaba apoyado en la pared pintada de verde fumando un pitillo, y esperamos mientras Leventis iba a sacar unos informes de un baqueteado archivador de acero. Era un despacho grande con linóleo verde, techo alto con un ventilador parado, puerta de cristal, una fuente de agua refrigerada y otro retrato del rey con monóculo, lo que me hizo sentir de veras como en casa. De algún modo, y al margen de cuál sea su procedencia, la realeza siempre se las ingenia para parecer un poco alemana. Supongo que tiene algo que ver con la baqueta de granadero prusiano que se meten todos por el culo antes de que les hagan el retrato.

—¿Le gusta Grecia, Herr Ganz? —preguntó Leventis mientras hojeaba sus expedientes de casos.

—Me parece muy bonita.

—¿Y nuestras mujeres?

—Las que he visto, también me parecen bonitas.

—¿Qué me dice de nuestro vino? —murmuró.

—Me gusta. Por lo menos me gusta cuando consigo soportar el sabor del mejunje. Sabe más a savia de árbol que a vino propiamente dicho. Aun así, parece tener más o menos el mismo efecto, y después de la primera botella apenas se nota la diferencia.

Garlopis sonrió.

—Qué ingenioso —comentó—. Es de lo más divertido.

No me dio la impresión de que Garlopis estuviera escuchando en realidad, pero seguí adelante de todos modos:

—Dicen que antes los romanos hacían vino de la misma manera. Desde luego, eso explicaría la decadencia y caída del Imperio romano.

No contestó y, un rato después, yo dije:

—Usted ya sabe por qué estábamos en la casa de Pritaniou. ¿Qué hacía usted allí, teniente?

—Esta mañana una vecina ha informado de que había oído una discusión, seguida de dos disparos. Un coche patrulla ha encontrado el cadáver, y me han llamado. La

testigo, que estaba limpiando la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén enfrente del número 11, asegura haber visto a dos hombres salir de la vivienda justo antes de mediodía, pero no ha sido capaz de ofrecer una descripción que sea de utilidad.

—¿Tienen alguna idea de a quién pertenece la casa?

—Los vecinos creen que Witzel podía estar viviendo allí sin que lo supiera el dueño. Como inquilino ilegal. Cabe la posibilidad de que el dueño haya muerto. Lo estamos investigando.

Leventis regresó a su mesa y se sentó, sonriente, pero esta vez no había crueldad en su sonrisa. Era agradable, para variar; solo que aún no había terminado de amenazarnos.

—Todo lo que estoy a punto de contarles ahora es confidencial —dijo—. No me haría ninguna gracia leer nada de esto en la prensa. De ser así, sin duda daría por sentado que uno de ustedes dos es responsable y los enviaría a los dos al cuartel de Haidari. Mi capitán, el capitán Kokkinos, insistiría en ello.

—No diremos nada de lo que nos cuente, teniente. ¿Verdad que no, Herr Ganz? Tiene nuestra palabra. Y permítame añadir que estamos encantados de cooperar con usted y con el capitán Kokkinos como lo crean más conveniente.

Leventis hizo caso omiso del comentario, igual que hubiera hecho caso omiso de un mosquito, o del incesante sonido del tráfico griego.

—Si antes le he dado la impresión de que no estamos encantados de prestar ayuda —insistió Garlopis—, querría matizarlo ahora. Haremos todo lo que podamos para asegurarnos de que se atrape a este asesino, y pronto. Lo que sea. Incluido, si me permite añadirlo, abonar una pequeña multa o compensación por haber entrado de manera ilegal en la casa de Pritanious. En metálico, claro. Y la cantidad que usted crea adecuada. Usted mismo podría dársela al propietario cuando lo localicen por fin.

—Eso no será necesario —repuso Leventis. Sabía perfectamente lo que se le estaba sugiriendo, pero, en un alarde de generosidad, prefirió pasar por alto eso también—. Bien, al grano. Hará cosa de una semana, hallaron asesinado a un abogado. En el barrio de Glyfada. Era el doctor Samuel Frizis.

—Puede que leyese algo al respecto en *The Athens News* —aventuré.

—Sí —convino Leventis—. Pero el periódico no facilitaba detalles concretos. Los hemos mantenido en secreto adrede. El caso es que al doctor Frizis le pegaron un tiro en cada ojo, igual que a su amigo Siegfried Witzel.

—Ojalá dejara de llamarlo nuestro amigo. No nos caía bien a ninguno de los dos, ¿verdad que no, Garlopis?

—Desde luego que no. Era un tipo de lo más desagradable. Tenía muy mal genio. Los dos temíamos que le diera por descerrajarnos un tiro. Es irónico, si se para uno a pensarlo. Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido. Pero a veces la vida es así, ¿verdad?

Leventis me entregó un fajo de fotografías en color del expediente. Se veía en ellas a un muerto tendido en un sofá elegante. Había varias instantáneas de la autopsia, una imagen muy poco grata. Toda la sangre de la cabeza se le había derramado desde los ojos ennegrecidos sobre una hombrera del traje de tweed. La otra estaba limpia del todo. Encima de la mesita de mármol situada delante del sofá había una estatua de bronce de la diosa Diana con una lanza. Era casi como si ella le hubiera infligido las heridas en los ojos al abogado fallecido. En un gesto de crueldad, le ofrecí una de las

fotografías a Garlopis, quien meneó la cabeza y apartó la vista manifiestamente incómodo.

—El asesino usó un proyectil ahusado de nueve milímetros sin ribete como el que encontraron en el suelo de la casa de la calle Pritaniou. Yo diría que los de balística de la Gendarmería comprobarán que los disparó la misma arma. Seguramente una pistola Luger, según me dicen. Hemos revisado la cartera de clientes de Frizis y su agenda de citas y no hemos encontrado nada de interés. Así pues, este nuevo asesinato es un avance para nosotros, puesto que es muy posible que los dos homicidios estén relacionados. Aunque lo cierto es que ahora mismo no tengo la menor idea.

»En la casa del casco antiguo usted sugirió que a Witzel debieron de asesinarlo unos judíos, en venganza por la confiscación de propiedades suyas que llevaron a cabo los nazis. Pero debo decirle que creo poco probable que al doctor lo asesinaran unos judíos, sobre todo porque él mismo lo era. Y hasta que asesinaron a Witzel, nos habíamos planteado la posibilidad de que a Frizis lo hubieran asesinado precisamente porque era judío. Lamento decirle que este se está convirtiendo en un país sumamente antisemita. Sea como fuere, el asesinato de Siegfried Witzel también pone fin a esa teoría en particular.

—Por cierto, ¿qué clase de abogado era? —pregunté.

—Debía de ser de los buenos, si podía permitirse vivir en Glyfada —observó Garlopis—. Es la zona más cara de la ciudad. Todos los atenienses aspiran a vivir en Glyfada.

—Tal vez fuese un buen abogado —dijo Leventis—, pero no era especialmente honrado.

—No me oirá objeción alguna a esa observación —repuse—. Ningún buen abogado es especialmente honrado, con arreglo a mi experiencia. Pero deshacerse de un abogado suele ser un asunto más sencillo. La manera más efectiva es dejar de pagarle sus honorarios.

Leventis se quitó las gafas y levantó un dedo.

—Por suerte, tengo otra teoría. Es acerca de quién lo mató, no de por qué lo mataron. Quizá resulte un poco descabellada, pero, bueno, a ver qué piensa usted, comisario. Antes, eso sí, tengo que contarle una historia.

—No soy judío, pero nací en Salónica y viví allí de niño, y tenía muchos amigos judíos hasta que cumplí los trece años, cuando mi padre entró a trabajar en el Banco de Crédito Comercial aquí en Atenas. En cierta medida, siempre he considerado Salónica mi auténtico hogar. Cada vez que regreso, es casi como si hubiera llevado otra vida, como si hubiera sido dos personas: tuve una infancia salonicense y una madurez ateniense, y no parecen guardar ninguna relación. Ahora, cuando vuelvo allí, no puedo por menos de pensar que la vida no consiste solo en averiguar quiénes somos y qué nos impulsa a seguir adelante, sino también en entender por qué no estamos donde siempre creímos que deberíamos estar. Que las cosas podrían haber sido muy diferentes. Es el mejor antídoto contra la nostalgia que conozco.

Asentí en silencio. Era la historia del teniente griego, pero, al menos en este aspecto en particular, también era la mía, y por un fugaz instante sentí una conexión intensa, casi metafísica, con este hombre a quien apenas conocía.

Se mostró distante un momento —como si su mente se hallara en Salónica— y se frotó el mentón con aire pensativo. Tenía el cabello moreno y lustroso, con apenas un matiz plateado, y, a la luz de la ventana alta del despacho, semejava la piel de una caballa. Le calculé unos cuarenta y cinco años. La voz con la que hablaba, que sonaba como a miel oscura, dependía en gran medida de sus manos velludas, como si tratase de negociar el precio de una alfombra. La casaca de su uniforme estaba confeccionada a medida y tardé un rato en percatarme del tamaño de los hombros que ocultaba. Eran fuertes y con toda probabilidad capaces de ejercer gran violencia; unos auténticos hombros de policía.

—De niño quería jugar al baloncesto en el Aris Salónica, para ser como mi héroe, Faidon Matthaiuo. No pensaba en trabajar de policía en Atenas.

—Qué gran jugador —convino Garlopis—. El patriarca del baloncesto griego.

—Pero aquí estoy. Tan lejos de mi hogar.

—Ya sé a qué se refiere, teniente —dije, con la esperanza de que retomara el hilo de su relato.

—Salónica la fundó el cuñado de Alejandro Magno, Ptolomeo de Aloro, como el principal puerto de Macedonia. También ha sido de importancia esencial para Grecia, Serbia, Bulgaria e incluso el Imperio austrohúngaro. Pero durante un periodo más prolongado, cinco siglos nada menos, fueron los turcos otomanos quienes controlaron la ciudad y le concedieron un estatus casi autónomo que permitió a los judíos convertirse en su grupo predominante, con el resultado de que, a principios de siglo, de las ciento veinte mil personas que vivían en Salónica, entre sesenta mil y ochenta mil

eran judíos. Era quizá una de las mayores poblaciones de judíos europeos al margen de Polonia; desde luego era la comunidad más antigua de judíos en Europa. Y no exagero si digo que Salónica era la Jerusalén de los Balcanes, quizá incluso la Madre de Israel, puesto que muchos de los que vivieron allí están ahora en Palestina.

»No lo entretendré, comisario, intentando explicarle cómo, a lo largo de muchos siglos, tantos judíos de la diáspora, huyendo de una persecución tras otra, acabaron en Salónica. Tampoco le robaré tiempo explicándole lo que ocurrió en el periodo de entreguerras y cómo Salónica pasó a ser Tesalónica y griega, pero en esta antiquísima ciudad, donde la transformación era un estilo de vida, todo cambió cuando llegó el ejército alemán y, lamento decirlo, esa transformación se convirtió en un estilo de muerte. La presteza con la que los nazis empezaron a emplearse contra los judíos de Salónica fue asombrosa incluso para los griegos, que, gracias a los turcos, saben lo suyo de persecuciones, pero para los judíos resultó devastadora. Las Leyes de Núremberg se aplicaron de inmediato. Se detuvo a destacados ciudadanos judíos, entre ellos algunos amigos de mi padre, las propiedades judías quedaron sujetas a confiscación, se construyó un gueto y se sometió a todos los judíos a violentas agresiones y en ocasiones a ejecuciones sumarias. Pero, por supuesto, lo peor aún estaba por llegar.

»Después de una serie de desastres militares de las potencias del Eje, Hitler reorganizó su frente balcánico y, como parte de este proceso, se decidió “pacificar” Salónica y su zona interior. *Pacificar*: ustedes los alemanes siempre han tenido un talento peculiar para el eufemismo. Como lo de “reubicar”. Los judíos de Salónica no tardaron en averiguar que esas palabras tenían un significado muy distinto en labios de un alemán. Se tomó la decisión, al más alto nivel, de detener y deportar a los judíos de Salónica a Riga y Minsk, para su reubicación final en los campos de exterminio polacos. La comunidad judía de la ciudad quedó bajo control directo de las SS y el SD al mando de un oficial llamado Adolf Eichmann. Él y varios oficiales del ejército alemán y el SD se aposentaron a cuerpo de rey en una villa judía confiscada en la calle Velissariou. La villa tenía un sótano que usaban como cámara de tortura. Allí interrogaban a los judíos más acaudalados acerca de dónde habían escondido sus riquezas. Entre ellos había un banquero llamado Jaco Kapantzi en el que el SD local se interesó de manera especial porque también era uno de los hombres más ricos de Salónica. A esos sádicos les enfureció el que Kapantzi se negara en redondo a revelar dónde había escondido su dinero, por lo que decidieron trasladarlo en tren al barracón 15 del cuartel de Haidari en Atenas. Allí, un famoso torturador de las SS llamado Paul Radomski se pondría manos a la obra día y noche con Kapantzi.

»Pero algo debió de ocurrir en el tren a Atenas que sacó de sus casillas al SD, y a Kapantzi, que aún iba en pijama y albornoz, lo abatieron a tiros delante de otros pasajeros del ferrocarril. Quizá intentó escapar, o quizá dijo algo, no estoy del todo seguro qué, pero creo que tal vez Kapantzi había llegado a la conclusión de que su mejor baza para evitar que siguieran torturándolo era provocar al capitán del SD bajo cuya custodia viajaba desde Salónica para que lo matara. Con el arma en la mano y el cadáver todavía sangrando en el suelo, el oficial del SD les preguntó a los demás pasajeros si alguien había visto algo y, claro, nadie había visto nada. El oficial se apeó del tren en la siguiente parada y regresó a Salónica. Cuando el tren llegó por fin a

Atenas, el cadáver del hombre seguía tendido en el suelo del vagón, y allí pasó a ser responsabilidad de la Policía Municipal del Ática.

»Era evidente que se había cometido un asesinato, y yo era uno de los agentes encargados de la investigación. Por supuesto, todos sabíamos que era el SD alemán quien había matado a la víctima y, en consecuencia, no tendríamos la menor posibilidad de hacer nada al respecto. Para el caso, era como si hubiéramos intentado detener al mismísimo Hitler.

»Aun así teníamos que cumplir con el protocolo y me las ingenié para localizar a uno de los pasajeros. Al final, lo convencí de que hiciera una declaración testimonial y accedí a no incluirla en el expediente hasta después de finalizada la guerra. Luego pasé discretamente a hacer averiguaciones sobre el joven capitán del SD que había asesinado a Jaco Kapantzi, por si algún día me veía en posición de llevarlo ante la justicia.

»Quizá esto le suene raro ahora, comisario. “¿Para qué complicarse la vida?”, me parece oírle decir. Después de todo, ¿qué importancia tiene la suerte de un hombre cuando murieron más de sesenta mil judíos griegos en Auschwitz y Treblinka? Bueno, parafraseando a Stalin, y hay mucho de eso en Grecia, créame: quizá es la diferencia entre una tragedia y una mera estadística. Y se da la circunstancia de que Jaco Kapantzi era mi caso, mi responsabilidad, y con el tiempo me he convencido de que en esta vida conviene vivir entregado a un propósito más elevado que uno mismo. Y antes de que sugiera usted que a lo mejor tengo algo que ganar con esto, quizá un ascenso, no es así. Aunque nadie llegara a enterarse de que he hecho esto, lo haría porque quiero hacer algo por Grecia y creo que esto es bueno para mi país.

Hacía tiempo que yo no albergaba ninguna noción parecida, pero me di cuenta de que aún apreciaba hallarla en el corazón de otro hombre, por mucho que fuera un poli que amenazaba con meterme en la cárcel.

—Y por si no fuera suficiente, mi padre había trabajado para Jaco Kapantzi antes de mudarse a Atenas. De hecho, fue el señor Kapantzi quien ayudó con generosidad a mi padre a conseguir su nuevo empleo e incluso le hizo un préstamo para cubrir los gastos del traslado. Así que podría decirse que me tomé su muerte como algo personal.

Leventis encendió un cigarrillo; ahora había bajado el tono de voz como si estuviera accediendo a algo en las profundidades de su ser, y me di cuenta de que no sería buena idea enemistarse con un hombre así.

—No hay plazo de prescripción cuando se trata de un homicidio en Grecia. Y el asesinato de Jaco Kapantzi sigue sin esclarecerse todavía hoy. Nunca llegaré a conocer los nombres de los que participaron en los asesinatos de mis compatriotas en Auschwitz y Treblinka y, además, esos crímenes se cometieron cientos de kilómetros al norte de aquí. Pero sí sé el nombre del capitán del SD en concreto que asesinó a Jaco Kapantzi en un tren griego. Se llamaba Alois Brunner. Otro oficial alemán, un capitán del ejército, fue testigo de lo que ocurrió, pero supongo que nunca averiguaremos quién era, solo que las declaraciones en mi poder indican que reaccionó al comportamiento de Brunner con cierto asombro divertido y le aconsejó que abandonaran ambos el tren. Se dice que todos los detectives tienen un caso que les provoca toda una vida de noches en vela. Seguro que usted tuvo el suyo, comisario. Alois Brunner es el mío.

»No se sabe gran cosa sobre él. Lo que sé me ha llevado casi diez años

averiguarlo. Brunner solo tenía treinta y un años cuando asesinó a Jaco Kapantzi en aquel tren. Nacido en Austria, entró enseguida a formar parte del partido nazi y, tras ingresar en el SD en 1938, lo destinaron a la Oficina Central de Emigración Judía en Viena, donde colaboró estrechamente con Eichmann en el asesinato de cientos de judíos. Después de un tiempo en Salónica, nombraron a Brunner comandante del campo de internamiento de Drancy cerca de París. Eso fue en junio de 1943.

»No sé hasta qué punto está usted al tanto de esta clase de asuntos, comisario, más de lo que será capaz de reconocer, supongo, a juzgar por la actitud del resto de sus compatriotas, pero Drancy fue el lugar en el que más de sesenta y siete mil judíos franceses fueron recluidos y luego deportados a los campos de exterminio para su reubicación. Hace siete años me fui unos días de vacaciones a París y me las ingenié para localizar a alguien que había estado en Drancy; una mujer judía que estuvo ocultándose de los nazis en el sur de Francia hasta que fue detenida. Se llamaba Charlotte Bernheim y de algún modo sobrevivió a Drancy y Auschwitz antes de regresar a Francia. Recordaba muy bien a Brunner: bajo, esmirriado, delgado, no parecía precisamente un espécimen de la raza superior. Me dijo que parecía detestar físicamente a los judíos porque una vez vio que un preso tocó a Brunner sin querer y este sacó la pistola y lo mató a tiros. Le atravesó los dos ojos. Y fue ese detalle en concreto lo que me llamó la atención porque a Jaco Kapantzi también le dispararon en los ojos.

»Ya empieza a ver mi interés en los asesinatos del doctor Frizis y Siegfried Witzel. Como es natural, Frizis no despertó mi curiosidad hasta que encontramos el cadáver de Witzel y empezamos a ver la conexión alemana, y luego usted mencionó que el barco de Witzel se le había confiscado a un judío de Salónica, lo que me intriga más aún. Eso y el modus operandi del asesino, claro. Empieza a parecer una suerte de sello homicida. La posibilidad de que Brunner esté otra vez en Grecia reviste una importancia enorme para mí, claro. Me encantaría pillar a ese tipo y verle enfrentarse a la pena capital. Sí, aquí todavía ejecutamos a nuestros asesinos, no como ustedes los alemanes occidentales, que parecen haberse vuelto unos tiquismiquis a la hora de ajusticiar a criminales. Daría lo que fuera por ver a ese tipo encontrar el final que merece. En la actualidad fusilamos a los asesinos, pero antes los mandábamos a la guillotina. En el caso de un hombre como Brunner, yo elevaría una petición para que se volviera a utilizar la guillotina.

»Pero sigamos con la historia. En septiembre de 1944, trasladaron a Brunner de Drancy al campo de concentración de Sered en Checoslovaquia, donde se le encomendó la tarea de deportar a todos los judíos que quedaban en el campo, unas trece mil personas, antes de que lo liberase el Ejército Rojo en marzo de 1945. No he encontrado a ningún superviviente de Sered que recuerde a Brunner. Ustedes los alemanes cumplieron a fondo con su labor allí. Después de la guerra, Brunner desapareció. Durante un tiempo se creyó incluso que había muerto, ejecutado por los aliados en Viena en mayo de 1946. Pero era un Brunner distinto. Era Anton Brunner, quien casualmente también trabajó para Eichmann en Viena, quien había sido ejecutado. Y mis amigos del Servicio Nacional de Inteligencia de Grecia me dicen que albergan firmes sospechas de que la CIA americana y el Servicio Federal de Inteligencia alemán, el SFI, podrían haber contribuido de manera deliberada a enturbiar

las aguas con respecto al final de Anton Brunner a fin de proteger el trabajo de Alois Brunner para los propios servicios de inteligencia de Alemania después de la guerra. Sí, así es, no solo las compañías de seguros alemanas contratan a antiguos nazis.

—Yo nunca fui nazi —repuse.

—No, claro que no —dijo Leventis. Pero estaba claro que no me creía—. Lo que es casi seguro es que Brunner sigue con vida y que tiene buenos contactos en el actual gobierno alemán. Según mis fuentes en el Servicio Nacional de Inteligencia griego, hay indicios fundados de que Brunner trabaja en la actualidad como agente secreto del Servicio Federal de Inteligencia alemán. Entretanto, un tribunal francés juzgó a Brunner *in absentia* por crímenes de guerra en 1954 y lo condenó a muerte. Y es uno de los criminales de guerra más buscados del mundo.

El teniente Leventis abrió otro expediente y sacó una fotografía en blanco y negro, que me entregó.

—Un amigo mío del SNI griego se las arregló para obtener esta fotografía de su homólogo en los servicios de inteligencia franceses, una de las pocas de Alois Brunner de las que se tiene constancia, tomada en Francia en algún momento del verano de 1944.

Tenía ante mis ojos a un hombre junto a una valla de madera en un campo, vestido con una trinchera de cuero ceñida con cinturón, el sombrero y los guantes en la mano izquierda y, hasta donde alcanzaba a ver, sin una sola insignia que pudiera ayudar a identificarlo como oficial del Partido Nazi. Era un buen abrigo de cuero; yo había tenido uno muy parecido antes de que me lo robara un guardia de un campo de prisioneros de guerra ruso. El hombre de la foto de grano grueso no tenía aspecto de genocida, pero nadie lo tiene nunca. Había conocido a suficientes asesinos en mis tiempos como para saber que casi siempre tienen la misma apariencia que los demás. No son monstruos y no son diabólicos, no son más que los que viven al lado y saludan en las escaleras. Este hombre era delgado, con la frente alta, la nariz estrecha, el pelo moreno y peinado y una expresión casi benigna en la cara; era una fotografía de esas que podría haberle enviado a su novia o su esposa, suponiendo que la hubiera tenido alguna vez. En el envés de la fotografía había una descripción de la misma, escrita en francés: «Una fotografía que se cree es de Alois Brunner, nacido el 8 de abril de 1912, tomada en agosto de 1944, propiedad de la Direction Centrale des Renseignements Généraux».

—Alois Brunner tendría ahora casi cuarenta y cinco años —calculó Leventis—. La misma edad que yo. Quizá es otra razón por la que me interesa especialmente.

El teniente Leventis siguió hablando un rato, pero yo apenas escuchaba ya; seguía mirando al hombre delgado de la fotografía en blanco y negro. De inmediato tuve la certeza de que lo había visto antes, aunque no fue durante la guerra y no se hacía llamar Alois Brunner. Estaba convencido de ello. De hecho, aún tenía la tarjeta de visita del individuo en el bolsillo. El hombre de la fotografía era el mismo vendedor de tabaco austrohúngaro que había trabado conversación conmigo en el bar del hotel Mega.

Había una radio de la policía encendida en alguna parte, o quizá solo estaba percibiendo unas cuantas palabras confusas, entreoídas y apenas entendidas entre el ruido parásito que eran mis propios pensamientos. En el despacho del teniente, los hombres y alguna que otra mujer iban y venían como la tripulación de un barco, entregándole informes en los que él casi ni se fijaba. Al final, se levantó y cerró la puerta de cristal esmerilado. Sin gafas, Leventis tenía un aspecto bastante perspicaz, pero con ellas puestas, sus ojos no pasaban nada por alto. Había visto que los míos se demoraban un poquito más de lo necesario en la fotografía de Brunner, quizá. El hombre al que había conocido en el bar de mi hotel era un criminal de guerra. Y no un criminal de guerra cualquiera, sino uno de los criminales de guerra más buscados de Europa. A veces me chocaba comprobar que yo no era el único alemán con pasado. Pero no estaba dispuesto precisamente a confesar que había conocido a ese hombre hasta que supiera qué buscaba. Sobre todo, si se tenía en cuenta que había sido colega de Adolf Eichmann. Coincidí un par de veces con Eichmann, y tampoco pensaba admitirlo. No ante un poli griego a quien apenas conocía. Leventis me caía en gracia. Pero no confiaba en él.

—¿Lo reconoce, comisario?

—No.

—Me ha dado la impresión de que igual lo conocía.

—Le estaba echando un buen vistazo, nada más, por si me sonaba de algo. Soy expoli, ¿recuerda? Cuesta renunciar a las costumbres arraigadas. Estuve destinado en París una temporada durante la guerra y estaba pensando en la posibilidad de haber conocido a su hombre, Brunner. Pero nuestras fechas no coinciden. Para junio de 1943, yo estaba otra vez en Alemania. Además, la gente parece distinta cuando no va de uniforme. También se comporta de manera diferente. Este tipo parece que está de vacaciones.

—Podría ayudarme a localizarlo.

—Ya he dicho que lo haría, si pudiera.

—Sí, pero igual solo lo decía para recuperar su pasaporte y ahorrarse un viaje a la cárcel. Tal como lo veo yo, comisario, me parece que tiene el deber moral de ayudarme.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque usted tiene que arrimar el hombro para restituir la reputación de su país. En las semanas y meses posteriores a la invasión, esta ciudad fue sometida de manera sistemática a la escasez de comida por parte de los alemanes. Murieron decenas de

miles de personas. Había cadáveres de niños tendidos delante de esta misma jefatura de policía, y ninguno de nosotros podíamos hacer nada al respecto. Y sin embargo, aquí estamos, más de diez años después del final de la guerra, y Alemania aún no le ha pagado ni un penique al gobierno griego en concepto de indemnización por lo que ocurrió. Pero no es solo cuestión de dinero, ¿verdad? Alemania lo tiene a espuestas ahora, gracias a eso que llaman su milagro económico. No, yo creo que la manera más coherente de purgar la culpa colectiva es por medio de los actos individuales. Al menos, así lo veo yo. Esto sería una clase de expiación más digna que una mera transferencia bancaria, comisario, por lo que le hicieron a Grecia ustedes los nazis.

—Durante años conseguí mantenerme apartado del nazismo —objeté—. Era difícil, a veces peligroso, sobre todo en la policía. Ni se lo imagina usted. Y ahora, descubro que fui un nazi. La próxima vez que venga a su despacho lo haré con uniforme de las SS y monóculo, provisto de fusta y cantando la canción de Horst Wessel.

—Eso estaría bien. En todas las tragedias griegas, la muerte va siempre vestida de negro. Pero en serio, comisario, para la mayoría de los griegos no hay diferencia entre un alemán y un nazi. La mera idea de que un alemán sea bueno sigue pareciéndonos extraña. Y quizá nos lo parezca siempre.

—Entonces, quizá fue un griego quien mató a Siegfried Witzel, a fin de cuentas. Quizá lo mataron porque era alemán. Igual todos nos lo tenemos merecido.

—No encontrará a nadie en Grecia que rebata una opinión así. Pero estaba pensando que, como alemán, bien podría captar algún nuevo matiz sobre este caso que yo soy incapaz de apreciar. No olvidemos que se ha asesinado a dos hombres en Atenas. Y uno de ellos estaba asegurado por su compañía.

Estábamos hablando, pero solo escuchaba a medias las palabras de Leventis. El resto de mi cabeza aún trataba de dilucidar qué había motivado exactamente a Alois Brunner a entablar conversación conmigo en el bar del hotel Mega. ¿Y si Brunner me había utilizado como secuaz a fin de localizar a Siegfried Witzel para asesinarlo? Sin duda eso explicaría por qué Witzel llevaba pistola y por qué se había mostrado tan reacio a facilitarnos su dirección: tenía miedo.

—Lo ayudaré, teniente, ¿de acuerdo? —dije, tratando de ganar tiempo.

Ya mientras lo decía, mis dedos tanteaban en el bolsillo la tarjeta de visita que me había dado el propio Brunner. Georg Fischer: así se hacía llamar ahora. ¿Qué ocurriría si telefoneaba al número de la tarjeta? ¿Sería real ese número? ¿Quién le había dicho a Brunner que me alojaba en el hotel Mega? ¿Que quizá podría llevarlo hasta Witzel? Garlopis no, aunque con ese estúpido Olds azul habría sido fácil seguirlo a la ida y a la vuelta del aeropuerto. Tal vez alguien de Alemania le había dicho a Brunner que yo iba camino de Atenas. Alguien de Múnich RE. Quizá el propio Alzheimer. A fin de cuentas, Alzheimer conocía a Konrad Adenauer: había una fotografía de ambos en su mesa. Y si Alzheimer conocía al Anciano, quizá también conociera a alguien en el SFI alemán. Pero era casi como si Brunner me hubiera estado esperando.

—Pues ya que ha mencionado el deber moral, teniente, me siento en la obligación de decirle que funciona en ambos sentidos. Si yo voy a ayudarlo, necesitaré algún tipo de garantía por escrito de que usted mantendrá su palabra y nos dejará marchar. Pero en el caso de que esto no tuviera nada que ver con Brunner, o en el caso de que ya haya abandonado Grecia, entonces, ¿qué? No me haría ninguna gracia descubrir que

está usted más interesado en su tasa de resolución de casos que en nuestra inocencia.

—De acuerdo, me parece justo. —Leventis se inclinó hacia la mesa y me señaló directo a la cabeza con un índice del grosor del cañón de un rifle—. Pero antes tendrá usted que apoquinar, que demostrarme que se lo toma en serio. Y luego ya hablaremos de inmunidad ante la justicia.

—¿Como una sugerencia de un detective a otro, quizá?

—Eso podría funcionar.

—Intento pensar en algo.

—Entonces, déjeme que le ayude. Hay un intérprete alemán a quien en estos momentos se juzga en Atenas por crímenes de guerra.

—Arthur Meissner. Leí algo al respecto en la prensa. Sí. Quizá él sepa algo que sea de utilidad. Quizá conocía a Brunner.

—De hecho, lo conocía. Conocía a todos los nazis que controlaban Grecia: Eichmann, Wisliceny, Felmy, Lanz o Student. Pero las leyes griegas me prohíben interrogarlo ahora que lo están juzgando. U ofrecerle ningún tipo de trato.

—Tal vez hablaría conmigo. Porque no soy griego.

—Eso mismo pensaba yo.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En la cárcel de Averof.

—Mire, disculpe que lo diga, teniente, pero un hombre que no era más que un mero intérprete de griego no me parece el peor de los posibles criminales de guerra. Mi propio jefe en la Policía Criminal de Berlín, el general Arthur Nebe, era un hombre centrado en hacer carrera que estuvo al mando de una unidad de exterminio que masacró a más de cuarenta y cinco mil personas. Eso sí que es un criminal de guerra.

—Para serle del todo sincero, comisario, Meissner no es más que un hombre lo bastante imprudente como para haber mostrado un exceso de entusiasmo en su cooperación con las autoridades de ocupación. Más un colaborador que un criminal de guerra. Pero en Grecia es una diferencia sutil. Demasiado sutil para la mayoría de la gente, teniendo en cuenta que aquí en Grecia no se ha juzgado a ningún criminal de guerra alemán por crímenes de guerra. Así es. Ni a uno solo. A unos cuantos los juzgaron por eso que se denomina crímenes de toma de rehenes, cometidos en el sureste de Europa, pero esos juicios se celebraron solo en Alemania. Y la mayoría de los condenados salieron en libertad hace años, indultados a instancias de los americanos y los británicos, que establecieron la república federal griega como baluarte contra la Unión Soviética en los inicios de la Guerra Fría. Entre estos hombres figuraba Wilhelm Speidel, gobernador militar de Grecia desde 1943 y responsable de numerosas directivas que autorizaron matanzas, como la de Kalavryta. Salió de la cárcel de Landsberg en 1951. En un principio lo habían condenado a veinte años.

—Eso es escandaloso —exclamó Garlopis—. ¿Verdad que sí, Herr Ganz?

—Así pues, ya me perdonará que lo diga, comisario, pero el juicio de Arthur Meissner es lo más parecido que ha habido aquí en Grecia a un juicio por crímenes de guerra. Quizá ahora entienda por qué le hablaba del deber moral que tiene usted de ayudarme a localizar a Brunner.

—Desde luego ya veo por qué lo expresa en esos términos, teniente —comentó Garlopis—. Y permítame añadir que, como un griego que ama a su país, haré todo lo

que esté en mi mano por ayudar a Herr Ganz en lo que estime conveniente.

Resistiéndome a la tentación evidente de decirle a Garlopis que se callara, me llevé un cigarrillo a la boca —era el último del paquete que me había dado el propio Alois Brunner— y lo encendí, lo que me dio suficiente tiempo para plantearme mi situación con un poco más de detalle. No quería tener nada que ver con lo que sugería Leventis. Mantenerme alejado de todos y cada uno de mis antiguos camaradas era de máxima prioridad para Bernhard Gunther. Y no tenía más tiempo para deberes morales que el que tenía para la jubilación anticipada. Pero necesitaba darle falsas esperanzas a Leventis; hacerle creer que lo estaba ayudando sin implicarme demasiado en el asunto. Después de todo, al igual que Brunner, también vivía con un nombre falso, y un pasaporte falso a juego.

—Bueno, ¿qué hizo exactamente? —pregunté—. Ese tal Meissner.

—Es evidente que se apoderó de propiedades de griegos y judíos griegos. Otras acusaciones, como las de violación y asesinato, parecen bastante más difíciles de demostrar.

—¿Cabe la posibilidad de alcanzar un acuerdo? ¿Estaría usted al menos dispuesto a interceder por él ante el tribunal si aportara información que condujera a la detención de Alois Brunner?

—Tendría que hablar con el fiscal del Estado. Pero es posible.

—Necesitaré algo más si hablo con Meissner. Aunque no pueda aportar información sobre Brunner, es posible que revele algo de importancia similar. Venga, teniente. Ese tipo necesita alguna clase de seguro de vida.

—Le diré lo siguiente: si atrapáramos a un pez gordo como Brunner, sin duda dejaría de llamarnos la atención un don nadie como Meissner. Y si él nos ayuda a lograrlo, no me sorprendería que lo dejáramos marchar.

—Pues déjeme hablar con Meissner en privado, en la cárcel. Los dos nada más. Quizá pueda convencerlo de que hable.

Leventis miró el reloj de pulsera.

—Si nos damos prisa, es posible que pillemos a Papakyriakopoulos. Así se llama el abogado de Meissner. Los viernes por la tarde, después de toda la semana en los tribunales, va a tomar una copa a un antiguo bar llamado Brettos, que queda a unos diez minutos a pie de aquí. Dudo que hable conmigo, pero quizá a usted le diga algo.

Brettos estaba en un barrio de callejuelas turísticas atenienses llamado Plaka, y desde fuera parecía de lo más común. En el interior, toda la pared del fondo era un auténtico rascacielos de botellas de licor intensamente iluminadas. Si se tenía en cuenta su proximidad a la Acrópolis, daba la impresión de ser el bar más antiguo del mundo. No costaba esfuerzo imaginar a Aristóteles y Arquímedes tomando allí martinis helados en busca de la sencillez precisa y definitiva de un aforismo alcohólico después de un duro día de debate filosófico.

Sentado en un taburete alto ante el mostrador de mármol debajo de un barril de coñac, el abogado de Arthur Meissner, el doctor Papakyriakopoulos, era un hombre de treinta y tantos años de aire sagaz, con un pulcro bigote, ojos oscuros de marsupial y el perfil de una señal de peligro. El teniente Leventis nos presentó y luego se retiró con discreción, dejándonos que Garlopis y yo pidiéramos una ronda y planteáramos la posibilidad de reunirnos con Arthur Meissner, o bien en el tribunal donde lo estaban juzgando, o bien en la cárcel de Averof, donde estaba en prisión preventiva. Leventis dijo que nos esperaba en el café de enfrente de la estrecha calle. El abogado griego escuchó con amabilidad mientras yo perfilaba rápidamente mi misión. Tomando a sorbos una bebida que tenía un aspecto y un olor más medicinal que alcohólico, prendió un pequeño cigarrillo y luego, con paciencia, me explicó la situación de su cliente, en perfecto inglés:

—Mi cliente carece de la menor importancia en un contexto global —dijo—. En eso se basa toda su defensa. En que no era nadie.

—¿No era nadie como no era nadie Ulises? ¿Para engañar a los cíclopes? ¿O no era nadie en un sentido más existencial? En otras palabras, ¿era un don nadie astuto o un don nadie modesto e impreciso?

—¿Es usted alemán, Herr Ganz? ¿De cuál de los dos era usted?

El doctor Papakyriakopoulos era griego. Aun así, pertenecía al tipo de abogados que más me desagradaban: los escurridizos. Más escurridizo que una nutria con un pez vivo entre las zarpas.

—Buena pregunta. De los primeros, diría yo. Desde luego me hizo falta mucha astucia para seguir con vida mientras los nazis estaban en el poder. Y poco menos que la misma desde entonces.

—En el caso de Arthur Meissner, era un don nadie existencial de esos que describe usted, Herr Ganz. Si conociera a mi cliente no vería más que un hombre incapaz de urdir estratagemas. Se encontraría con un individuo que no tomó decisiones, no ofreció asesoramiento, no fue nunca miembro de una organización de derechas, no fue

antisemita y tuvo escaso conocimiento, o no lo tuvo en absoluto, de nada salvo lo que se le decía en alemán y él se veía obligado a traducir simultáneamente al griego, y de lo que ahora no recuerda nada. Imagino que el señor Garlopis aquí presente le diría que con la traducción simultánea a veces es imposible recordar las interpretaciones que se han hecho apenas unos minutos antes.

—Ah, eso es muy cierto, señor —aseguró Garlopis—. A no ser que se tomen notas, claro. Yo suelo tomar notas de referencia para las traducciones simultáneas. Pero luego las tiro. Me veo obligado a escribir a tal velocidad que la caligrafía me resulta ininteligible incluso a mí mismo.

—Ya ve usted —dijo Papakyriakopoulos—. Se lo dice alguien que habla por experiencia propia. Me habría venido usted bien en el tribunal el otro día, señor Garlopis. Como testigo experto. El caso es que durante buena parte de la ocupación, cuando mi cliente estuvo al servicio de los nazis, no conocía a los hombres para quienes hacía de intérprete más allá de saber que llevaban uniformes nazis y que tenían la autoridad de decidir sobre la vida y la muerte de todos los ciudadanos griegos, incluido él. En resumidas cuentas, es un chivo expiatorio por los defectos de la nación griega tanto entonces como ahora. Admitir que conocía a ese alemán al que busca el teniente Leventis podría perjudicar a Arthur Meissner ante el tribunal. Él no hacía más que obedecer órdenes con la esperanza de seguir con vida, y cualquier indicio de criminalidad hasta el momento ha resultado ser poco más que circunstancial o, peor aún, testimonios oídos carentes de valor. Aun así, es un leal ciudadano griego, y mañana le explicaré que ustedes están dispuestos a ayudarlo. Es posible que acceda a reunirse con ustedes, aunque tal vez no sea así. Pero si no le importa que se lo pregunte, ¿qué intereses tienen ustedes en esto?

—El teniente parece creer que, como alemán, tengo el deber moral de ayudar a la policía en sus pesquisas. Yo no estoy tan seguro, a decir verdad. Trabajo para una aseguradora, pero antes de la guerra fui policía. Vine a Grecia para investigar una demanda de indemnización interpuesta por un asegurado alemán llamado Siegfried Witzel. Hoy han encontrado muerto a Witzel en circunstancias que le hacen sospechar a Leventis que su fallecimiento podría estar relacionado con un asesinato que ocurrió durante la guerra, y también con el reciente homicidio de un abogado ateniense.

—El doctor Samuel Frizis.

—Sí. ¿Lo conocía?

—Bastante.

—Si ayudo a Leventis con su investigación criminal, en el caso de que logre convencer a Arthur Meissner de que hable conmigo, por ejemplo, en confianza, quizá él se avendría a declarar a favor de su cliente ante el tribunal.

—Samuel Frizis era amigo mío. Fuimos juntos a la Facultad de Derecho. Me gustaría ver a su asesino entre rejas, como es natural. Eso le da un cariz totalmente distinto al asunto que estamos tratando. Stavros Leventis es un hombre honrado. Un idealista. Pero ¿qué clase de policía era usted, si me permite que se lo pregunte?

—Inspector. Fui comisario de la Policía Criminal de Berlín.

—No quiero hacerme el gracioso, pero todos los policías alemanes que estuvieron en Grecia parecían haber sido criminales. Desde luego, esa fue la experiencia de mi cliente.

—Algo de cierto hay en ello, sí.

—Me alegra que lo diga. —Tomó un sorbo de ouzo y me dio la impresión de que cruzaba la mirada con una mujer que llevaba un maletín y estaba plantada en la puerta abierta igual que un gato, preguntándose si entrar o no. Parecía además una mujer con la que merecía la pena cruzar algo más que una mirada—. Leo mucha historia alemana, Herr Ganz. Me fascina todo ese periodo, y no solo por este caso. Corríjame si me equivoco, pero tengo entendido que la Policía Criminal de Berlín quedó bajo el control de la Oficina General de Seguridad del Reich en 1939. Que ustedes estaban, en efecto, bajo el control de miembros de las SS. Y que a menudo trabajaban en coordinación con miembros de la Gestapo. ¿Es eso cierto? —Hizo una pausa—. Si le parezco curioso es porque me gusta saber exactamente con quién me las estoy viendo. Y cómo exactamente podrían ayudarme a elaborar una defensa efectiva. Por ejemplo, también manejo la información de que muchos miembros de la Kripo se vieron obligados por cuestiones operativas a convertirse en miembros del SD. En otras palabras, cuando lo pusieron de uniforme, usted solo obedecía órdenes. En buena medida como mi cliente.

—Dese una vuelta, ¿quiere? —le pedí a Garlopis.

—¿Una vuelta? Pero si ni siquiera me he terminado la copa. Ah, ya veo. Sí, claro, señor. —Garlopis se puso en pie con gesto incómodo—. Esperaré en el café de enfrente, con el teniente Leventis.

Garlopis salió del bar con el aspecto de un escolar avergonzado a quien le hubieran dicho que se fuera a jugar a otra parte. Me dije que tendría que compensárselo más adelante.

—Está usted bien informado, doctor... —Meneé la cabeza—. Me parece que no voy a intentar siquiera pronunciar su nombre.

—Procuro estarlo. ¿Dónde estuvo usted de servicio activo? No fue en Grecia, eso seguro. Si hubiera estado aquí, dudo de que hubiese regresado.

—En Francia, Ucrania y Rusia. Pero no en Grecia, no. No era miembro del Partido, ya me entiende. Y creo que está usted en lo cierto. Alemania tuvo un comportamiento abominable en este país. El hombre al que busca Leventis, el que cometió un asesinato durante la guerra, también era del SD. Por eso cree Leventis que puedo ser de ayuda.

—Un zorro para cazar a otro zorro, ¿eh?

—Algo por el estilo. Si me sincero ahora con usted es para que sepa que haré lo mismo con Arthur Meissner.

—Bueno, agradezco su sinceridad. Y como decía, tengo mucho interés en atrapar al asesino de Samuel Frizis. Aunque relacionarlo con un asesinato que tuvo lugar durante la ocupación me parece una tarea mucho más difícil. A fin de cuentas, se cometieron infinidad de ellos.

—Cierto, pero ni él ni yo albergamos la menor duda de que atrapar a este zorro en particular dejaría a su cliente en una situación mucho menos apurada. Por no decir otra cosa.

—Es una idea interesante.

El doctor Papakyriakopoulos le hizo un gesto con la cabeza a la mujer de la puerta, que parecía estar esperando que le diera permiso y entró en el bar.

—¿Qué clase de abogado era? —pregunté.

—Era amigo mío. Pero no era un buen abogado. Para ser precisos, era un abogado de esos que dejan a todos los demás abogados en mal lugar. Uno de esos abogados ricos dispuestos a tomar atajos que estaba mucho más interesado en el dinero que en la justicia. Y no tenía empacho en aceptar algún que otro soborno.

—¿Un soborno de esos que podían tener consecuencias si el asunto se torcía?

—¿Consecuencias como que lo asesinaran, quiere decir? No lo sé. Tal vez. Supongo que dependería de la magnitud del soborno.

—¿Tenía contactos alemanes?

—Al igual que yo, no hablaba ni palabra de alemán. Y vivió en Atenas toda su vida.

—Pero ¿cómo se las apañó? Era judío, ¿no?

—Lo ocultó alguien, durante casi dos años. Cosas así fueron muy frecuentes aquí en Grecia. Los judíos no estaban mal vistos hasta fechas más recientes, cuando nuestro gobierno derivó hacia la derecha pura y dura. Este tipo nuevo que hay ahora, Karamanlis, es un populista que habla del destino europeo de Grecia, sea eso lo que sea. Se ve a sí mismo como la versión griega de su canciller Adenauer.

La mujer que había entrado en el bar se nos acercó y el doctor Papakyriakopoulos se levantó del taburete, la besó en ambas mejillas, habló con ella en griego unos instantes y luego nos presentó.

—Herr Ganz, le presento a la señorita Panatoniou. También es abogada, pero trabajaba para un ministerio del gobierno. Elli, Herr Ganz es un agente de seguros, de Alemania.

—Encantada de conocerlo, Herr Ganz.

Me parece que lo dijo en alemán, pero apenas me di cuenta porque a mis ojos tuve la sensación de que se introducía en mí con los suyos y se paseaba por el interior de mi cabeza hurgando en cosas que no le atañían y manipulando todo lo que había por allí. Tampoco es que me importara gran cosa. Tiendo a dejar que las mujeres curiosas se comporten exactamente como quieran cuando curiosean en los cajones y los armarios de mi mente. También es verdad que muy probablemente aquello solo fuera un producto de mi imaginación, que siempre mete la quinta marcha cuando una mujer atractiva y voluptuosa de treinta y tantos años se acerca a mi asiento del acompañante. Le estreché la mano. Y los dos hablaron un poco más en griego antes de que Papakyriakopoulos me interpelara en inglés.

—Bueno, mire, me alegra haberlo conocido, Herr Ganz. Y lo más seguro es que le hable a mi cliente de lo que me ha propuesto. ¿Dónde se aloja?

—En el Mega.

Saltaba a la vista que quería a la señorita Panatoniou toda para él, y no se lo podía reprochar. Todas y cada una de sus partes estaban perfectamente definidas. Cada cadera, cada hombro, cada pierna y cada seno. Me hizo pensar en una gráfica en el escaparate de una carnicería: uno de esos esquemas que indican dónde va cada corte, y me entró hambre con solo mirar a la pobre mujer. Apuré la copa y me apresuré a salir antes de verme tentado de darle un mordisco.

Garlopis había ido a por el Oldsmobile y, tras una breve charla con el teniente, durante la que accedí a que me guardara el pasaporte y él accedió a no detenerme en una temporada, tomé un taxi de regreso al hotel. A diferencia de los taxistas berlineses, que nunca quieren llevarte a ninguna parte, los taxistas griegos siempre andaban

sobrados de buenas ideas acerca de adónde llevarte después de haber resuelto el espinoso problema de conducirte al destino indicado. Este sugirió acercarme al templo de Zeus Olímpico, donde esperaría, y luego me llevaría al hotel, y quizá regresaría más tarde para dejarme en un club nocturno llamado Sarantidis, en la calle Ithakis, donde unas señoritas encantadoras podían brindarme diversión por un precio muy especial. De una manera muy poco razonable a su parecer, rechacé la amable invitación y regresé al Mega, donde me di un baño más que necesario y llamé al número de teléfono ateniense de la tarjeta de visita de Fischer —el 80227—, pero estaba fuera de servicio. Al menos eso creo que me dijo la operadora griega. Después de una temporada en Grecia, había decidido que no solo la guerra de Troya duró diez años, sino también el relato que hizo Homero de ella.

Que el capitán Alois Brunner estuviera o no en Grecia de nuevo no era asunto mío, pese a lo que había dicho el teniente Leventis, aunque de una manera admirable: el deber moral les correspondía a los filósofos y los profesores, no a los agentes de seguros recién llegados como yo. Lo único que quería era regresar a Múnich con los bolsillos llenos de justificantes de gastos y antes de ingeniármelas para meterme en más líos de los que pudiera solucionar de una manera razonable. Con este propósito, decidí que me urgía que Dumbo Dietrich localizara al profesor Buchholz en Múnich y recabara su versión de lo que había ocurrido en la Doris. Porque ahora parecía evidente que el naufragio de la Doris y el asesinato de Siegfried Witzel estaban estrechamente relacionados y lo más probable era que solo Buchholz fuese capaz de arrojar luz al respecto. Si seguía con vida. Yo ya albergaba dudas considerables sobre el particular. Así pues, cuando fui a la oficina a la mañana siguiente envié un telegrama a MRE, después de lo cual me disculpé con el pobre Garlopis por haberle hablado de una manera tan autoritaria en Brettos.

—No tiene la menor importancia, señor —repuso—. Y no se lo reprocho en absoluto. Con arreglo a mi experiencia, hablar con la policía, sean cuales sean las circunstancias, lo deja a uno a las primeras de cambio «en el poste de la puta», como decimos aquí en Grecia. Ese poli podría transformar su vida en una auténtica montaña rusa. La suya y la mía.

—Déjeme que lo invite a una copa y no me sentiré tan mal al respecto.

—Solo una rápida, quizá. No querría estar borracho antes de almorzar.

—Yo sería de la misma opinión si el almuerzo no fuera comida griega.

—¿No le gusta la comida griega?

—Las más de las veces. Para mi gusto, el almuerzo se parece demasiado a la cena. Pero con una copa entre pecho y espalda, eso es lo de menos.

Fuimos al bar del Mega, no porque fuera mejor que ningún otro en el que hubiera estado sino porque yo seguía pendiente de si veía a Georg Fischer y porque después de un almuerzo en forma de botella pensaba leer la prensa y echar una siesta en mi habitación, como un buen asalariado. Garlopis se tomó una y luego se levantó mientras yo pedía otro gimlet.

—Más vale que vuelva —explicó—. Por si la oficina central decide enviar una respuesta a su telegrama.

—Buena idea. Pero yo esperaré aquí.

—¿Herr Ganz? —Garlopis sonrió por cortesía—. Me perdonará que lo diga, pero ¿usted puede tomar cócteles durante el día y yo tengo que seguir haciendo su trabajo?

—Siempre he sido de costumbres irregulares, amigo mío. En los tiempos en los que era inspector, acostumbrábamos a estar de servicio la noche entera en el escenario de un crimen y luego nos íbamos a tomar una copa a las seis de la mañana. Ser poli te cambia la vida para siempre en aspectos así. Y no para mejor. Más de diez años después de dejar la Comisión de Homicidios, mi hígado aún se comporta como si estuviera pegado a una placa y un arma. Además, esta es la única de mis costumbres irregulares que no me acarrea problemas.

Garlopis se mordió el labio al oír la mención de un arma y luego me dejó al cuidado de Charles Tanqueray. Esperé un rato, pero no vi ni rastro del hombre que se hacía llamar Georg Fischer. Así pues, llamé al barman y probé a hacerle unas preguntas, en inglés.

—La otra noche. Estuve aquí. ¿Se acuerda?

—Sí, señor. Me acuerdo.

—Había otro hombre en el bar. Hablaba griego bastante bien. ¿Lo recuerda a él también?

—Sí. También era alemán, creo. Como usted. ¿Qué sucede con él?

—¿Lo había visto antes por aquí?

—Es posible.

—¿Con alguien?

—No lo recuerdo.

—¿Puede contarme algo sobre él?

—Aprendió griego en el norte, señor. No aquí en Atenas. Vale, ahora recuerdo algo más. Una vez estuvo aquí con unos tipos y quizá hablaban en francés y árabe. Tal vez eran egipcios. No lo sé. Uno llevaba un periódico, un ejemplar de *Al-Ahram*. Es un periódico egipcio. La embajada egipcia está no muy lejos de aquí, enfrente del parlamento, y algunos de esos tipos vienen aquí a tomar una copa.

—¿Algo más? Lo que sea.

El barman negó con la cabeza y volvió a afanarse en sacar brillo a los vasos, cosa que sin duda se le daba mucho mejor que preparar cócteles. Después de probar su gimlet, saltaba a la vista que debía de tener mucho más tino para mezclar pintura que alcohol. Estaba a punto de darle carpetazo a mi trabajo en el bar cuando entró ella, Elli Panatoniou, la probable sirena del doctor Papakyriakopoulos.

Nadie me había advertido sobre esa mujer, ni me había amarrado al mástil de mi barco, pero cuando la miré por segunda vez tuve la impresión de que las partes de mi cerebro que suelen encargarse de pensar se habían visto afectadas por un potente afrodisíaco. En otras circunstancias lo habría achacado al alcohol, sobre todo porque tenía una copa en la mano en ese momento, pero no descartaría por completo el aroma de su perfume, el chispear de sus ojos y la bandeja de panadero tan bien provista que la precedía. Todavía con el maletín, se desplazó hacia mí igual que la flecha de Zenón en tanto que daba la impresión de que algunas partes de su cuerpo parecían inmóviles y otras en perpetuo movimiento. Hay pechos pequeños y hay pechos grandes —que eran casi una broma si nos regimos por el criterio del dibujante de *Playboy*—, hay pechos altos con pezones casi invisibles y pechos caídos que podrían alimentar a todo un pabellón de maternidad, hay pechos que necesitan sujetador y pechos que piden a gritos una camiseta mojada, hay pechos que te hacen pensar en tu madre y pechos

que te hacen pensar en Mesalina y Salomé, Dalila y las monjas ursulinas endemoniadas de Loudun, hay pechos que parecen feos y deformes y pechos calculados para hacer que se te caiga el cigarrillo de los labios, como los pechos de la señorita Panatoniou: unos pechos perfectos que cualquier aficionado a dibujar paisajes impresionantes como las colinas de Roma o las cumbres de Abraham podría haber admirado sin pausa durante días. Con solo mirarlos, uno se sentía impelido a emprender una expedición para conquistar sus cimas, igual que Mallory e Irvine. En cambio, me levanté cortésmente de mi taburete, me empeñé en controlar lo que llamaba en son de broma mi libido, aparté la mirada de la pechera de su ceñida blusa blanca y tomé en mi mano la que ella me tendía. Se estaba esforzando mucho por hacer que aquella entrada en el bar pareciera accidental, pero el caso es que no se sorprendió tanto de verme en el bar del Mega como me sorprendía a mí estar allí a la hora de comer. También es verdad que soy un hijoputa desconfiado desde que empezaron a vender billetes de lotería que no tocan. Pero cuando decido quedar como un idiota, apenas hay nada que me lo pueda impedir. Al verla delante de mí y tomar su mano en la mía, me resultó muy difícil usar la cabeza para otra cosa que no fuera pensar en ella.

—Qué sorpresa, ¿señorita...?

—Panatoniou. Pero puede llamarme Elli.

—Christof Ganz. Elli. ¿Diminutivo de Elisabeth? ¿O se llama así en honor a la diosa nórdica que derrotó a Tor en un combate de lucha libre?

—Viene de Elisabeth. Pero ¿por qué luchaban?

—Eran alemanes. Somos como los ingleses. Nunca nos ha hecho falta una buena razón para pelear. Solo un par de copas, unos cuantos metros de tierra de nadie y un poco de mitología sosa.

—Aquí en Grecia sobra de eso. Todo este país está infestado de mitología. Y la mayor parte se escribió después de 1945.

Llevaba un traje de calle negro de dos piezas hecho a medida con solapas de teclado de piano y la cintura fruncida, y una larga falda tubo que se ceñía a su cuerpo igual que los guantes negros a sus manos, y estaba de lo más elegante. Era alta y tenía el cabello castaño oscuro largo como el de Rapunzel, hasta el punto de que me estaba planteando muy en serio tejer con él una escalera para subir a besarla.

—¿Ha venido aquí a verme o tan solo le gusta este bar?

Me fulminó a mí y luego al bar con una mirada de lástima y luego se sentó, cambiando de postura un par de veces en busca de acomodo, lo que me permitió apreciar un instante un trasero muy bien torneado. También lo tenía perfecto.

—Mi jefe tiene una reunión con alguien arriba y le traía unos documentos que me ha dicho que necesitaba. Los dos trabajamos para el Ministerio de Coordinación Económica, en la calle Amerikis. Este hotel siempre ha gozado de popularidad entre periodistas y todo tipo de gente relacionada con el gobierno, por toda suerte de razones, no todas respetables. Está tan bien situado como el Grande Bretagne, pero es mucho más barato.

—Bueno, seguro que me va de maravilla. Las cosas caras no me interesan. Salvo cuando no las tengo, claro.

—¿Cómo es que ha escogido este lugar, por cierto?

—Lo escogió mi colega.

—Debe de caerle usted fatal. Por si no lo sabía, este hotel es de esos a los que no se viene a dormir. No es una pensión de mala muerte, pero si un hombre quiere verse con su amante un par de horas y quiere quedar más o menos bien, la trae aquí. En otras palabras, es caro sin serlo demasiado. También es adonde viene un parlamentario si necesita reunirse en secreto con otro miembro del Parlamento pero en realidad no quiere que sea un secreto, si sabe a lo que me refiero; entonces concierta una cita aquí en el bar. Por eso está aquí mi jefe. Quiere que el primer ministro crea que está planteándose cambiar de partido político..., cosa que no piensa hacer, claro. Este lugar es como uno de esos tambores parlantes.

—¿No se dará cuenta el primer ministro de que es eso lo que su jefe se trae entre manos?

—Claro. Es la manera que tiene mi jefe de enviarle a Karamanlis un mensaje importante sin mandarle un memorándum y sin exponerse a que luego se lo echen en cara. Un memorándum formalizaría su descontento. Una reunión aquí solo lo insinúa, de una manera amable.

—No tenía ni idea de que la política griega fuera tan sutil.

—Habrás oído que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Claro que sí, es usted alemán. Bueno, pues la política no es más que otra manera de ser griego. Desde luego, así lo pensaba Aristóteles, y él sí que sabía de eso. Inventó la política. Yo en su lugar me trasladaría al Grande Bretagne. Es mucho más cómodo. Pero no sin antes haberme invitado a una copa.

Le hice un gesto al barman para que se acercara y ella le dijo algo en griego. Hasta entonces habíamos hablado en alemán.

—Habla usted griego bastante bien, para ser alemana.

Se echó a reír.

—Solo está siendo amable, para ser alemán.

—No, lo cierto es que no. Habla bien alemán. Sobre todo, en lo que al acento respecta. Lo que quiere decir que no tiene acento en absoluto. Eso es bueno, por cierto. El alemán siempre suena mejor cuando lo habla una mujer guapa.

Encajó esa en el mentón y la dejó correr, que era lo más adecuado. Llevaba una temporada sin estar a la altura en lo relativo a hablar con mujeres, y menos aún si hablábamos de hacer cumplidos. Me notaba la boca muy pequeña para mi ingenio, como si la lengua se me hubiera vuelto grande y fuese como la de un leonberger babeante.

—Mi padre trabajaba para la naviera Nordeutscher Lloyd —dijo—. Antes de la guerra era segundo de a bordo del SS Bremen. Cuando este se incendió y se hundió, en 1941, volvió a su hogar en Grecia. Me enseñó alemán porque pensaba que ganarían la guerra y gobernarían Europa.

—Vaya, ¿y en qué quedó todo eso? ¿Cómo es que no me acuerdo?

—Puede que perdieran la guerra, pero parece que van a ganar la paz, y es la primera vez que sucede algo así, creo yo. Alemania seguirá contribuyendo a gobernar Europa como parte de la nueva CEE. Grecia ya está desesperada por entrar a formar parte. Tratamos de ser buenos europeos desde la caída de Constantinopla. Y me alegra decir que hemos tenido éxito casi siempre; de lo contrario, probablemente

llevaría la cara cubierta con velo.

—Eso sería una tragedia.

—No, pero sería un incordio, por lo menos para mí. En Grecia, las tragedias suelen implicar el asesinato de alguien. Prácticamente inventamos la idea del noble héroe caído en desgracia por algún defecto de carácter.

—En Alemania tenemos de esos para dar y regalar.

—Esto es Grecia, Herr Ganz. No tenemos intención de olvidarlos.

—¿Y aun así quieren unirse a nuestro club?

—Claro. También inventamos la hipocresía, ¿se acuerda? De hecho, espero formar parte de la delegación griega en Bruselas cuando presionemos a los alemanes y los franceses para que nos admitan como miembros el año que viene. Hablo francés bien, porque mi madre era medio francesa. Pero se equivoca con mi alemán. Cometo cantidad de errores.

—Quizá pueda ayudarle con eso.

—No sabía que se pudiera contratar un seguro contra esa clase de errores.

—De ser así, sin duda yo no sería su hombre, Elli. No vendo seguros. Me limito a supervisar las demandas. Decepcionar a la gente suele formar parte de mi trabajo. Pero solo cuando ellos me han decepcionado a mí. Los seguros tienen algo que hace aflorar lo peor de la gente. Hay gente capaz de olfatear la fraudulencia. Yo soy de esos, supongo.

—Papakyriakopoulos dijo que usted había sido policía. En Berlín. No profesor de alemán.

—Así es. Pero no me importaría hablar con usted, Elli. En alemán o en francés. Podríamos quedar de vez en cuando y tomar un café o una copa. Aquí mismo, ya que es tan público. Cuando no esté muy ocupada, claro. Podríamos conversar en alemán.

—Esa sí que no la había oído nunca. Hum.

—¿Significa que se lo está pensando?

—Qué gracioso es usted, Herr Ganz.

—La próxima vez llevaré un sombrero de paja y un bastón, si sirve de algo.

—Seguro que lo haría, si creyera que iba a gustarme.

Ella tendría que haberse negado, claro. O por lo menos tendría que haberme obligado a esforzarme un poco más para acceder al placer de su compañía. Podría haberme preguntado cómo se dice «impetuoso» en alemán y no me habría importado lo más mínimo porque habría tenido razón. Me estaba pasando de impetuoso. Así que la dejé tranquila un momento, preguntándome si se levantaría las faldas y volvería a tragarse el anzuelo.

—Pero ¿qué hay de su padre? ¿No habla alemán con él?

—Murió.

—Lo siento.

—Quizá tenga razón. Podemos quedar, tal vez. Para tener una pequeña conversación.

—Esas son las mejores.

—¿No le gusta hablar?

—Depende.

—¿De qué?

—De con quién hable. De un tiempo a esta parte, he renunciado a la costumbre de decir gran cosa.

—Me resulta difícil de creer.

—Es verdad. Pero con usted podría hacer una excepción.

—Por algún motivo, no me siento halagada.

—¿No lo sabe? No hay nada como hablar un idioma con un nativo para mejorar. Usted podría hacer las veces de caballo y yo del emperador Carlos V.

Seguía poniéndola a prueba. El insulto era deliberado.

Río.

—¿No tenía el mentón extraordinariamente grande?

—Sí. En aquellos tiempos no se podía ser rey sin tener algo raro. Sobre todo, en Alemania.

—Es probable que eso explique lo de nuestros propios reyes. También eran originarios de Alemania. De Schleswig-Holstein. Y tienen las bocas más grandes de toda Grecia. Pero el caso es que lleva usted razón. Aquí no se puede conversar mucho en alemán. Por razones evidentes.

—El teniente Leventis habla un alemán bastante aceptable. Casi tan bueno como el suyo. Igual podemos decirle que se una a nuestra pequeña clase.

—¿El teniente Leventis? —Elli sonrió—. No podría verme con él sin que la mitad de Atenas se enterase y sacara una conclusión errónea. Además, su esposa podría poner objeciones. Por no hablar de que él y yo tenemos opiniones políticas divergentes, por lo que seguramente nos pasaríamos el rato discutiendo. Es mucho más de derechas que yo. Pero no se lo diga a nadie. Procuro llevar mis opiniones políticas con discreción. Konstantinos Karamanlis no es lo que se dice muy amigo de la izquierda.

—No llevo carrete en la cámara, Elli. La política no me interesa. Y en Grecia me parece incomprensible. Sobre todo, la de la izquierda.

—Quizá podría dar resultado —dijo, cada vez más convencida—. ¿Por qué no? Igual así entiendo un poco mejor a los alemanes.

—Ya sé a qué se refiere.

—¿No le parece posible?

—No estoy seguro. Pero cuando crea que nos ha cogido las vueltas, avíseme. Me encantaría tener algún indicio que otro de por qué somos quienes somos.

—Mi padre decía que solo los austriacos tienen auténtica madera de alemanes. Decía que los propios alemanes eran unos excelentes ingleses, aunque en secreto todos desearían ser italianos. Que esa era su tragedia. Pero a él le caían muy bien los alemanes.

—Me parece un tipo estupendo.

—Lo era.

El barman le llevó algo verde y frío en una copa, y Elli brindó con placer.

—Por la nueva Europa —dijo—. Y por que llegue a hablar alemán mejor.

Brindé con ella.

—¿De verdad cree en la CEE?

—Claro. ¿Usted no?

—Me gustaba mucho la antigua Europa. Antes de la última vez que la gente empezó a hablar de una nueva Europa. Y la vez anterior a esa, también.

—Solo acabando con la idea de los estados nación podremos poner fin al fascismo y darle fin a la guerra.

—Como alguien que ha luchado en las tres, brindo por ello.

—¿Las tres?

—La Guerra Fría es pero que muy real, me temo.

—No tenemos nada que temer de los rusos. Eso seguro. Son gente como nosotros, nada más.

Dejé pasar el comentario. Los rusos no eran como los demás, eso podía atestiguarlo cualquiera que viviese en Hungría y Alemania Oriental. Si los marcianos llegaran alguna vez a cruzar el abismo espacial hasta nuestro planeta con sus inhumanos planes de conquista y emigración, en la Unión Soviética se sentirían como en casa.

—Pero si quedamos —añadió ella—, para conversar, más vale que dejemos de lado la política. Y que no lo hagamos aquí.

—¿Por su jefe?

—¿Qué pasa con él?

—Podría verla.

Se me quedó mirando fijamente, como si no tuviera la menor idea de a qué me refería. Aunque quizá fuera mi manera de hablar alemán.

—Aquí —maticé—. Conmigo. Teniendo una conversación.

—Sí. Tiene razón. Eso no estaría bien.

—Bien. Pues sugiera algún sitio. Algún lugar que no sea barato. Tengo una cuenta de gastos y nadie a quien invitar a cenar este fin de semana excepto el señor Garlopis. Es el representante de MRE en Atenas. Pero es un hombre. Un gordo con muy buen saque. Así que será agradable para variar. Últimamente paso tanto tiempo a solas que me sorprende ver a alguien en el espejo por la mañana.

—Si es él quien le reservó habitación en el Mega, yo diría que más le vale despedirlo. Apuesto a que tiene un primo en el mundo de la hostelería.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—En Grecia todo el mundo tiene un primo. Así funciona este país. Fíese de lo que le digo.

Pero yo no tenía muy claro que me fiara. Sentado en el mismo bar donde ya me había embaucado un mentiroso, no estaba seguro de creer lo que me había dicho, pero parecía bastante buena chica y no suelo encontrarme muy a menudo con buenas chicas. También es cierto que la verdad nunca es la mejor opción y rara vez resulta agradable, por lo que, en realidad, ¿qué importaba por qué hubiera venido? Muchas mentiras no son más que el lubricante que impide que el mundo se pare en seco. Si de pronto todo el mundo empezara a ser escrupulosamente sincero, estallaría otra guerra mundial antes de finales de mes. Si la señorita Panatoniou quería hacerme creer que el que nos hubiéramos encontrado de nuevo era un hecho puramente accidental, eso era asunto suyo. Además, no alcanzaba a ver qué salía ganando esa mujer engañándome. Tampoco era que Siegfried Witzel siguiera vivo o que ella hubiera interpuesto una demanda de indemnización contra MRE que yo estuviera en situación de resolver a su favor. En realidad, yo no tenía dinero ni ningún amigo poderoso. Ni siquiera tenía pasaporte. Ni estaba dispuesto a dejarme convencer de que no era más que una de

esas mujeres jóvenes que se sienten atraídas por hombres mucho mayores porque buscan una figura paterna. Yo me sentía atraído por ella, claro, ¿por qué no? Era muy atractiva. Pero ¿y a la inversa? Eso no me lo tragaba. Así pues, le registré el maletín cuando se fue al servicio, como se suele hacer y, para sorpresa mía, encontré algo más letal que unos cuantos informes críticos sobre economía griega. Había estado rodeado de armas toda mi vida y prácticamente lo único que no me gustaba de ellas era que estuvieran escondidas en el bolso de una mujer. De pronto, todos los residentes en la ciudad parecían tener un arma menos yo. Era una «seis más uno», una pistola del calibre 25 con cañón basculante, y seguía envuelta en el papel encerado original, seguramente para que no se manchara de aceite el forro del bolso. Se las llamaba «armas ratón» porque eran pequeñas y monas. Al menos, eso se rumoreaba siempre. Yo tenía una idea distinta de ellas. Encontrarse a una mujer con una Beretta 950 era como descubrir que ella era el gato y quizá yo el ratón. Suponía que bastantes polillas había ya para agujerearme la ropa sin necesidad de encontrarme una que me abriera agujeros en las entrañas.

Cuando volvió al bar oliendo a jabón y a más perfume aún, me planteé mencionar la Beretta, pero decidí no hacerlo. No se le habría podido reprochar ni que llevara un Bismarck. A decir de todos, a los hombres griegos no se les da muy bien aceptar un no por respuesta, así que quizá tuviera que defender esos espléndidos pechos. Me dije que todo iría bien entre nosotros siempre y cuando no intentara echarles mano, y que su pistolita ratón sin duda me impediría ponerme en evidencia. Y eso seguramente era positivo. Así que pedí otra ronda y, mientras miraba al barman, intenté desplazar los ojos hasta los confines de las cuencas para echarle un vistazo casual al escote de la señorita Panatoniou, pero con discreción, de modo que no se diera cuenta de lo que me traía entre manos, y me pegara un tiro por el mero hecho de comportarme como el cerdo que sin duda era. En marzo de 1957, a eso se reducía lo que yo denominaba mi vida sexual.

El lunes 25 de marzo, Alemania Occidental, Francia, Bélgica, Italia, Luxemburgo y Holanda firmaron el Tratado de Roma, con el que se constituía la Comunidad Económica Europea. Supongo que era un cambio agradable con respecto a un tratado que ponía fin a una guerra y quizá incluso evitara que estallase otra, tal como me había dicho Elli Panatoniou. Pero solo cuatro años después del final de la guerra de Corea y de otro conflicto concluido en fechas más recientes en Egipto, me parecía imposible tener mucha fe en que la CEE anunciase una nueva era de paz europea. Empezar las guerras era fácil, pero, como ocurre cuando se hace el amor, ponerles fin era mucho más difícil. La comunidad del interés propio económico no parecía guardar mucha relación con las necesidades de la gente real.

Más importante para Garlopis y para mí fue que Philipp Dietrich telefoneó a la sucursal de MRE en Atenas, tal como había dispuesto Telesila. Mientras contestaba la llamada sentado a la mesa de Garlopis, vi por el rabillo del ojo cómo el griego coqueteaba con ella como haría un orondo escolar. No oía lo que decían, pero la pelirroja se reía y, por mucho que él lo negase, me llevé la firme impresión de que estaban mucho más unidos de lo que él me quería hacer creer. Tampoco es que fuera asunto mío. Por mí, como si hubiera estado coqueteando con la mismísima reina Yocasta.

—Recibí su telegrama —dijo Dietrich—. Ese poli ateniense, Leventis, parece un auténtico coñazo. ¿Está seguro de que usted y Garlopis no necesitan un abogado?

—No, gracias, creo que de momento nos las apañamos. Si empezamos a meter abogados en esto, lo más probable es que nos mande a la cárcel, y podríamos pasarnos meses allí dentro. Y, además, estaría justificado que lo hiciera. O casi. Ahora mismo estamos los dos en libertad. Al menos, mientras juguemos a los detectives y lo ayudemos a encontrar al asesino.

—¿Cabe la posibilidad de que lo hagan?

—No lo sé. Pero desde luego puedo convencerlo de que lo estoy intentando. Y es probable que con eso baste. No es un mal tipo, la verdad. Por lo que he visto desde que llegamos aquí, los griegos lo pasaron bastante mal durante la guerra. Cree que yo le debo cierta compensación personal. Porque soy alemán, supongo.

Me pareció conveniente dejar a Alois Brunner al margen de nuestra conversación. Los criminales de guerra nazis aún eran un asunto muy delicado en Alemania, por la sencilla razón de que casi todo el mundo había conocido a alguno. Yo mismo había conocido a unos cuantos.

—Por cierto, ¿qué demonios ocurrió?

—Garlopi y yo fuimos a una dirección donde pensábamos que vivía la parte asegurada, para decirle que íbamos a desestimar su reclamación hasta que lleváramos a cabo más investigaciones. Witzel iba armado, por lo que nos preocupaba un poco nuestra seguridad, de modo que entramos por la puerta trasera, que fue cuando y donde encontramos su cadáver. Lo habían matado a tiros.

—Dios bendito.

—Cuando salíamos de la casa, llegaron los polis y nos detuvieron como sospechosos. Estábamos en el lugar equivocado en el peor momento, nada más. Es una vieja historia que cualquier tribunal bávaro desestimaría en cinco minutos. Pero que yo sea alemán no es de mucha ayuda en esta situación. Con lo que les gusta a los griegos la ironía cósmica, seguro que estarían encantados de colgarle este muerto a otro alemán.

—Apuesto a que sí. Los asesinos alemanes son el no va más ahora mismo. No se puede ir al cine sin ver a algún nazi burlón torturando a una buena chica. Mire, haga lo que crea necesario, Christof. El señor Alzheimer está encantado de cómo ha llevado esto hasta el momento.

No lo dudaba en absoluto. Ahorrarse treinta y cinco mil marcos podía ponerle una sonrisa en la cara a cualquiera, incluso a un nazi burlón.

—Solo lamentamos que le haya resultado más difícil de lo que pensábamos. Que le haya planteado problemas con la policía.

—No se preocupe por mí, jefe. Soy capaz de sobrellevar problemas con la policía hasta cierto punto. Es una de las pocas ventajas de ser alemán. Estamos acostumbrados a que los polis hagan valer su fuerza.

—Aun así, si cambia de parecer con respecto a ese abogado, nuestro departamento legal me ha dicho que se ponga en contacto con Latsoudis & Arvaniti, en el Pireo. Son un buen bufete. Ya hemos contado con sus servicios.

Cogí un bolígrafo y anoté el nombre, solo por si acaso. Luego garabateé el nombre de Buchholz y los subrayé, deseando que Dietrich fuera al grano. También anoté el nombre de Walther Neff, para incitarme, cortésmente, a preguntar poco después qué tal le iba a mi colega enfermo de MRE.

—Tengo la sensación de que los necesitará de todos modos, debido a lo que he averiguado aquí en Múnich —añadió Dietrich—. No creo que vaya a ser muy útil.

—¿Ha hablado con el profesor Buchholz?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—No mucho. Nada que yo fuera capaz de entender, por lo menos, porque sufrió un derrame cerebral masivo antes de Navidad que le ha dejado paralizado un lado del cuerpo. Apenas puede hablar. Ahora mismo está en el hospital de Schwabing y no se espera que vaya a recuperarse mucho.

Dibujé un rectángulo alrededor del nombre de Buchholz. Era un rectángulo en forma de féretro, uno de aquellos viejos ataúdes de madera como los que se enviaban a centenares al frente occidental antes de un avance contra las trincheras enemigas, para subirles la moral a los hombres.

—Pero eso no es todo —continuó Dietrich—. También fui a la Gliptoteca, donde era director adjunto, y me dijeron que no tenían conocimiento de ninguna expedición a

Grecia. En absoluto. Ni de que se hubiera llegado a ningún acuerdo con ese museo del Pireo. A decir verdad, es imposible ver cómo Buchholz podría pedir siquiera un taxi a casa, y mucho menos el alquiler de la Doris capitaneada por Witzel. También hablé con su esposa y ella me enseñó su pasaporte. Hace más de un año que el profesor no sale de Alemania. El último sello griego en su pasaporte es de junio de 1951. O bien Siegfried Witzel mintió sobre él, o bien alguien ha estado haciéndose pasar por Buchholz. Es un puñetero vegetal.

—Entonces, igual por eso alguien lo escogió en la verdulería.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda aquel robo en el museo?

—Lo recuerdo. Sí.

—Los polis no encontraron al autor. Unos chavales, pensaron. Pero en su momento yo tuve mis dudas al respecto.

—¿Insinúa que los dos casos están relacionados?

—Fueron unos chavales que forzaron la mesa del director adjunto y se dejaron la caja para el dinero. Eso no se lo traga nadie. Yo creo que quizá lo que buscaba alguien era sus artículos de escritorio. Tarjetas de visita, papel con membrete. Eso y unas cuantas piezas de mármol pequeñas que nadie fuera a molestarse en reclamar.

—¿Con qué fin?

—Quizá esa persona quería convencer a las autoridades de aquí de Grecia de que estaban preparando una expedición como es debido para recuperar objetos históricos más grandes y valiosos. Algunos documentos oficiales alemanes y unos cuantos trozos de bronce y mármol habrían ayudado a que esa historia se mantuviera a flote. Y creo que su primera estimación tal vez fuese acertada. O bien hay una invasión local de ladrones de cuerpos o bien alguien ha estado haciéndose pasar por el profesor Buchholz. La pregunta es quién. Si lo puedo averiguar, entonces quizá la policía griega me permita volver a casa. Mire, señor, a ver qué más puede descubrir sobre Siegfried Witzel. Hoja de servicios de guerra. Esposas. Esa película subacuática que hizo. Cualquier cosa.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿qué tal está Neff?

—Es rarísimo. Se fue del hospital sin que le dieran el alta y no se lo ha visto desde entonces. La policía lo está buscando; sin resultado, de momento.

—Qué raro.

—Más de lo que se imagina. Su mujer cree que un policía del *Praesidium* fue a verlo a su domicilio la víspera de que sufriera el infarto, solo que ellos no parecen saber nada al respecto.

No conocía a Walther Neff, pero su repentina desaparición me incomodaba, como si guardase algún tipo de relación con lo ocurrido en Atenas.

—Por cierto, ¿en qué hospital estaba?

—En el de Schwabing. El mismo que Buchholz.

—¿Qué dice su esposa al respecto?

—No gran cosa. Parece tan perpleja como lo estamos los demás. Oiga, cuídese. Y avíseme si necesita alguna otra cosa.

Empecé a decir algo más, pero se oyó un clic y Dietrich había desaparecido.

Aunque eso no tenía nada de raro.

—¿Conocía usted bien a Walther Neff?

—Vino a Grecia en varias ocasiones, señor —respondió Garlopis.

—No le he preguntado eso.

—Lo conocía bastante bien. Mejor de lo que él creía, tal vez.

—¿Qué opinión le merecía?

Garlopis se mostró incómodo. Abrió el cajón de la mesa y lo cerró de nuevo, sin motivo aparente. Era la mañana después de mi conversación con Dietrich y estaba en la oficina de MRE con Garlopis.

—Puede hablar con toda libertad. Apenas conocía a ese hombre, de modo que no me importa si su opinión es buena o mala. Solo quiero saber cuál es.

—No creo que le gustaran mucho los griegos. Ni nadie más, si vamos a eso. Nadie que no fuera alemán.

—¿Se refiere a que aún era un poco nazi?

—Creo que ese es el mejor resumen, señor. Una o dos veces hizo algún comentario de pasada sobre los judíos y cómo ellos mismos habían provocado todas las desgracias que les ocurrían. Y una vez encontró un ejemplar atrasado de la revista *Time* en el que había una foto de David Ben-Gurión en la portada y su rostro se convirtió en el vivo retrato de la repugnancia. Nunca había visto un odio tan visceral. Pero ¿por qué lo pregunta?

—Ha desaparecido del hospital de Múnich. Se fue sin recibir el alta y luego sencillamente desapareció en la oscuridad, por así decirlo. La policía lo está buscando. Pero bueno, dudo de que vayan a encontrarlo. Me temo que en Alemania ocurren a menudo cosas así.

—¿Por qué?

—Porque el fantasma de alguien reconoce a algún otro de la guerra. Murieron millones de personas, pero la gente olvida que también sobrevivió mucha gente. Treinta mil personas salieron de Dachau. Treinta mil testigos de matanzas. Pero lo más probable es que haya por lo menos otros tantos en Alemania que no son quienes dicen ser.

—¿Se refiere a que viven bajo falsas identidades? ¿Por algo que hicieron durante la guerra?

—Exacto. Yo diría que Walther Neff tenía una historia secreta, como tantos otros compatriotas míos. Igual ya vivía bajo una falsa identidad. Y alguien lo descubrió y amenazó con hacer algo al respecto. Así pues, Neff se largó antes de que eso le diera más problemas. Hoy en día es una historia muy habitual.

¿Cabía la posibilidad de que Neff hubiera fingido incluso su infarto después de leer el artículo que escribí acerca del asunto a instancias de Alzheimer en el periódico de la compañía?

—Pero yo creía que Adenauer observaba una política de amnistía e integración —objetó Garlopiis—. Que muchos criminales de guerra nazis habían salido en libertad. Hasta treinta y cinco mil personas, ¿no es así? ¿Por qué iba a temer nadie que lo descubrieran ahora, después de que su gobierno haya puesto fin a la desnazificación?

—Por muchas razones. La amnistía solo tiene efecto en Alemania. No sería aplicable si un nazi vino aquí, por ejemplo. Y por supuesto, algunos periódicos de centro izquierda aún pueden hacerles la vida difícil a los antiguos nazis. No todos los alemanes están de acuerdo con la política del Anciano. Está eso por una parte, y por otra las Fuerzas de Defensa Israelíes, claro. A saber de qué no serán capaces. Hace cinco años, el partido derechista Herut intentó asesinar al Anciano. No, supongo que a veces lo mejor es adoptar otro nombre y desaparecer. Como ese tal Alois Brunner a quien persigue el teniente Leventis.

Garlopiis guardó silencio un momento. Luego se levantó y cerró la puerta del despacho exterior, donde Telesila pasaba cartas a máquina.

—No digo que todos los alemanes sean mala gente —aseguró—. Nada de eso. Como usted sabe, mi padre era alemán, a fin de cuentas.

—¿Qué fue de él, por cierto?

—Murió hace unos años. Estaba desayunando.

—Supongo que usted se acabó el desayuno por él.

Garlopiis hizo una mueca de dolor.

—Lo siento, Aquiles, eso era innecesario. Le pido disculpas. Mi única excusa es que soy berlinés. A veces la crueldad es innata en nosotros porque somos los últimos paganos de Europa. Así que, adelante, cuéntemelo. Iba a contarme una historia. Por eso ha cerrado la puerta, ¿no?

—Sí. —Garlopiis reunió ánimos—. Hace unos años, creo recordar que en verano de 1954, acompañé al señor Neff a la isla griega de Corfú para solventar una reclamación. Corfú goza de mucha popularidad entre los italianos debido a su proximidad a la costa italiana. Los italianos formaban parte de las potencias del Eje, claro, pero ahora nadie se lo tiene en cuenta por aquí. A diferencia de ustedes los alemanes, nunca pusieron mucho entusiasmo en la ocupación de Grecia. Y como es natural, en tiempos recientes, muchos de ellos también fueron víctimas de los nazis. En cierto modo, eso ha supuesto una ventaja moral para ellos.

»Una tarde, el señor Neff y yo estábamos sentados en la terraza de un café en el casco antiguo de Corfú y un hombre no dejaba de mirar a Neff desde otra mesa. Neff intentó no hacerle caso, pero poco después el hombre se acercó y se identificó como un italiano de un pueblo cercano a Bolonia. Me parece que era Marzabotto. Acusó a Neff de ser un miembro de las SS que había participado en la matanza de casi dos mil civiles a finales de 1944. Neff lo negó, claro. Dijo que no había sido nunca de las SS. Pero el hombre se mantuvo en sus trece, y empezó a decirle a todos los presentes en el café que había un criminal de guerra nazi entre nosotros. Neff se puso muy nervioso y furioso y se fue a toda prisa. Yo lo seguí. Luego dijo que no había estado nunca en Italia. Sin embargo, a esas alturas yo ya sabía que era mentira. Para empezar, hablaba

un poco de italiano. Y además me había comentado lo mucho que le gustaba Bolonia. Así que no me cupo duda de que lo que había dicho el hombre del café tenía por fuerza que ser cierto. Otro detalle era que Neff solo investigaba reclamaciones de seguros en Grecia y Francia, nunca en Italia. En cierta ocasión en que hacía mucho calor y se había quitado la camisa, vi que tenía las letras AB tatuadas en la cara interna de la parte superior del brazo derecho, cerca de la axila. Luego me enteré por un artículo en una revista de que debía de ser su grupo sanguíneo y que todos los de las Waffen-SS llevaban ese tatuaje. —Prendió un cigarrillo y añadió con cautela—: Supongo que eso sería de ayuda para identificar a Brunner, si Leventis consigue atraparlo.

—Supongo que tiene usted razón. —Fue un momento casi incómodo, aunque no tan incómodo como el momento en el que, con el Ejército Rojo a unos pocos días de Königsberg y la rendición alemana ya inevitable, me quemé el tatuaje de mi grupo sanguíneo. Pensando que era mejor cambiar de tema a la mayor brevedad, añadí—: Eso me recuerda que tengo que hablar con el teniente Leventis. Nada más lejos de mi intención que ofender a su primo, pero esta tarde voy a mudarme al hotel Grande Bretagne.

—No se preocupe por eso. Y he de confesar que el Mega ya no es lo que era. Hasta mi primo lo reconoce. Es mucho más barato, claro, pero supongo que, si paga MRE, ¿por qué no alojarse en el Grande Bretagne? Tendría que haberseme ocurrido antes. Pero el caso es que el señor Neff siempre prefería el Mega. Ese fue el motivo principal por el que le reservé habitación allí. Era el que él elegía.

—¿Le dijo por qué le gustaba?

—El Grande Bretagne acaba de añadir cuatro plantas, claro, así que prácticamente acababa de reabrir. Pero según mi primo, creo que Neff tenía algún pequeño chanchullo con la gerencia del Mega que le permitía reclamar más gastos de los que hacía en realidad. Mi primo también tenía la impresión de que Neff conocía a algún que otro cliente habitual.

A la vista de la revelación del pasado de Neff en las Waffen-SS, me pregunté si entre esas amistades tuyas no estaría Alois Brunner. Ni por esas vi ninguna razón de peso para hablarle a Garlopis de mi encuentro con Brunner en el bar del Mega. No habría hecho más que atemorizarlo, tal como me había atemorizado a mí. Cogí el abrigo y fui a la puerta.

—¿Va a alguna parte?

—He pensado que podía ir al Megaron Pappoudof y decirle a Leventis en persona que voy a cambiar de hotel. Solo para darle la impresión de que me lo estoy tomando en serio. Los policías aprecian esa clase de atención a los detalles.

—Pero se lo está tomando en serio, ¿no, señor?

—Claro. Quiero salir de esta de una pieza. Oír hablar de pelotones de fusilamiento me preocupa.

—Cómo me alegro de oírlo. No me gustaría acabar en Haidari rodeado de todos esos horribles criminales.

—He conocido a muchos criminales y le aseguro que, a excepción de los de la calaña de Alois Brunner, no son más que personas normales como usted y yo. Carecen de imaginación, eso es todo. Los delitos se comenten cuando los hombres abrigan una idea que les parece buena y luego no son capaces de pensar suficientes razones de

peso por las que podría no ser tan buena.

—Sea como fuere, preferiría eludir Haidari, si es posible. Por el bien de mis hijos, ya me entiende. Están en el Lycée Léonin, una de las mejores escuelas de Atenas. Allí no ven con buenos ojos a los padres que no están a la altura de los rigurosos principios morales establecidos por los monjes que llevan el centro. Es el único motivo por el que mi mujer no se ha divorciado de mí todavía. ¿Quiere que lo acompañe, señor?

—No, quiero que se quede aquí y telefonee al doctor Lyacos del Museo Arqueológico del Pireo para que nos reciba de nuevo. Tengo que hablar con él sobre el profesor Buchholz. Y a ver si consigue averiguar por medio de ese abogado, Papakyriakopoulos, si Arthur Meissner ha accedido ya a verme. Volveré en una hora. Al menos, eso espero.

—Bien hecho, señor. Aún haremos de usted un griego. Ha pronunciado impecablemente su apellido, que es muy complicado.

—Soy alemán, señor Garlopis. Tenemos palabras muy complejas con las que ensayar. Qué demonios, algunas palabras alemanas tardan tanto en pronunciarse que tienen su propio horario.

En su despacho del Megaron Pappoudof, le dije al teniente Leventis que iba a cambiar de hotel.

—¿Solo ha venido a decirme eso, comisario? ¿Que se muda al Grande Bretagne? Qué decepción.

—Pensaba que querría saberlo por si le apetece invitarme a desayunar alguna mañana. Lo más probable es que pueda mirar por la ventana del despacho y ver el interior de mi cuarto de baño, si sirve para que le entren ganas de hacerlo.

—Buena idea. Pero ¿seguro que no hay ningún muerto ahí dentro?

—Solo el amor que le tenía a la vida, seguramente. Cuando encuentren ese cadáver, deténgame de nuevo.

—¿Para qué? Sigue siendo mi primer sospechoso en el caso Witzel.

—Está claro que no se le dan muy bien los números. Ya me dijo el nombre de su primer sospechoso. Como mucho, yo soy el tercero.

—¿Quién es el segundo?

—Garlopis.

—Eso no es muy leal por su parte, comisario.

—No, no lo es. Pero su hogar está en Grecia. El mío es Alemania. Y quiero volver allí algún día. Por eso estoy aquí escribiendo el número de mi habitación con pintalabios en su pañuelo.

—¿Hay alguna otra cosa de la que quiera hablar?

—Qué va.

—Ya se lo dije, comisario. Voy a ciegas en este asunto y quiero que sea mi perro. Así que ladre un poco, ¿vale?

Encendí un cigarrillo y lancé un poco de humo hacia el techo alto. El ventilador estaba parado, señal inconfundible de que oficialmente seguía siendo invierno en Atenas. Por lo demás, parecía hacer bastante calor en el despacho. Leventis se retrepó en la silla, sin dejar de mirarme fijamente en ningún momento, esperando a que dijera algo más, y luego asintió cuando no dije nada.

—No abre usted la boca a menos que tenga algo que decir. De acuerdo. No hay mucha gente capaz de hacerlo y que resulte juicioso. Sobre todo, aquí. Posee talento para no decir gran cosa, comisario.

—Nunca he averiguado gran cosa escuchando mis propias palabras.

—Ah, ¿no? Entonces, tal vez pueda contarle algo interesante.

—Eso estaría bien, para variar.

—No se olvide de su posición aquí, Ganz. —Me apuntó agitando el dedo como si

fuera un colegial travieso y sonrió—. Para tratarse de un sospechoso, es usted un poco impertinente.

—No es más que mi actitud. No da resultado con todo el mundo. Solo con la gente, no con los polis. Dije que colaboraría con usted, Leventis, no que le impondría una corona de olivo. Y los dos sabemos que soy una birria de sospechoso. Por eso de que aparecí en el escenario del crimen después del asesinato. Garlopis también. Ya es hora de que lo reconozca, pies planos, o de lo contrario es usted más estúpido de lo que creía.

—No me llamo pies planos, sino Stavros P. Leventis. Pero puede llamarme teniente. Y aquí no tengo que reconocer nada. Eso se lo dejo a otros. ¿Qué tiene eso de estúpido?

—Nada en absoluto. ¿De qué es la P, por cierto?

—Patroclo. Pero no vaya comentándolo por ahí.

—Le prestaré la armadura de algún otro si eso me sirve para salir de este maldito país. Dígame qué es eso tan interesante, Pat.

—Anoche, la Policía Municipal detuvo a un ladrón local llamado Tsochaztopoulos, aunque todo el mundo lo llama Choc.

—No me extraña.

—Cometió una serie de robos por toda la ciudad, pero es aquí donde la cosa empieza a ponerse interesante.

—Ya iba siendo hora.

—Dice que le encargaron el robo del bufete de Frizis en Glyfada. Dice que el golpe consistía en sustraer el expediente de un cliente y disimular sus huellas para que el abogado no se diera cuenta siquiera de que había pasado por allí. Dice que le pagó un hombre a quien conoció en un club nocturno. El Chez Lapin en Kastella.

—Suen a auténtico tugurio. ¿Tenía nombre ese tipo?

—Spiros, nada más.

—Eso acota bastante la búsqueda. ¿Y cuál era el nombre del cliente?

Leventis esbozó una sonrisa paciente.

—Spiros le dijo a Choc que buscara el expediente de un cliente llamado Fischer. Georg Fischer. Hizo lo que le encargaron. Entró y salió sin dejar rastro. Llevó el expediente indicado al club unas horas después y recibió el pago.

—O sea, que todos contentos.

—Pues ahora resulta que casualmente en la agenda de Frizis había anotada una cita con un tal Fischer apenas unos días antes de que lo asesinaran.

—Bueno, no es raro si era cliente suyo.

—Fischer es un apellido alemán.

—Así es.

—Esperaba que tuviera usted una teoría al respecto.

—Es el cuarto apellido más común en Alemania. Eso reduce bastante las posibilidades.

—Venga, Ganz. Échele ganas. ¿De qué parte está usted en esto?

—¿De qué parte? No sé cómo se llaman los equipos en el terreno de juego. Y aunque lo supiera, seguro que no sería capaz de pronunciarlos.

—Creo que me he debido de dejar el sentido del humor en el otro uniforme.

—¿El limpio?

—No querría darle una patada en la espinilla, Ganz. Seguro que me entraba gangrena. Por cierto, ¿qué clase de comisario era usted?

—Vestía camisa y corbata, iba a trabajar todos los días, llevaba placa y a veces me dejaban detener a alguien. Pero en realidad a ninguno de mis jefes le importaba una mierda resolver crímenes porque estaban muy ocupados cometiéndolos ellos mismos. Nada grave. Crímenes contra la humanidad y cosillas así. Mire, Pat, teniente, me ganaba la vida e intentaba seguir vivo, no hacer llamamientos a la Primera Cruzada. ¿Le enseñó a ese tal Choc esa fotografía de Brunner? ¿La que me mostró a mí?

—Sí, pero está seguro de que no fue él quien le hizo el encargo.

—Hum.

—¿Qué significa eso?

—Hegel lo dijo una vez. Significa «Estoy pensando» en alemán.

Un rato después meneé la cabeza para poner énfasis y darle a entender que había terminado de pensar.

—¿A qué cree que nos enfrentamos aquí? ¿Una reclamación al seguro? Mire, sé que sabe usted más de lo que dice. Lo lleva escrito en la cara.

—Ahora ya sabe por qué dejé de ser delincuente y me metí a poli. De acuerdo. Igual sé algo. Pero no se enfade cuando se lo diga. Yo acabo de deducirlo. Y me costará menos esfuerzo decirle lo que es si vamos ahí enfrente y me deja que lo invite a una copa.

Leventis cogió la gorra y se dirigió a la puerta del despacho mientras se abrochaba la guerrera.

—Hay dos cosas que soy capaz de oler a cien metros. El estofado de cordero *giouvetsi* de mi madre y a un poli embustero.

—No hago más que decírselo. Yo me dedico a los seguros.

—Yo diría que su compañía lo contrató porque es un expoli y tiene una imaginación retorcida. Yo solo estoy haciendo lo mismo que ellos. Lleva usted la detección en la sangre, Ganz, como una enfermedad.

—Si se refiere a una enfermedad de la que no consigo librarme, tiene usted razón. Es como la lepra. No hago más que ponerme vendas en la cara, pero nada parece dar resultado. Me temo que algún día se me caerá la nariz.

—Eso son gajes del oficio para todo detective.

Su secretaria le entregó los guantes y un pequeño bastón de mando, y bajamos a la calle.

Detrás de la larga barra de mármol del Grande Bretagne había un antiguo tapiz del tamaño de un telón antiincendios en el escenario de un teatro, que representaba el triunfo de algún dios griego de la antigüedad que probablemente no era Héctor porque llevaba las riendas de un carro en lugar de ir a rastras detrás. Era un bar agradable y discreto; los precios eran lo bastante elevados para cerciorarse de ello, cual hoplitas armados hasta los dientes. Delante del tapiz había ocho taburetes altos, y sentado a la barra uno parecía estar viendo una pantalla de gran tamaño con una imagen estática más bien aburrida, un poco como la televisión griega. Había tantas botellas detrás de la barra que supuse que debían de tener alguna ginebra bien potente. Dado que el barman a todas luces conocía la diferencia entre la lima fresca y el azúcar líquido de

color verde que venía en botella, pedí un gimlet y el teniente pidió un raki helado.

Tomamos unos sorbos de nuestras copas con gesto educado, pero poco después yo ya estaba pidiendo otra y un paquete de tabaco.

—Todas las excusas suenan mejor después de una copa. Así que ahora que ha tomado la suya, empiece a hablar, comisario.

—De acuerdo. Cuando me enseñó la foto de Brunner, la miré con detenimiento, ¿verdad? Estaba devanándome los sesos, intentando recordar dónde lo había visto antes. En Francia, Alemania, los Balcanes. He tardado hasta ahora en caer en la cuenta de que estaba mirando en los cajones equivocados. No podía recordarlo porque no lo tenía en el recuerdo. Estaba al fondo de un bar. Este bar.

Le conté a Leventis esta mentirijilla porque no quería que fuera a preguntar por Fischer al bar del hotel Mega y descubriera que yo ya había indagado sobre él.

—¿Se refiere a que Brunner estaba aquí? ¿En este hotel?

—Así es. En este mismo bar. Hace cosa de una semana entablamos conversación, como hacen dos hombres cuando descubren que son ambos de la misma parte del mundo. Me dijo que se llamaba Georg Fischer y que era vendedor de tabaco. Me dio un paquete de Karelia para que lo probara. No hay mucho más que contar. No lo recordé de inmediato porque es casi quince años mayor que en la fotografía que me enseñó usted. Tiene menos pelo. Ha engordado un poco, quizá. Tiene la voz ronca como si hiciera gárgaras con el brandy de la víspera. Lo que quiero decir es que uno no relaciona a un criminal de guerra nazi buscado por la justicia con un tipo amigable al que se encuentra en un bar de Atenas. Bueno, cuando mencionó el nombre de Georg Fischer en su despacho, de pronto sumé dos y dos y me vino a la cabeza el tipo al que había conocido en este bar.

—Esta historia que me cuenta... puede sembrarla en un campo de remolacha, pero no endosársela al teniente Stavros P. Leventis.

—Resulta que es cierta. La gente tiene un aspecto distinto cuando va de uniforme. Qué demonios, viéndolo a usted cualquiera pensaría que sabe lo que se hace. Supongo que trabó conversación conmigo porque me vigilaba desde que llegué a Atenas. Yo diría que buscaba a Siegfried Witzel y esperaba que yo lo ayudase. De manera inconsciente, claro.

—Eso lo describe a usted como si fuera su segundo nombre, comisario.

—Yo diría que él esperó a que Witzel se personara en las oficinas de MRE a la vuelta de la esquina, y luego me siguió cuando yo seguí a Witzel hasta el lugar donde se había ocultado desde que se hundió la Doris. Regresó un rato después y lo mató. Lo más probable es que él y Witzel se conocieran de antes de la guerra. No estoy seguro, pero creo que Witzel andaba implicado en alguna intriga para buscar más antigüedades griegas que vender en el mercado negro. Suponiendo que haya un mercado negro para esas cosas.

—Claro que lo hay. Y es de lo más próspero. Hay infinidad de museos y coleccionistas privados que quieren echar mano a un poco de historia griega sin hacer grandes gastos. Y no solo antigüedades nuestras. Tesoros romanos también.

—Sigo investigándolo. Espero tener algo más de información después de haber hablado con el director del Museo Arqueológico del Pireo. Parece ser que se llegó a alguna clase de acuerdo entre el museo del Pireo y un museo de Múnich para

compartir los hallazgos. Pero quizá no fuera más que una tapadera. Igual Brunner quería sacar tajada. O quizá fuera un asunto de venganza. No lo sé. Pero si tuviera que seguir haciendo conjeturas...

—Tiene que seguir haciéndolas.

—Entonces diría que quizá Brunner tuvo algo que ver con el hundimiento del barco. No tengo ni idea de cómo. Todavía no.

—Cuénteme más sobre Fischer.

—Buen traje. Reloj de oro, un encendedor elegante y unos modales más elegantes aún. Tenía todo el aspecto de ganarse bien la vida. Hablaba griego. O, por lo menos, esa impresión me dio. Lo que quiero decir es que leía un periódico griego y parecía hablar con el barman sin el menor problema. Dijo que le gustaba este país. Y me quedé con la idea de que venía a menudo por aquí.

—¿Eso es todo?

—Mire, tengo muchos defectos, pero proteger a criminales de guerra nazis no es uno de ellos.

—Eso lo dirá usted.

—A menudo.

—¿Y Meissner? ¿Ya ha accedido a reunirse con usted?

—Ahora mismo eso también está en el aire.

—Tiene usted muchas cosas en el aire, comisario. Las suficientes para hacer juegos malabares, quizá. Desde luego, muchas más de las que habrían tolerado sus antiguos jefes en Alemania. Por lo que he leído de las SS y la Gestapo, no les gustaban mucho esas incertidumbres. Preferían resultados. Eso al menos sí que lo tenemos en común. Por si lo ha olvidado, mi jefe es el capitán Kokkinos y es un hombre impaciente. Cree que debería detenerlos a usted y al gordo de su amigo Garlopis y apretarles las tuercas. Está que se sube por las paredes porque no lo hago.

—Ya he visto sus paredes. Y no creo que a su decorador le importe mucho.

—Porque entonces tendría que perder el tiempo escuchando sus embustes. Así que le diré lo que voy a hacer, Ganz. A partir de ahora, me pondrá al tanto de todos y cada uno de sus movimientos. Quiero un informe de todo aquello que haga. Como si fuera poli de nuevo. Puedo hacer que lo mecanographe su secretaria. En caso contrario, me aseguraré de enterrarlo en la celda más profunda de Haidari. Régimen de aislamiento durante tanto tiempo como sea necesario para que se derrumbe. No tengo mucho interés en Garlopis. Dirá cualquier cosa que sea necesaria para eludir la cárcel. Pero usted es harina de otro costal. En un par de semanas, estará hablando solo. Porque no habrá nadie escuchándolo. Ni siquiera yo. Es posible que me olvide de usted. Esta es la cuna de la democracia, pero podemos conducirnos de manera muy poco democrática cuando nos empeñamos. Así que ya puede elegir. Pero tiene que empezar a confiar en mí como si fuera su confesor. Solo entonces podré darle la absolución. Y solo entonces podrá volver a su casa.

Asentí, rebotando de conformidad y voluntad de cooperación, como si fuera el informador más cobarde que se hubiera visto acosado por un policía. Pero ya veía que iba a necesitar el bufete de abogados del Pireo que Dietrich me había recomendado. Ese mismo día los llamé y concerté una cita para la misma fecha en que teníamos previsto ver de nuevo al doctor Lyacos.

Latsoudis & Arvaniti estaban ubicados en el chaflán de la calle Temístocles, en un edificio moderno con vistas al puerto principal del Pireo, desde donde bien hubiera podido tomar un ferry a una de las islas griegas. Después de mi conversación con el teniente Leventis, me estaba planteando seriamente hacerlo.

Garlopis había cambiado al fin el Oldsmobile por un Rover P4 más pequeño. Mientras aparcaba, esperé en la iglesia amarilla de la plaza y, de no ser por la noción de que otros pardillos ya lo habían intentado, tal vez me habría puesto a rezar. Cuando acudió a buscarme, dijo que la iglesia estaba construida sobre las ruinas del templo de Venus, y como yo soy un poco pagano y me gustan las diosas en general, comenté que no suponía una mejora precisamente.

Fuimos al bufete y nos reunimos con dos abogados, ninguno de los cuales se llamaba Latsoudis o Arvaniti, que nos dijeron en una mezcla de griego e inglés y humo acre de cigarrillos turcos que contábamos con su apoyo, que uno de ellos nos representaría de buena gana en los tribunales, que lo que había ocurrido era totalmente típico de Atenas y que la policía del Ática no era mucho mejor que el ejército griego, y que para colmo eran unos fascistas que veían la tortura y abuso de los derechos humanos como lo más natural, y que el capitán Kokkinos se tenía por un hombre de futuro político, por no hablar de un dictador en potencia. Nos aconsejaron que hiciésemos exactamente lo que nos dijeran, o de lo contrario acabaríamos como muchos luchadores del Ejército Democrático Griego y miembros del Partido Comunista de Grecia y nos enviarían a la isla de Makronisos o, peor aún, nos encarcelarían en el Pabellón 15, donde no se permitía el acceso a los abogados y las condiciones eran poco menos que bárbaras, incluso de acuerdo con los criterios nazis. Nada de aquello me tranquilizó, pero cuando nos íbamos, Garlopis dijo que no debía tomarme demasiado en serio nada de lo que habían dicho y que el punto de vista de esos abogados solo era representativo de la gente que vivía en el Pireo, que no le tenía ningún aprecio a la gente de Atenas, lo que me sorprendió bastante porque el Pireo estaba apenas a cinco kilómetros del centro de la capital griega.

—A mi modo de ver estaríamos mejor representados por un bufete local —dijo Garlopis cuando íbamos camino del Museo Arqueológico y nuestro segundo encuentro con el doctor Lyacos—. Como el que le recomendé yo al pobre señor Witzel.

—Otro primo, seguro.

—No. Aunque tengo un pariente que se dedica a la abogacía. El tío de mi esposa, Ioannis, es abogado en Corinto, pero no me gustaría que representara ni a mi peor enemigo. El mismísimo Pegaso echaría a volar antes de contratar a un hombre como

Ioannis Papageorgopoulos.

—No me gustaría tener que grabar el nombre de esa placa, desde luego.

—Mire, seguro que el señor Dietrich tiene razón, que Latsoudis & Arvaniti son un bufete perfectamente eficaz y sumamente respetable. Pero si fuera mi dinero, preferiría un bufete en el Ática. Como el de nuestro edificio de oficinas.

—Entonces, ¿por qué demonios no nos lo recomendó? —pregunté.

—Porque los forasteros no perciben la antipatía que se profesan el Pireo y Atenas. Nadie que no viva aquí la percibe. Sí, el Pireo está muy cerca de Atenas, pero el odio entre las dos ciudades es tal que para el caso podría encontrarse a cien kilómetros. Un hombre que viva en Atenas nunca buscaría que lo representara un bufete del Pireo, y viceversa. Pero quizá quiera que se lo explique, señor.

—Hoy no —dije.

—Bueno, me llevaría mucho más de un día.

—Eso me parecía a mí. Suena muy similar al odio que se profesan Múnich y Berlín. Eso tampoco lo capta nadie. Nadie que tenga importancia, al menos. Solo los alemanes.

La calma se había adueñado otra vez del museo. Llegamos un poco temprano para nuestra reunión con el doctor Lyacos, por lo que deambulamos un rato contemplando las numerosas exposiciones del museo. Aunque se me pasó por la cabeza que los nazis habían conseguido insuflarles un aire un tanto fascista a las estatuas clásicas —cualquiera de las figuras de bronce de gran tamaño del museo del Pireo bien podría haber sido tallada a instancias de Hitler por uno de sus secuaces como Arno Breker—, la verdad es que no me estaba fijando. Seguía preocupado por lo que había dicho el teniente Leventis, y por primera vez en meses tuve la sensación de necesitar una póliza de seguro a todo riesgo.

El doctor Lyacos llevaba un clavel amarillo en la solapa del traje de algodón beis y pajarita amarilla. El cabello antes tirando a gris se le veía mucho más amarillento, como si acabasen de tizarlo de nicotina, lo que le daba el aspecto de un místico sufí teñido con henna o quizá del niño mayor soprano del coro de la iglesia. Hasta el humo de su pipa de cerezo parecía vagamente amarillento. En conjunto había demasiado amarillo en la sala. Era como mirar a través de un frasco de brillantina.

—Es muy amable por su parte recibimos de nuevo, señor —dije, y luego le expliqué cómo el auténtico profesor Buchholz no podía haberse reunido con él en el Pireo. En ese momento Lyacos me miró fijamente por encima de sus gafas de media luna con el aire de un juez dispéptico. Garlopis tradujo sus palabras del griego.

—¿Me está llamando embustero? —preguntó Lyacos.

—No, señor. Nada de eso. Lo que digo es que el hombre que usted recibió era un impostor que se estaba haciendo pasar por el auténtico profesor Buchholz.

—Bueno, entonces, ¿quién era?

—Eso es lo que espero averiguar. Me preguntaba si podría hacerme una descripción física del hombre con quien se reunió.

Lyacos se quitó las gafas, las recogió en un estuche y se masajéó la punta de su naricilla afilada.

—Veamos. De unos sesenta años. Grande. Con sobrepeso. Alto. Tan alto como usted, quizá. Con el pelo plateado. Grande. Con los pantalones por encima de la

cintura; quiero decir que los pantalones le llegaban prácticamente hasta el pecho. Hablaba griego con soltura, para ser alemán. —Encendió la pipa y reconsideró un poco más el asunto—. Un tanto pagado de sí mismo, quizá. Grande. No sé. Quizá no tan mayor como de sesenta. Cincuenta años, lo más probable.

Asentí.

—¿Algo más?

Lyacos negó con la cabeza.

—No, lo siento. Eso es todo, lo lamento. Pero mire, sus permisos no tenían nada fuera de lugar. Venían directos del ministerio. Y las firmas eran impecables. Es imposible que fueran fraudulentas. A menos que...

—¿Sí?

—Bueno, no es insólito que los funcionarios de este país acepten sobornos. No estoy diciendo que alguien se dejara sobornar, claro. A ellos compete determinarlo. Nos acostumbramos a la idea de que nuestros líderes nos mientan y sean corruptos. A la mayoría de los griegos les da igual que sean corruptos. Nos lo esperamos. ¿Por qué otro motivo iban a ocupar un cargo? Pero me sorprende usted. El hombre que se sentó en esa silla parecía muy culto. Y tenía todo el aspecto de ser un profesor. ¿Podría decirse que era un caballero? Sí. Alguien relacionado con el mundo académico, por lo menos. Con educación, diría yo. Me refiero a que era muy convincente. Eso, claro está, explica el error que cometió con las piezas pequeñas que encontró Herr Witzel en el lugar del naufragio. Si lo recuerda, mencioné con anterioridad que el profesor dató su procedencia a finales del Heládico cuando eran sin lugar a duda muy anteriores.

—Gracias por su ayuda —dije—. ¿Puedo hacerle una última pregunta? Suponiendo que ese hombre quisiera estafarle a su museo su parte de los tesoros hallados en el mar, ¿sabe si hay un buen mercado para esa clase de objetos? ¿Se puede ganar dinero de verdad?

—Sí, claro. Y muchas de estas antigüedades llegan a través del Pireo. Egipcias, bizantinas, asirias, islámicas, griegas..., de toda clase. La mayoría acaban en manos de coleccionistas privados de Estados Unidos, pero también en museos de ciudades más pequeñas que quieren situarse en el mapa cultural. El comercio de antigüedades en el mercado negro mueve mucho dinero hoy en día y se está dando a escala industrial. Un busto romano del siglo II en buenas condiciones podría tener un valor de hasta cincuenta mil dólares. He oído que Nasser está usando antigüedades egipcias para pagar armas ilegales. —Dio unas chupadas a la pipa—. ¿Cree que eran esas las intenciones de ese hombre?

—Lo cierto es que no lo sé. No se me ocurre ninguna razón mejor.

—Ya conoce a mi secretaria, Calíope. Pasó tanto tiempo con ese hombre como yo. Quizá pueda añadir algo a lo que le he dicho, señor Ganz.

Lyacos levantó el auricular y llamó a su secretaria a su despacho. Unos minutos después, una mujer gruesa de cabello gris entró en la sala. Vestía de negro y en términos generales tenía la apariencia de una jaima de beduinos mal erigida. De lejos ofrecía bastante buen aspecto, pero de cerca me habría venido bien un óptico eficiente. No era que fuese fea o poco atractiva siquiera, solo que había llegado a esa época en su vida en la que el amor romántico era una puerta cerrada que no necesitaba llave. Le expliqué mi misión y esperé. Ella se frotó el grueso vello de la cara, puso los ojos en

blanco un instante y empezó a hablar en griego. Garlopis me hizo de traductor simultáneo.

—Era un hombre grande... Alto, de un metro ochenta y cinco más o menos, con sobrepeso, unos cincuenta y seis centímetros de pecho y la cintura igual que mi marido, que mide noventa y siete... Tenía la respiración sibilante, le olía el aliento, fumaba mucho, caminaba como un pato... Con el pelo plateado... Los ojos castaños y saltones, casi sin pestañas... Pero no miraba nunca a los ojos... Tenía unas manos preciosas; se había hecho la manicura. Y siempre tamborileaba con las yemas de los dedos cuando estaba pensando... Llevaba los bolsillos de la chaqueta llenos... Hablaba bien el griego... Bonito reloj... Ella vio el cartel de una película en el cine cerca de donde vive, al lado de la calle Epirou. Y en ese cartel hay un hombre americano que es clavado al profesor Buchholz. No el protagonista... Un mero secundario... No Orson Welles... Solo que no recuerda el título de la película.

Miré el reloj de pulsera y vi que ya casi era la hora de cierre del museo.

—Igual podemos acercarnos a esta mujer a su casa —dije—, y así nos indicará qué hombre es. En el cartel, quiero decir. Si el doctor Lyacos puede prescindir de ella.

En torno a media hora después aparcamos delante del Royal Cinema. La película que proyectaban era *La máscara de Dimitrios*, con Peter Lorre y Zachary Scott. «Un genio malvado —decía la frase publicitaria— en busca de riqueza y placer». No la había visto. Ya me había topado con suficientes genios malvados para toda una vida. Pero Garlopis había ido a verla, en varias ocasiones.

—Es una película muy famosa aquí en Atenas —aseguró—. Creo que siempre la ponen en algún cine de la ciudad. Seguramente porque transcurre aquí en parte, y en Estambul.

Pero no era ninguno de esos actores el que señaló ahora Calíope, sino un actor gordo, vestido con abrigo, pañuelo de seda a lunares y bombín. También empuñaba una Luger. La suya había sido una buena descripción, tan buena como la de un retratista de la policía. Pero se equivocaba en una cosa: el gordo sí era el protagonista de la película. Era un inglés llamado Sydney Greenstreet.

—Creo que hace el papel del señor Peters —observó Garlopis.

Y Calíope recordó otro detalle antes de que le indicáramos que podía marcharse.

—Ese hombre tenía mala dentadura —dijo Garlopis, traduciendo de nuevo—. De fumar, seguramente. Tenía un diente de oro, en la parte delantera, arriba.

—Ya veo.

—Así pues, parece que estamos buscando una versión alemana de Sydney Greenstreet —añadió Garlopis, sin que hiciera la menor falta, pues a estas alturas yo ya sabía a quién habían descrito de manera tan minuciosa, y no era Sydney Greenstreet. Calíope había hecho un retrato de un hombre a quien yo conocía en persona, el mismo que me había permitido acceder a un empleo en MRE, a cambio del favor que le había hecho en Múnich.

Sin lugar a duda, el hombre que había descrito hasta el menor detalle era Max Merten.

De nuevo en la oficina en Atenas, Telesila esperaba haciendo acopio de paciencia para irse a casa con una bolsa grande de la compra. Pero antes le dio a Garlopis sus mensajes y luego escribió el telegrama que me apresuré a dictarle pidiendo a Dietrich que intentara ponerse en contacto con Max Merten en Múnich. La última vez que lo había visto me dijo que iba a irse de vacaciones y ahora supuse que se refería a que planeaba hacerse pasar por un profesor alemán de helenismo a fin de organizar una expedición de buceo en el mar Egeo en busca de antigüedades valiosas que pudiera vender en el mercado negro. Era justo una de esas cosas que hacen los abogados alemanes en vacaciones. O eso, o un poco de malversación de fondos a la chita callando. Si Dumbo Dietrich no encontraba a Merten, eso me indicaría que quizá estaba en Grecia por alguna parte, ocultándose hasta estar seguro de que Alois Brunner no lo estuviera buscando, o quizá intentando encontrar otro barco, ajeno a que Witzel, su amigo hombre rana, estaba muerto; pero ahora yo ya tenía la más absoluta seguridad de que había estado en Grecia.

Me preocupaba que Max Merten me hubiera tomado por idiota, aunque difícilmente acertaba a ver cómo, ni por qué. Pero lo último que necesitaba era que me quitaran mi empleo tan grato, aburrido y razonablemente bien remunerado antes de que me hubieran hecho entrega del coche de empresa siquiera. También era de lo más preocupante la posibilidad de que el secretario de investigación criminal Christian Schramma hubiera sido la herramienta de Merten desde el comienzo, incluso cuando yo pensaba que se traía entre manos algún engaño; que quizá los asesinatos en Bogenhausen del general Heinrich —donante del partido PPP— y su amigo de la Stasi los había ordenado el propio Merten. Y yo había sido el primo que había insistido en que el abogado se quedara el dinero, que era con toda probabilidad lo que había querido desde el principio. Que no le hicieran preguntas y dinero para contribuir a financiar una pequeña expedición en Grecia, porque alquilar un barco sale caro, por mucho que hubiera sido un barco robado a los judíos.

Pero ya había decidido mi plan de acción, que era ir en coche a Hermíone, la ciudad de la costa del Peloponeso donde Siegfried Witzel dijo que había llegado a tierra la lancha salvavidas de la Doris, y pedir allí más información a la guarda costera local. No sabía si esperaba descubrir nada útil, pero por lo menos así estaría haciendo algo mejor que permanecer de brazos cruzados en la oficina aguardando a que Arthur Meissner decidiera acceder a reunirse conmigo en la cárcel de Averof, o Dumbo Dietrich contestara mi telegrama más reciente. Además, necesitaba aparentar que estaba haciendo algo, aunque solo fuera para que el teniente Leventis me dejase en

paz. Había conocido a más de un poli agresivo en mis tiempos —Heydrich, Nebe y Mielke, por mencionar a tres— y, si bien Leventis no era un asesino como ellos, resultaba efectivo a su modo. Sin mi pasaporte, no podía irme de Grecia y, hasta que me lo devolviesen, era el hombre de paja del teniente con la misma seguridad que si él hubiera sido el káiser y yo su súbdito más servil.

—El señor Papakyriakopoulos telefoneó en nuestra ausencia —me informó Garlopis después de que Telesila se hubiera ido a la oficina de telégrafos—. Arthur Meissner ha accedido a reunirse con nosotros el viernes por la tarde, señor.

—Eso ya es algo, supongo. Aunque lo cierto es que no sé qué voy a preguntarle. O exactamente cómo voy a alegrarle el fin de semana. Por no hablar del mío.

—Pero pensaba que le había dicho al teniente Leventis que a lo mejor lo convence de que le hable de Alois Brunner.

—Algo tenía que decirle a ese poli tan escurridizo. Es de esos capaces de buscar todos y cada uno de los crímenes en la Biblia e imputárselo a alguien. Pero no veo por qué Meissner habría de contarme nada nuevo. Leventis no ha puesto sobre la mesa un buen acuerdo todavía. Intercederá por Meissner si este aporta algo útil sobre Brunner. Eso no sería suficiente para convencerme a mí de que contara toda mi vida y milagros. Y si no sabe nada, entonces, ¿qué? Volvemos a la casilla de salida.

—Sí, ya veo el problema señor. Debo decir que es de lo más preocupante.

Le puse la mano en el hombro al griego y procuré mostrarme alentador.

—Mire, no creo que Leventis esté muy interesado en usted, amigo mío. Así que no me preocuparía mucho. Es a mí a quien quiere ver atado a una rueda de molino en Gaza.

—Porque antes era inspector de policía en Berlín.

—Eso es. Un inspector alemán que ayude a un inspector griego a resolver un asesinato alemán.

—Sí, bueno, en Atenas es comprensible esa clase de diálogo socrático.

—De momento, lo que importa es que, por lo que a él respecta, usted es un don nadie.

—Es muy amable por su parte decirlo, señor. De hecho, me he informado sobre ese individuo, Leventis, para ver si mi primera impresión, sobre la posibilidad de que aceptara un soborno, podía ser errónea.

—¿Y?

—A decir de todos, se le tiene por un hombre inflexiblemente honrado.

—Por lo general son los que más caro sale corromper.

—Eso no quiere decir que sea imposible, señor.

—Sí, pero la primera vez que usted lo vio dijo que no creía que se le pudiera sobornar.

—Nadie está exento de la posibilidad de aceptar un soborno en Grecia. Empresas, jueces, primeros ministros, reyes, sobre todo ellos: en Grecia todo el mundo quiere su *fakelaki*, su sobrecito. Se trata de deducir qué puede ir dentro. Probablemente ni siquiera alguien como Stavros Leventis estaría por encima de cinco mil dracmas. Como mucho, diez mil.

—Igual puedo reunir mil dracmas en concepto de gastos, pero no más.

Garlopis encendió un cigarrillo.

—¿Cabe la posibilidad de que el señor Dietrich autorice desde Múnich esa clase de gasto del que no se puede dar explicación?

—Lo dudo.

—¿Ni siquiera para quien les ha ahorrado abonar la póliza de la Doris? Un cuarto de millón de dracmas.

—No creo que se lo planteen así. Yo solo estaba haciendo mi trabajo.

—Entonces, nos vemos obligados a plantearnos otros métodos de recogida de fondos. Quizá, en el transcurso de sus pesquisas, vea la oportunidad de cometer algún hurto menor. En cuyo caso, yo, desde luego, le aconsejaría que la aproveche.

—Cualquiera diría que en esta ciudad hay cinco mil dracmas tirados por ahí en cualquier sitio. No los hay.

—Se equivoca. ¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Por favor.

—El cheque certificado de la aseguradora por veintidós mil dracmas pagadero a Siegfried Witzel.

—Estaba encima de la mesa en el escenario de su asesinato en Pritaniou. Casi con toda seguridad es ahora una prueba policial.

—Casi con toda seguridad no lo es. —Sacó el billeteo y luego desdobló el mismo cheque certificado de la compañía, que me entregó con una sonrisa—. Me tomé la libertad de cogerlo cuando nos marchamos del escenario del crimen. Supongo que querrá que le diga el motivo.

—Adelante. Mientras tanto, intentaré deducir la auténtica razón.

—Para tenerlo a buen recaudo, ya me entiende. Por si algún policía de uniforme se veía tentado de robarlo.

—Es usted un zorro. Pero ¿cómo vamos a...?

—Tengo un primo, señor, que trabaja en el Alpha Bank. Creo que, a cambio de una pequeña comisión, podría ayudarnos. Como es natural, tendríamos que andarnos con cuidado de hacer efectivo el cheque en una sucursal modesta fuera de Atenas, seguramente en algún lugar como Heraclión o Corinto, de modo que parezca que el cheque se cobró antes del lamentable fallecimiento de Herr Witzel. También tendría que hacerse pasar usted por Siegfried Witzel. Pero seguro que eso no es muy difícil para un alemán, con ayuda de un griego, claro.

—Es usted un hombre con muchas facetas, Garlopis.

—Eso dígaselo a la señora Garlopis. Hasta ahora, solo le ha interesado una.

Le di una palmada en el hombro.

—El matrimonio es un infierno, pero la soledad es peor.

—Cierto.

—No digo que no debemos sobornar a un poli. Pero deberíamos tener los medios para hacerlo a nuestra disposición, por si resulta necesario. Así que siga adelante y arréglole todo para cobrar el cheque.

—Una sabia precaución, señor.

—¿Puedo ver ese mapa de Grecia del cajón? —pregunté.

—¿Cuál, señor? Tenemos varios.

—El del Peloponeso. Voy a hacer una excursión a Hermíone. Igual puedo obtener alguna información sobre lo que les ocurrió a Witzel y su grupo cuando llegaron a tierra

después de que la Doris se fuera a pique. Al menos así conseguiré que Leventis crea que estoy haciendo indagaciones. Quizá tenga usted la amabilidad de decirle que mañana iré allí.

—Buena idea.

Aún no le había dicho a Garlopis que había identificado la descripción que había facilitado Calíope delante del cine, que Max Merten era el doble de Sydney Greenstreet, y que lo conocía. Después de lo que había dicho Leventis sobre Garlopis, me pareció aconsejable no ponerlo al tanto del particular; al menos, de momento. Sacó el mapa y me lo entregó. Lo desplegué y lo extendí sobre la mesa.

Bastaba con echar un vistazo superficial al mapa para explicarse las guerras de la antigüedad. Grecia era en buena medida dos áreas de tierra —una península en una península— separadas por el golfo de Corinto. Hasta 1893 y la finalización del canal de Corinto, estas dos penínsulas habían estado conectadas por una franja de tierra de unos seis kilómetros de longitud que semejava más que nada la unión de dos animales en pleno acto de reproducción sexual: el norte montando al sur, o Atenas montando a Esparta, según cómo mirara uno esas cosas. El resto de Grecia estaba formado por cientos de islas, lo que le confería al país uno de los litorales más largos de Europa y tal vez una de las poblaciones más independientes e ingobernables del mundo. Que la Alemania nazi se hubiera creído capaz de hacerse con el control de un país como Grecia era todo un misterio para mí y seguramente también para el Alto Mando, razón por la que con toda probabilidad, hasta la caída de Mussolini, les cedieron el control del Peloponeso a los italianos. Podría decirse que la invasión de Grecia demostraba la locura de Hitler en mayor medida aún que la invasión de la Unión Soviética.

—Hermíone —dije, a la vez que reseguía con el dedo la sinuosa línea de la costa—. Debe de estar a dos o tres horas en coche de aquí.

—Más vale que salgamos temprano —observó Garlopis.

—He hecho otros planes. No, creo que quizá usted debería quedarse aquí y hablar con su primo del banco.

—Pero me necesitará para que haga de intérprete, señor. Hermíone no es más que una pequeña población portuaria. Todavía comen *kokoretsi*. Créame, mejor que no sepa lo que es eso. Son campesinos. Dudo de que encuentre a nadie que hable inglés allí, y mucho menos alemán.

—No se preocupe —respondí—. Voy a llevar a alguien que habla alemán. Una persona griega. Alguien mejor parecido que usted.

—Me intriga, señor.

—No es mi intención. Y puede ir a aparcar esa intriga en algún lugar tranquilo, Garlopis. Volveremos antes de anoecer, espero.

—Seguro que es la mujer del Ministerio de Coordinación Económica, ¿verdad? ¿La señorita Panatoniou? ¿Esa mujer tan atractiva que estaba en Brettos y que, según me dijo usted, quiere perfeccionar su alemán?

—Sí.

—Debo reconocer que nunca me había parecido tan divertido enseñar un idioma extranjero. —Garlopis sonrió—. Es una belleza. Me perdonará que lo diga, señor, pero estoy impresionado.

—No tiene por qué estarlo.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor, ¿sabe ella que está usted en libertad condicional? ¿Y que Leventis ha amenazado con encarcelarlo a menos que lo ayude a investigar el asesinato de Witzel?

—No, no lo sabe. Está al tanto de que investigo el hundimiento de la Doris. E imagino que el señor Papakyriakopoulos debe de haberle contado que he solicitado ver a su cliente, Arthur Meissner, pero hasta el momento no lo ha mencionado.

—Así que, al parecer, va por el mero placer de su compañía. Qué interesante.

—¿Verdad que sí? Para ser del todo sincero, no tengo la menor idea de por qué ha accedido a pasar el día conmigo. Pero tengo previsto divertirme de lo lindo averiguándolo.

—Fue la izquierda la que constituyó el pilar de la resistencia a la ocupación alemana — dijo Elli—. Y por eso fue la izquierda la que se ganó el derecho a gobernar Grecia después de la guerra. Pero por respeto hacia sus aliados, Stalin ordenó al Partido Comunista que evitara la confrontación con el gobierno griego en el exilio, liderado por Yorgos Papandreu. Los británicos, sin embargo, instaron a Papandreu a enfrentarse al KKE, e incluso enviaron tanques y unidades de infantería india para apoyarlo contra la población de Atenas, que había estado al lado de la izquierda y el KKE. A medida que se deterioraban las relaciones entre los aliados, Grecia se convirtió en una especie de protectorado británico. El rey volvió a Atenas y la CIA americana empezó a equipar y preparar de nuevo al ejército griego con el objetivo de acabar con el comunismo en Grecia, que fue traicionado por Tito, en Yugoslavia.

El interior del Rover P4 era todo cuero rojo y nogal barnizado, instrumentos que funcionaban en silencio y gruesas esterillas afelpadas, como un exclusivo club británico para caballeros. Elli Panatoniou tenía buen aspecto sentada en el cuero rojo del Rover. Habría tenido buen aspecto sentada encima de un montón de neumáticos desgastados. Yo intentaba mantener mis educados ojos azules atentos a la sinuosa carretera, pero una y otra vez se me iban a sus proporcionadas rodillas, el ribete claroscuro de la parte superior de sus medias negras y el canal de Corinto que era su escote. El disfrute furtivo de todo eso que hace atractiva a una mujer atractiva es quizá el único placer que le queda a un hombre que no es ilegal ni malsano, y es un milagro que no nos saliéramos de la carretera. No fue de gran ayuda que su perfume Shalimar fuese mi preferido porque de algún modo parecía sintetizar la deliciosa diferencia que existe entre hombres y mujeres; la sustancia tenía el efecto de provocar que una mujer oliera a mujer y un hombre sintiera deseos de comportarse como un gorila desbocado.

—De no ser por Tito, Stalin habría apoyado el alzamiento griego —continuó—. Sea como fuere, la guerra civil que se libró conllevó la destrucción del comunismo griego en 1949. Desde entonces, el ejército, con la ayuda directa y la interferencia de los americanos, ha apoyado una sucesión de incompetentes gobiernos anticomunistas. Este último, encabezado por el señor Karamanlis, no es ninguna excepción.

Por supuesto, la deseaba; pero también era lo bastante idiota como para preguntarme si algo así sería buena idea mientras mi libertad se veía amenazada por el teniente Leventis. En lugar de dedicar mis energías a la señorita Panatoniou y el contenido de su sostén, procuré recordar que tenía que centrar toda mi atención en salir de Grecia y regresar a Alemania. Al mismo tiempo albergaba la firme sospecha de que Elli debía de estar utilizándome para alguna otra cosa aparte de la conversación en

alemán, pero de momento no había logrado averiguar de qué se trataba. A decir verdad, probablemente no me importaba mucho. Por lo general, con arreglo a mi experiencia, si una mujer hermosa intenta aprovecharse de uno, más vale relajarse y disfrutarlo mientras se pueda.

—Pero no le quepa la menor duda —continuó en su razonable alemán—. Este es un país dirigido por la derecha y el ejército no tardará en descubrir en qué consiste su auténtico juego. Es posible que parezcamos una democracia, pero en el fondo Grecia es una sociedad muy polarizada con una profunda brecha entre la derecha y la izquierda. Fíjese bien en lo que le digo, la derecha se servirá de la excusa de nuestra aparente anarquía política para arremeter no solo contra la izquierda, sino también contra la democracia griega en su conjunto, y acabaremos con una dictadura militar.

Aparte de mis sospechas, el principal inconveniente que presentaba Elli, teniendo en cuenta que era perfecta en cualquier otro sentido, estribaba en que parecía comunista. Lo parecía, porque una cosa es soltar constantemente toda esa mierda comunista —y lo hacía—, y otra muy distinta vivir bajo un gobierno comunista. La mayor parte de sus opiniones políticas eran chorradas así, de esas que habían sido chorradas en los años treinta pero lo eran más aún ahora que se tenía conocimiento de que el gran líder, Stalin, había asesinado a tanta gente en nombre del amor fraterno, y la mayoría eran otros comunistas. Cada vez que se lanzaba a sus diatribas izquierdistas sobre lo maravillosa que era Rusia, yo me mordía la lengua por respeto a lo que sucedía en el canal de Corinto. Pero en un par de ocasiones no pude resistirme a la tentación de dejarle atisbar, por así decirlo, mis paños menores políticos.

—Pensaba que no íbamos a hablar de política.

—Esto no es política. Es historia.

—¿Acaso hay diferencia?

—¿No cree que la haya?

—En Alemania no. La política siempre gira en torno a la historia. Desde luego, así lo creía Marx.

—Cierto.

—Yo soy marxista.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—Claro que lo soy. Con el paso de los años he aprendido que no tiene sentido poseer dinero ni propiedades, porque la gente quiere quitártelos para dárselos a otros; los marxistas, sobre todo. ¿O me he perdido algo?

—Pero la RDA es mejor que la República Federal de Alemania, eso sin duda —dijo—. Por lo menos, tienen ideales. No creerá que la política de Adenauer de concederles la amnistía a los nazis fuera adecuada, ¿verdad? Alemania Occidental no es más que una fachada del imperialismo estadounidense.

Podría haberle hablado con todo lujo de detalles acerca del imperialismo ruso, pero después de veinticinco años de pugna entre la derecha y la izquierda en Alemania estaba harto de la puñetera disputa. En cambio, intenté redirigir la conversación hacia ella, que era un tema mucho más interesante.

—A ver, si la derecha es tan poderosa en Grecia, ¿cómo es que a una izquierdista como usted no la despiden de su puesto en un ministerio del gobierno?

—Soy funcionaria, no abogada, ni política. Y me callo mis opiniones.

—No me había dado cuenta.

—Una de las ventajas de hablar alemán con usted, Christof, es que puedo expresarme con toda libertad. ¿No le parece triste? Resulta que no puedo hablar con libertad en mi propio idioma. Es uno de los motivos por los que he accedido a venir hoy con usted. Puedo relajarme y ser yo misma.

—Me alegra oírlo.

—En cualquier caso, quizá sea comunista, pero no soy una revolucionaria. Y creo firmemente en que esta nueva CEE es, sin ningún género de dudas, la mejor oportunidad de que dispone Grecia de evitar un golpe de estado de derechas. Sencillamente no nos dejarán formar parte si no somos una democracia parlamentaria.

Era un mundo complicado, se mirase como se mirase, y casi me alegré de que yo solo tuviera que preocuparme de cómo volver a casa.

—El caso es que me recuerda a una antigua novia mía en Alemania. Se la conoce como Lizzy Dorada y está en lo alto de la Columna de la Victoria en Berlín. Tiene alas, además, y en teoría debería inspirarnos a hacer mejor las cosas. Por lo menos, así la veo yo siempre.

—¿Le gustan a usted los ángeles?

—Solo cuando son mujeres.

—¿Tiene Lizzy algún otro talento?

—Es alta.

—Ojalá supiera yo cuáles son sus opiniones. Pero no dice nada.

—Intento lograr entender por qué un país que erigió el Partenón y el templo de Hefesto no tiene apenas arquitectura moderna buena. La mayoría de los edificios públicos de este país parecen gasolineras o cárceles de alta seguridad. Vitruvio se habría comido todas sus herramientas de rabia.

—Es por el dinero, claro. No se destina mucho dinero a la construcción de edificios públicos. La guerra civil nos dejó peor incluso que los nazis. ¿Quiere que le explique alguna otra cosa?

—Soy alemán, así que por lo general le doy vueltas a algo profundamente filosófico.

—¿Y de qué se trata, ahora mismo?

—De un tiempo a esta parte estoy intentando averiguar por qué Mickey Mouse va en pantalones cortos y por qué el pato Donald lleva camiseta, pero no pantalón. Y cómo es que Goofy habla, pero Pluto solo ladra. Es un misterio para mí.

—Me está tomando el pelo.

—Qué va. Nada de eso. Igual es que prefiero guardarme mis opiniones. Sea como sea, por lo general están equivocadas. O son ofensivas. O están equivocadas y son ofensivas.

—Póngame a prueba. Soy muy tolerante, de verdad.

Yo no lo tenía tan claro.

—Usted lo ha querido. Bueno, cuando una mujer dice que quiere saber lo que está pensando un hombre es porque no logra entender cómo es que no le ha tirado los tejos.

Elli rio.

—¿Eso estoy pensando yo?

—Es probable. Pero supongo que no tardará en decirme lo que piensa sobre ese

asunto. No pienso desperdiciar ninguno de los dos deseos que me quedan en intentar averiguarlo por mí mismo.

—Y el tercer deseo, ¿qué?

—Está usted en este coche, ¿verdad?

Elli miró por la ventanilla y sonrió, y guardamos silencio un par de minutos mientras yo franqueaba un sinuoso tramo de carretera de alta montaña.

—¿No tiene el menor interés en saber si quiero que me tire los tejos o no?

—Ya no. Acaba de satisfacer mi curiosidad al respecto.

—¿Y?

—Ahora quiero retomar lo de Mickey y Donald.

Elli volvió a reírse.

—Es el hombre más exasperante que he conocido. ¿Lo sabía?

—Sí. Soy eso que ustedes los abogados llaman incorregible.

Me puso una mano fresca en la nuca, donde me produjo una agradable sensación.

—También es usted muy simpático. Mucho más humano de lo que habría creído posible. Me parece que es un hombre de lo más considerado.

—Es mi encanto fatal. Nunca falla. Salvo cuando dependo de él para que me saque de algún lío, como el que ha sido mi vida entera desde 1945.

—¿Qué hizo durante la guerra, Christof?

—No lo suficiente. Pero le voy a dar un consejo útil para la próxima vez que hable alemán en Bruselas. A menos que esté hablando con Bertolt Brecht o Albert Einstein, no le pregunte nunca a un alemán qué hizo durante la guerra. No todo el mundo agradece que le mientan a la cara.

Hermíone era una pequeña ciudad portuaria del mar Egeo que se parecía a todas las postales de pueblos griegos que había visto desde que tengo recuerdo: todo mar color arándano y cielo azul cáscara de huevo, casas cual terrones de azúcar y caiques blanco papel. Aparcamos el Rover y estiramos las piernas un poco. Era como si estuviéramos en los confines mismos del mundo conocido, uno de esos lugares casi olvidados donde Temístocles, con cada ojo en una de las dos islas de Hidra y Dokos que ocupaban el horizonte como las nubes grises de una tormenta cada vez más cercana, podría haber estado en una terraza con columnata escribiendo sobre una improbable victoria sobre los persas. Pescadores con cara de morsa daban chupadas a cigarrillos y pipas del tamaño de macetas mientras remendaban las redes y nos miraban con ojos tan antiguos que podrían haber sido testigos de cómo los hombres de la marina griega subían a bordo de sus birremes y trirremes para combatir contra el loco del rey Jerjes. Calamares de color carne se secaban al sol cual bañadores húmedos en tendedores combados y gatos extraviados dormitaban en el muelle o deambulaban entre las mesas de los cafés esperando a los clientes de la jornada, que seguramente no vendrían. El aire de última hora de la mañana sabía a sal y olía a café y tabaco griegos, y la calma por lo demás perfecta se veía periódicamente perturbada por el sonido como de cubiertos al caer de un buzuki lejano. Estábamos muy lejos de Berlín; no me habría sentido más alemán por mucho que hubiera tenido un águila blanca con las patas rojas encaramada al hombro y un alsaciano rabioso atado con un trozo de cuerda de piano.

Tomamos una copa en un lugar donde acariciamos a los gatos y hablamos con un rostro que era un mosaico cocido al sol de grietas y fisuras y que nos informó de que en Hermíone no había guardia costera y más nos valía preguntar en la oficina del capitán de puerto en la plaza mayor, donde se suponía que todos los propietarios de las embarcaciones que atracaban en Hermíone tenían que abonar sus tarifas de amarre.

La oficina era un edificio encalado de blanco con una puerta y contraventanas azules y una bandera griega delante por si el esquema cromático dejaba alguna duda sobre el patriotismo de nadie. La puerta principal estaba vigilada por un par de gaviotas tan grandes como pterodáctilos y seguramente igual de feroces; al menos, no mostraban el más mínimo miedo del labrador negro de gran tamaño que estaba dormido o quizá muerto en el porche.

El capitán de puerto en sí pertenecía a una especie diferente de la de los demás arcaicos seres humanos de Hermíone, pues la piel de su cara no procedía de la fábrica de cuero local. Se llamaba Athanassios Stratis y llevaba una gorra negra de lana con la

visera solo ligeramente menos larga y velluda que su nariz. Elli se encargó de ponerle al tanto de que yo era de la aseguradora del barco en Múnich, y transcurrido un par de minutos el señor Stratis abrió un antiquísimo archivador de madera del tamaño de un ataúd mientras ella me explicaba que el capitán recordaba muy bien la Doris y a su propietario alemán.

—¿Está completamente seguro de que en efecto se hundió un barco cerca de aquí?

—Varias personas los vieron llegar a tierra en la balsa salvavidas que sigue amarrada en el muelle donde la dejaron —tradujo Elli—. Viene preguntándose qué hacer con ella. Dice que fue en su propia embarcación hasta la posición que le dio el alemán al día siguiente, para cerciorarse de que el naufragio no supusiera un peligro para la navegación local, y encontró algunos pecios, unos restos en el agua que no se habían lanzado deliberadamente por la borda y coincidían con alguna clase de siniestro. Pero las aguas son profundas en ese punto y cree que las posibilidades de recuperar la nave son nulas.

El señor Stratis buscó un expediente en su archivador y echó un vistazo a un informe manuscrito que había hecho del incidente mientras rescataba un cigarrillo a medio fumar que se le había extraviado detrás de la oreja y lo encendía de nuevo. Pero todas sus demás miradas le estaban reservadas a Elli. Era una de esas mujeres que podían causar un accidente de tráfico con su mera presencia en una parada de autobús. Cada vez que yo la miraba casi me notaba derrapar.

—Dice que tres hombres llegaron a tierra en la balsa —continuó Elli—. Dos alemanes y un griego. Uno de los alemanes era el propietario del barco, el señor Witzel. El griego era el capitán del barco, el señor Spiros Reppas. El señor Stratis dice que el otro no le facilitó su nombre ni dijo gran cosa.

—Pregúntele si alguno de los hombres de la balsa, uno de los alemanes, podía haber sido este —dije, e hice una descripción del individuo que se había hecho pasar por el profesor Buchholz, Max Merten.

A continuación, Stratis asintió y dijo que parecía ser el mismo individuo. Luego estuvieron un rato hablando y riendo, y a mí me pareció bien, porque él no era más que un hombre al fin y al cabo, y me hizo pensar que Elli podría sacarle algo más si conseguía hacerlo sentir como tal. Desde luego, conmigo había dado resultado.

—¿Qué fue de ellos después de marcharse de esta capitania?

—Uno de ellos, Witzel, tomó el ferry al Pireo. Es el medio más rápido y barato. El otro fue en taxi costa abajo a alguna parte. No sabe adónde. Pero cree que el chófer seguramente se acuerde. Se llama Christos Kammenos y lo encontraremos sentado en un Citroën negro en la otra punta de la península, delante de la velería local.

Pensé en ello un momento.

—Los pecios —dije—. Los restos que encontró flotando en el mar en el lugar donde se fue a pique la Doris. ¿Había algo de interés?

—Unos papeles, nada más —dijo Elli—. Los secó y los guardó por si eran importantes.

Stratis sacó un sobre impermeable de gran tamaño del cajón.

—Si quiere, ya cuido yo de ellos —me ofrecí.

El capitán de puerto los entregó sin objeción alguna, pero a Elli. Le hice unas preguntas más, pero no averigüé nada nuevo, así que le dimos las gracias y salimos.

Las gaviotas se habían ido, pero el perro que ejecutaba el número del gran animal muerto seguía allí. En cuanto vi que se le movía el diafragma, me vi sofocando un bostezo y envidiando a la criatura. Era un trayecto de dos o tres horas desde Atenas. Y un trayecto de dos o tres horas de regreso.

Elli me dio el sobre. Los documentos estaban todos en griego y ella los miró y dijo que no eran nada importante, solo el carné de identidad de Siegfried Witzel y unas facturas. Pero como soy alemán, y por lo tanto muy puntilloso con esas cosas, le pedí que describiera las facturas con detalle y comprobé que tenía razón: no eran nada importante, sobre todo cuentas de comida y bebida y bombonas de buceo llenas de oxígeno, que supuse que sí debían de tener su importancia si uno se encontraba bajo el agua. Pero una de ellas no era una factura, y su interés se hizo evidente de inmediato, al menos para mí. Era el albarán de un envío a la Doris en el puerto deportivo de Zea en el Pireo, remitido nada menos que por el señor Georg Fischer, en el que figuraba su dirección en la plaza de la Constitución de Atenas. Aunque el albarán no llegaba a identificar el hotel, reconocí el número de teléfono del Mega: 36604. A todas luces, Alois Brunner frecuentaba más el hotel Mega de lo que me había dado a entender. El contenido del envío también era muy interesante: Witzel había recibido una cabeza de caballo de bronce helénica, datada en torno al 100 a. C., lo que, como le dije a Elli, era el equivalente a enviar búhos a Atenas.

—¿De verdad es esa una expresión alemana? —preguntó.

—Claro que sí.

—Me está tomando el pelo.

—No, le aseguro que no. Y si lo digo es porque el objetivo específico de la expedición de Witzel consistía en navegar hasta el lugar de un naufragio y bucear en busca de antigüedades griegas. Así pues, ¿por qué iba a pedir nadie que enviaran una pieza semejante a la Doris justo la víspera de zarpar? Parece contradictorio. —Fruñí el ceño—. Y también hay que tener en cuenta otra cosa. Witzel no mencionó ese caballo en la reclamación al seguro que presentó a MRE. Pero tenía casi dos mil años de antigüedad. Ayer mismo, el doctor Lyacos del Museo Arqueológico del Pireo dijo que un buen busto romano del siglo II podía alcanzar un precio de hasta cincuenta mil dólares. Este caballo debía de valer mucho dinero también. En tal caso, me pregunto cómo es que no lo incluyó en la reclamación.

Echamos a andar colina arriba para cruzar al otro lado de la península de Hermíone; las callejuelas sinuosas estaban desiertas y tranquilas, lo que me brindó un rato de calma para pensar en esta última averiguación.

—A menos que la expedición entera tuviese el único objeto de ser una tapadera para otra cosa —comenté un rato después.

—¿Como qué?

—Había piezas más pequeñas cuya indemnización tampoco quiso reclamar Witzel. Y yo creí que era porque trataba de evitar que me pusiera en contacto con el profesor Buchhloz. Pero ahora estoy pensando que quizá había alguna otra razón. El doctor Lyacos me dijo que hay un floreciente mercado negro de antigüedades a través del puerto del Pireo. Museos de ciudades americanas pequeñas las buscan para mantenerse al nivel de sus vecinos más ricos. Por lo visto, no hay nada como un busto de mármol de Sócrates para que la gente crea que Boise, en Idaho, está culturalmente

a la misma altura que Nueva York y Washington. Lyacos me dijo que había oído incluso que el coronel Nasser estaba sirviéndose de obras de arte egipcio antiguas para costear armas ilegales. Ahora que ha nacionalizado el canal supongo que tendrá que obligar a la gente a pagar por cruzarlo. Así que igual era eso lo que se traían entre manos. Quizá ya había otras antigüedades en la Doris. Quizá las estaban transportando a algún lugar discreto para canjearlas por armas destinadas a Nasser. No me extrañaría que fueran armas alemanas. En una isla remota, quizá. Hay muchas de esas en Grecia.

En el sur de la península encontramos a Christos, el taxista, que se frotó un mentón que habría podido hacer las veces de imán para limaduras de hierro y luego dijo que no recordaba a ningún alemán que viajara con un griego, por lo menos hasta que le di unos cuantos dracmas. No le reproché su mala memoria: la mañana no parecía estar yéndole muy bien. Al tiempo que se guardaba el billete, nos dijo que había llevado a dos hombres a Kosta, que era otra pequeña ciudad portuaria, unos veinte kilómetros al sur de Hermíone.

—¿Hay algo interesante o importante en Kosta?

—No mucho —fue la respuesta que me llegó a través de Elli—. Aunque hay un pequeño aeropuerto privado cerca de allí, en Porto Heli.

—Pero no los llevó hasta allí —observé—. O lo habría dicho.

—No —puntualizó Elli—. Dice que los dejó en el centro de la ciudad. En un hotel de la plaza mayor.

Nos montamos en el asiento trasero del Citroën y le dijimos que nos llevara a Kosta. Además, era MRE la que pagaba. El Citroën era un Traction Avant, el modelo preferido por la Gestapo en París, y durante unos instantes no tuve problema en imaginarme de nuevo en el verano de 1940. Elli era tan hermosa y olía tan bien como cualquier francesa que hubiera visto, u olido, en mi vida. Le sonreí un par de veces y ella me devolvió la sonrisa y en una ocasión me cogió la mano y la apretó. Al parecer estaba haciendo más progresos con ella que con el caso.

Tardamos menos de media hora en encontrarnos en otra ciudad portuaria griega solo un poco menos pintoresca que Hermíone. El puerto parecía más abrigado que el que acabábamos de dejar atrás, y era quizá menos profundo también, como parecía confirmar la imagen de un barco solo medio hundido en el agua. En el hotel principal preguntamos por el profesor Buchholz y su amigo griego y averiguamos que solo se habían alojado allí una noche. La propietaria no tenía ni idea de adónde habían ido después de marcharse, y cuando oyó a Elli hablar en alemán conmigo también dejó claro que no le apetecía aventurar ninguna hipótesis.

Le dijimos a Christos que nos llevara de regreso por la costa serpenteante hasta Hermíone y allí comimos un almuerzo sencillo en un pequeño restaurante con vistas al mar en calma del muelle sur con solo gatos por compañía y disfrutamos del agradable cambio del tiempo casi tanto como de la comida y el vino griegos.

—Entonces, ¿qué relación tiene este viaje con Arthur Meissner? —inquirió.

—Me preguntaba cuándo me interpelaría al respecto. Dígame una cosa primero: ¿qué relación tiene usted con todo este circo de pulgas?

—Dimitri Papakyriakopoulos. El abogado de Meissner. A veces lo ayudo, haciendo un poco de trabajo jurídico para ganar dinero extra.

—¿Es eso todo lo que hace por él?

—Hasta el momento. Es curioso, nada más. Yo también soy bastante curiosa.

—No, creo que usted lo lleva bien. A pesar de que es abogada y burócrata.

—Lo que soy antes que nada es una mujer soltera, Christof. Necesito dinero. La coordinación económica no se paga muy bien en este país. Los griegos tienden a oponerse a cualquier clase de coordinación. Sí, le dimos al mundo la democracia, pero la gente tiende a olvidar que también le dimos al mundo la anarquía.

—Yo siempre he sido un poco anarquista. La cosa era bastante fácil cuando teníamos un dirigente como Hitler y una autoridad como los nazis, pero de un tiempo a esta parte me estoy dejando llevar. Estoy planteándome muy en serio izar la bandera negra y abandonarme a la estratificación social. Creo que igual me gusta.

—Sea como fuere, no he venido hoy por eso. Quiero decir que no he venido para sacarle información sobre su interés por Arthur Meissner. Es que me apetecía tomarme un día libre, en un coche bonito, con un hombre agradable.

—Para ser del todo sincero, no sé por qué me interesa Meissner —dije, haciendo caso omiso del halago, al menos por el momento—. Pero ese poli, Leventis, me está presionando para que lo ayude a resolver el caso.

—Samuel Frizis.

—Sí.

—¿Por qué cree que puede ayudarlo? ¿Porque fue policía?

—Eso por una parte, sí. Y por otra, que soy alemán. Asesinaron a Witzel, mi solicitante y compatriota, y Leventis parece más inclinado a convertirme en sospechoso que en testigo. Si no lo ayudo, no recuperaré mi pasaporte.

—Como abogada, debo decirle que tiene autoridad para hacerlo.

—Lo sé. Ya hablé con otro abogado.

—¿Lo conozco?

—Un bufete del Pireo.

—El Pireo. Eso no suena muy prometedor. Más vale que me deje ayudarlo si se mete en algún lío.

—Esto sí suena mejor. Se lo agradezco.

—Pero ¿dónde está la relación entre Frizis y Witzel?

—Eso no se lo puedo decir. A Leventis no le gustaría. Pero la hay.

—Es razonable.

—Entonces, ¿por qué ha venido hoy?

—Ya se lo he dicho. He venido por el alemán. Y no me refiero a la gramática.

—Debo advertirle sobre mi gramática, Elli. Como todo lo demás que tengo, está un poco vieja y anticuada. Es su profesor quien se lo dice. Así que escuche. Soy muy mayor para usted, Elli. Babeo cuando duermo y duermo cuando debería estar despierto, y tengo la sensación de que mi corazón necesita una silla de ruedas para ir tirando.

—Seré yo quien lo decida.

—Lo digo en serio. Miro el reloj y no veo la hora que es, veo la hora que fue.

—O igual es que no le gusto.

—Probablemente me gustaría más si yo mismo no me disgustara tanto.

—Es usted mejor de lo que cree. En cualquier caso, al margen de lo que ocurra, lo

estamos pasando bien, ¿verdad? Yo por lo menos, sí. Ahora mismo, nada más parece importar. Estar hoy aquí es una maravilla.

—La verdad es que no le voy a llevar la contraria. La última vez que lo pasé tan bien, una bruja estaba horneando a mi hermana Gretel en un pastel.

—Es estupendo salir del ministerio. Estar lejos de Atenas. Aquí sí que parece primavera ya. Una se siente afortunada de estar viva.

Elli tenía razón. Parecía primavera y me sentía afortunado de estar vivo, lo que no era insólito en mi caso, y quizá fuera ese el motivo por el que, en el breve trayecto de regreso adonde había dejado el Rover, besara a Elli Panatoniou bajo un olivo más que centenario, y quizá también de que ella me dejara hacerlo.

El invierno había sido largo, frío y solitario.

Eran casi las cinco de la tarde cuando regresé a la oficina para comprobar si tenía mensajes y telefonar al teniente Leventis, después de haber llevado a Elli a su despacho en el ministerio en la calle Amerikis. Al parecer, los dos teníamos que trabajar hasta tarde esa noche.

—Llámeme —me había dicho—. El número es 30931. Extensión 134. Igual podemos ir a tomar una copa mañana. O podemos ir a bailar al Kalabokas, quizá. Es un club que conozco. ¿Baila?

—Depende.

—¿De qué?

—De quién marca el ritmo. A mi modo de ver, cuando hay que bailar, hay que bailar.

—Siguiendo parada, Broadway, ¿eh?

—En cuanto pueda salir de Grecia.

—No tenga tanta prisa. El beso de esta tarde. Me ha gustado. Me gustaría algo más.

—Bien. Extensión 134. Lo organizaré.

Telesila se había ido a casa, pero Garlopis seguía allí. Parecía más nervioso de lo normal, incluso tratándose de él.

—El señor Dietrich recibió su telegrama, señor. Va a llamar otra vez, a las cinco, hora de allí, las seis aquí. Así pues, he pensado que más valía que me quedara, por si necesita ayuda con la operadora internacional.

—Qué amable. ¿Ha llamado antes?

—Dos veces. A las tres y a las cuatro. Parecía urgente.

—Bien. Debe de haber descubierto algo importante.

—¿Y ha descubierto usted algo importante en Hermíone?

—Sí, me parece que sí. Tengo pruebas de que Siegfried Witzel y sus amigos de la Doris no buscaban un tesoro hundido, como tampoco estaban buscando la ciudad perdida de la Atlántida. Creo que andaban implicados en una transacción ilegal de armas con Alois Brunner. Neff también, por lo que sé. Traficaban con esculturas griegas y egipcias en el mercado negro a fin de obtener armas para el coronel Nasser y sus Hermanos Musulmanes en la guerra contra los israelíes. A decir verdad, es el tipo de causa que atraería a un antisemita como Brunner. Pero tal como se desarrollaron los acontecimientos, debió de descubrir que lo estaban engañando y decidió poner fin a la asociación. De una vez por todas.

—Vivimos tiempos difíciles, señor.

—Eso se ha rumoreado siempre.

—Pero sin duda son buenas noticias. Eso significa que tiene algo concreto que contarle al teniente Leventis, ¿no? Lo suficiente para que deje de darle la lata, quizá. Deje de darnos la lata a los dos.

—Es posible.

Garlopis esbozó una sonrisa avergonzada.

—¿Qué tal le ha ido con la señorita Panatoniou?

—Bueno, ha sido interesante. Nos han seguido a la ida y a la vuelta.

—¿Quién?

—Dos hombres en un sedán negro.

—Trabajaban para Leventis, quizá.

—Quizá.

—Se lo ha dicho a ella.

—Dios mío, no. No quería que distrajera su atención de mí. Ha bordado el trabajo de prestarme una atención probablemente inmerecida.

—¿Cree que estaba engatusándolo?

—Aún noto cómo me zumban todos los hilos de los que ha estado tirando. Pero no tengo la menor idea de qué se trae entre manos. Al menos, no mientras usa ese pecho que tiene para respirar. Me distrae mucho. Dice que hace trabajo extra para Dimitri Papakyriakopoulos, el abogado de Meissner. Al parecer, él siente curiosidad por saber qué motivos tengo para querer reunirme con su cliente. Y como él siente curiosidad, ella también la siente. Dice que es algo más que eso, claro. Dice que le gusta. Pero...

—Claro.

—Ahora mismo intento limitar las cosas entre nosotros a algo platónico. El único problema es que hacer el amor no resulta tan entretenido.

Garlopis dejó escapar una risilla.

—Tiene toda la razón, señor. No sé quién dijo eso de que una mujer es como una tortuga: una vez la tienes boca arriba puedes hacer lo que quieras con ella.

—No creo que fuera Zenón.

—No, quizá esté en lo cierto. Sea como fuere, parece usted un hombre que sabe lo que se hace.

—Es fácil incurrir en ese error. El caso es que ya he conocido a otras como ella. Es una granada de mortero con blusa ceñida. Uno necesita casco y un camión entero de sacos de arena para acercarse a una chica así. El truco consiste en estar en alguna otra parte cuando estalle.

—Tiene una figura extraordinaria, señor. Justo lo que recetó el médico, diría yo.

—Eso suponiendo que uno pueda costearse un médico así.

A Garlopis no le hizo falta otra excusa que nuestra charla sobre Elli Panatoniou para buscar una botella de Four Roses en el cajón de la mesa y servirnos un par mientras esperábamos la llamada de Dumbo. Hay temas, como la geometría analítica y las secciones espéricas, para los que hace falta una copa. La figura de Elli era uno de ellos. Tenía las curvas más interesantes desde que Diocles describiera una cisoide. Poco después me senté a la mesa de Telesila para mecanografiar un informe, dirigido al teniente Leventis, sobre las actividades del día. No vi motivo para no tomarme en serio su amenaza anterior. Mencioné el nombre de Spiros Reppas dando por sentado que ya lo había oído en relación con la casa de Pritaniou, y le conté que me habían seguido

dos hombres en un sedán oscuro. Hasta le facilité la matrícula, solo para mostrarme insolente. No hice mención alguna al hecho de que había besado a Elli Panatoniou, pero supuse que, si los hombres que nos habían seguido eran suyos, ya se lo contarían. El informe era más o menos superfluo y claro, y sobre todo vino a demostrar que había perdido la práctica con la máquina de escribir. Pero Leventis tenía razón en una cosa: volvió a hacerme sentir como un poli.

Garlopis leyó el informe y sonrió con tristeza.

—Quizá la próxima vez se lo podría pasar yo a máquina, ¿no cree? En griego. Hay muchos errores. Quizá el teniente se muestre más predispuesto a ser comprensivo con usted si el informe está en griego.

—La próxima vez.

Por fin sonó el teléfono. Atendió la llamada Garlopis, que le dijo algo en griego a la operadora y luego me pasó el auricular.

—Múnich —anunció, y acercó la cabeza al envés del auricular para alcanzar a oír. El pelo le olía a lima.

—Christof Ganz al aparato.

—Ya era hora. Llevo todo el día intentando ponerme en contacto con usted, Ganz. ¿Dónde demonios ha estado?

La voz de Dietrich sonaba muy irritada, como si hubiese olvidado cuánto dinero le había ahorrado yo a la compañía desde que empecé a trabajar. Apuré el resto de la bebida. Tenía la impresión de que iba a necesitarla. Garlopis volvió a llenarme el vaso con suavidad.

—He estado ausente de la oficina, señor.

—No me diga.

—Como decía, la policía griega no está resultando de mucha ayuda que digamos. ¿Ha intentado alguna vez liquidar una reclamación con un cadáver en el suelo? El papeleo no resulta tan sencillo.

—Lo entiendo. Es una situación incómoda, desde luego. Como es natural, nos sabe mal haberlo puesto en ese brete. Pero a veces las cosas son así. Resolver una reclamación puede ser un proceso delicado. Un tasador tiene que esperar lo inesperado. Eso es lo fundamental en este negocio. Y a veces lo inesperado resulta un poco más impredecible de lo que cabría esperar razonablemente, sobre todo cuando hay mucho dinero de por medio.

—¿Ha localizado a Max Merten?

—No, no lo he localizado. —Dietrich suspiró—. Mire, Ganz, llegan órdenes de lo más alto de que deje usted todo este asunto. Ahora mismo. He contratado a esos abogados del Pireo en su nombre y les he indicado que lidien con la policía a través de los canales habituales. La ayudaremos en todo lo que podamos. Dinero para la fianza, multas, honorarios judiciales... No hay ningún problema por esa parte. Lo traeremos de vuelta a casa, desde luego. Usted solo debe tener paciencia y dejar que los abogados se encarguen de todo. Pero hay que poner fin a esta línea de investigación. La demanda que interpuso Siegfried Witzel por la Doris ha sido desestimada, y no hay más que hablar por lo que a MRE respecta.

—¿Eso dice el señor Alzheimer?

—El señor Alzheimer, yo y Dios todopoderoso. En ese orden, ¿lo entiende? Usted

ya no es policía, es el puñetero empleado de una aseguradora. Ya es hora de que empiece a comportarse como tal.

—¿A qué viene todo esto?

—No viene a nada. Solo son órdenes. De arriba. Tiene que desprenderse de esta investigación como si fuera papel higiénico en llamas. Cuando esté otra vez en casa iremos a algún sitio como la Hofbräuhaus y lo invitaré a una cena barata para celebrarlo.

—Cómo iba a rechazar una invitación así.

—Bien. —Dietrich no se percató de mi sarcasmo.

—Claro, jefe. Lo que usted diga. —No era lo que me apetecía decirle a Dumbo pero sonaba mucho mejor que «Váyase a tomar por culo». Trabajar en MRE seguía siendo un buen empleo para un hombre como yo, con un coche y gastos pagados y lo que más ansiaba, que era una vida tranquila y tirando a respetable. Estaba decidido a conservar el empleo, a pesar de lo que se moría de ganas de hacer esa boca que tengo en la cabeza cuadrada. Mi padre se habría enorgullecido de mí; siempre quiso que me dedicara a algo respetable como los seguros. Cogí la copa y la apuré, por segunda vez—. ¿Desea alguna otra cosa, señor?

—No, eso es todo, Ganz. Cuidese. Nos veremos pronto.

Le devolví a Garlopi el auricular y él lo dejó caer sobre la horquilla y se encogió de hombros.

—No es Dale Carnegie, eso seguro.

—Dumbo no suele ser mal tipo. Para un oficinista. Pero me da la impresión de que alguien ha estado zarandeándole la cuna.

—Quizá el señor Alzheimer.

—Podría ser. En cuyo caso, quizá alguien presionó al señor Alzheimer.

—¿Como quién?

—La verdad es que prefiero no saberlo. Pero lo que sí sé es que en un lugar destacado del despacho de Alzheimer hay una foto suya enmarcada en la que se le ve en una actitud muy amigable con nuestro querido Konrad Adenauer. Si, como dice el teniente Leventis, Alois Brunner tiene buenos contactos en el actual gobierno alemán, es posible que Adenauer le pidiera a su viejo amigo Alzheimer que me apartara del caso.

—Si no le importa que lo diga, señor, nada de eso encaja con que Brunner esté implicado en la venta ilegal de armas a los egipcios. ¿Por qué el gobierno de Alemania Occidental, que solo lleva un par de años siendo miembro de la OTAN, iba a correr el riesgo de ofender a sus nuevos aliados haciendo algo semejante? No tiene sentido. A menos que el antisemitismo siga siendo la política del gobierno alemán.

—Leventis dijo que pensaba que Brunner podría trabajar para el Servicio Federal de Inteligencia, el SFI. Pues quizá siga haciéndolo. Quizá sea una operación encubierta. No lo sé. En cuanto se mete en el ajo a agentes secretos, la pantalla empieza a ondularse como si de un espejismo se tratara y antes de darte cuenta Caperucita Roja resulta ser el lobo. —Encendí un pitillo—. Está empezando a quedar claro que voy a tener que sobornar a un poli, después de todo. ¿Ha hablado con su primo del Alpha Bank sobre lo de cobrar el cheque certificado?

—Sí. Y me dice que puede hacerlo con facilidad. Ahora lo único que necesitamos es

sobornar a alguien del Ministerio de Orden Público con una suma mucho más pequeña para que le facilite un carné de identidad falso a nombre de Siegfried Witzel.

—¿Bastará con esto?

Le entregué el carné que había encontrado el capitán de puerto flotando en el mar en el lugar donde la Doris se fue a pique. El carné estaba en malas condiciones, pero los detalles pertinentes seguían siendo más o menos legibles.

—Ah, esto nos irá muy bien —aseguró Garlopis—. ¿Dónde lo ha encontrado?

Le expliqué su procedencia.

—La foto está tan desvaída que hasta se le parece un poquito.

—No me sorprende. Yo también estoy un poco desvaído. O para ser más precisos, desgastado como el relieve de algún antiguo templo.

—Sugiere cobrar el cheque en la sucursal de Corinto donde tiene un buen amigo que le debe un favor. Está a menos de una hora en coche de aquí. Es perfecto para nosotros. En Corinto no pasa nunca nada. Por lo menos, desde el terremoto de 1928 y el gran incendio de 1933.

—No parece muy buen lugar para construir un banco.

Garlopis sonrió.

—Podemos ir al día siguiente de su visita a Arthur Meissner en la cárcel de Averof, quizá. El sábado. Los bancos siempre tienen pocos clientes los sábados.

—Sí, seguro que eso nos viene de maravilla para centrarnos en lo que estamos haciendo. No hay nada como estar planeando un delito grave para que una visita a la cárcel resulte más emocionante.

Hacía una tarde cálida en Atenas y Garlopis iba al volante del Rover, lo que me iba muy bien, teniendo en cuenta la impaciencia homicida de los demás conductores griegos. Ir por la plaza de la Constitución era buscarse una andanada de bocinazos y equivalía a la demostración más clara de la ley de la selva desde que Huxley golpeará al obispo Wilberforce en la mollera con un ejemplar bien duro de *El origen de las especies*. Para cualquier ser humano normal, disfrutar viendo Atenas desde el asiento delantero de un coche habría sido como disfrutar intentado alzar el vuelo desde la rampa de salto de esquí de Garmisch. Incluso Garlopis era un hombre distinto al volante de un coche; tan diferente como si se hubiera tomado un par de cafés griegos con el doctor Henry Jekyll. Apenas tardamos unos minutos en llegar a la cárcel de Averof, situada unos tres kilómetros al noreste de la oficina. Nos rodeaba una neblina de goma quemada. Garlopis habría sido capaz de ir dormido hasta la avenida Alexandras, pues estaba muy cerca del estadio Apostolis Nikolaidis, donde jugaba el Panathinaikos, el equipo de fútbol de Atenas del que era seguidor entusiasta y que, según decía, había ganado la copa griega hacía poco, en 1955. Estacionó el coche y apagó el motor, y por fin pude expulsar el aliento que venía conteniendo.

—No me había alegrado nunca tanto de ver una cárcel —dije, mirando por la ventanilla un lúgubre edificio almenado de ladrillo gris envuelto en palmeras. Saqué un Karelía del paquete que había comprado y procuré serenarme.

Pero Garlopis estaba serio.

—Lo siento, señor, pero me parece que no voy a entrar. El caso es que tengo que contarle una cosa. Usted no es el único que tiene un pasado. Me refiero a un pasado que preferiría no recordar.

—No me diga que usted también fue poli.

—No, pero durante la guerra fui traductor de las Fuerzas de Ocupación, igual que Arthur Meissner. Primero para los italianos y luego para los alemanes. Hasta el momento, me las he arreglado para ocultarlo. Y por motivos evidentes usted es la única persona con quien creo poder compartir esta información ahora. Desde luego, no se lo diría a ningún griego. Meissner trabajaba en Tesalónica mientras yo estaba destinado aquí en Atenas, pero él y yo coincidimos varias veces en el edificio de la Gestapo en la calle Merlin. Y preferiría que no volviéramos a coincidir. Podría intentar chantajearme, para repartir la culpa, por así decirlo. Yo desde luego no asesiné ni robé a nadie, que es de lo que le acusa a él una figura de la talla de Arquímedes Argyropoulos nada menos; es un general y un héroe militar griego, conque sus declaraciones han sido muy perjudiciales para el caso de Meissner. No, lo único que hice fue formar parte del

equipo de intérpretes. Incluso procuré atenuar algunas órdenes del general. Aun así, a los ojos de los griegos eso me convierte en colaborador.

—Colaborador no es más que otra manera de decir superviviente —observé—. En una guerra, seguir vivo es un poco como jugar al tenis. Parece mucho más fácil cuando uno no ha tenido que jugar nunca. Se lo dice alguien que puede presumir de un revés de lo más útil.

—Es muy amable por su parte. Por desgracia, hay muchos griegos que querrían ver descalificada a una rata como yo. Por los restos.

—Olvídelo. Creo que es usted muy buen tipo, para ser una rata.

—Qué amable es usted, señor.

—No es mi intención. Dígame, cuando trabajaba para el Tercer Reich, ¿coincidió alguna vez con ese tal capitán Brunner del SD que el teniente Leventis ha decidido convertir en el Jean Valjean personal de su vida?

—En una de las pocas ocasiones en que estuve con Meissner iba acompañado de unos oficiales del SD y quizá uno de ellos fuera Brunner, pero la verdad es que no sabría decirlo a ciencia cierta. Eran muchísimos. Y los hombres de uniforme me parecen todos iguales. A decir verdad, no había oído nunca el nombre de Brunner hasta que Leventis lo mencionó en su despacho. —Garlopis meneó la cabeza—. Lo que sí tenía claro era que debía mantenerme alejado de Tesalónica. Tiene que entender que las cosas fueron mucho peores allí porque estaba al mando el SD. Allí todo giraba en torno a la persecución de los judíos. Aquí, en Atenas, la situación era más llevadera. Además, Brunner era un mero capitán. Yo trabajaba sobre todo para el gobernador militar, un general de la Luftwaffe llamado Wilhelm Speidel que el teniente Leventis le mencionó a usted cuando estuvimos en su despacho. Esa es la auténtica razón que me lleva a aconsejar a la gente que no se aloje en el hotel Grande Bretagne, señor. Durante la guerra lo ocupó el estado mayor alemán. Speidel tenía su cuartel general en una suite del último piso. Hitler se alojó una vez en el Grande Bretagne; Himmler y Göring, también. Una vez vi a Hermann Göring tomando champán con Rommel en el bar del hotel. Solía ir y venir del establecimiento a menudo para reunirme con el general Speidel y no me gusta volver allí, por si alguien me reconoce.

»Entonces, en abril de 1944, Speidel fue destinado de nuevo a Alemania y yo fui a alojarme con un primo mío en Rodas, hasta que me pareció que era seguro regresar a Atenas. Cuando Leventis mencionó a Speidel y la masacre de Kalávrita, me quedé de piedra. Sinceramente, no tenía la menor idea de que hubiera tenido la menor relación con algo semejante. Siempre me pareció muy amable, muy considerado, y todo un caballero. Cuando se fue de Grecia, incluso me regaló una elegante estilográfica. Su propia Pelikan.

—Esa es una de las cosas que se aprenden en esta vida. A veces son las personas más agradables las que hacen las cosas más terribles. Sobre todo, en Alemania. Junto con los japoneses, prácticamente tenemos el monopolio de los genocidas muy amables, muy considerados. La gente siempre se sorprende de que nos gusten también Mozart y los niños pequeños.

—Solo quería que supiera la verdad.

—Es un mundo duro para los hombres honrados. Pero no se lo diga a ninguno de ellos.

—No, claro que no. Lo esperaré aquí, señor. Cerraré los ojos y descabezaré un sueño reparador.

—Pruebe a quedarse en coma. Igual eso le da resultado.

Dejé a Garlopis sesteando y me apeé del coche para ir hacia la entrada preguntándome qué parte de lo que me había contado sería cierta. Conociéndolo como lo conocía, casi sospechaba que podría haberle sacado más información sobre Alois Brunner a un agente de seguros griego de la que probablemente obtendría de Arthur Meissner.

El guardia me indicó con la mano que cruzara la verja hasta la puerta principal, donde llamé al timbre como si fuera un vendedor de cepillos, y esperé. Unos instantes después, se abrió un postigo en la puerta más grande y le mostré al guardia de prisión una carta que había escrito para mí Leventis. Luego me llevaron a una salita sin ventanas donde me cachearon a fondo y me condujeron a través de varias puertas metálicas cerradas con llave hasta una sala con cuatro sillas y una mesa. Allí tomé asiento y esperé, con nerviosismo. Había estado en suficientes celdas en mis tiempos como para que se me revoliera el estómago solo por estar allí. La única ventana quedaba a unos tres metros del suelo y en la pared había una fotografía barata del Partenón. Un templo dedicado a la diosa Atenea parecía muy alejado de una sala escuálida en la cárcel de Averof. Un rato después volvió a abrirse la puerta para franquear el paso a un hombrecillo atezado y atractivo de unos cuarenta y tantos años, y me puse en pie.

—¿Herr Meissner?

Cuando asintió, le ofrecí un pitillo, y al aceptarlo lo invité a que se quedara el paquete. Eso no son más que buenos modales cuando uno se reúne con alguien en chirona. Había un intenso olor a cárcel, que como te puede decir cualquiera que haya estado preso es una mezcla empalagosa de tabaco, patatas fritas, miedo, sudor y una sola ducha a la semana.

—¿Es usted Christof Ganz?

—Sí.

—Estoy aquí porque Papakyriakopoulos me dijo que no tenía nada que perder reuniéndome con usted —aseguró Meissner, que se guardó el paquete para más tarde—. Pero no veo que tenga mucho que ganar tampoco. Al fin y al cabo, usted no es nadie importante en este puto país.

Meissner hablaba alemán con un ligero acento de Berlín; el de su padre, con toda probabilidad, y muy parecido al mío.

—Ese es el quid de la cuestión, creo yo. No estoy con la policía. Y no formo parte de la profesión jurídica. No soy más que un ciudadano particular. Solo estoy aquí porque el teniente Leventis me tiene agarrado por los cojones y, como fui poli en Berlín, cree que usted podría tener algo que decirme que no le contó a él. Y quizá ya que me lo puede decir en alemán supongo que él cree que igual habla conmigo en confianza. No lo sé. Pero podría decirse que soy un mediador imparcial. Cuidado con los griegos que traen regalos, y todas esas chorradas.

—Entonces, ¿qué quiere él que le cuente al buen alemán?

—Ya llegaremos a eso. Lo que quiere que yo le aclare antes es que, a su modo de ver, usted es alguien de poca monta.

—Eso dígaselo al juez.

—Que quedan por pescar peces mucho más gordos.

—Ni que lo diga, Fritz. Llevo meses insistiendo en eso, pero nadie me escucha. Mire, para que lo sepa, yo no era más que un intérprete. Una boca a sueldo. No asesiné a nadie. Y no le robé a nadie. Como tampoco robó mi novia, Eleni. Sí, acepté algún que otro soborno. ¿Quién no? Esto es Grecia. Todo el mundo acepta sobornos en este puto país. Algunos de esos sobornos los acepté por sobornar a algún que otro alemán, para ayudar a gente, judíos incluidos. Hay un tal Moses Natan, que dice que me sobornó para que ayudara a su familia. Bueno, pues es cierto que intenté ayudarlo, pero tal como habla ahora, cualquiera diría que mi ayuda venía con garantía. Si usted fue poli, seguro que sabe cómo era eso. A veces uno lo intentaba y tenía éxito, pero era más habitual intentarlo y fracasar. Ninguna de las personas a las que conseguí ayudar ha dado la cara para interceder por mí. Solo aquellos a los que no pude echar un cable.

»Por lo que respecta a los cargos de violación, son ridículos. Además, los polis lo saben. Lo malo es que soy el único al que han conseguido llevar a juicio en este puto país por lo que ocurrió durante la ocupación. Yo. El intérprete. Para el caso, podrían acusar a las mujeres que trabajaban de camareras de habitación en el hotel Grande Bretagne y a los putos porteros también. Pero los griegos quieren a alguien a quien echarle la culpa. Y ahora mismo yo soy el único chivo expiatorio que tienen. Así que me quieren proporcionar un castigo ejemplar. Se me acusa de doce mil asesinatos, ¿lo sabía? A mí, un hombre que nunca ha empuñado un arma. Tal como lo exponen, soy yo quien convenció a Hitler de que invadiera Grecia. Como si los alemanes hubieran ido a hacerme caso. Es un puto chiste. Es a todos esos oficiales nazis, Speidel, Student, Lanz o Felmy, a quienes deberían juzgar, no a mí.

—Ah, eso ya lo entiendo. Y mire, no voy a decir que esté de su parte. Pero en cierto modo lo estoy porque si consigo que usted hable me ganaré el favor de Leventis. Ayudarlo me beneficia a mí. Él no puede venir a decírselo en persona, eso sería un suicidio político, por no hablar de que sería ilegal, pero me ha asegurado que, si lo ayuda usted, hablará con el señor Toussis.

Toussis era el nombre del fiscal a cargo del caso de Meissner.

—Conseguirá que se reduzcan los cargos —añadí—. Que se desestimen, tal vez.

—Todo eso está muy bien, pero ahora mismo es posible que esté más seguro aquí de lo que estaría fuera. En serio, Ganz. En cuanto salga de este lugar soy hombre muerto. Tengo menos probabilidades de regresar a mi casa de Eleusis que de llegar a primer ministro griego.

—Se le trasladaría en avión a Alemania. Incluso lo acompañaría yo. Deseo tanto como usted largarme de aquí. ¿Qué le parece?

—Me parece estupendo. Pero oiga, el mayor obstáculo para que eso ocurra es que no sé nada que sea importante. De haberlo sabido, me habría ido de la lengua hace tiempo, se lo aseguro.

—Leventis va tras una persona en particular. Uno de esos peces gordos. Un hombre llamado Alois Brunner. Era capitán del SD. ¿Lo recuerda?

—Sí. ¿Cómo iba a olvidarlo? Nadie sería capaz. Brunner era un hombre memorable, Herr Ganz. Wisliceny y Eichmann y él. Todos motivados por el odio a los judíos. Pero a diferencia de Eichmann, Brunner era un auténtico sádico. Le gustaba

infligir dolor. Un par de veces yo estaba presente cuando Alois Brunner torturó a un hombre en la Villa Mehmet Kapanci, que era el cuartel general de la Gestapo en la avenida Vasilissis Olgas, en Tesalónica. Y saltaba a la vista que disfrutaba haciéndolo. Yo no quería estar allí, claro, pero Brunner desenfundó el arma, me la puso contra el globo ocular y me dijo que tradujera lo que decía o me desangraría en el suelo. Esas fueron sus palabras exactas. Como digo, uno no olvida a un hombre como Brunner. Pero no lo veo ni sé nada de él desde el verano de 1943, gracias a Dios. Y no tengo la menor idea de cómo localizarlo.

—Brunner está otra vez en Grecia.

—No se atrevería. No me lo creo. ¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Estuve con él aquí en Atenas, aunque entonces yo no sabía su identidad. Usa un nombre falso.

—Dios. Hay que ver. Ese sí que tiene que pagar por un montón de crímenes en este país. De no ser por Brunner y Wisliceny, los judíos de Tesalónica aún seguirían vivos. Casi sesenta mil murieron en Auschwitz. Brunner era el encargado de sacarlos de Salónica en tren. Igual por eso le parece seguro volver. Porque no queda nadie que lo pueda identificar.

—Está usted.

—Claro. Y dígame a Leventis que lo identificaré si me saca de aquí. No hay problema. Ahora lo único que tiene que hacer es encontrar a ese cabrón.

—Bueno, ¿qué más puede decirme de Brunner?

—Veamos. Había un hotel que le gustaba en Tesalónica, el Aegaeon. Y otro al que llevaba a su amante griega, el Luxembourg. Ella se llamaba Tzeni, creo. O Tonia. No, Tzeni. No estoy seguro de que no la asesinara antes de irse de Grecia. Lo acompañé a Atenas un par de veces y se alojó en el Xenias Melathron, en Jan Smuts. También había un restaurante que le gustaba, el Kissos en la calle Amerikis. Dudo de que corriera el riesgo de volver a Tesalónica, pero Atenas sería distinto. No estuvo aquí tan a menudo. —Meissner se interrumpió—. ¿Cómo supo que era él?

—Porque el teniente Leventis me enseñó una fotografía y reconocí al hombre que había estado hablando conmigo en el bar del hotel. Ahora se hace llamar Fischer, Georg Fischer, y asegura que es viajante de tabaco.

—¿Dice que él fue a hablar con usted?

—Así es. Entabló conversación cuando se dio cuenta de que era alemán.

—¿Quería charlar o buscaba algo en concreto? Porque si lo quería, más le vale dárselo. A ese le gusta matar gente. Y no solo judíos.

—Eso tengo entendido. Al principio supuse que solo se trataba de un par de alemanes muy lejos de casa, esa clase de situación. Pero luego me di cuenta de que buscaba a alguien. Esperaba que yo lo condujera hasta él. Puesto que lo hice sin yo mismo darme cuenta, ese alguien está ahora muerto.

—¿Quién?

—Un individuo llamado Siegfried Witzel.

—No me suena de nada.

—Trabajaba para un tal Max Merten.

—Max Merten.

Meissner se puso en pie y prendió uno de los cigarrillos que le había dado. Paseó

por la sala un momento, asintiendo en silencio.

—¿Le suena de algo ese nombre?

—Pues sí.

—¿Qué me puede decir de Max Merten?

—Espere un momento. ¿Dice que ese tal Witzel trabajaba para Merten?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora. Este año. Creo que Merten también está en Grecia.

Meissner esbozó una sonrisa torcida.

—Ahora empieza a encajar. Por qué Brunner se atrevería a volver a Grecia. Wisliceny está muerto; fue ahorcado por los checos, me parece. Y Eichmann, bueno, está desaparecido. En Brasil, si sabe lo que le conviene. Así pues, eso deja a Merten y Brunner. Es evidente.

—Me alegra que lo crea así.

—La gente recuerda a Eichmann, Wisliceny y Brunner porque eran todos del SD y piensan que todos los malos de veras eran de las SS porque las SS tenían la tarea específica de matar a los judíos, pero el caso es que Merten estaba a cargo de toda la carnicería.

—Pero solo era capitán del ejército, ¿no?

—Es verdad. Lo que le habría puesto mucho más fácil eludir el radar. Pero Merten era el jefe de la administración militar para toda Salónica, el teatro egeo. La Wehrmacht le dejaba hacer lo que le diera la puta gana porque sus miembros estaban casi todos en Atenas y no les importaba una mierda Tesalónica. Para empezar, ni siquiera había un buen hotel como el GB. Y además, preferían tener sus conciencias de caballero alejadas de los esbirros del SD y lo que habían planeado. Pero en Tesalónica si uno quería un camión, un tren, un barco, un edificio, tenía que pasar por Merten. Si quería un centenar de obreros judíos para construir una carretera, se los tenía que pedir a Merten. Era el jefe de todo. Incluso Eichmann tenía que pasar por Max Merten. A ese sí que deberían llevarlo a juicio los griegos. Qué historias podría contarle sobre Max Merten. Vivía a cuerpo de rey en Tesalónica. Y no como un rey cualquiera. Como Cresos, lo más probable. Tenía una villa con piscina, chicas, coches, criados y la comida y el vino más selectos. Hasta tenía su propio cine. Y no lo molestaba nadie. —Meissner sacudió la cabeza con amargura—. Pero en realidad solo hay una historia sobre Max Merten, claro. Si me lo pregunta, es eso lo que le interesa a su teniente griego en el fondo. Llevar a juicio a Alois Brunner no es más que una cortina de humo. Si Max Merten está en Grecia, solo puede haber un motivo. Y me atrevería a decir que Alois Brunner también lo sabe.

Salí por la puerta de la cárcel de Averof y atravesé la verja de la entrada imprimiendo cierta velocidad a mis Salamander de gamuza azul porque la prisión siempre me causa ese efecto. Salga como salga uno de entre los muros de hormigón —inocente o culpable—, siempre se siente agradecido. Tenía planeado darme un baño caliente y disfrutar de una copa y una comida decente, y quizá pasar la velada en la pista de baile con una chica bonita y todas las demás cosas que te arrebatan cuando estás entre rejas. Cuando has cumplido condena, nunca vuelves a dar el tiempo por sentado. Supongo que tanta nostalgia me dejó un poco preocupado y me hizo bajar la guardia ante lo que ocurrió entonces. Además, fue una operación de apariencias profesional, tal como se acercó el Pontiac azul marino con las portezuelas abriéndose suavemente antes de que los neumáticos Goodyear se hubieran detenido con un chirrido, y cómo los dos inocentes transeúntes que se acercaban desde extremos opuestos de la acera resultaron llevar unas automáticas de bolsillo casi ocultas en las manos y no eran tan inocentes como parecían. Antes de darme cuenta estaba en el asiento trasero de un coche con cuatro individuos que parecían estar en mucho mejor forma física que yo, y nos dirigíamos al este por Tsocha, y luego al suroeste por Vasileos Konstantinou. Nadie dijo nada, ni siquiera yo cuando me cachearon por si llevaba encima un Bismark. Se trataba de otro coche, pero me pregunté si no serían los mismos tipos que me habían seguido hasta Hermíone. Supuse que con toda probabilidad estaban a punto de ocurrir una o más de las cosas habituales —amenazas, una paliza, un poco de tortura física, algo peor— y no tenía sentido protestar demasiado, todavía no; de todos modos, ninguno estaba escuchando. Yo no era más que un paquete que trasladar de A a B, y hasta el momento lo estaban haciendo muy bien. Era una historia que ya me sabía de memoria y solo esperaba que entendieran el alemán o el inglés cuando me tocara el turno de hablar. Me pregunté cómo lo habría interpretado Garlopis. ¿Se habría dado cuenta siquiera de lo ocurrido? Si había visto cómo me cogían en plena calle, ¿llamaría a Leventis? Y si no se había dado cuenta porque estaba dormido, ¿cuánto rato seguiría sesteando antes de caer en la cuenta de que tardaba en volver al coche? ¿Cuánto esperarías antes de llamar a la puerta de la cárcel para preguntar en su estilo servil pero en cierto modo entrañable si habían decidido retenerme para que hiciera noche allí? Nada de ello me preocupaba especialmente. Entre los Colt del calibre 25 que apuntaban a mis riñones saturados y las expresiones gélidas de los cuatro rostros, bastantes preocupaciones tenía por cuenta propia.

En Vasileos Konstantinou, el Pontiac se detuvo delante de un impresionante estadio en forma de herradura que parecía un plató de *Demetrius y los gladiadores* y las

portezuelas del coche se abrieron de nuevo. Me vi obligado a apearme y caminar, y como aún había un par de ciudadanos por ahí, me vi capaz de protestar por el trato que estaba recibiendo, un poco, pese a la pequeña pistola que me apuntaba discretamente al costado.

—Chicos, creo que debo advertiros que estuve en las olimpiadas de 1936. Me las arreglé para dar toda la vuelta al estadio y volver a mi asiento en menos de quince minutos. Un récord mundial por aquel entonces.

Sin respuesta, me llevaron hasta el pie de la primera grada y me señalaron la de más arriba, donde muy por encima de la pista había una figura diminuta sentada como el único espectador de una función de tarde.

—Suba allí. —Señaló uno de los hombres—. Ahora. Y más vale que no haga esperar a la señora, ¿eh?

—Nunca lo hago si puedo evitarlo —dije, y empecé a subir.

No era tan fácil como parecía, pues el primer peldaño recubierto de mármol estaba mucho más alto de lo que habría sido apropiado; lo más probable es que fuera un paso fácil para alguien vestido con túnica corta o quizá sin nada, al estilo de la antigua Grecia, pero para cualquier otra persona era un esfuerzo de lo más incómodo. Después la cosa se ponía más fácil, al menos si no te importaba subir los cuarenta y cuatro niveles del estadio. Los conté porque me ayudó a no enfadarme por el modo en el que me habían llamado a la presencia de una mujer que no había visto nunca y que no me parecía atractiva: a mis ojos no les pasaba nada; era muy mayor para mí, lo que quiere decir que tenía más o menos mi edad. Elaboré mentalmente una descripción suya para el retratista de la policía mientras, pasando por alto las excelentes vistas de la Acrópolis y los Jardines Reales, cubrí el resto de la subida: una mujer alta e imponente con una larga melena de cabello gris oscuro recogida en una trenza holgada en la nuca igual que una cariátide griega. Vestía una chaqueta de seda rojo oscuro, camisa amarillo mostaza, larga falda marrón y botas de cuero suave. Tenía el rostro fuerte y varonil y era morenísima. No llevaba bolso ni joyas, solo un reloj de hombre, y tenía un pañuelo rojo en la mano. Parecía una reina de los bandidos.

—Cómo, ¿sin amigos? —comenté.

—Sin amigos.

—¿No se siente sola, aquí sentada sin compañía?

—Nunca me siento sola, no desde que averigüé cómo son los demás.

Hablaba alemán con soltura, aunque también me di cuenta de que no era su lengua materna.

—Tiene razón. Solo de jóvenes necesitamos amigos y creemos que son importantes. Cuando llegamos a nuestra edad nos damos cuenta de que los amigos son tan poco de fiar como todos los demás. A pesar de eso, con arreglo a mi experiencia, los que nunca se sienten solos son los más solitarios.

—Venga a sentarse. —Dio unas palmaditas en el asiento de mármol a su lado como si de veras pudiera ser cómodo—. Es impresionante, ¿verdad? Este lugar.

Tomé asiento.

—No quepo en mi entusiasmo.

—Es el Estadio Panatenaico, por si se lo estaba preguntando —dijo—. Construido en el 330 a.C., aunque no lo revistieron de mármol hasta el siglo II d.C. Los griegos

hacían aquí carreras y los romanos celebraban espectáculos de gladiadores. Luego, durante cientos de años no fue más que una cantera, hasta 1895 cuando, a cuenta de un griego alejandrino, fue restaurado como usted lo ve ahora, de modo que pudieran celebrarse aquí los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna en 1896. Ese griego se llamaba Georgios Averof. —Me ofreció una taimada sonrisa de dientes separados—. Imagino que su nombre no le resulta desconocido, Herr Ganz.

—He oído hablar de él. Parece que era un hombre con muchas inquietudes de carácter cívico, para ser griego. Aunque a título personal yo preferiría de lejos que mi nombre estuviera en el banco de un parque o en un cheque al portador que en una cárcel o un buque de guerra.

—Había olvidado lo del buque de guerra. Está usted bien informado.

—No, qué va. Por ejemplo, ni siquiera sé quién es usted ni qué quiere. Solo para que le conste en el futuro, lo normal es que el gorila con el arma le presente a uno al matón que intenta hacerse el duro.

—Quién soy no tiene importancia —dijo.

—Se infravalora usted, toda una dama.

—Pues asegúrese de no cometer ese mismo error. Y por si no se había dado cuenta, no soy ninguna dama.

—Es probable que no sea muy amable por mi parte, pero no discrepo en ese sentido.

—Que discrepe o no carece de importancia. Eso es lo mejor de este sitio. Con sesenta y seis mil asientos vacíos, podemos montar una escena y nadie se daría cuenta. Más importante que mi identidad es su conversación con Arthur Meissner en la cárcel de Averof. Quiero saber todo lo que dijo. Hasta el último detalle.

—¿Qué le importa a usted?

—Quizá esto le ayude a responder esa pregunta —repuso, y se retiró la manga de la camisa para dejar a la vista un número tatuado en el antebrazo.

—Sí que ayuda un poco. Pero necesito algo más con lo que trabajar. Soy alemán. La imaginación nunca ha sido mi punto fuerte. Creo que voy a tener que ver esta película en Technicolor.

—Muy bien. Si insiste. Hasta 1943 viví en Tesalónica. Mi familia era de judíos sefardíes originarios de España, que se fueron de allí en 1492, después de que el Decreto de la Alhambra ordenara nuestra expulsión. Durante cuatrocientos cincuenta años, judíos como mi familia y yo vivimos y prosperamos en Tesalónica, y la persecución parecía un recuerdo lejano hasta julio de 1942 y el Sabat Negro, cuando llegaron los alemanes y reunieron a todos los hombres en el centro de la ciudad. Diez mil hombres judíos de todas las edades fueron reclutados para trabajos forzados, pero antes se vieron obligados a demostrar que eran aptos para llevarlos a cabo. No lo hicieron por motivos humanitarios, claro, sino para que los de las SS se divirtieran un poco. Después del largo viaje desde Alemania, estaban aburridos y necesitaban diversión. Y qué podía ser más entretenido que un poco de hostigamiento a los judíos a la antigua usanza. Así que durante el resto del día, obligaron a diez mil judíos a realizar ejercicio físico extenuante a punta de pistola. A los que se negaban los golpeaban hasta dejarlos medio muertos o les azuzaban perros alsacianos. No hacía fresco como ahora; no, era pleno verano y hacía más de treinta grados. Muchos murieron, incluido

mi abuelo. Entonces no nos dimos cuenta de cuán afortunado era, pues aún algo mucho peor estaba por llegar, y a lo largo de los meses siguientes casi sesenta mil judíos fueron deportados a los campos de exterminio de Europa del Este. Junto con diecisiete familiares míos, a mí me enviaron a Auschwitz, que es donde aprendí a hablar alemán. Pero más tarde averigüé otra cosa: que fui la única de mi familia que sobrevivió y no porque fuera médica; los nazis no querían saber nada de médicos judíos. No, sobreviví por un sencillo error de copia. Te ponían a trabajar si en el momento de llegar a Auschwitz tenías entre dieciséis y cuarenta años. A la sazón yo tenía cuarenta y un años y por lo tanto deberían haberme gaseado junto con mi madre, mi abuela y mis tres hermanas mayores. Pero un oficinista de las SS en Auschwitz anotó incorrectamente mi año de nacimiento como 1912 en lugar de 1902, y eso me salvó la vida. Debido a ese error, las autoridades del campo creyeron que tenía menos de cuarenta años y que debía entrar a trabajar en el Pabellón 24, que era su burdel. Estoy viva pero tengo que reconocer que una parte de mí murió en Auschwitz. Por ejemplo, nunca volví a ejercer la medicina. Las cosas que vi hacer a médicos, médicos alemanes, en Auschwitz me convencieron de que el hombre no era digno de la medicina moderna.

—Podría haber sido peor. Podría haber sido abogada. Se suele decir que uno no está nunca a más de dos metros de un abogado.

—Así que ahora me dedico a otra cosa. Ahora protejo a la gente, mi gente, de una manera menos profiláctica.

—¿Serviría de algo si dijera ahora que lo siento?

—Dios santo. —La mujer que tenía a mi lado rio y luego se tapó la boca—. Vaya sorpresa. Perdona, pero es el primer alemán que he conocido desde la guerra que dice que lo siente. Todos los demás dicen: «No sabíamos lo de los campos» o: «A los alemanes también nos pasaron cosas terribles». Pero a nadie se le ocurre disculparse. ¿Por qué cree usted que será?

—Una disculpa no parece muy adecuada en estas circunstancias. Igual por eso no lo decimos más a menudo.

Busqué el paquete de tabaco y entonces recordé que se lo había dado a Arthur Meissner.

—Ojalá fuera cierto. Pero no estoy segura de que lo sea.

—Denos tiempo. Por cierto, ¿estamos aquí por alguna otra razón? ¿O era solo por lo de Georgios Averof y la lección de historia clásica?

—Me alegra mucho que lo mencione. Como se habrá fijado, el estadio está abierto por un extremo, igual que una herradura gigante. Desde uno de esos edificios de oficinas hacia el norte, cualquiera vería bastante bien lo que estuviera ocurriendo en la pista, o incluso a nosotros dos aquí sentados ahora mismo. ¿No le parece?

—Claro. Y después de haber visto la televisión griega, no le reprocharía a nadie que nos estuviera observando con más interés. —Me levanté un momento y miré por encima del antepecho; en la parte superior, el estadio debía de estar veinticinco metros por encima del nivel del suelo—. Es una suerte que las alturas no se me suban a la cabeza.

—Lo único que me interesa de su cabeza es lo que hay dentro y si es usted capaz de mantenerla sobre los hombros. El caso es que tengo a un hombre en una de esas

azoteas. Y no está allí para pasar el rato. Es un francotirador experto con un rifle de precisión que detesta a los alemanes más incluso que yo, si cabe. Un rifle americano con mira telescópica, que según él tiene un alcance efectivo de más de novecientos metros. Creo que no hay ni la mitad hasta esas azoteas, ¿no le parece a usted? Así que, de acuerdo con ese cálculo, debería ser un disparo fácil.

No dije nada pero de pronto me sentía muy incómodo, como si notara un picor persistente en el cuero cabelludo que ni todo el champú Drene del mundo fuera a aliviar. Volví a sentarme con rapidez. Ahora sí que me apetecía fumar.

—Esto funciona de la siguiente manera. Si decido que no se ha mostrado totalmente dispuesto a colaborar, les haré una señal a mi hombre y su observador y... Bueno, ya imagina lo que ocurrirá, ¿verdad? Le puedo asegurar que no saldrá de este estadio con vida, Herr Ganz.

—¿Cómo sé que está diciendo la verdad?

—No lo sabe. Y esperemos que no tenga que averiguarlo. Es una de esas incógnitas terriblemente alemanas que nos fascinaban a los judíos en los campos. ¿Hay agua en las duchas o no? ¿Quién puede saberlo? Las mentiras que contaban. Su manera de utilizar el lenguaje para ofuscar la verdad. «Tratamiento especial» antes era una operación a vida o muerte en una clínica suiza. Gracias a Alemania ahora significa un tiro en la nuca y una tumba poco profunda en Ucrania. Pero anticipándome a su pregunta he traído una pequeña prueba de que en efecto le estoy diciendo la verdad.

Me dio una bala de rifle. Era un cartucho Winchester del calibre 308. Y era justo el tipo de proyectil que habría usado un francotirador desde una distancia como la que había descrito ella. Trataba de mantener la cabeza fría pero la perspectiva de perder la mitad del cráneo me hacía sudar a chorros. Había visto a suficientes camaradas alcanzados por francotiradores en las trincheras como para saber los terribles destrozos que podía causar un disparo suyo.

—Lo sé, aún puede albergar dudas —dijo—, pero ahora mismo no va a ver ninguna otra prueba, a no ser que les haga la señal convenida. En cuyo caso no tendrá mucha importancia, ¿verdad? Por eso voy vestida de tonos rojos y ocres, de hecho. Estas son prendas viejas. Por si acabo salpicada de su sangre y sus sesos.

Sonreía, pero tuve la clara impresión de que hablaba completamente en serio, que de verdad había escogido prendas e incluso colores sobre los que no destacaría demasiado una rociada arterial. Intenté mostrarme a la altura de su serenidad, pero me resultaba difícil.

—¿Puedo quedarme esta bala como recuerdo? Será un cambio agradable respecto al típico llavero contra el mal de ojo.

—Claro. ¿Por qué no? Pero escoja su siguiente chiste con cuidado, Herr Ganz, porque la próxima bala no será tan inofensiva como la que tiene en la mano.

—El caso es que de pronto me alegro mucho de haberme disculpado.

—Yo también. Es un buen comienzo para usted, desde luego. Si no fuera alemán, quizá me cayera bien. Pero puesto que lo es...

—Supongo que no es usted del Comité Olímpico Internacional.

—No. No lo soy.

—Y no puede ser del Servicio Nacional de Inteligencia griego. Dudo que me asesinaran aquí mismo en Atenas. Así pues, tiene que ser del Instituto. En Tel Aviv.

—Pues es verdad que está bien informado. Para ser un agente de seguros. Solo que antes fue usted inspector en Berlín y trabajó en Homicidios, en la Comisión de Homicidios, lo que quiere decir que investigaba asesinatos en lugar de cometerlos, como tantos colegas suyos. Muchos judíos sufrieron muertes atroces a manos de los batallones de policía alemanes, ¿verdad que sí? Pero salta a la vista que el teniente Leventis tiene fe en usted, o en caso contrario no lo habría autorizado a negociar un acuerdo secreto con Arthur Meissner. Tengo información fidedigna de que lo ha hecho porque alberga esperanzas de localizar y detener a Alois Brunner. Y ahí es donde entro yo, porque si alguien va a echarle el guante a ese malnacido de Brunner quiero ser yo. Es uno de los criminales de guerra más importantes que queremos detener.

—¿Seguro que se refiere a detener? Lo digo desde mi condición de alguien a quien le acaban de informar que tiene un rifle apuntándolo al oído.

—Oh, desde luego que me refiero a detener. Pierda cuidado. Si Brunner está aquí en Grecia nos lo llevaremos como por arte de magia a Israel para juzgarlo. Un juicio de verdad ante los ojos del mundo entero, con abogados de verdad y un veredicto de verdad, a diferencia de los vergonzosos juicios por crímenes de guerra que han llevado a cabo ustedes en Alemania. Porque, no nos engañemos, Herr Ganz, incluso los nazis que fueron juzgados y condenados por Alemania han salido bastante bien parados. Hace solo un par de meses leí un informe de inteligencia en el que se decía que un oficial de las SS llamado Waldemar Klingelhöfer había sido excarcelado de la prisión de Landsberg en diciembre de 1956 tras cumplir solo ocho años, después de haber sido condenado a la pena capital por el asesinato de casi dos mil quinientos judíos. No, Herr Ganz, el mundo nos debe un juicio como es debido. Y ¿por qué habría de importarle un carajo a usted? Alois Brunner era austriaco. Podría decirse que ni siquiera eso. Su ciudad natal queda ahora en el oeste de Hungría, según creo. Pues bien. Los judíos queremos lo que nos corresponde. Gracias a William Shakespeare, es lo que el mundo espera de nosotros de todas formas.

Después de todo lo que había dicho, no tuve que meditar demasiado mi decisión. Había varias azoteas desde las que un francotirador lo habría tenido fácil para abatirme. Quizá fueran imaginaciones mías, pero me pareció ver el sol reflejado en uno de los tejados más modernos; tal vez fueran unos prismáticos o la mira de un tirador. La despiadada reina de los bandidos había vendido bien su historia, como un auténtico oficial de inteligencia, y estaba convencido de que decía la verdad. Ahora tenía pocas dudas de que era del Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel, más conocido como el Mossad. Ya había tenido tratos con el Mossad, pero solo cuando era otro. De haber sabido ella quién era en realidad y algunas de las compañías que había frecuentado, habría dejado caer el pañuelo en un abrir y cerrar de ojos.

—Le diré todo lo que sé.

—No tanto. Solo lo que haya averiguado sobre Alois Brunner.

Después de facilitarle abundantes detalles preliminares sobre Múnich RE y la Doris para demostrarles sin el menor asomo de duda mi intención de cooperar y evitar de paso que me pegaran un tiro, dije:

—Pero mire, tengo la impresión de que Meissner es un don nadie. Ni siquiera es alemán, solo un pobre intérprete griego con nombre alemán a quien la policía griega ha dejado en el ahumadero a falta de otros peces que merezca la pena zamparse. Aunque asegura no haber visto a Alois Brunner desde la guerra, por lo menos lo conocía. Y me dijo algunos de los lugares preferidos de Brunner aquí en Atenas. Se los escribiré si quiere. —Metí con cuidado la mano en el abrigo, saqué una libreta y empecé a escribir—. Uno de estos lugares podría ser importante, teniendo en cuenta que vi a Brunner hace unos días en el bar del hotel Mega, situado en la plaza de la Constitución. O quizá ya lo sabe gracias a quienquiera que tenga en el Megaron Pappoudof facilitándole información sobre todos los pasos que da el teniente Leventis.

—Yo solo sé que usted lo vio. ¿Qué aspecto tiene Brunner en la actualidad?

—No muy distinto de una vieja fotografía que me enseñó Leventis. Delgado, como antes, no muy alto, ronda los cuarenta y cinco años, fuma mucho, tiene ademanes muy pausados, acento austriaco, las uñas muy mordisqueadas, la voz áspera, los ojos entornados e inertes como si hubiera estado contemplando un huracán, la nariz ganchuda, un bigotito gris recortado y perilla, como un artista, ya sabe. Vestía una chaqueta de sport de lana de Shetland, pantalones de pana, camisa de tela escocesa y un pañuelo al cuello. Un reloj bueno, ahora que lo pienso; de oro, quizá un Jaeger. Y un sello de oro en la mano derecha. Bebía Calvert con hielo y llevaba loción para después del afeitado. No recuerdo de qué marca. Ah, y estaba leyendo una novela. Había un libro encima de la barra. Algo de Frank Yerby. Quizá había un sombrero en el taburete a su lado. No estoy seguro. —Meneé la cabeza—. Eso es prácticamente todo.

—¿Y la conversación? Hábleme de eso, haga el favor.

Arranqué la nota que había escrito y se la entregué.

—Estaba tomando una copa y él trabó conversación. De alemán a alemán. A pesar de lo que ha dicho, somos más cordiales de lo que cree la gente, ya sabe. Pero no lo había visto en mi vida. Me dijo que se llamaba Georg Fischer y que era viajante de la tabaquera Karelia. Me dio un paquete de pitillos y esta tarjeta de visita. —Se la tendí—. No se moleste en llamar a ese número: está fuera de servicio. Creo que las reparte para darse aires. Para hacer creer a gente como yo que no es más que un Fritz cualquiera. Pero Leventis cree que Brunner está detrás de dos asesinatos cometidos aquí, porque el *modus operandi* es el mismo que el de un antiguo asesinato acaecido

en un tren entre Salónica y Atenas en 1943, cuando Brunner mató a un banquero judío llamado Jaco Kapantzi disparándole en ambos ojos.

Hice una breve pausa sopesando la magnitud de lo que acababa de decir. Hablar de ello me trajo a la memoria a Siegfried Witzel tumbado en el suelo de la casa de Pritaniou, y seguramente con un aspecto no mucho mejor que el que tendría yo si el francotirador de la reina de los bandidos llegaba a abrir fuego.

—Uno de esos asesinatos locales fue el del propietario de un barco llamado Siegfried Witzel que había presentado una reclamación por la pérdida de la embarcación. Ahí es donde encajo yo en todo este maldito lío. Vine de Múnich para encargarme de tasar el siniestro del barco y el asunto resultó mucho peor de lo que esperaba. Es la historia de mi vida, por si le interesa.

La señora del Mossad que no era una dama asintió.

—Yo también manejo esa información de que a Brunner le gusta dispararles a sus víctimas en los ojos. En el campo de tránsito de Drancy, en París, en 1944, Brunner tiroteó a un hombre llamado Theo Blum de esa misma manera. La madre de Brunner, Ann Kruse, podría o no haber trabajado para un optometrista, en Nádkút. Ya lo sé, no es exactamente Sófocles. Pero puede haber una explicación psicológica que vaya más allá del simple sadismo para que mate así a la gente. Sospecho que solo saldremos de dudas cuando lo tengamos a buen recaudo en una celda de la cárcel de Ayalon. Siga, por favor.

—Siegfried Witzel y un abogado con bufete en Múnich, el doctor Max Merten...

—Es otra persona en la que estamos interesados.

—Esos dos se habían tomado muchas molestias para convencer al gobierno griego de que iban a sumergirse en el Egeo en busca de obras de arte perdidas. Piezas de museo. La máscara antigás de Agamenón, qué sé yo. Hasta esta tarde había empezado a creer que en realidad lo que querían eran armas. Que todo era la tapadera de una transacción ilegal de armas. Estaba trabajando a partir de la premisa de que Brunner iba a bordo para suministrar antigüedades egipcias y asirias robadas a cambio de armas que se le pudieran enviar a Nasser en secreto.

Le hablé de la cabeza de caballo helénica que habían hecho llegar a la Doris.

—Eso también tiene sentido. Casi con toda seguridad Brunner está involucrado en la Mujabarat egipcia. Nuestros rivales, por así decirlo. Un agente en El Cairo informó de que Brunner mantuvo varias reuniones con un hombre llamado Zakaria Mohieddin, que hasta hace muy poco estaba al mando del Directorado de Inteligencia Egipcia. Pero creemos que está trabajando como agente secreto para su servicio de inteligencia de Alemania Occidental, el SFI, a instancias de un ministro del gobierno alemán llamado Hans Globke, que incluso podría estar protegiéndolo. Nos gustaría echarle el guante también a ese malnacido. Pero no es nada probable que ocurra. Si Adenauer protege a su secretario de estado y su jefe de seguridad tan bien como protegió a su ministro para los refugiados, Theodor Oberländer, es hartó difícil que podamos acusar de nada a Hans Globke.

—Pero ¿qué les pasa a ustedes?

La reina de los bandidos se molestó un poco.

—¿A quién se refiere, Herr Ganz?

—No a los judíos. A los espías. Parece que ni uno solo de ustedes sabe caminar en

línea recta. Sea como fuere, ahora creo que me equivocaba, sobre lo de la transacción ilegal de armas, quiero decir. Creo que el asunto no tiene nada ver con armas. Merten y Witzel y quizá Brunner buceaban en busca de algo, desde luego, pero no eran tesoros arcaicos para un museo del Pireo. Arthur Meissner me contó una historia en Averof. Y se la referiré ahora, si quiere. Perdóneme si me salto algunos detalles, pero es difícil concentrarse cuando un francotirador te está apuntando.

Dejé escapar un suspiro y me enjuagué la frente con el puño de la camisa. Sudaba tanto que el abrigo se me pegaba como un envoltorio de mantequilla. Me sentía como si me hubieran amarrado a la silla eléctrica.

—Yo pensaba que era lo contrario. Con arreglo a mi experiencia, la perspectiva de que le peguen a uno un tiro le hace concentrarse con la misma claridad que si escudriñara por una mira telescópica. Además, Herr Ganz, está seguro siempre y cuando yo no suelte este pañuelo rojo.

—Bueno, pues no estornude. Y no me interrumpa hasta que haya acabado de hacer de Homero. No me gustaría que su colega de la azotea piense que no me ha creído. Hay varios agujeros en el resto de esta narración. Tendrá que perdonarme por no querer que me abran ningún agujero de más a mí.

—De acuerdo. Vamos a oírla.

—Según Meissner, Alois Brunner formaba parte de un sindicato corrupto que se las ingenió para robarles a los judíos de Salónica cientos de millones de dólares en oro y joyas en la primavera de 1943. También estaban implicados Dieter Wisliceny y Adolf Eichmann. Pero quien tramó toda la intriga fue el capitán Max Merten, que estaba a cargo de los asuntos civiles en la región. Merten llegó a un bonito acuerdo amistoso con los líderes judíos de Salónica: que evitaría que los deportasen a cambio de todos sus objetos de valor ocultos. Temiendo por sus vidas, los judíos apoquinaron, solo para descubrir que los habían traicionado. Con la ayuda de Eichmann y Wisliceny, Merten se hizo con el botín, y llevó el tesoro a bordo del Epeiús. En cuanto zarpó, las SS empezaron a deportar a los sesenta mil judíos de la ciudad.

—Ya he oído esta historia —dijo la reina de los bandidos con impaciencia—. El barco se hizo a la mar, chocó con una mina y se hundió frente a la costa norte de Creta, y todo el oro de los judíos de Tesalónica fue a parar al fondo del mar. La Regia Marina, la flota italiana en la base naval de Salamina, cerca del Pireo, recibió un mensaje en ese sentido. Y también la Kriegsmarine en Heraclión. La Armada Helénica lo investigó y verificó todo inmediatamente después de la guerra.

—Para lo que sirvió... —observé.

—Es posible. ¿Y bien?

—Bueno, Meissner cuenta una versión distinta. Allá en Salónica, los compañeros de Merten en el SD recibieron la mala noticia sobre el Epeiús y empezaron a oler a chamusquina. Meissner dice que les oyó casualmente airear sus sospechas en la Villa Mehmet Kapanci; después intentaron averiguar qué suerte había corrido el Epeiús en realidad y descubrieron que sí, que el barco se había hundido, pero no porque hubiera chocado con una mina. Merten había traicionado a sus compañeros del mismo modo que traicionó a los judíos de la ciudad y lo había dispuesto todo para que el barco naufragara en aguas poco profundas en el golfo de Mesenia, en algún lugar frente a la costa del Peloponeso, entre las ciudades de Pilos y Kalamata.

»El capitán del Epeius era un griego llamado Kyriakos Lazaros. También iba a bordo un oficial naval alemán llamado Rainer Stückeln a quien Merten le había prometido una tajada considerable del botín. Merten había dispuesto previamente que zarpara un segundo barco, el Palamedes, para recoger el bote salvavidas del Epeius, de modo que el Palamedes fue hasta la costa oeste de Creta, donde Lazaros, Stückeln y la tripulación se trasladaron a otro bote y fueron remando a tierra, a fin de guardar las apariencias, para dar parte del hundimiento del Epeius.

»Posteriormente, Stückeln asesinó a Lazaros y al segundo de a bordo, para que no se fueran de la lengua sobre la ubicación del Epeius; y luego él también murió, durante un bombardeo en Creta, no sin antes haberle contado a Merten la ubicación exacta del barco. Pero antes de que los tres miembros del SD en Tesalónica pudieran hacer nada al respecto, se interpuso el final de la guerra. Eichmann, Wisliceny, Brunner y Merten se encontraron enseguida de regreso a Alemania, o bien detenidos o bien fugados. Eichmann, Wisliceny y Brunner estaban todos en busca y captura después de la guerra; pero Max Merten, un mero capitán del ejército, fue excarcelado enseguida y llevaba los últimos diez años viviendo a la vista de todos en Múnich, esperando sin duda el momento en el que juzgara que por fin era seguro volver a Grecia y recuperar su hucha para la jubilación.

»Entonces, hace unos meses, Merten alquiló un barco propiedad de un buceador alemán llamado Siegfried Witzel. Ese barco, la Doris, estaba asegurado por mi compañía. Muchas embarcaciones lo están. MRE es una buena aseguradora. Quizá la mejor de Alemania. Yo diría que Merten y Witzel planeaban navegar hasta el lugar donde naufragó el Epeius para intentar recuperar el oro. También diría que alguien del SFI le dio a Brunner el soplo de que Max Merten planeaba regresar a Grecia y decidió intentar restablecer su asociación inicial. Pero algo se torció, probablemente otra traición. Cuesta renunciar a las viejas costumbres. La Doris se hundió, no sabría decir por qué motivos exactamente, y la asociación se disolvió por segunda vez, y con un efecto igual de letal. Brunner asesinó a Witzel y es posible que esté buscando a Merten para asesinarlo también. Creo que tal vez le guste matar. Aunque también es cierto que es alemán.

Meneé la cabeza con gesto incómodo y enérgico, preguntándome cómo se me vería desde el punto de mira del francotirador y reparando ahora en el perfume de la reina de los bandidos, su única concesión a la feminidad. No lo identifiqué más allá de que, paradójicamente, sus matices de fondo eran vainilla y flores, lo que parecía justo lo opuesto a ella.

—Ya está. Esa es toda la puñetera historia. Quién sabe si Merten y Brunner siguen en Grecia. Después de lo que he averiguado por boca de Meissner, me sorprende que tuvieran la caradura de regresar.

—Quizá no sea tan sorprendente —observó la reina de los bandidos—. Se ha insinuado que en este nuevo gobierno griego hay miembros que hicieron de informadores de los nazis, motivo por el que se los recompensó con negocios y propiedades confiscados a los judíos de Tesalónica. Eso podría explicar el regreso de Merten. Quizá haya logrado sobornar a algunos de esos. —Se encogió de hombros—. Por otra parte, no es solo este gobierno el que les ha fallado de manera tan estrepitosa a los judíos de Tesalónica. En 1946 los estadounidenses detuvieron a Merten, lo

encerraron en Dachau y se ofrecieron a extraditarlo a Grecia. El gobierno de Tsaldaris, cosa increíble, dijo que no tenía interés en él. Así pues, tras diez años viviendo a la vista de todos en Múnich, Max Merten podría haber decidido que no corría el menor peligro aquí. ¿Y quién se lo puede reprochar? Ustedes los alemanes se las han ingeniado para trazar una raya bien gruesa bajo la guerra y empezar de nuevo. El milagro del Anciano, lo llaman. Más bien el encubrimiento del Anciano, diría yo. Me pone enferma. No hay justicia. No me extraña que nos veamos obligados a tomarnos la justicia por nuestra mano.

Hizo una mueca de desdén y luego apartó la vista, como si no quisiera que se le manchara la chaqueta de sangre después de todo.

—Yo desde luego no lo voté —dije—. Y haga el favor de no mirarme mal. Es probable que me dé dolor de cabeza. A título personal, los judíos nunca me desagradaron tanto como una buena parte de mis compatriotas alemanes.

—He oído hablar del unicornio, el grifo, la gran alca, la furcia con corazón de oro y los hombrecillos verdes del espacio exterior. Incluso he oído hablar del buen alemán, pero nunca creí que llegaría a ver uno. Nunca votó a los nazis y nunca le gustó Hitler. Supongo que hasta ayudó a algún judío a sobrevivir a la guerra. Lo escondió en el váter un par de días. Y por supuesto, entre sus mejores amigos había judíos. Es increíble que muriéramos tantos.

—No diría que hice nada de lo que sentirme orgulloso, si a eso se refiere. Pero tendré que vivir con ello.

Levantó el puño con el pañuelo rojo e hizo con él un gesto cargado de significado.

—Eso espera.

—Parece usted tener tal apetito de venganza que me alegra no estar en su menú.

—¿Menú? Ah, ya veo a qué se refiere. Sí, tenemos un menú. Ya sabe, atrapar a Max Merten podría ser casi tan satisfactorio como echarle el guante a Alois Brunner.

—Si lo veo de nuevo, se lo haré saber.

—¿De nuevo?

—Lo conocí de pasada antes de la guerra, cuando era un joven y ambicioso abogado en Berlín, y luego volví a verlo hace un par de meses. De hecho, fue Merten quien me ayudó a conseguir trabajo en Múnich RE.

—Y luego dicen que los judíos nos mantenemos unidos. Ustedes los alemanes podrían enseñarnos un par de cosas acerca de cómo velar por los suyos.

—Se lo aseguro, si lo veo de nuevo, es posible que lo mate yo mismo. Tenía un buen empleo en un hospital de Múnich antes de que se me ocurriera progresar en la vida adentrándome en el arriesgado mundo de los seguros. La gente con la que trabajaba en Schwabing era honrada a más no poder. Nunca tuve el menor problema con ninguno de ellos. —Me mordí el labio—. Pero en cuanto me puse corbata de nuevo fue como si tuviera que empezar a llegar a arreglos conmigo mismo. Bueno. ¿Puedo irme ya? Empieza a refrescar aquí arriba. De no ser por el odio que irradia usted, me vendría bien un abrigo. En realidad, lo que me hace falta con urgencia es cambiarme la ropa interior.

—Sí, puede irse, Herr Ganz. Es usted un hombre interesante. Qué duda cabe. Esconde mucho más de lo que parece a simple vista. Se aloja en el Grande Bretagne, ¿verdad? Quizá tenga la habitación de Göring. O la de Himmler. Eso debería hacer que

se sienta como en casa. Verá que el coche sigue esperando. Mis hombres lo llevarán.

—No, gracias. Prefiero caminar, si no le importa. Así tendré ocasión de quitarme de la cabeza la idea de que está a punto de recibir una visita inoportuna. —Me levanté, poco a poco, con un ojo en el pañuelo rojo que tenía ella en la mano—. ¿No fue Sófocles quien dijo que el fin justifica cualquier maldad? Lo leí en un paño de cocina de esos que se venden como recuerdos. Bueno, se lo dice alguien con conocimiento de causa. No lo justifica. Nunca lo justifica. Alemania lo ha aprendido por las malas. Desde luego espero que ustedes no tengan que aprender la misma lección que nosotros.

La reina de los bandidos me lanzó una sonrisa sarcástica.

—Venga. Lárguese de aquí. Y cuídese, ¿de acuerdo?

—Soy alemán. Eso es lo que mejor se nos da.

Volví en taxi a la oficina, pero no había ni rastro de Garlopis, de modo que saqué un paquete de tabaco y una botella del cajón de su mesa, mecanografié un informe de dos páginas para el teniente Leventis en la máquina inglesa de Telesila sobre mi visita a Arthur Meissner y luego, camino del hotel, lo entregué en el Megaron Pappoudof. No ser arrestado y detenido en Haidari parecía casi tan importante como no encajar entre los ojos el balazo de algún *kibbutznik* de gatillo fácil. En mi informe le dije al teniente casi todo lo que ya le había contado a la reina de los bandidos, pero como el asunto planteaba más preguntas que respuestas, no pensé que me permitiera recuperar el pasaporte. Nunca se me había dado bien el papeleo, ni siquiera cuando estaba en la Comisión de Homicidios. De todos modos, no mencioné a la reina de los bandidos. No estaba seguro de que me hubiera beneficiado.

La plaza de la Constitución era el típico muestrario humano de vendedores de lotería, polis, vendedores de pretzels, soldados, carteristas, mendigos, músicos y oficinistas apresurándose hacia sus autobuses malhumorados y luego a casa. La respuesta ateniense a Alexanderplatz lo tenía todo para entretener al ciudadano incauto y me detuve un ratito a ver cómo un hábil artista callejero bosquejaba una grotesca imagen en tiza que me hizo pensar en un cuadro de George Grosz y solo sirvió para recordarme cuánto echaba de menos el antiguo Berlín con sus Biberkopf y sus Berber, su oso y su cerveza. No hay nada como George Grosz para hacerte pensar que necesitas un trago bien fuerte o, si a eso vamos, que ya te has tomado uno. Yo lo sabía mejor que nadie, teniendo en cuenta mi antigua relación con George Grosz. Me apresuré a entrar en el hotel y encontré a Aquiles Garlopis esperándome en uno de los grandes sofás bajo una araña de luces de cristal. Se levantó igual que un escarabajo esforzándose por incorporarse y cruzó con premura el suelo de mármol para salir a mi encuentro.

—Gracias a Dios que se encuentra bien —exclamó, a la vez que se santiguaba a la manera griega—. Cuando esos hombres lo han cogido a la salida de la cárcel de Averof, he hecho todo lo posible por seguirlos en el Rover, pero los he perdido por culpa de los semáforos. Aunque tampoco habría sabido qué hacer de haberlos alcanzado. Eran una pandilla con muy mala pinta.

—Eso es verdad.

—No parecían de la policía.

—No. No eran de la policía. —No le di más explicaciones. Cuanto menos supiera acerca de la reina de los bandidos, mejor para él—. Mire, vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor, por supuesto.

—No, vamos a tomar una copa. Me muero de ganas de exprimirme el hígado. Cuando venía de camino hacia aquí he tenido que hacer de tripas corazón para no beberme el combustible del mechero.

—Entonces, déjeme que lo invite a una copa. Pensándolo mejor, déjeme que lo invite a dos.

—¿A los precios que van? Tendrá que costear los daños MRE. A eso se dedican.

Tomamos asiento en el cuerno de abundancia alcohólica que era el bar del Grande Bretagne y llamamos a un camarero, después de lo cual señalé el tapiz de Alejandro Magno. Un niño a lomos de un elefante sostenía una petaca de bolsillo y un par de esclavos caminaban junto al carro con lo que parecía un cántaro bien grande de vino sobre una camilla. Otro tipo pelirrojo estaba amorrado a una botella de Korn e intentaba fingir que era una trompeta, como se suele hacer después de una buena farra. El propio Alejandro sonreía e intentaba mantenerse erguido y magno en el carro en el que iba, como si ya se hubiera metido entre pecho y espalda una o dos copas de algo reconfortante.

—Tomaré lo mismo que él —le dije al barman.

—Lo mismo para mí —repitió Garlopis, y luego pidió dos whiskis grandes con hielo, que seguramente surtirían un efecto equivalente.

—¿Le dijo Meissner algo importante? ¿Algo de utilidad? ¿Algo que vaya a satisfacer al teniente Leventis?

—No, nada que nos vaya a ayudar. Me temo que vamos a tener que sobornar a ese cabrón. O eso, o uso el dinero para agenciarme un pasaporte nuevo.

Llegaron las copas y casi de inmediato pedimos dos más, por si acaso.

—¿Un pasaporte griego? No sabría cómo ayudarlo con eso, señor. Todo griego está capacitado para sobornar a un funcionario o aceptar un soborno. De hecho, nadie consideraría tal cosa un delito. Pero obtener un pasaporte falso es harina de otro costal, señor.

—Pues más vale que recurramos a un honrado soborno.

—Entonces, mañana cobraremos el cheque certificado de la compañía —dijo Garlopis—. Iremos al Alpha Bank de Corinto, como planeamos.

—¿Seguro que están abiertos los bancos en sábado?

—De nueve a doce, señor. Creo que Corinto le gustará. —Dejó escapar una risilla—. Sobre todo, cuando hayamos hecho efectivo el cheque y estemos en la carretera de regreso a Atenas.

—¿Qué tendría de malo sobornar a Leventis en domingo?

—Ah, no, señor. Eso no estaría nada bien. No se puede sobornar a nadie en domingo. No en Grecia. Nunca en domingo. Ningún griego lo toleraría. Y habrá que hacerlo con mucho tacto y diplomacia. De hecho, considerándolo detenidamente, creo que deberíamos sobornar a ese hombre no solo con dinero sino también por medio de aprecio y estima. Tendremos que pulirle el ego con paño fino. «No voy a insultarlo, teniente, ofreciéndole unos cientos o un millar de dracmas». Algo por el estilo. «Un hombre como usted, teniente, no merece menos de cinco mil». Eso no sería un insulto. Cinco mil sería respeto. Cinco mil sería diplomacia. Una cifra así la entenderá.

—Supongamos que quiere más.

—Podemos pagarle diez mil, claro. Deberíamos tenerlos guardados en la manga de la toga, por así decirlo. Créame, señor, por poco más de diez mil podríamos sobornar al mismísimo ministro de Justicia. Pero como cualquier funcionario griego, el teniente Leventis es lo bastante listo para saber lo que vale en realidad. Otra cosa. Si me permite decirlo, creo que es mejor que se encargue del asunto un griego como yo. Hablando como intérprete, sé por experiencia que cuando uno le da a alguien su *fakelaki*, más vale que no haya el menor margen lingüístico para la duda. Y ni sombra de desprestigio. Que un griego soborne a otro es habitual, pero, por algún motivo, que lo haga un alemán parece antipatriótico.

—Claro. Ya lo entiendo.

—A ver si logramos comprar un poco de paz y tranquilidad.

Tomamos un par de copas más y luego le di las buenas noches y fui arriba. Camino de mi habitación, me pregunté si de veras se habría alojado Heinrich Himmler en el Grande Bretagne o si sería un rumor como tantos que corrían por Grecia. Me di un baño caliente —alcanzaba a ver el Megaron Pappoudof desde la ventana, después de todo—, me acosté, leí un libro tres minutos antes de que se me cayera de las manos, cerré los ojos y me sumí en alguna parte más negra que la mera oscuridad, como si la muerte en sí me hubiera engullido entero y tuviera que esforzarme por respirar. Fue entonces cuando Göring entró en la habitación con un cachorro de león bajo el brazo gordezuelo y exigió que me trasladara a otro hotel. Vestía un chaleco de cuero verde de caza, camisa blanca de franela, pantalones blancos de dril y zapatillas deportivas blancas. Insistía en que siempre tenía esa habitación cuando iba a Atenas y que si no la dejaba libre su franco-tirador personal me abatiría la próxima vez que me diese un baño. Como es natural, me negué. En ese momento empezó a sonar el teléfono y Göring explicó que seguramente sería el gerente del hotel ofreciéndome la habitación de Himmler. El *reichsführer-SS-R* seguía o en Berlín o muerto, y no la necesitaría. Alargué el brazo sobre la cama por entre la oscuridad que empezaba a desvanecerse lentamente y al contestar descubrí que solo era Garlopis que me llamaba para decirme algo sobre la casa en la zona antigua de la Acrópolis, en el 11 de Pritaniou. Me incorporé, encendí la luz, procuré despejarme la cabeza, le dije que estaba dormido pese a que estaba despierto, llené de aire los pozos de brea que llamaba mis pulmones y, gracias a ello, insuflé un poco de sentido común en el cerebro confuso por efecto del sueño.

—Decía que una tía mía me ha dejado un mensaje esta noche —repitió Garlopis—. Es en relación con la casa en el 11 de Pritaniou. En la zona antigua de la Acrópolis. ¿Recuerda cuando fuimos y encontramos el cadáver de Herr Witzel y al teniente Leventis?

—Quizá lo recuerde si hago un gran esfuerzo.

—Dijo que una testigo que estaba limpiando el Santo Sepulcro de Jerusalén a la vuelta de la esquina informó de que había visto a dos hombres en la casa. Esa testigo era mi tía Aspasia, que vive no muy lejos de allí. Lleva cerca de treinta años limpiando la iglesia del Santo Sepulcro. No dije nada en su momento porque no quería ocasionarle ningún problema con la policía que le hubiera podido causar su parentesco conmigo. Quizá hubieran visto en ello algo sospechoso.

—¿Cuántos puñeteros parientes tiene usted, Garlopis? No había conocido nunca a

nadie con tantos primos.

—Si lo piensa un momento, señor, se dará cuenta de que todos y cada uno de mis primos deben de tener una madre. Y todas y cada una de esas madres son tías de Aquiles Garlopis. Tía Aspasia es la madre de mi primo Poulis, que trabaja en la empresa de alquiler de coches Lefteris Makrinos, en la calle Tziraion, la misma en la que alquilamos el Rover. Tengo seis tías y tíos por parte de madre y siete por parte de padre. Y para que conste, tengo veintiocho primos. Es normal en Grecia. Pero escuche, señor, mi tía Aspasia ha dejado mensaje de que vuelve a haber alguien en la casa de Pritaniou. Ahora mismo. Por eso lo llamo tan tarde. Y está segura de que no se trata ni de la policía ni de la Gendarmería.

—¿Cómo está tan segura?

—Porque no le gusta la policía, señor. No desde la guerra civil. Cree que son todos unos ladrones. Y como no se fía de ellos, también los vigila de cerca. Solo dio parte de haber oído los disparos que acabaron con Witzel porque creyó que era su obligación. Desde entonces, cuando la policía hacía acto de presencia en Pritaniou, dejaban a un hombre de uniforme vigilando la puerta principal. Y ahora no hay nadie. Además, hay una moto aparcada delante; una Triumph roja con el sillín medio roto que cree podría ser del propietario.

—Ah, ¿sí? —Me senté en la cama, ahora despierto del todo, y miré el reloj—. ¿Puede pasar a recogerme delante del hotel?

—Estaré allí dentro de veinte minutos, señor.

Fui al cuarto de baño, metí la cabeza bajo la ducha fría, me bebí un vaso de agua y me vestí a toda prisa. Estaba saliendo por la puerta cuando sonó el teléfono otra vez y contesté, pensando que era Garlopis para decirme que llegaba un poco antes. Pero no era Garlopis. Era Elli Panatoniou, y su voz me sonó a ambrosía en el oído.

—Eh, creía que habíamos quedado en ir a bailar.

Miré de nuevo el reloj. Era casi medianoche. De pronto me sentí pero que muy viejo.

—¿Habíamos quedado? ¿A estas horas?

—Esto es Atenas. Aquí nunca pasa nada antes de las once de la noche. Aun así, tiene razón. No fue una cita en firme. Pero he pensado que podía pasarme de todos modos. Solo quería verlo.

—Bajo en dos minutos.

—Puedo subir a su habitación si quiere. Pero tendrá que llamar a recepción y decírselo.

Maldije mi suerte. No todas las noches se ofrece una preciosa joven griega a subir a la habitación de hotel de un viejo alemán. De pronto la situación me recordó mucho a las dos vasijas que según Homero tenía Zeus junto a la puerta de su despacho, una con las cosas buenas y otra con las malas; a unos hombres les otorgaba una mezcla y a otros solo penuria, pero a algunos les daba algo bueno que parecía haberles sido arrebatado simultáneamente en el transcurso de la misma seductora llamada de teléfono a las tantas de la noche. De momento tendría que lidiar con ello como mejor pudiera, lo que me aportaba una nueva perspectiva sobre el concepto de la actitud heroica. De pronto, sentí la tentación de clavarle una jabalina entre las costillas a algún troyano.

—No, no puedo hacerlo. De hecho, acabo de recibir una llamada de Aquiles

Garlopiis, y tengo que salir, aunque, ya que está aquí, quizá podría venir con nosotros. Y tal vez hagamos algo después.

—¿Como qué?

—No lo sé. Mire, voy a bajar. Lo hablamos entonces.

Tenía una idea bastante buena de qué hacer después, sobre todo teniendo en cuenta que ya se había ofrecido a subir a mi habitación, pero me pareció mejor hacerle otra sugerencia que no sonara a que estaba dando nada por sentado.

«Una copa —me dije, cuando bajaba en ascensor al vestíbulo del hotel—. Pero mejor que no sea aquí. Podría resultar un poco obvio si sugieres el bar del hotel. Seguro que ella conoce algún bar que esté abierto a estas horas por la zona. Propondrá el hotel si no le incomoda la perspectiva de subir a tu habitación. Siempre suponiendo que sea de fiar. De un modo u otro, Garlopiis puede llevarnos adonde sea, y entonces veremos lo que haya que ver. Qué amable de tu parte, Gunther. Puedes ser todo un caballero cuando crees que igual te lleva a alguna parte. Puedo tutearte ahora que estamos solos otra vez, ¿no te parece?»

Elli se levantó del gran sofá en el vestíbulo del hotel y me ofreció una sonrisa tan resplandeciente como la araña de luces encima de su cabeza. Su perfume ya me tenía cogido por el nudo de la corbata y me estaba pateando suavemente el cerebro dentro del cráneo. A veces los problemas huelen bien, sobre todo esos caros que se guardan en recipientes pequeños y frasquitos y se venden a las mujeres. Vestía pantalones negros, jersey negro ceñido y unos zapatos rojos que me llevaron a pensar que se había tomado en serio lo de ir a bailar. El bolso de cuero negro que tenía entre las manos parecía lo bastante grande como para guardar un piano de cola. El pelo daba la impresión de haberle crecido un poco, y se lo veía más lustroso incluso que antes, como si se hubiera lamido hasta la última hebra. De haber estado yo presente, le habría ahorrado la molestia. Me abrazó con firmeza un momento y me besó con cariño en las dos mejillas, y me quedé pensando que era un chico afortunado; probablemente demasiado afortunado, pero eso ya lo estaba elucidando, poco a poco. En Grecia es práctica habitual mirarle el dentado al caballo regalado.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—El propietario de aquel barco sobre el que fuimos a indagar a Hermíone —dije.

—Siegfried Witzel.

—He recibido una llamada de teléfono unos minutos antes que la suya. De Aquiles Garlopiis. Parece ser que hay alguien metiendo las narices en la casa donde fue asesinado. Y no es la poli. Quizá el asesino ha vuelto para buscar sus gemelos con monograma: un nazi llamado Alois Brunner. O igual es otro nazi llamado Max Merten. Aunque también podría ser el fantasma del propio Witzel, que no tiene nada mejor que hacer que rondar la casa. No lo sé. Hay muchas cosas que ignoro. Es posible que nunca sepa lo que no sé. Eso se da por descontado en un caso así. Igual soy el tasador de reclamaciones más imbécil desde que Woodrow Wilson firmó el Tratado de Versalles. Pero he pensado que más vale ir a echar un vistazo. Solo que igual es peligroso, cielo. Si se trata de Brunner o Merten, no les hará ninguna gracia que aparezcamos haciendo preguntas o amenazándoles con ir a la policía. Igual es mejor que se quede en el coche.

Llegado el momento, la mayoría de las chicas se habría desdicho y habría aducido

una cita con un bote de champú y un libro preferido. No fue el caso de Elli Panatoniou, que parecía hecha del mismo material ungido con agua de la laguna Estigia que Aquiles; aunque quizá no Aquiles Garlopis. Y desde luego no había olvidado la pequeña Beretta en el maletín que llevaba en el bar del hotel Mega.

—De acuerdo —dijo sin más, como si lo que acababa de proponer no fuera más peligroso que salir de compras por la noche o ir al cine del barrio.

Antes, solo había albergado dudas sobre los motivos que la habían llevado a trabar amistad conmigo. Ahora sospechaba más de ella que si hubiera sido una tímida soltera rubia enviada a mi hotel por Alfred Hitchcock en persona.

Si a Garlopolis le sorprendió ver a Elli Panatoniou salir por la puerta principal del hotel, no dio señal de ello. En cambio, le dedicó una sonrisa amable, le dio las buenas noches y le abrió la puerta del coche mientras yo me acomodaba en silencio en el asiento delantero del Rover. Pero vi que estaba nervioso. Los dos sabíamos que quienquiera que estuviese en el 11 de Pritaniou, griego o alemán, seguramente era un peligro en cualquiera de los dos idiomas. Cerca de la Acrópolis le dije que diera unas vueltas para rastrear el área en busca de coches de policía, pero lo único que vimos fue un camión del ejército cerca de la entrada a la antigua ciudadela.

—El Partenón está protegido de noche por un pequeño destacamento de soldados —explicó—, por si aparecen los persas e intentan quemarlo de nuevo.

—Esa es la razón oficial —añadió Elli—. Lo cierto es que los griegos estaban robando fragmentos del templo para venderlos. Mi abuelo tiene un trozo encima de la mesa.

Cerca de la Acrópolis vimos a unos cuantos que dormían al raso.

—Hace no mucho fueron los armenios los que huyeron a Grecia —explicó Garlopolis—. Luego fueron los griegos turcos. Este año, han sido los refugiados húngaros y cristianos coptos los que huyeron de Alejandría cuando los israelíes invadieron la península del Sinaí el mes de octubre pasado. A saber quiénes serán los siguientes en venir.

—¿Por qué los coptos?

—Cada vez que hay un problema con Israel, los musulmanes se desquitan con los coptos. Así que se montan en un barco, cualquier barco, y vienen a Grecia. Y aquí en particular, donde los turistas dejan mejores sobras.

Elli comentó algo en el asiento de atrás acerca del imperialismo británico y Suez, pero me trajo absolutamente sin cuidado. Cuanto mayor me hago, menos me importa la política. Además, era demasiado tarde para la política. En mi caso, unos veinticinco años; pero en Atenas nunca era demasiado tarde para la política y no pasó mucho rato antes de que Garlopolis y Elli empezaran a discutir, en griego.

—Aparque aquí —le indiqué, haciéndome oír por encima de la voz de Elli—. Y no lo haga a la griega. Ponga cuidado. Como si intentara aprobar el examen de conducir. Para que nadie se fije en este coche.

Garlopolis asintió y estacionó al lado de una serie de tiendecitas de recuerdos que por fin habían cerrado esa noche. Estábamos a cinco minutos a pie de la casa de Pritaniou pero la precaución exigía mantener cierta distancia. Solo porque tía Aspasia dijera que no había polis por allí no se podía dar por sentado que no hubiera polis por allí. Quizá

hubieran estado vigilando el domicilio desde otra casa. Es lo que habría hecho yo de ser un detective que investigara el caso Witzel. Garlopis apagó el motor y sacó el tabaco.

—Si no le importa, señor —dijo—, me quedo aquí, en el Rover. La última vez que entramos en esa casa nos esperaba la policía y nos detuvieron. Mis nervios no soportarían otra detención. Por no hablar del cadáver de Herr Witzel. Ver sangre me gusta tan poco como que me apunten con un arma.

Cogió una de las toallas que guardaba en el coche y se enjugó la frente.

—Qué cobarde —dijo Elli.

—Es posible —reconoció Garlopis—. Pero en la juventud y en la belleza, la sabiduría es escasa.

Elli se echó a reír.

—Cobarde —dijo de nuevo.

—¿A qué viene tanta saña? —le pregunté.

—Suponga que tiene problemas. Suponga que necesita ayuda. Y que Aquiles se queda en el coche porque tiene miedo. No me extraña que este país esté en una situación tan desastrosa si llaman Aquiles a hombres como este.

—Déjelo en paz —le dije—. Es un buen tipo. Y para que conste, me importan una mierda el canal de Suez y el imperialismo británico, o cualquier otra cosa, si a eso vamos. Mire, creo que más vale que se quede usted aquí también.

—¿Con él? —El tono de Elli era desdeñoso, y ya se estaba apeando del asiento trasero del coche—. Me parece que no.

Cerró de un sonoro golpe la portezuela de atrás del Rover y de pronto sentí deseos de abofetearle la boca: ya estaba lamentando haberla traído. En cambio, me encontré señalándola con el índice, igual que si fuera una niña díscola. No era que pareciera una niña en absoluto, era más bien que yo no parecía en absoluto un novio. Era lo bastante mayor para ser su padre y me sentía culpable por la diferencia de edad. Alguien debería haber señalado mis canas y haberme recordado que era un pardillo. Habría tenido toda la razón, además.

—Compórtese —la reconvine—. No todo el mundo tiene madera para esta clase de asuntos. Pero en mi caso es prácticamente un trabajo a jornada completa, ¿entiende? Garlopis es un asalariado. Un chupatintas. Así que deje de restregarle su conciencia por la cara. Y si usted piensa venir, más vale que haga lo que se le diga. ¿De acuerdo?

Me agarró el dedo índice, lo besó con ternura y luego asintió, pero su mirada seguía siendo traviesa. Me sentí como el encargado de sala de un casino —el tipo que vigila a los clientes para cerciorarse de que no engañen a la banca—, solo que seguía sin saber cómo lo hacía Elli y de qué estaba logrando salir impune.

—Lo que usted diga, señor.

—Si no hemos vuelto en media hora, váyase a casa —le dije a Garlopis.

Miró a Elli con amargura.

—Encantado, señor.

Elli le lanzó una mirada torcida y acusadora a más no poder, y yo me la llevé de allí antes de que tuviera ocasión de hacerle algún otro reproche. No me gustaba que le lanzara pullas a Garlopis; eso era cosa mía.

Fuimos calle adelante. Encima de nosotros la roca sobre la que estaba construida la

Acrópolis era tan escarpada que no se alcanzaba a ver el Partenón iluminado por los focos en lo alto. Y caí en la cuenta de que en realidad no lo había visto aún. No de cerca. Si hubiera tenido más tiempo, quizá habría sugerido pasear hasta allí. Pero dada la situación solo quería dar carpetazo al asunto de la Doris y largarme cagando leches de la ciudad camino de Alemania. Pero había empezado a ver que quizá fuera una ventaja ir con Elli si, en efecto, la casa estaba bajo vigilancia.

—Por cierto, ¿qué tiene contra ese pobre tipo?

—Bueno, no gran cosa —respondió—. Supongo que me recuerda a mi hermano mayor, que podría llegar a algo si no fuera porque le falta valentía.

—No se engañe. Yo soy un cobarde a carta cabal, igual que Garlopis.

Elli sonrió.

—Lo que usted diga, Christof.

—Lo digo en serio. No he logrado seguir vivo tanto tiempo a fuerza de recoger medallas al mérito policial.

—Bueno, ¿a quién cree que nos vamos a encontrar? —preguntó.

—No lo sé. Pero también es cierto que la ignorancia es el estado natural del hombre. No solo están mal preparados para distinguir entre la verdad y la mentira los expolis como yo. Pero por anónimo que sea él o ella, toda persona asesinada tenía familia, amigos, conocidos o colegas, y espero toparme con alguno de ellos, alguien que pueda decirme algo nuevo para saber algo más de lo que sabía. El trabajo de investigación no es más que sacar a la luz una cadena en uno de cuyos extremos está el individuo asesinado, y en el otro, su asesino.

—Lo dice como si pudiera hacerlo cualquiera.

—Podría hacerlo cualquiera, y esos cualesquiera se llaman policías. Pasaremos por la dirección un par de veces antes de entrar. Pero primero nos haremos pasar por una pareja romántica que ha salido a pasear de noche por una de las ciudades más románticas del mundo, por si hay alguien vigilando.

Elli pasó su brazo por el mío y me apoyó la cabeza en el hombro. Cuando llegábamos a la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en el cruce de Pritaniou, doblamos la esquina y aflojamos el paso hasta casi detenernos. Delante del número 11 me detuve y la tomé en mis brazos. Detrás de las contraventanas del piso superior había una luz y oí que sonaba una radio. Pero el resto de la calle tenía el mismo aspecto que si se acabaran de ir los persas.

—Eso es —le murmuré al oído—. Échele sentimiento. Use el método de Lee Strasberg con ganas. Procure fingir que no tenemos ojos más que el uno para el otro.

—¿Quién finge aquí? No, en serio. Lo he decidido. Me gustas, Christof —me tuteó—. Me gustas mucho. No eres como los hombres griegos. Hay en ti mucho más de lo que se ve flotando en la superficie. Ellos son muy superficiales. Tú eres... interesante.

—Claro que lo soy, guapa. Fui profesor esquirol de Filosofía y Pensamiento en la Universidad de Himmler de 1945 a 1950. Luego presidente de la Asociación Diógenes hasta que me robaron el tonel. Tendrías que leer alguna vez el libro que escribí sobre mi trabajo en aras del desarme nuclear.

—Lo digo en serio, idiota. —Y entonces me besó igual que si William Wyler nos estuviera observando detrás de la cámara desde una grúa hidráulica—. Pero no me preguntes por qué. Ni yo misma lo sé explicar. —Me dio un apretón excitado—. Lo que

suena es Manos Hatzidakis. En Radio EIR. La mejor emisora de Atenas. Igual es por eso.

—Debe de haber un griego ahí dentro —dije, consciente de pronto de cuánto detestaba la música griega.

—O igual es lo único que ha encontrado un alemán en el dial.

Delante de la misma puerta desvencijada de doble altura estaba la Triumph Speed Twin roja con el relleno asomando del sillín individual, tal como la había descrito con precisión Aspasia, la tía de Garlopis. Toqué el motor y comprobé que seguía templado. Elli también lo tocó, y dijo alguna otra locura acerca de que ella estaba igual de caliente. Caminamos un poco, fumamos un cigarrillo a medias en otro portal y luego regresamos. Todo parecía bastante tranquilo. Miré el reloj. Ya llevábamos allí diez minutos. En otros treinta minutos a más tardar, Garlopis se iría en el Rover. Era hora de cerrar el asunto, como acostumbraban a decir los agentes de seguros. El símbolo contra el mal de ojo en la rama del olivo parecía especialmente atento a la luz de la luna y, por un instante, tuve un mal presentimiento sobre lo que iba a ocurrir. Supongo que de eso se trataba. Llevé a Elli a través de la verja de hierro forjado y hasta el tramo de escaleras de piedra que subía por el lateral de la casa. Olía ligeramente a orines de gato.

—Quédate aquí, preciosa —dije—. Cuando compruebe que no hay peligro, saldré a buscarte.

—Ten cuidado, Christof —respondió—. Como equipo de rescate no soy gran cosa.

A veces echaba de menos ser Bernie, pero parecía un precio pequeño que pagar en comparación con echar de menos mi libertad. Subí hasta lo alto de las escaleras y estaba a punto de saltar el muro, tal como hice la primera vez, pero probé la puerta de madera y descubrí que no estaba cerrada con llave. En el patio no se veía el gato por ninguna parte y lo habían limpiado todo: las macetas rotas de terracota y la moto oxidada habían desaparecido y hasta habían recogido del árbol las uvas fosilizadas. No había luz en el sótano, pero en el piso superior el dormitorio de atrás estaba intensamente iluminado —lo suficiente como para alumbrar todo el patio— y la ventana estaba abierta, con un visillo que ondeaba con suavidad como un espectro que no acabara de decidirse a acechar la vivienda. Bajé unos peldaños hasta las contraventanas, las abrí y accedí a la miserable habitación donde Witzel había hallado la muerte.

En el suelo había una bolsa de viaje llena de ropa muy sucia y un ejemplar de la revista *Gynaika* con una fotografía de Marilyn Monroe en la portada. Encima de la mesa había un revólver Webley británico del calibre 38 al lado de unos prismáticos viejos, un poco de pan duro y un plato de tzatziki. También había unas llaves, una de ellas con un pequeño timón de barco de latón con el nombre Δωρής grabado en el reborde. Era el mismo tipo de llavero que había visto en posesión de Witzel cuando lo conocí en el despacho de Stadiou, y había ido familiarizándome con el alfabeto griego justo lo suficiente para hacerme la vaga idea de que ese nombre en griego era «Doris».

Cogí la maciza arma, abrí la parte superior para comprobar si estaba cargada y me encontré las mismas anémicas balas del calibre 38 que casi les habían costado a los británicos la última guerra —nunca llegué a entender por qué convirtieron un arma que quitaba el hipo en la Gran Guerra como el Webley del 45 en un calibre 38—, pero el

revólver, aunque más pequeño, aún podía causar daños más que suficientes. No me llevé el arma para recorrer la casa porque ahora que me dedicaba a los seguros pensé que debía evitar tantos riesgos como fuera posible y todas las tablas actuariales demuestran que cuando llevas un arma alguien acaba recibiendo un disparo, incluso aquel que la empuña. Así que me eché los seis proyectiles a la mano y los guardé en el bolsillo, solo por si acaso.

Fui arriba, subiendo de puntillas hacia el lugar donde sonaba la música griega y lo que parecía un chaquetón de marinero que habían dejado encima de la barandilla. No sabía qué pensaba hacer, pero no me pareció que gritar «Hola» en la casa fuera una opción inteligente. Supongo que quería evaluar los riesgos, como habría dicho Dumbo, lo que implicaba averiguar con quién me las estaba viendo exactamente antes de anunciar mi presencia sin haber sido invitado. Cuando llegué a lo alto de las escaleras vi la puerta del dormitorio entreabierta. Había tumbado en la cama individual un griego con chaleco. Estaba de espaldas a la puerta y no me vio. Era un hombre de aspecto fornido de cuarenta y tantos años, con una serpiente marina tatuada en el hombro desnudo. Supe que era griego porque leía un periódico griego y olía peor incluso que su ropa sucia. Llevaba una gorra de marino azul. Entre eso, el curioso llavero de abajo y quizá el hecho de que fumaba la misma marca repugnante de tabaco mentolado que Witzel, supuse que probablemente tenía ante mí al capitán de la Doris.

—Supongo que se llama Spiros Reppas —dije.

—¿Quién coño es usted, *malaka*?

Tiró el periódico a un lado y se levantó de un brinco del colchón, pero el cigarrillo siguió pegado a sus labios. Tenía las cejas negras y un tupido bigote entrecano que recordaba a los cuernos de un viejo búfalo de agua. Lucía una cicatriz más bien grande en la cara que casi me hizo lamentar no haber traído el revólver. Tenía ojillos de cerdo llenos de lo mismo que había en una botella al lado de la cama. El tipo estaba borracho y era más peligroso de lo que había supuesto.

—Tranquilo, amigo. Me llamo Ganz. Soy liquidador de reclamaciones de la compañía de Múnich que aseguró la Doris. Si ha venido en busca de Siegfried Witzel, lamento decirle que tengo malas noticias para usted. Su jefe ha muerto.

—Muerto, ¿eh? ¿Qué pasó?

—Lo mataron a tiros, en esta casa. Alguien lo asesinó.

—¿Usted, quizá?

—Yo no. Igual no se ha dado cuenta, pero no lo estoy apuntando con un arma. No, según un poli, fue Alois Brunner quien mató a su amigo. Aunque tal vez lo conozca mejor por el nombre de Georg Fischer. Como decía, yo no soy más que un liquidador.

—¿Así lo llama?

—Así lo llama todo el mundo. Ha oído hablar de los seguros, ¿verdad? Es cuando se paga dinero por si ocurre algo malo, y en caso de que ocurra te devuelven mucho más dinero. No sé, pero la mayoría de la gente parece entender cómo funciona.

—Igual usted me paga para evitar que le ocurra algo malo ahora.

—Eso es una clase distinta de seguro. Eso se llama extorsión. Mire, tranquilícese un poco, no he venido a robar nada. Solo a hablar. Tal vez pueda ayudarlo.

—Ya ha dicho suficiente, Fritz.

Hablar alemán había sido un error, no porque no lo entendiera, que lo entendía, sino

porque debía de haber pensado que, al ser alemán, había ido allí a matarlo. Era una suposición razonable, teniendo en cuenta el historial de mis compatriotas en Atenas. Todo el mundo sabía que la mayoría de los alemanes eran despiadados y poco de fiar. Pero era muy tarde para ir a por los dos hablantes nativos de griego que había dejado fuera para que intentasen convencerlo en su propio idioma de que yo era un tipo legal y no tenía intención de hacerle ningún daño. Supe que era un error porque metió la mano en el bolsillo del pantalón y al sacarla tenía una navaja de cachas nacaradas. Muy bonita. Decidí comprarme una si salía de aquella casa con vida. Aún no había pulsado el botón para abrir la navaja, por lo que quedaban uno o dos segundos para que prevaleciera el sentido común.

—No le gustan nada los seguros, ¿eh?

—Es posible. Pero, sobre todo, no me gusta usted. Lo más probable es que se me ocurra alguna buena razón para ello cuando esté muriendo desangrado en el suelo.

—Mire, amigo mío, no tiene por qué ser tan estúpido como parece. Ya veo que aún no ha entendido el principio del riesgo. Le sorprendería saber cuántos idiotas se hacen daño saliendo de la bañera, aunque salta a la vista que a usted no le pasaría nunca nada parecido, o sencillamente cruzando el dormitorio. Pero le garantizo que eso es justo lo que va a ocurrir a menos que guarde el palillo ese.

—Ya puede ponerse a rezar, *malaka*, porque es usted el que va a acabar mal.

Spiros Reppas apretó con el pulgar el botón en la empuñadura nacarada, que sonó tan inocuo como el disparador de una cámara, pero cuando se abalanzó sobre mí lanzando tajos e intentando clavarme la punta, supuse que no quería que dijera «patata», de modo que me di la vuelta y bajé corriendo las escaleras de tres en tres con la intención de coger el Webley de la mesa junto a las puertaventanas. Por supuesto, él no podía saber que el revólver estaba descargado, pero yo lo quería porque incluso un Webley sin balas es más útil que no tenerlo en absoluto.

Oí sus pies siguiéndome de cerca y, al darme cuenta de que no iba a alcanzar el Webley a tiempo, cogí el chaquetón de marinero de la barandilla para intentar defenderme con él. Cuando llegamos al pie de la escalera, me volví y, sirviéndome del chaquetón, encajé la primera y la segunda acometida con la navaja. Él reculó un paso, fintando con la hoja, que a todas luces sabía usar, sobrio o borracho, mientras yo me enrollaba el chaquetón en torno al antebrazo izquierdo y me disponía a esquivar el tercer embate. Ninguno de los dos hablaba. Cuando dos hombres tienen una diferencia de opiniones como es debido, es mejor dejar que la arreglen con una dialéctica más a la antigua usanza que la pura razón. La tercera vez que se me abalanzó gruñendo como un perro rabioso intentó alcanzarme el cuello y yo levanté el antebrazo bien protegido para evitar que el filo me cortara la yugular. El chaquetón de marinero encajó la mayor parte de la afilada longitud de la hoja, pero no era lo bastante grueso para impedir que la punta de la navaja se me clavara en el brazo. Grité de dolor, desplacé el brazo y la navaja hacia un lado y luego le lancé un derechazo. Fue un buen golpe, un gancho a la cara al estilo Schmeling que debería haberle partido la mandíbula de no ser porque lo esquivó agachándose, me arrancó el chaquetón con la navaja y se me abalanzó de nuevo. Había miedo y voluntad homicida en sus ojos ribeteados de rojo y quizá un leve indicio de incertidumbre ahora con respecto al desenlace. Supuse que yo debía de tener un aspecto muy similar. Por suerte, la navaja quedó a mi alcance, a escasos centímetros de mi nariz y lo bastante alta para que descargase dos palmadas simultáneas a ambos lados de su brazo —una en el dorso de su mano y la otra en la cara interna del antebrazo—, un ejercicio de adiestramiento que por fortuna recordé de la academia de policía de Berlín, en los tiempos en los que daba la impresión de que todos los canallas de las calles se creían Mack el Navaja. Fui más afortunado de lo que merecía, teniendo en cuenta la herida en el antebrazo. Con la mano derecha impedí que moviera la muñeca y con la izquierda le golpeé con fuerza el dorso de la zarpa grande y velluda, con lo que obligué al griego a abrir de súbito los dedos de modo que la navaja se le cayó del puño y resonó con estrépito contra el suelo. Fue él quien gritó

de dolor entonces. Tal vez le hubiese roto la muñeca derecha, pero permaneció en pie e incluso se abrió paso de un empujón para coger de la mesa el Webley con la izquierda.

Retrocedí un paso por instinto y levanté las manos el tiempo suficiente para reparar en que me resbalaba sangre por el brazo izquierdo desde donde había logrado apuñalarme. Supe que necesitaría unos cuantos puntos de sutura en el hospital, lo que sin duda daría al traste con el resto de la velada y reduciría mis posibilidades de acostarme con Elli. Y eso me fastidió. Pero durante unos instantes le dejé creer que llevaba ventaja, con la esperanza de averiguar algo más antes de demostrarle que se había equivocado y asestarle un puñetazo bien fuerte en la nariz. Seguramente la nariz fuera lo mejor: no hay ninguna otra parte que ponga fin al asunto tan de repente como un buen puñetazo en la nariz, sobre todo cuando menos te lo esperas.

—Bueno, ¿dónde está el profesor Buchholz? —pregunté.

Reppas amartilló el Webley como si de veras tuviera intención de dispararme. Yo sabía que las seis balas estaban a buen recaudo en mi bolsillo, pero incluso cuando sabes que un arma está descargada te hace sentir incómodo que te apunte con ella alguien que quiere asesinarte. Te preguntas si en efecto has sacado todos los proyectiles, o si alguien podría haber vuelto a cargarla mientras estabas ausente de la habitación. Locuras por el estilo.

—¿O debería decir Max Merten? ¿Qué hay de él? Yo diría que usted y él han estado escondidos en alguna parte desde que la Doris se fue a pique. Pero ¿dónde? ¿En algún lugar cerca de Hermíone? ¿En Kosta, quizá? ¿Sabe siquiera que su socio está muerto? Y que ahora no cobrará el dinero del seguro.

—Espero que esté usted asegurado, *malaka* —dijo el griego.

—Siegfried Witzel volvió a Atenas para reclamar la indemnización por la Doris, ¿verdad? Dejándolos a los dos a salvo allí. Y dijo que los llamaría cuando hubiese acabado con el papeleo. Pero al no llamar, se impacientaron o les entró la curiosidad o incluso se preocuparon y decidieron venir en su busca. ¿Fue eso lo que pasó? Mire, yo no le disparé. Pero la policía busca al que lo hizo porque también mató a un montón de judíos durante la guerra.

Al instante siguiente Reppas apretó el gatillo —oí otro chasquido inocuo de disparador de cámara— y en ese momento sentí que el percutor golpeaba mi temperamento a punto de agotarse.

—Eso me lo voy a tomar pero que muy a pecho —dije.

Mientras él miraba como un memo el Webley y caía en la cuenta de lo que había ocurrido, di un paso adelante y le golpeé la nariz con el pulpejo de la mano, lo que ahorra estropearse innecesariamente los nudillos. El golpe lo lanzó por encima de la mesa y a través de la contraventana. Permaneció inmóvil durante un momento, hecho un guiñapo de nariz ensangrentada y cristales rotos, y maldije la estupidez de Bernhard Gunther por haberle dado al tipo una oportunidad de defenderse.

«Tendrías que haberle apuntado con el Bismarck a la cabezota y haberte ahorrado tantas molestias. Los antiguos métodos probados son los mejores. Házselo tú al otro tipo antes de que te lo haga él. ¿Cuándo vas a convencerte de que no se gana nada intentando portarse como un hombre decente en una situación así? Eso ya tendrías que haberlo aprendido en la guerra. *Malaka* tiene razón. Esto te ha costado un buen

traje. No solo eso, sino que además ahora vas a tener que esperar a que haya dejado de sangrar para sacarle alguna respuesta».

Agité la mano entumecida para insuflarle un poco de vida, me quité la chaqueta y eché un vistazo a la herida en el antebrazo izquierdo —que, si bien no era tan grave como me parecía por el dolor, todavía necesitaba unos cuantos puntos— y luego cogí el arma y la navaja del suelo. Me metí la navaja en el bolsillo e introduje el cañón del Webley rematado en forma de rombo por la cinturilla de los pantalones. Si hubiera habido un trapo limpio a mano quizá me hubiese vendado el brazo. Fuera, Reppas gruñía tan fuerte que empezaba a resultar incómodo. Lo cogí por un pie y empecé a arrastrarlo hacia el interior de la casa, por si los vecinos eran griegos de esos que se quejaban por el ruido. Con los persas quemando la Acrópolis y violando a las sacerdotisas del templo tendrían que haber estado ya acostumbrados. Probablemente pensarían que no era más que Reppas rompiendo unos cuantos platos al final de una alegre velada, tal como hacen los griegos cuando lo están pasando bien. Uno no puede por menos de pensar qué ocurriría si llegan a enfadarse por algo. Mientras tiraba de él, se le salió la bota, lo que me obligó a soltarle la pierna un momento. Volví a agarrársela, pese a que el calcetín le apestaba, me encajé su pie bajo la axila y acabé de arrastrarlo hasta el interior. Cerré las contraventanas, encendí la luz, eché un vistazo más de cerca al estropicio como de mermelada de fresa en que había convertido la cara del capitán, y luego a su muñeca derecha, que a pesar de todo no estaba rota. Como ya no parecía suponer ninguna amenaza, le registré los bolsillos del pantalón. Al no encontrar nada, salí por la puerta principal y fui al lateral de la casa para hablar con Elli.

Ella tiró el cigarrillo que había estado fumando, se levantó y me cogió el brazo con suavidad.

—Estás herido —observó.

—No es más que un arañazo.

Dudé que aquello fuera cierto ya mientras lo decía.

—Vaya pedazo de gato debía de ser. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—No era un gato. Me ha mordido un tiburón de colmillos blancos como el nácar, cielo. Lo que se ha estropeado es mi traje, no yo. ¿No has oído nada?

—No.

—Bien.

—Bueno, ¿quién está en la casa? ¿El nazi?

—No ha habido tanta suerte. Es Spiros Reppas. El capitán de la Doris.

—No lo has matado, ¿verdad? Es que tienes mucha sangre en las manos.

Elli tenía serenidad de sobra, desde luego. Por su modo de hablar, pensé que no le habría importado mucho si lo hubiese matado.

—No podrá oler ninguna rosa en una temporada, pero por lo demás está bien. No tiene más que dolor de cabeza y la nariz rota.

—Gracias a Dios. Con arreglo a mi experiencia, la policía griega no ve con muy buenos ojos el asesinato.

—Venga, vete a buscar a Garlopis. ¿Quieres, cielo?

—De acuerdo. Pero este sitio no me gusta. No es precisamente lo que tenía pensado para esta noche. Podríamos haber estado pasándolo muy bien si no fueras

expoli.

—Lo siento, pero no podemos irnos. Todavía no. Tengo que hacerle antes unas preguntas a nuestro amigo navegante. Hasta ahora solo hemos estado cruzando golpes. Lo he apaciguado, así que dile a Garlopis que ya no hay peligro pero que necesito esas toallas limpias que tiene en los asientos del coche. Una es para mi brazo y la otra para la cara del capitán. Y sé simpática. Para ser tan cobarde, Garlopis es en realidad muy buen tipo cuando lo conoces bien. Si lo sabré yo. Como ya te dije, a menudo también me porto como un cobarde.

—Lo dudo, sinceramente.

—Es verdad. La única razón por la que he entrado es que me daba miedo lo que podría ocurrir si no lo hacía. Créeme, a veces la valentía no es más que ese espacio muy reducido que hay entre dos tipos de miedo: el de él y el mío. Ahora sé buena y vete a buscarlo. Y trae las toallas. No olvides las toallas.

Le lancé una de las toallas limpias a Spiros Reppas, que ahora estaba sentado en silencio en el sofá hecho polvo, y esperé a que se limpiara la cara destrozada; tenía la nariz como el codo de un carnicero y los ojos llenos de ese plasma proteínico que los inunda cuando se le cambia a un tipo la cara a peor. Humor acuoso, supongo, aunque nadie le veía la gracia. Con el antebrazo izquierdo envuelto en otra toalla, estaba sentado a la mesa y tenía el Webley delante de mí con la esperanza de que subrayara mis preguntas y la poca paciencia que me quedaba debido a cómo habían ido las cosas hasta ahora; pero el arma seguía descargada porque ya había matado a gente que intentó asesinarme y no quería que se derramara más sangre. Una nariz rota y un tajo en el antebrazo ya eran derramamiento suficiente para una noche.

Elli y Garlopis andaban rondando por la entrada junto a las escaleras, testigos vacilantes e incómodos de un interrogatorio que hubieran preferido evitar. Seguramente se preguntaban si sería capaz de volver a hacerle daño a Reppas. Yo también me lo estaba preguntando. En el dormitorio de arriba sonaba en la radio otra alegre melodía griega y Elli la tarareaba en voz baja hasta que le lancé una mirada irritada con los ojos entornados para hacerla desistir. Estaba nerviosa, supongo, e intentaba disimularlo. Ver pistolas y navajas y una buena cantidad de sangre tiene ese efecto en algunas mujeres. Por otra parte, a lo mejor no se daba cuenta de que no era el momento ni el lugar para albergar una melodía en el corazón.

—¿Por qué no subes y apagas la puñetera radio? —le dije—. Me está sacando de mis casillas.

—¿No te gusta la música griega? —preguntó.

—No especialmente. Y ya que subes, echa un vistazo a ver qué encuentras.

—¿Qué estoy buscando?

—Lo sabrás si lo ves.

—Así habla un gran detective.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Tenía la curiosa impresión de que Leventis cree que lo eres.

—Todo el mundo le parece un gran detective a un poli como él. Hasta un viejo teutón como yo.

—No eres tan viejo, para ser un viejo.

Se fue arriba. Se movía como una pantera negra —excepcional, hermosa y todavía envuelta en un misterio insondable— y poco después la radio quedó en silencio, lo que me dejó un poco de espacio para aclararme las ideas.

Le pasé el billeteo del herido a Garlopis. Ya lo había revisado, pero todo lo que

llevaba dentro estaba impreso en griego.

—Vea qué nos dice eso —le indiqué con un gruñido, todavía irritado, aunque ahora más conmigo mismo, sobre todo por estarlo con Elli. Por otra parte, que alguien intente dispararte puede causar ese efecto a veces. Encendí un par de cigarrillos, porque el tabaco es la panacea perfecta para los cortes en el antebrazo y las narices rotas, un remedio que todo lo cura, no requiere conocimientos médicos y siempre funciona como por arte de magia. Le puse uno entre los labios manchados de sangre al capitán y fumé en silencio un momento, recordando algo que me había dicho Bernhard Weiss cuando aún estaba al mando de la Comisión de Homicidios en la Alex de Berlín.

«Haga que el silencio le sea favorable —me decía—. Fíjese en cómo pronuncia Hitler sus discursos. Nunca tiene prisa. Espera a que el público se apacigüe y aumente la expectación. “¿Cuándo hablará?”. “¿Qué dirá?”. Con un sospechoso es lo mismo. Fúmese un pitillo, échese un vistazo a las uñas, mire el techo, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Su sospechoso se estará diciendo que debería ser él quien no tiene nada mejor que hacer, no usted. Lo más probable es que su hombre diga algo, aunque solo sea que se vaya a tomar por el saco».

Al cabo de un par de minutos, Reppas volvió a limpiarse la nariz, inspeccionó la sangre que había en la toalla, se quitó el cigarrillo de la boca y escupió un gargajo de color escarlata hacia un lado. Evidentemente, el tabaco y la psicología estaban dando resultado.

—Bueno, ¿y ahora qué, *malaka*?

—Eso es cosa suya, capitán.

—Eso dice el tipo de la pistola.

—Mire, amigo, el arma es suya, no mía. Y si no hubiera apretado el gatillo contra mí, tal vez aún estaría respirando por la nariz como es debido.

—No funciona a menos que se apriete el gatillo.

—Ese ha sido su segundo error estúpido. El primero fue dejarla por ahí donde alguien pudiera venir y descargarla.

Miró el arma, y luego a mí.

—Entonces, si no está cargada, ¿qué hago aquí sentado escuchándolo? ¿Qué me impide echarlo de aquí ahora mismo?

—Yo. Eso se lo impide. Mire, ya tiene la nariz rota. Sería una pena que tuviera que romperle además un brazo.

—A lo mejor corro ese riesgo.

—Si lo hace, le aconsejo que se haga antes un buen seguro. Sigue borracho y ya está bastante tocado. Eso me da toda la ventaja que necesito.

Reppas asintió.

—Así pues, ¿qué más me aconseja?

—Solo que me dé una breve lección de historia. Historia reciente. No hay necesidad de revivir las glorias pretéritas de Grecia. Basta con todo lo ocurrido desde que Max Merten apareció en el Ática. El caso es que hay un poli llamado teniente Leventis en el Megaron Pappoudof de la plaza de la Constitución, aquí en Atenas. Es quien encontró a su jefe muerto en esta casa, probablemente asesinado por Alois Brunner, también conocido como Georg Fischer. Es un tipo tenaz y tiene muchas ganas de hablar con quien sea acerca del paradero de Brunner en la actualidad, tanto así que me ha estado

apretando las clavijas para que me encargue de parte del trabajo de investigación. Trabajar en un caso de asesinato queda al margen de las condiciones de mi empleo actual, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El teniente puede ser un hombre muy convincente. Se ha quedado mi pasaporte como garantía. Supongo que llegó a la conclusión de que, como Siegfried Witzel era un compatriota alemán y cliente de mi aseguradora en Múnich, yo podía ayudarlo a esclarecer todo este puñetero embrollo. Imagino que ahora puede encargarse usted de eso. Así podrá hacerle a usted todas las preguntas coñazo que me ha estado haciendo a mí. Así pues, una de las posibilidades que tengo a mi alcance es llamarlo y decirle que venga a detenerlo. Porque, no nos engañemos, sabe mejor que yo de qué va todo esto. Yo no soy más que un investigador de reclamaciones de Alemania que ojalá se hubiera quedado en casa.

»Todo eso queda en un lado de la hoja de balance. Igual tiene un pico de oro y puede buscar una salida a fuerza de darle a la lengua. No le daré más vueltas. Lo dejaré en manos del teniente Leventis y de usted. A él le gusta hablar, y discutir. Durante horas. Pero, por otro lado, tengo una pequeña cuenta pendiente con Max Merten. De no ser por él, no estaría metido en este lío. Así que estaba pensando que tal vez pueda convencerme de que le deje largarse de aquí sin implicar a la policía. Lo mismo hasta le devuelvo el billetero y finjo que no ha estado nunca aquí. Podría coger esa moto y desaparecer unas semanas, mientras yo voy a ver a Max Merten. Solo que tendría que decirme dónde encontrarlo. Y luego, cuando todo esto haya terminado, puede volver aquí y recomponer los trozos de su vida.

Desplacé unos fragmentos de cristal bajo la suela del zapato como para dejar el asunto metafóricamente más claro.

—Perdone que lo interrumpa, señor. —Garlopis tenía un carné de identidad en la mano—. Según su carné, este hombre, Spiros Reppas, vive en Spetses. Es una isleta ubicada unos pocos kilómetros al sur de Kosta, que es adonde fue el taxi desde Hermíone después de que se hundiera la Doris. En el número 22 de la calle Mpotasi.

Garlopis siguió revisando el billetero.

—Eso encaja. ¿Algo más?

—Solo algo de dinero. Un pasaje para el ferry. El carné de conducir. Una tarjeta de visita que describe una empresa de submarinismo, también en Spetses.

—Spetses. ¿Es ahí donde se oculta Max Merten, capitán?

—Quizá —dijo Reppas—. Quizá no. Igual usted solo quiere matarlo también.

—Por lo que he oído sobre lo que hizo con los judíos de Salónica, se merece morir, cuanto antes. Solo que eso no depende de mí. Yo soy empleado de una aseguradora, no asesino. A decir verdad, preferiría obsequiar al pueblo griego con Merten. El teniente Leventis me dice que le encantaría detener a Alois Brunner y llevarlo a juicio por crímenes de guerra. Pero supongo que Leventis probablemente se contentará con atrapar a Max Merten en su lugar. Tal como yo lo veo, si puedo entregarle a Merten en bandeja, se apuntará un tanto muy importante; me devolverá el pasaporte y podré regresar a casa. Así de sencillo.

—¿Haría eso? ¿Por mí? —Reppas esbozó una sonrisa sarcástica que casi me dio ganas de volver a romperle la nariz.

—No, por usted no. Pero por el pueblo de Grecia, sí, lo haría. Solo que más vale que se dé prisa en cantar antes de que mi amigo de ahí encuentre más información

valiosa en su cartera. Ahora que tengo una dirección, su valor de cambio está menguando más deprisa que el de un fajo de dracmas mojados, Spiros.

—Vale, vale. Pero antes dígame exactamente qué le ocurrió a Siegfried Witzel. Por favor. Fue amigo mío durante veinte años. Un buen amigo, además. Para ser alemán.

—No lo sé a ciencia cierta. Como decía, no soy más que el tipo de la aseguradora. Vinimos a esta casa para entregarle a Witzel un pago a cuenta del acuerdo definitivo y lo encontramos muerto en el suelo. Le habían pegado un tiro en cada ojo. También había aquí un poli. Desde entonces ese poli tiende a fingir que nosotros tuvimos algo que ver con el asunto, para así atrapar al auténtico culpable. Acabar con sus víctimas de sendos tiros en los ojos es el sello de Alois Brunner, el criminal de guerra nazi. Creo que Brunner me utilizó para que lo condujera hasta esta casa porque iba detrás de Witzel. Eso es todo lo que sabemos sobre lo ocurrido aquí.

—¿Qué fue del cadáver?

—¿El cadáver?

—¿Han enterrado ya a Siegfried? ¿Lo han incinerado o qué?

—No tengo la menor idea.

Reppas asintió con aire pesimista.

—Qué pena. Era buen amigo mío.

—De momento, me he mostrado paciente contestando sus preguntas, capitán Reppas. Más aún, tengo un corte en el brazo que necesita atención inmediata. No solo eso, sino que además me está instando a que vea si puedo enderezarle la nariz con el puño si no me cuenta lo que quiero saber, y pronto.

La habitación quedó en silencio. Reppas no mostraba el menor indicio de qué estaba pensando. Entonces, justo cuando estaba a punto de cerrar el puño y golpearlo, dijo:

—De acuerdo. Se lo contaré todo.

—Asegúrese de que así sea. Y por cierto, ya sé que el auténtico objetivo de su expedición no era sumergirse en busca de un antiguo tesoro griego, sino de un tesoro judío moderno. Y más vale que le diga también que no solo le encantaría encontrarse con usted a la policía griega, amigo mío. También hay unos israelíes en la ciudad que están interesados en esta historia. No creo que quiera conocerlos. No porque sean judíos, sino porque no tienen tanta paciencia como yo. Supongo que no se lo puedo reprochar. La historia les ha enseñado que, si va a repetirse, esta vez serán ellos los que tengan armas, cara de pocos amigos y la empeñada voluntad de acabar alzándose con la victoria.

Elli volvió abajo y negó con la cabeza.

—Nada —dijo—. De eso hay para dar y regalar por ahí. Antes me preguntaba cómo sería vivir en una de estas casitas cerca de la Acrópolis. Bueno, ahora ya lo sé. Este sitio es un desastre.

Reppas le dio una fuerte chupada al cigarrillo y expulsó el humo lentamente por las ventanas de la nariz magullada. Estaba tan perjudicado que daba la impresión de que las ruinas de su nariz seguían ardiendo a fuego lento tras una pequeña explosión en el centro del rostro. Le pasó otro pitillo, lo encendió con la colilla y luego buscó con la vista un cenicero. Su escrupulosidad rayaba en el absurdo, teniendo en cuenta cómo estaba la alfombra. Garlopis cogió uno de alguna parte y se lo entregó con la misma seriedad que si hubiera sido un mayordomo que le tendiera a su señor una bandeja de plata. Elli también cogió un cigarrillo, y dejó que él le diera fuego.

—Nadie le ha dado permiso para dejar de hablar —le dije a Reppas.

—A veces mi alemán no es muy bueno —se justificó—. El jefe me hablaba en griego cuando estaba sobrio y en alemán cuando iba borracho, que era buena parte del tiempo. Cuando me he dado cuenta de que era usted alemán, he pensado que trabajaba para Brunner. Por eso lo he atacado con la navaja. Con un tipo como ese, conviene no correr el menor riesgo. Lo siento. Esta casa era de mi difunta hermana. Nadie vive aquí ni está al tanto de la existencia de esta casa. Por lo menos, eso creía yo. Así que cuando ha aparecido en el dormitorio sin más, he pensado que venía a matarme. La próxima vez, llame a la puerta o traiga un periquito que hable griego por usted. De lo contrario, algún día acabará muerto.

—Quizá lo habría hecho si Witzel no hubiera ido al encuentro de su creador aquí mismo. Y si su asesino no siguiera en paradero desconocido. Y si los polis que en teoría tendrían que estar vigilando este lugar no se hubieran desvanecido. Todo eso tiende a hacer que uno que se dedica a los seguros se ande con cierta cautela.

—Claro, lo entiendo. Yo también he sido cauto desde que el barco se fue a pique. Estaba escondido en mi casa de Spetses. Merten se opuso rotundamente a que Siegfried volviera a Atenas para presentar la reclamación hasta estar seguros de que no había peligro. Discutieron cuando estábamos aún en la balsa neumática. Dijo que seguro que Brunner estaría buscándonos. Fue Brunner quien hizo naufragar la Doris, ¿entiende? Con alguna clase de dispositivo incendiario de efecto retardado. Pero el jefe no quiso ni oír hablar de la posibilidad de no volver aquí para presentar la reclamación lo antes posible. Dijo que el barco era toda su vida y que, a menos que la aseguradora le pagase, iba a perderlo todo, no solo el oro que de todos modos nunca había

conseguido. La Doris, además de su medio de vida, era también su hogar, ¿entiende? Así que supuso que merecía la pena correr el riesgo. Además, el jefe siempre podía valerse por sí mismo. E imaginamos que no había peligro en venir aquí, teniendo en cuenta que nadie sabía de esta casa. La heredé de mi hermana hace unos meses. Ella vivía en Tesalónica y, bueno, ya ve que no he tenido ocasión de hacer gran cosa con ella.

—Ahora puedo desestimar la reclamación al seguro con la conciencia tranquila. Pero vamos a retroceder un poco. He dicho que sabía que el auténtico objetivo de la expedición era buscar un cargamento hundido de oro judío, pero quiero saber la historia entera. Empezé por el principio. De alfa a omega. ¿Cómo conoció Max Merten a su jefe?

—Antes de la guerra. En Berlín. Siegfried Witzel empezó como abogado y luego estudió zoología. No me pregunte cómo va eso. Durante la guerra fue miembro de una unidad de buceo de combate en la armada alemana llamada División Brandemburgo. Pero ya se había adiestrado con la Decima Flottiglia MAS italiana, líder en combate subacuático. Fue allí donde se apasionó con el submarinismo y como lo conocí yo. Soy medio italiano. En los últimos meses de la guerra se compró la goleta Doris. Creo que Merten tuvo algo que ver con eso. Y luego, en cuanto pudo, regresó a Grecia y los dos empezamos a trabajar juntos haciendo películas submarinas. Una incluso ganó un premio en el Festival de Cine de Cannes. Acabó en el fondo del mar, igual que todas nuestras cámaras.

»Sea como fuere, hace unas semanas se presenta Merten con otro alemán. Un tipo llamado Schramma. Christian Schramma. Solo que no tenía ni pizca de cristiano. Era un matón, de Múnich, y me parece que Merten lo trajo como medida de seguridad.

—Me preguntaba cuándo haría acto de presencia en esta historia.

—Solo brevemente. Está muerto, por cierto. Brunner lo mató a tiros. Pero antes de que apareciera Brunner para fastidiarlo todo, Merten y el jefe parecían tener el asunto bien planeado. Íbamos a navegar hasta aguas poco profundas frente a la costa del Peloponeso, sumergirnos hasta el lugar donde se hundió el Epeius y recuperar parte del oro judío con la excusa de una expedición en busca de antigüedades griegas. De eso ya está al tanto, ¿verdad?

Asentí.

—Hasta donde es necesario, por ahora.

—No todo el oro, ya me entiende. Solo el que pudiéramos recoger en una o dos semanas, quizá un par de cientos de lingotes, con un solo buceador: el jefe. Todo parecía perfecto. Teníamos los permisos adecuados de museos y ministerios, que Merten, haciéndose pasar por un importante profesor alemán de arqueología, había obtenido previamente. Debo reconocer que era muy meticuloso. Estábamos preparados para zarpar cuando aparece un tipo que se hace llamar Georg Fischer. Subió a bordo del barco mientras seguíamos fondeados en el puerto deportivo del Pireo, más fresco que una lechuga, y era evidente que él y Merten se conocían, y que Merten le tenía miedo. Enseguida quedó claro que Merten y Fischer habían sido socios y que Fischer, porque no averigüé que en realidad se llamaba Alois Brunner hasta que llegamos a Spetses, había sido traicionado por Max Merten durante la guerra. Él y otros oficiales de las SS habían robado el oro de los judíos. Entonces Brunner le dijo a

Merten que quería su parte y que había decidido acompañarnos en la expedición, solo para vigilar de cerca el asunto, pero que también había decidido agenciarse una póliza de seguro dejándole a un abogado local una carta en la que explicaba lo que Merten se traía entre manos en realidad. Si le ocurría algo y no regresaba a Atenas en treinta días, la carta llegaría a manos de las autoridades griegas. Merten accedió. Bueno, no tenía otra opción. Brunner dijo que hasta nos proporcionaría una antigüedad auténtica para ayudarnos con nuestra tapadera, por si aparecía la guardia costera y empezaba a hacernos preguntas, porque, cosa muy conveniente para nosotros, se dedicaba a la exportación de obras de arte. Así pues, aceptamos la entrega de un cajón que contenía una cabeza de caballo griega, y así fue probablemente como acabamos subiendo a bordo el dispositivo incendiario.

»En cuanto Brunner abandonó el barco, el jefe me pidió que fuera tras él y lo seguí hasta su hotel, el Xenon, en el Pireo. Luego, regresé allí y, por unas pocas dracmas, la operadora del hotel me mostró todas las llamadas de teléfono que había realizado Brunner desde su habitación. Llamando a esos números, uno detrás de otro, me las ingení para averiguar el nombre del abogado de Brunner en Glyfada, el doctor Samuel Frizis. El jefe conocía a un ladrón de la zona llamado Tsochaztopoulos y nos reunimos con él en el club Chez Lapin en Kastella. El jefe le dio mil quinientas dracmas por entrar en el bufete del abogado y robar la carta de Brunner, solo que se suponía que debía hacerlo sin que el abogado se enterase. Así de sencillo. Solo tenía que buscar el expediente de un cliente llamado Fischer y robar lo que hubiera dentro. Yo esperé delante del bufete mientras Choc entraba. No le llevó más que un momento. Dijo que eran las mil quinientas dracmas que menos le había costado embolsarse en mucho tiempo.

»Llevé la carta de regreso al barco y esperamos a que Brunner se reuniera con nosotros, tal como habíamos acordado. El plan era que para cuando el abogado descubriera que la carta había desaparecido de su despacho, Brunner ya estaría en alta mar con nosotros y sencillamente lo lanzaríamos por la borda con la cabeza de caballo atada a los pies. Pero algo salió mal. Creo que Brunner estaba en contacto con sus propios matones, y uno de ellos me vio seguirlo hasta el hotel. En todo caso, el cabrón se olió algo sospechoso y antes de subir a bordo le pidió a su abogado que comprobara si aún tenía la carta. Y cuando el abogado no la encontró, Brunner debió de figurarse que Merten iba a traicionarlo de nuevo, porque subió al barco en secreto la noche antes de que nos hiciéramos a la mar. Schramma lo sorprendió y hubo un tiroteo. Schramma acabó muerto y Brunner se dio el piro de la embarcación y fue hacia el muelle del Pireo. No mucho después zarpamos, así que acabó siendo el cadáver lastrado de Christian Schramma el que lanzamos por la borda.

—Es la primera buena noticia que oigo en una temporada.

—¿Lo conocía?

—Sí. Y lo bastante bien para decir que se tenía merecido lo que le ocurrió. Asesinó a dos personas en Múnich y salió impune, gracias a Max Merten. Y he de reconocer que gracias a mí también. Cometí un error. Pensé que estaba protegiendo a Merten. Creí que Merten era inocente. Pero no lo era. Nunca lo fue.

—Merten es un tipo astuto, eso está claro. Después de hacernos a la mar decidimos que, puesto que Brunner no tenía la menor idea de dónde teníamos planeado

sumergirnos..., y no me pregunte dónde es, de verdad, no lo sé. Merten mantenía en secreto la longitud y la latitud exactas por miedo a que los traicionáramos, y ahora ya veo por qué..., podíamos ocultarnos en Spetses durante un tiempo, por si Brunner nos había delatado. Luego, cuando juzgáramos que no había peligro, volveríamos a por el oro tal como habíamos planeado. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que antes de matar a Christian Schramma y abandonar el barco, Brunner había activado alguna clase de dispositivo incendiario de acción retardada en el cajón de la cabeza de caballo. Tal vez eso explicase por qué había subido a bordo por la noche. De todos modos, pasaron un par de horas hasta que estalló el dispositivo. Para entonces ya estábamos mar adentro. Acabábamos de lanzar a Schramma al fondo cuando descubrimos que había un incendio. Intentamos controlarlo, pero fue imposible. Al jefe le pareció que la bomba incendiaria estaba hecha de fósforo y era inútil esforzarse por apagarla.

»Empezamos a hundirnos, de modo que tuvimos que abandonar el barco. Cogimos unas cuantas cosas y fuimos a tierra en el bote salvavidas, y Merten y yo tomamos un taxi y luego el ferry a Spetses, mientras que el jefe tomó el ferry al Pireo. Dijo que se pondría en contacto con nosotros en cuanto le fuera posible, y durante varios días seguimos recibiendo telegramas. Pero cuando el jefe dejó de enviarlos, decidí venir a Atenas en moto y averiguar qué había sido de él. Y aquí estoy.

—¿Así que Merten está solo en su casa de Spetses?

—No del todo. Hay una vecina de allí que pasa cada dos días a cocinar y limpiar.

—¿Está armado?

—Sí. Tiene la pistola Walther de Schramma.

—Voy a necesitar la llave de la puerta.

—En el bolsillo de mi chaqueta encontrará otra llave con la dirección en una etiqueta.

Señaló el chaquetón tirado en el suelo a mis pies. Asentí.

—Cójalo.

Recogió el chaquetón, buscó la llave y me la entregó.

—¿Hay línea de teléfono en su casa? —pregunté.

Reppas hizo una pausa y movió los dedos en el aire.

—Tengo que pensar cómo decir algunas cosas en alemán. Merten solo me habla en griego. Hablar alemán así es agotador, ya sabe. El único teléfono que hay en Spetses está en el hotel. Pero ahora mismo no funciona. Así es la vida en las islas griegas. Hay muchas cosas que no funcionan como deberían. En Spetses acaban de descubrir la rueda. Los sacerdotes se persignan cuando pasan por delante de un bar donde hay máquina de discos. O ven a una mujer en bañador.

—Yo también soy un poco religioso en ese sentido. ¿Cómo recibían los telegramas de Witzel?

—Tenía que ir a Kosta en ferry y recogerlos en la oficina de correos.

—¿Cuánto tiempo permanecerá Merten allí escondido? Antes de que se dé cuenta de que usted no va a volver. Que no volverá. No durante varias semanas, si tiene dos dedos de frente.

—Tengo un sobrino en Tesalónica. Me quedará con él. —Intentó adoptar un semblante pensativo, pero le salió una mueca grotesca, como la de una gárgola que

intentara resolver un crucigrama—. Pero ¿Merten? No estoy seguro. Sé que está asustado. Cada vez que oía abrirse la puerta creía que era Brunner y cogía la Walther de Schramma. Yo diría que seguirá escondido un tiempo. En un principio, yo iba a volver pasado mañana, aunque no encontrara al jefe aquí.

—¿Dónde tenía planeado buscarlo?

—Iba a pasarme por los garitos que frecuentábamos en el Pireo. Bares y prostíbulos, sobre todo. Al jefe le gustaba ir de copas y estar con chicas, por lo general en ese orden. De modo que igual dispone usted de varios días para ir a Spetses, ¿no cree? Y hacer lo que sea que vaya a hacer. La poli o liquidarlo, a mí ya me da igual. De no ser por Merten, mi amigo seguiría vivo y aún nos dedicaríamos al submarinismo.

Reppas terminó el segundo cigarrillo y aplastó la colilla. Toda su beligerancia había desaparecido. Se llevó la toalla a la nariz y la inspeccionó en busca de otra mancha roja, igual que una mujer que se retocara el pintalabios.

—¿De verdad tiene intención de dejar que me vaya de aquí?

—Claro. ¿Por qué no? Usted es un pez que devuelvo al mar, Spiros. A quien quiero dar quebraderos de cabeza es a Merten, no a usted. Él es el auténtico criminal. Incluso puede llevarse el arma si quiere. —Cogí el arma por el cañón y le entregué el Webley vacío y un puñado de balas—. Igual hasta lo necesita. Quién sabe si Brunner sigue en Atenas. Me parece que es de los que no se asustan fácilmente. Igual cree que le debe a usted un balazo en lugar de una parte del oro. Yo en su lugar me mantendría alejado de los sitios que frecuentaban en el Pireo. Ya ha asesinado a ese abogado en cuyo bufete robaron en Glyfada, el doctor Frizis.

Reppas se guardó el Webley y la munición en el bolsillo del chaquetón.

—Gracias por el consejo —repuso.

—Dígame, ¿por qué accedió su jefe a seguirle el juego a Merten? Era biólogo marino, un realizador importante que ganó un premio en el Festival de Cannes. No me dio la impresión de que fuera nazi. Seguro que había dejado atrás ese mundo.

—Está claro que no sabe usted mucho sobre cinematografía. —Spiros Reppas se encogió de hombros—. Hacer cualquier clase de película sale caro, pero las películas submarinas son más caras aún. Y no dan tantos beneficios. No hay gente haciendo una cola que da la vuelta a la manzana para ver nuestra peliculita, ¿sabe? ¿Quién va a ver una película como *La foca del filósofo*, que trata sobre la foca monje mediterránea?

—Debo reconocer que a mí se me pasó.

—Se la vendió a algunas cadenas de televisión, y eso fue todo. Tenía deudas. Y necesitaba recaudar dinero para nuestro siguiente documental, una película sobre la ciudad perdida de la Atlántida. No hace falta ser nazi para ser codicioso. Eso, por una parte. Y por otra estaba todo ese oro judío sumergido a escasas quince brazas, esperando a que alguien bajara a recogerlo. Millones y millones de dólares en oro fundido y convertido en lingotes de oro en una fundición que Max Merten construyó exprofeso en Katerini, en algún momento de la primavera de 1943. Según Merten, todos los lingotes del Epeius llevaban estampada una fecha falseada de la fundición Weigunner en Essen.

—¿De qué sirve eso?

—La importancia de ese sello es que lleva la fecha de 1939, anterior tanto a la invasión de Grecia como al exterminio de los judíos de Europa. Parece oro en lingotes

del Reichsbank de antes de la guerra. Todo ello hace que sea mucho más fácil de mover en los mercados de oro en lingotes del mundo. Bueno, ¿quién puede resistirse a una historia semejante? Yo no, y Siegfried Witzel tampoco. Pero quizá había algo más, no lo sé. Creo que quizá había algo relacionado con la manera en que la Doris pasó a ser propiedad de Witzel que Merten sabía y estaba dispuesto a aprovechar.

—Lo había —dije—. Al igual que el oro, la goleta les fue confiscada a los judíos de Salónica, y Merten se la vendió a Witzel, en 1943, a precio de ganga. Le cambió el nombre para cerciorarse de que siguiera en secreto.

—Sí —contestó Reppas—, eso explicaría muchas cosas. Con Merten siempre era lo del palo y la zanahoria. A veces iba dando esperanzas al jefe con estimaciones del oro que había sumergido, siempre más que la última vez, y a veces amenazaba con decirle a la policía cómo había adquirido el barco el jefe.

—Una pregunta más: ¿descubrió Max Merten cómo se las arregló Brunner para averiguar lo de su expedición? Después de todo, hacía catorce años que Merten traicionó a Brunner y lo arregló para que barrenaran el Epeius de modo que se fuera a pique. Y doce desde que acabó la guerra. Max Merten lleva todo este tiempo viviendo a la vista de todos como abogado en Múnich. Los americanos se ofrecieron a extraditarlo a Grecia en 1945, pero el gobierno griego dijo que no se le buscaba en relación con ningún crimen de guerra. Ha sido un ciudadano modélico en Múnich, un hombre con amistades en el gobierno de Alemania Occidental. En cambio, Alois Brunner es un criminal de guerra en busca y captura que vive bajo un nombre falso. Los griegos lo buscan, igual que los israelíes, e imagino que también los franceses. ¿Cómo averiguó que Merten había vuelto a Grecia?

Spiros Reppas frunció el ceño.

—Como decía, a veces mi alemán no es tan bueno. Entiendo alemán cuando alguien lo habla conmigo y le veo mover los labios. Entender algo que oigo por casualidad no me resulta tan fácil. Además, las palabras compuestas muy largas son difíciles. Pero me parece que quizá oí a Merten decirle a Witzel que alguien cercano a Adenauer debió de contarle a Brunner que él, Merten, iba a venir a Grecia. Y que Brunner no sería el primer antiguo nazi que trabajaba para el nuevo gobierno alemán.

Reppas le dio una calada sobrehumana al cigarrillo y levantó las manos en ademán de claudicación.

—Eso es todo, míster. Hasta el último detalle que sé. No tengo ni idea de qué demonios será de mí ahora. —Suspiró—. He perdido a mi mejor amigo y me he quedado sin manera de ganarme la vida. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dispare.

—Bucear puede ser peligroso. El jefe siempre decía que si le ocurría algo mientras buceaba, la Doris sería mía. Supongo que no hay posibilidad de que se replantee la decisión sobre el dinero del seguro. Podría extender un cheque a mi nombre en lugar del suyo. Diez céntimos por dólar, quizá. Al fin y al cabo, la goleta era antigua y seguramente no valía ni la mitad de lo que decía el jefe.

—Lo siento, pero no. Mis superiores son puntillosos a la hora de pagar pólizas en casos relacionados con incendios premeditados. No lo hacen, por regla general. Pero si consigue dar con un testamento que lo nombre único heredero de mi cliente, siempre podría llevarlos a los tribunales. Aunque yo no creo que tenga muchas posibilidades.

Incluso en Alemania, seguro que hay alguna clase de letra pequeña que discrimine en contra de la gente capaz de ir detrás de millones en oro judío robado. —Saqué el billetero y le di algo de dinero. Supuse que con toda probabilidad podría permitírmelo con los veinte mil que tendría cuando hiciera efectivo el cheque certificado de camino a Spetses por la mañana—. Pero para demostrarle que no le guardo rencor, aquí tiene cincuenta. Agénciese una nariz nueva.

A la mañana siguiente, me hice pasar por Siegfried Witzel tal como habíamos planeado e hicimos efectivo el cheque certificado en el Alpha Bank de Corinto. Mientras estábamos en el banco hubo un pequeño terremoto, lo que no me hizo ver con mejores ojos lo que estaba haciendo, aunque quizá también estuviera relacionado con los diez puntos de sutura en el antebrazo izquierdo —ahora en un cabestrillo negro, como si estuviera de luto— y los analgésicos que estaba tomando. Pero ni siquiera un cobarde confeso como Aquiles Garlopis pareció darles mucha importancia a las persianas que se mecían suavemente en las ventanas del banco.

—En Corinto esto pasa continuamente —explicó, al tiempo que se persignaba solo por si acaso—. Cuando los dioses se enfadan con nosotros, quiero decir. A menudo creo que los temblores de tierra son el motivo de que creamos en los dioses.

—A mí seguro que no se me ocurre ninguna razón mejor.

—Ah, a mí sí. —Hizo un gesto de cabeza hacia la ventana, por la que se veía el Rover y a Elli sentada dentro, y me ofreció una sonrisa traviesa—. Por lo menos, cuando miro a la señorita Panatoniou.

Se había quedado fuera porque me pareció mejor para su carrera judicial que se mantuviese al margen del hurto que se estaba perpetrando en el Alpha Bank. Aunque no parecía que a ella le importase mucho. Para ser abogada, no tenía reparos en correr riesgos. Más de los que habría parecido sensato.

—Tal vez debería meterse a cura —sugerí—. Un sermón así supera cualquier cosa que puedan ofrecer los luteranos.

—Es curioso, pero usted parece gustarle de verdad, señor. Las mujeres son criaturas raras, ¿verdad? Quiero decir que una mujer así desafía toda explicación. Y cuando está presente es como si hubiera salido el sol. Por el modo en el que lo mira, da la impresión de que lo estuviera iluminando.

—Un hombre puede quemarse si se queda al sol demasiado rato.

—No creo que sea de las que queman. Igual solo lo deslumbra un poco. Suponiendo que tal cosa sea posible, claro.

—De hecho, no estoy seguro de que lo sea ya.

Cuando por fin cesó el temblor, me entregaron el dinero sin arquear una ceja siquiera. Luego nos quedamos un rato en Corinto, solo lo suficiente para reunirnos con el cajero del Alpha Bank de manera más informal en un bar cercano y pagarle la tarifa del cinco por ciento de la transacción que habíamos acordado con el primo de Garlopis. El cajero era poco más que un muchacho con la cara fría como una estatua de mármol. Corinto en sí era igual de sosa y anodina, una ciudad sombría de casas bajas al borde

del mar, con apenas nada que recomendar salvo el canal epónimo, que atravesaba el istmo en línea recta como la cicatriz de mi antebrazo. Costaba esfuerzo imaginar al apóstol san Pablo tomándose la molestia de enviarles una larga carta a los corintios a no ser que fuera para cuestionarse por qué vivían allí y no en algún sitio más interesante como Atenas o Roma. Más al caso, Corinto quedaba a medio camino de Kosta, donde había un ferry regular para pasajeros a pie hasta Spetses. Puesto que no podía girar el volante del Rover sin que me doliera el brazo, era Elli quien conducía. Llevamos a Garlopis a una parada de autobús de modo que volviera sano y salvo a Atenas. Me sabía mal implicar a Elli en el asunto de Max Merten, pero no tan mal como le sabía a Garlopis exponerse a algo que consideraba mucho más peligroso que el simple movimiento de la Tierra.

—Conozco a ese hombre —le dije a Garlopis en un último intento por convencerlo de que viniera a Kosta con nosotros mientras esperábamos a que llegara el autobús—. Max Merten. Y le aseguro que puedo lidiar con él. Por las buenas o por las malas. La última vez que lo vi estaba gordo y el único riesgo era que le reventase el hígado. Es un chupatintas, no un sádico peligroso como Brunner. Y me las he visto con cientos de hombres como él.

—Ya sé que está convencido de ello, señor. Pero lleva diez puntos de sutura como recordatorio de que igual se equivoca. Además, ya oyó lo que dijo Spiros Reppas. Merten va armado y está nervioso. Por eso me desconcierta aún más que le haya devuelto ese Webley a Reppas. Un arma habría sido un buen seguro contra toda clase de riesgos no asegurables por otros medios.

—Ya veo por qué lo cree, pero le garantizo que no lo es. Dos armas no enmiendan un error. Solo hacen un montón de ruido. Un arma supone mucho más riesgo. Más riesgo requiere una prima mayor. Y no me la puedo permitir. Mi alma, suponiendo que la tenga, ya no alcanza a costear los pagos. ¿Tiene eso algún sentido?

—Creo que sí. Pero no me parece que cargue usted con mucho en su conciencia.

—No se engañe. Es posible que no lo vea, pero incluso sin sombrero de copa el Pepito Grillo que me sigue a todas partes mide metro ochenta.

Cuando por fin se dejó ver el autobús blanquiazul igual que un inmenso objeto metálico de estilo chinería, le ofrecí a Garlopis el sobre que contenía las veinte mil dracmas que me habían dado en el Alpha Bank.

—Guárdelas en la caja fuerte de la oficina y olvídense de sobornar a ese poli; al menos, de momento —le dije—. Si logro lo que tengo pensado con Merten, es posible que nos ahorremos algo de dinero.

Pero como es natural no lo creía, no por completo. A pesar de todo lo que le había dicho a Garlopis, sabía que enfrentarme a Max Merten en la isla de Spetses conllevaba un peligro considerable. Desde luego, no esperaba que Merten se entregara sin armar revuelo, ni por un instante. Tendría que convencerlo amigablemente. Por suerte, tenía un plan y sabía con exactitud qué decir y, a poco que pudiera, pensaba decirlo; si era necesario, por la fuerza. Con mucha fuerza.

Garlopis negó con la cabeza.

—Si no le importa, señor, prefiero que lo guarde usted. Veinte mil dracmas es mucho dinero para una persona de mi calibre moral. El caso es que no es usted el único con una conciencia que habla alto y claro. La mía me ha enseñado que puedo

resistirme casi a cualquier cosa menos a la tentación real. Sobre todo, cuando llega en forma de un montón de billetes en un sobre.

—Aun así, sigo creyendo que debe llevárselo. Este fajo de billetes no es lo bastante grueso como para detener una bala. —Miré a Elli con expectación, a ver si por fin había conseguido asustarla, pero no parecía preocuparle mucho la perspectiva de que nos enfrentáramos los dos a un hombre quizá desesperado—. No querría que cayera en malas manos si me ocurriese algo.

—De acuerdo. Me lo llevaré. Pero haga el favor de tener cuidado. Tengo muchísimas ganas de corromper a ese poli. No, en serio, señor. No hay nada tan divertido como descubrir el precio de un hombre honrado de verdad.

Después de que se fuera el autobús, nos volvimos a montar en el Rover. Elli se miró el rostro en el espejo retrovisor, aunque yo podría haberle ahorrado la molestia: lo tenía perfecto. Había visto caras de mujeres en otras ocasiones, y la suya era de las que podía hacer zarpar toda una flota de ferris de pasajeros rumbo a Troya. Vestía una blusa blanca de manga corta, un cinturón bajo el busto que tenía que trabajar duro, una larga falda plisada de color rosa y, debajo, múltiples capas de tejido fino, por no hablar de las invisibles e impertinentes avanzadillas de mi imaginación, siempre tan viva. Los guantes de conducir de gamuza pardo claro añadían una bonita pincelada al atuendo. Iba elegantemente al control del vehículo y de sí misma, como una mujer que tuviera la intención de presentarse a un concurso de belleza y hubiera acabado compitiendo en la Mille Miglia. Tarareando entre dientes, nos llevaba a buena velocidad por la sinuosamente turística costa griega y estaba demostrando ser una excelente chófer. Mientras ella tenía los ojos fijos en la carretera y los pies en los pedales, yo disponía de todo el tiempo del mundo para contemplar sus pantorrillas torneadas, y a veces sus rodillas. Sus codos tampoco estaban nada mal y me estaba encariñando mucho con el perfil de su mentón, por no hablar de las sublimes curvas en forma de S de su cuerpo. Parecía una sirena, y probablemente emitía un sonido parecido.

Pero mi admiración por Elli venía acompañada por la sospecha cada vez más firme de que me estaba utilizando para ayudarla a llevar a cabo alguna clase de venganza personal contra los nazis; que quizá estaba empeñada en asesinar a Alois Brunner, o a Max Merten; que igual su madre o su padre habían muerto durante la ocupación. Era la única explicación que tenía sentido para que estuviera conmigo. Y en tal caso, tendría que andarme con mucho cuidado porque quería a Max Merten con vida y para un objetivo que acababa de empezar a entrever yo mismo. A un hombre que se acerca al final de la época provechosa de su vida no hay nada que lo atraiga tanto como darse cuenta de que tiene la oportunidad de hacer algo bueno.

No hay sacrificio demasiado grande a cambio de la oportunidad de hacer algo así.

—¿Seguro que sabes lo que estás haciendo? —preguntó Elli—. Bueno, no querría que te ocurriera nada.

—Vaya, ¿tú también? Ya se lo he dicho a Garlopi, soy capaz de lidiar con Max Merten.

—De hecho, me refería a tus planes de sobornar a ese policía. O intentarlo. Si no acepta el *fakelaki*, no necesitaría más excusa para meterte en la cárcel.

—Ya tiene excusas más que suficientes para hacerlo.

—Me pregunto si de verdad sabes en lo que te estás metiendo, nada más.

—Sé de lo que estoy saliendo. De este maldito país, espero.

—Eso no es muy halagador, Christof. Ni para mí ni para mi país.

—Tienes razón. Lo siento, cielo. Mira, solo quiero recuperar mi pasaporte del carajo. Cuando vuelva a ver mi foto en el librito verde, es posible que me resulte más cómoda la perspectiva de quedarme una temporada.

No apartó los ojos de la carretera serpenteante, cosa que me alegró, porque así no podría mirarme y deducir lo que pensaba en realidad. Miré por la ventanilla del acompañante la vista señalada de manera tan suntuosa. Con el cielo azul radiante, el mar zafiro y la majestuosa línea costera, parecía el escenario de una magnífica epopeya de Cecil B. DeMille. En una carretera así, y con una conductora como Elli, era fácil pensar en musas y gracias y en la vuelta a casa tras un largo viaje. Múnich no era precisamente Ítaca, pero tendría que conformarme.

—¿Te has tomado el día libre? —pregunté, apresurándome a cambiar de tema.

—Es sábado.

—Sí, pero dijiste que trabajabas los sábados.

—Tenemos una actitud diferente hacia el trabajo que vosotros los alemanes.

—Ya me había fijado.

—Los griegos no creen que Dios vaya a apreciarnos más si trabajamos duro, o si nos privamos de placeres. Preferimos creer que Dios quiere que vayamos a la playa y admiremos el paisaje. Esa contemplación de las obras del Motor Inmóvil es la forma más elevada que hay de actividad moral. Es la única manera de entenderlo.

—Eso no suena mucho a Marx.

Elli sonrió.

—Es de Aristóteles. De hecho, tiene mucho más en común con Marx que una barba larga a más no poder.

—Seguro que sí, pero haz el favor de no decirme lo que es. Estoy muy ocupado ahora mismo, admirando el paisaje.

Elli me miró de reojo y vio que la estaba observando.

—El paisaje está al otro lado, ¿no?

—Ya lo he visto. Pero tú... A ti siempre merece la pena mirarte. Garlopis tenía razón. Basta con verte para creer en Dios.

—¿Eso dijo?

—Aunque yo no acabo de creer en ti, preciosa. Se supone que Blancanieves tenía que esperar a un príncipe joven y guapo, no enamorarse del cazador entrado en años con el hacha en la mano.

—Veo que volvemos al antiguo debate sobre mi edad y que tú eres viejo.

—Yo ya veo qué salgo ganando. Eso es evidente para cualquier espejo colgado en la pared, aunque no sea mágico. Lo que intento es averiguar qué sales ganando tú, nada más.

—¿Crees que tengo un motivo oculto para elegir pasar el rato contigo? ¿Es eso?

—Las mujeres suelen tenerlo.

—A lo mejor me infravaloras, Christof.

—Lo que pasa es que no quiero decepcionarte como suelo decepcionarme a mí.

—Una mujer se enamora de un hombre y quizá él se enamora de ella. Entran en juego la estética y la química, la biología y muchas otras cuestiones técnicas. Y no olvidemos la metafísica también; las cosas que no alcanzamos a saber, el tiempo y el lugar, y los hombres que he conocido, y las mujeres que has conocido tú. No tengo ningún plan secreto. No tengo una madrastra malvada ni siete amigos enanos. Me gustas. Quizá es así de sencillo.

—Quizá.

—¿Sabes cuál es tu auténtico problema? Quieres entender algo que queda más allá del entendimiento.

—Es el alemán que llevo dentro, supongo.

—Entonces tendremos que convertirte en griego. Creo que te vendría bien un poco de alegría. A veces te pasas de contemplativo. Como si tuvieras otra cosa en la cabeza.

—Por lo general, la tengo. La pistola que llevas en el bolso, quizá: eso le daría motivos a cualquiera para toda una serie de pensamientos.

—¿Crees que planeo pegarte un tiro? Vaya idea.

—Pues ya se me había pasado por la cabeza.

—¿Por qué demonios iba a dispararte?

—Ya sabes, todavía no se me ocurre ninguna buena razón. Pero esperaba averiguarlo antes de que te decidas a hacerlo por fin.

—Dime cuando se te ocurra alguna. Será interesante oírla. ¿Quién sabe? Igual me parece una razón tan buena que te pego un tiro de verdad. Desde luego, me vendría bien practicar un poco de tiro al blanco. —Negó con la cabeza—. Estás hecho un lío, ¿sabes? Con tantas sospechas es un milagro que aún seas capaz de mantener la cordura. Es una suposición, claro, pero yo diría que debes de haber tenido novias muy interesantes antes que yo. Igual algunas eran de esas capaces de dispararle a un hombre.

—Entonces, deberías compadecerte de mí. Además, soy víctima de mi educación. El caso es que provengo de un hogar destrozado. Nos pasa a todos los alemanes, la

verdad. Mi hogar ha sido destrozado tantas veces que parece el Partenón.

Elli guardó silencio un momento, en el transcurso del que se mordió mucho el labio como para evitar decirme algo importante, y yo la dejé tranquila con la esperanza de que, al final, lo hiciera. Pero cuando volvió a hablar fue para decirme algo mucho más personal de lo que podría haber esperado, y que hizo asomar una lágrima a sus ojos.

—¿De verdad quieres saber por qué llevo una pistola?

—Claro. Pero me conformaré con tu explicación.

—Me la dio mi padre.

—Supongo que es mejor que un frasco de perfume y una muñeca.

—Me la dio porque el año pasado, no mucho antes de morir, el día del Ochi, que es el aniversario nacional de que el general Metaxás le dijera a Mussolini que se fuera a tomar por saco, un hombre intentó violarme en Atenas. Era mucho más joven que tú, un *mutamassir*, que es como se llama a los sirios egipcianizados, que vivía en Alejandría antes de que Nasser lo expulsara del país. Cometí el error de intentar ayudarlo a buscar un empleo con la Cruz Roja. Me obligó a hacer cosas, cosas horribles, y seguramente me habría violado de no ser porque lo interrumpió Georgios Papakyriakopoulos.

—El abogado de Meissner.

—Eso es. Georgios es muy buen amigo mío desde entonces.

—Me alegra oírlo.

—Se cometen muchas violaciones hoy en día en Grecia, y llevo un arma para tener la seguridad de que no ocurra de nuevo, y si ocurre, que pueda vengarme de inmediato. Pero también la llevo por si me encuentro con el cabrón que casi me violó.

—¿No lo denunciaste a la policía?

—Esto es Grecia. Denunciar una violación, o un intento de violación, es casi tan malo como la agresión en sí. Tampoco he vuelto a verlo. Me alegra decir que desapareció. Pero si vuelvo a verlo, tengo intención de matarlo y al cuerno con las consecuencias. Entretanto, prefiero a los hombres mayores porque creo que vuestro impulso sexual es mucho menos intenso que el de los jóvenes como él, lo que significa que es más probable que aceptéis un no por respuesta. Sobre todo, si tengo un arma en la mano. ¿Te parece que tiene sentido? Eso espero. Bueno. Ahora ya sabes mi secreto escabroso.

Podría haberme reído de cómo puso fin a su historia haciendo un chiste a mi costa; si es que era un chiste. En cambio, proferí una suerte de suspiro compasivo que resultó audible y le tendí el pañuelo.

—Lo siento, Elli. —Asentí con firmeza—. Tiene todo el sentido del mundo ahora que lo has explicado. Teniendo en cuenta cómo son los hombres en este país.

—No sé si son tan distintos a los de otros lugares. —Me lanzó el pañuelo como si la hubiese insultado.

Como es natural, no acabé de creerme lo que me había contado. No era tanto que dudara de Elli como que dudaba de mi propia capacidad para confiar en nadie. O lo que es lo mismo, que había confiado anteriormente en otras mujeres. Hoy en día la sinceridad es una mamarrachada, claro, gracias a los políticos, y los hombres mienten porque tienen que hacerlo para seguir con vida. Pero mucho antes de Hitler y Goebbels, Stalin y Mao, todas las mujeres eran embusteras, y todas las mujeres mienten a menos que sean tu propia querida madre cuando siempre os dice a ti o a tu padre la verdad lisa y llana por mucho que él y tú no queráis oírla en realidad. Nadie pondría reparos a la dulce enfermera con corazón de oro que le miente por compasión a tu mejor amigo porque no es capaz de reunir el valor suficiente para decirle que la explosión le arrancó las dos piernas y no podrá volver a caminar. Pero las demás mienten cual jesuitas cretenses con un título universitario en anfibología, y además acerca de todo, incluido por qué llegan con una hora de retraso a un restaurante, lo que pesan, lo encantadas que están con el regalo que les has comprado y lo mucho que las has hecho disfrutar como amante. No hay nada sobre lo que no sean capaces de mentir si creen que te lo tragarás y las beneficia de alguna manera. Pero sobre todo las mujeres mienten y ni siquiera se dan cuenta de que lo están haciendo, o si se dan cuenta, seguro que les diste la impresión clara e inequívoca de que en ningún caso querías saber la verdad, lo que significa que es culpa tuya, claro; o si no sencillamente creen tener un derecho divino a mentir porque ser mujeres se lo otorga mientras que tú no eres más que un pobre idiota llamado hombre.

Así pues, estaba el hecho de que las mujeres son embusteras por naturaleza y el detalle de que yo era alemán y, teniendo en cuenta todo lo que les habíamos hecho a los griegos en 1943, me resultaba difícil imaginar que hubiera griegas como Elli Panatoniou dispuestas a dejar atrás toda esa historia. Quiero decir con ello que no creí que fuera seguro creerla porque iba a enfrentarme a Max Merten y me preocupaba encontrarme un agujerito en la espalda solo porque era alemán como él. Sabiendo lo que sabía acerca de cómo se habían comportado los alemanes en Grecia, no podía

reprocharle precisamente que quisiera vengarse un poco. Pero como tenía que estar seguro por completo de Elli, necesitaba ofrecerle un motivo que la hiciera mostrar la jugada que llevaba en realidad, si es que llevaba alguna, lo que suponía contarle un turbio secretillo mío, y eso me tenía temblando como una caja de dados.

—Puesto que me has enseñado lo tuyo, igual debería enseñarte lo mío —dije—. Solo que tengo que advertirte, cielo, de que lo mío es mucho más sucio que lo tuyo.

—¿Aparco ya o espero a que el susto y el horror me hagan salirme de la carretera?

—Es de lo más horrible, Elli.

—Pues no me lo digas. Lo que llevo es un vestido, no una sobrepelliz encima de la sotana.

—A mí me gusta mucho, te lo aseguro. Sobre todo, contigo dentro.

—Me pregunto si será verdad.

—¿Y no te preguntas qué hice durante la guerra?

—No soy ingenua. Eres alemán. No pensaba que dirigieras un orfanato o trabajaras para Walt Disney. Pero no me digas que antes llevabas bigotito.

—Mira, nunca fui nazi pero, durante un tiempo, fui inspector en el servicio de seguridad de las SS. Para serte sincero, no tenía alternativa. Por suerte, no me destinaron aquí a Grecia. Pero mi guerra no es algo de lo que me sienta orgulloso. Por eso, en realidad no me llamo Christof Ganz. Las cosas se me pusieron difíciles después de la guerra. Cambiar de nombre era un atajo para empezar de cero. O, al menos, eso esperaba. Todavía paso muchas noches en vela debido a la guerra. Y una o dos veces he padecido algo más que una noche en vela.

—¿Qué quiere decir eso, exactamente?

—Hay una antigua canción húngara titulada «Domingo sombrío» que fue prohibida por los nazis. A Goebbels le parecía nociva para la moral. A los húngaros también. La prohibió incluso la BBC porque se le han achacado más suicidios que a ningún otro tema a lo largo de la historia. Pero el caso es que a pesar de que Goebbels la condenara, a mí me gustaba esa canción. A muchos hombres de uniforme les gustaba esa canción. Podría decirse que esa canción hizo un buen servicio porque algunos de esos hombres ya no están, si sabes a qué me refiero. Pero yo estuve en un tris de correr la misma suerte.

—Vale. Te sientes mal. Lo mismo hasta te sientes culpable. Lo entiendo. Mucha gente se siente culpable por lo que ocurrió durante la guerra. Hasta unos cuantos griegos. ¿Y qué? ¿Por qué me lo cuentas a mí y no a tu psiquiatra?

—Déjame acabar mi propia terrible historia. Luego podrás juzgarme. Ingresé en la policía de Berlín no mucho después de la Gran Guerra. La primera guerra, quiero decir. No tuvo nada de grande salvo quizá las extraordinarias cifras de hombres que lucharon y murieron. Millones. Durante cuatro años me desperté todas las mañanas con el olor a muerte en la nariz. ¿Tienes idea de lo que es eso? Te aseguro que lo asombroso no es que mueran tantos camaradas tuyos, sino que te acostumbras a ello. La muerte se convierte en algo rutinario. Fue lo mismo para todos los hombres que sobrevivieron a las trincheras. Unos estaban acabados para siempre como seres humanos, con los nervios destrozados. Otros estaban furiosos y querían culpar a alguien de lo ocurrido: comunistas, fascistas, judíos, franceses... Quien fuera. Yo no estaba furioso, pero necesitaba hacer algo útil con mi vida. A pesar de todo lo que había visto en las

trincheras, aún creía en la ley y, sí, en la justicia. ¿Qué clase de poli no cree en eso? Por eso, cuando asesinaban a alguien, intentábamos hacer algo al respecto, ya sabes, como investigar el crimen y luego detener al que lo cometió. Ese era el compromiso que teníamos con la gente que nos pagaba el sueldo. Los protegíamos y, cuando lo hacía, ser inspector me producía una sensación de honradez y bondad. Durante mucho tiempo me enorgullecí de mí mismo y tuve la sensación de que la vida tenía sentido. Bueno, las más de las veces. Tuve algún que otro bajón por el camino: 1928 no fue un año muy bueno.

»Pero luego llegaron los nazis y le quitaron el sentido a todo aquello, lo que nos perjudicó a mí y a los inspectores de toda Alemania. Por eso hace mucho, pero que mucho tiempo, que no tengo la sensación de estar en el bando de nada que sea limpio y bueno. Demasiado tiempo, en realidad. Casi todo el rato me siento mal conmigo mismo. Supongo que no sabes lo que es eso, pero te pido que entiendas que esta podría ser mi última oportunidad de hacer algo al respecto. El caso es que estoy de acuerdo con el teniente Leventis. Quiero ayudar a llevar a un auténtico criminal al banquillo de los acusados, en vez de un pobre griego que tuvo la mala suerte de hablar alemán con soltura y robar unos artículos de escritorio. Y quiero hacerlo no por Leventis, ni por el pueblo de Grecia, no, ni siquiera para recuperar mi pasaporte y volver a casa; acabo de darme cuenta de que quiero atrapar a Max Merten para tener otra vez la sensación de haber hecho algo bueno. Para, quizá por última vez, sentirme como un poli de verdad. La redención es una idea muy grandiosa para un Fritz como yo, pero a eso aspiro. Así que si tú vas detrás de tu propio ajuste de cuentas con Max Merten, me gustaría saberlo para tener la seguridad de que no me interpondré entre tú y tu pistola de bolsillo para señoras.

Elli se detuvo en el arcén de la carretera de montaña y apagó el motor V8 del Rover. Mantuvo aferrado el volante un rato casi como si no quisiera correr el riesgo de soltarlo por miedo a golpearme. Luego se quitó los guantes, cogió el bolso de mano, sacó el tabaco y encendió un cigarrillo; después de un par de caladas se lo dejó entre los labios, hurgó un poco más en el bolso y esta vez cuando sacó la mano me estaba apuntando con la Beretta.

—Bueno, no todas podemos ser buenas chicas —dijo.

—Estás de broma.

Amartilló el percutor.

—¿Te parece que estoy de broma?

—Ten cuidado con eso —le advertí—. A esta distancia no creo que falles.

—Entonces, más vale que lo tengas presente. Sal del coche.

Busqué la manilla de la portezuela. Por suerte, me lo había pedido con amabilidad. Me quedé allí como un memo durante un instante con las manos en el aire mientras ella se apeaba del Rover por su lado. A veces sabe mal que te den la razón. El mar estaba detrás de Elli; por lo menos, lo estaba si bajabas por una serie de rocas escarpadas. Se oían las olas, el aire sabía a sal y el sol sobre mi cara era como una bomba atómica en miniatura. De no ser por la pistolita que empuñaba Elli, habría dicho que era un sitio excelente para un picnic.

—He de reconocerlo, cariño. Has elegido un buen lugar. Esto es de lo más romántico.

—¿He captado tu atención?

—Por completo.

—Bien.

—Entonces, ¿qué ocurre ahora?

—Esto nada más —respondió, y lanzó el arma al mar antes de rodear el coche—.

¿Sigues pensando que planeo pegarte un tiro?

Bajé las manos y lancé un suspiro de alivio. Quienes creen que el disparo de una pistola para mujeres no es mortal de necesidad casi tienen razón; pero una Beretta pequeña hace seis o siete disparos muy seguidos y, de cerca, seis o siete pueden matarte con la misma efectividad que una sola bala de una Luger de 9 milímetros.

—No a menos que seas una experta escaladora y una nadadora estupenda.

Elli negó con la cabeza, luego tomó mi cara entre sus manos y me plantó un besazo en la boca.

—Bueno, eso está mejor —dije, y estaba a punto de besarla un poco más, pero ella me detuvo y dijo:

—No, escucha. Hasta que te conocí no había oído hablar de Max Merten, ¿de acuerdo? Pero si se parece lo más mínimo a ti, seguro que está tan sordo que no oírás que llaman a su puerta. Como ya te había dicho, esa Beretta era para mi protección personal porque muchos hombres no escuchan cuando una mujer les dice algo importante como «No, no me quiero acostar contigo» o «Llevo un arma porque estuvieron a punto de violarme y no pienso dejar que vuelva a ocurrir». Igual que tú, lo más probable es que Merten no escuche cuando le digas que se entregue a la policía, o intentes detenerlo. Aunque en realidad no sé cómo te propones hacerlo. Pero desde luego estoy deseando verte intentarlo.

—Yo también. Sobre todo, ahora que te has deshecho de tu única arma. Contaba con que me respaldases con esa pistolita si nos veíamos en una situación apurada.

Elli frunció el ceño.

—Pensaba que habías dicho que temías que te disparase.

—La verdad es que no —mentí—. Como has dicho, ¿por qué ibas a querer dispararme? No, solo quería ver si aún la llevabas encima.

Se las arregló para contener su momentánea irritación conmigo por haber perdido la Beretta. Además, la compadecí. Siempre me había gustado esa pequeña pistola para mujeres, a menudo mucho más que las mujeres que la llevaban.

—Bueno, Christof Ganz, ¿cómo te llamas en realidad? Y haz el favor de no decirme que Martin Bormann.

—Bernie. Bernie Gunther.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

—En realidad, no sé qué vas a decir ahora. Creo que igual eres el hombre más impredecible que he conocido en mi vida. *Bernie*. Y, a veces, el más exasperante también. Igual por eso me resultas atractivo. Pero, pensándolo mejor, tendría que haberte pegado un tiro cuando tenía ocasión. *Bernie*.

—El caso es que eso me lo ha dicho mucha gente, y de algún modo aún sigo aquí.

—Debía de gustarles tu sentido del humor tanto como a mí. Pero echaré en falta tener esa pistolita.

—Te compraré otra, por Navidad.

Aparcamos el Rover en Kosta y luego fuimos en un taxi acuático a Spetses, una travesía que nos llevó diez minutos a lo sumo. Quería causar a Max Merten la impresión de que estábamos escapando de la isla por los pelos, de modo que le pagué al barquero cinco veces más a condición de que estuviera esperando en el muelle antes de las seis de la mañana siguiente para el trayecto de regreso al continente. Era una isla preciosa y lamenté no poder quedarme más tiempo, sobre todo con Elli, que me contó que había estado varias veces allí porque, en verano, era un popular destino vacacional muy frecuentado por los atenienses, razón por la que había un hotel de primera clase en la isla, el Poseidonian, con un centenar de camas y un buen restaurante, que había abierto hace poco después de estar cerrado durante el invierno. Nos registramos, y mientras yo procuraba pasar inadvertido quedándome en la habitación —no quería precisamente tropezar con Max Merten en la calle—, Elli fue a comprar una linternita y a explorar la dirección que nos había facilitado Spiros Reppas.

—He pasado varias veces por delante de la casa, tal como me has dicho, por si había alguien vigilando —relató Elli, mientras, más tarde, degustábamos una cena que se podría haber descrito como típicamente griega de no ser porque estaba buena—. Era una casita de pescador de dos plantas, y más o menos del estilo de las casas de la isla. Un tanto desmoronada. Las cortinas estaban echadas y no ha entrado ni salido nadie, pero por la chimenea salía humo de madera y había una luz encendida en un dormitorio. Por cierto, estoy segura de que es un alemán.

—¿Por qué lo has deducido?

—Porque había ropa tendida en el jardincito delantero, y una de las camisas puestas a secar tenía etiqueta alemana, de algún sitio llamado C&A.

—Qué lista.

—No te preocupes, no he llegado a entrar al jardín, solo me he asomado por encima del muro delantero y he echado un vistazo. Era una camisa bastante grande, por cierto. ¿Dijiste que Merten es gordo? El cuello de la camisa era de la talla cuarenta y cinco. Y no estaba muy bien lavado; quedaba mugre en la cara interna del cuello, como si hubiera olvidado frotarlo con jabón y un cepillo bien duro, tal como hay que hacer. Yo diría que es un hombre que vive solo porque también hay una cacerola requemada en el escalón de la cocina. Un hombre como tú, lo más probable. Y luego está el detalle de que una mujer se habría acordado de recoger la ropa tendida. Una mujer como yo, tal vez.

—Qué observadora eres. ¿Y has visto todo eso en la oscuridad?

—Hay una tasca enfrente, que estaba cerrando, pero tenía todas las luces

encendidas.

—¿Había alguien sospechoso por allí?

—Solo yo.

—¿Te han visto cerca de la casita?

—No. Me han hecho un par de comentarios en el paseo marítimo, pero cualquier chica los espera en Grecia.

—Tú no eres una chica cualquiera. No para mí. Si estuviera aquí París, te cogería a hombros y saldría corriendo hacia los barcos.

—Tienes que salir más por ahí.

—Acepta el cumplido, por favor. ¿Había alguien sospechoso en el pueblo? ¿Alguien como yo?

—¿Te refieres a algún alemán? No. —Tomó un sorbo de vino blanco y frunció el ceño, pero no por el sabor. Estábamos bebiendo un mosel del bueno—. Ojalá supiera qué vas a hacer. Supongo que quieres que me quede aquí en el hotel, fuera de peligro. Bueno, a ver si consigues meterte en esa cabezota cuadrada de alemán que no pienso hacerlo. No, ahora que he venido hasta aquí. Estoy metida en esto hasta las últimas consecuencias.

—No imaginaba que pudiera ser de otro modo.

—Además, solo así podré tener la seguridad de mataros a los dos con mi arma de reserva. A Brunner también, si decide presentarse mientras estamos allí.

—Otro regalo de tu padre, seguro.

—A mí no me iba lo de jugar con muñecas.

—Pues asegúrate de tirar a matar, guapa. Brunner no es de esos a los que se puede dejar heridos.

—Claro. Con una rata así, no hay otra opción. Pero que conste, *schnucki*, que lamentaré tener que dispararte a ti. *Schnucki*. ¿Lo he dicho bien?

—Claro. Por cierto, tu alemán ha mejorado mucho.

—Tengo un buen profesor. Es una pena que tengamos que poner fin a las clases, y además tan de repente. ¿Qué significa, por cierto? *Schnucki*.

—No significa gran cosa salvo que no quieres pegarme un tiro, *schnucki*. Por lo general se considera un término afectivo.

Nos fuimos a la cama y unas horas después nos levantamos temprano, muy temprano, lo que viene a ser la hora intempestiva a la que la Gestapo —y no hay nada más intempestivo que eso— acostumbraba a llevar a cabo las detenciones, porque la experiencia había demostrado que la gente ofrece menos resistencia a la policía cuando está profundamente dormida.

Abandonamos el hotel Poseidonian y atravesamos la población blanca con aspecto de necrópolis, enfilamos una calle angosta y luego subimos una cuesta empinada hasta la dirección que Elli ya había explorado. La fachada de la casita gris propiedad de Reppas estaba cubierta de infinidad de baldosas de color azul intenso y encima de los pedestales idénticos que flanqueaban la puerta había un par de leones agazapados pintados en amarillo; parecía una Puerta de Istar de saldo. No había luces y la camisa con etiqueta alemana seguía inmóvil en el tendedero donde la había dejado Max Merten, tal como la había descrito Elli. Detrás del poste de la puerta había una caja de cartón con varias botellas de schnapps vacías, lo que me llevó a suponer que Merten

no había estado perdiendo del todo el tiempo en la isla.

En cuanto abrí la puerta delantera con la llave que me había dado Spiros Reppas y barrí el interior un poco con la linterna supe con seguridad que allí vivía Merten. Dominaba el ambiente un olor acre a los cigarrillos Fina de estilo egipcio tan característicos que había estado fumando Merten allá en Múnich. Había una vieja revista alemana titulada *Capital* en el suelo junto al sofá y una botella medio vacía de Schladerer en la mesita de centro. Vi un sombrero y un abrigo con etiquetas de Múnich encima del sofá, pero no había ningún arma en el bolsillo. Colgaba en la pared una fotografía del rey Pablo, y una carta de navegación Imray enmarcada de Grecia y sus islas. Entraba luz de sobra por la ventana —la suficiente para registrar la vivienda— y le susurré a Elli que buscara la Walther automática que había mencionado Spiros Reppas en Atenas. Luego me dirigí a las escaleras enmoquetadas. En todos y cada uno de los peldaños había un montón de libros, como si la casita fuera propiedad de un ávido lector que no tenía estanterías. La mayoría eran ediciones de bolsillo baratas, novelas de detectives y misterio de autores ingleses y americanos para los que pedir vino tinto con pescado sería probablemente el tipo de pista que le revelaría la identidad del asesino por su torpeza social al inteligentísimo detective. Me pregunté si alguna de ellas aconsejaría cómo abordar a un hombre dormido con un arma. Puse el pie en el primer peldaño y probé si hacía ruido al apoyar mi peso. El peldaño de madera permaneció en silencio, así que probé el siguiente; y luego el siguiente, hasta que llegué a lo alto de la escalera con el corazón en la boca. Me volví para mirar hacia abajo y vi a Elli allí plantada mirándome. Negó con la cabeza para dar a entender que no había ningún arma, y yo asentí a modo de respuesta y me dispuse a abrir la puerta de un dormitorio a sabiendas de que probablemente Merten tendría la pistola en la mesilla; era sin duda donde yo habría dejado la mía si Alois Brunner me hubiera estado buscando. Y no hacía falta ser muy buen tirador para alcanzar con una Walther a alguien que entrara por la puerta de tu cuarto. Ese blanco lo habría hecho hasta un gato de tres patas.

El dormitorio principal estaba vacío, pero recientemente había estado ocupado por Spiros Reppas. Había una foto de Witzel y él en la mesilla y, en la pared, un pequeño icono y una fotografía de la Doris. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, lo que solo dejaba una habitación; esa puerta estaba cerrada, pero, del otro lado, oí que un hombre roncaba igual que un rinoceronte furioso. Hasta el momento, todo era tal como me lo había imaginado. Me dije que el Webley no habría sido más que un estorbo: con la pistola en una mano y la linterna en la otra, me habría hecho falta una tercera mano para coger la Walther de Merten antes de que él la empuñara. Atrapar vivo a un hombre dormido cuando también llevas un arma reviste dificultades, y esperaba que hubiera tomado schnapps suficiente de la botella como para entorpecer sus movimientos más aún que el sueño profundo.

Giré el pomo medio suelto y avancé a paso firme acompañado del chirrido ensordecedor de las bisagras y mi respiración trabajosa, hasta que vi el cuerpo de Merten tendido de lado en la cama. No sabía cómo no se había despertado. Es posible que sus propios ronquidos fueran más estrepitosos que cualquier ruido que hubiera podido hacer yo. Un Panzer habría sido más silencioso. En ese momento podría haberlo golpeado en la cabeza con algo duro para atontarlo mientras buscaba el arma,

pero quería evitarlo si podía, aunque solo fuera porque trasladar a Atenas a un hombre con una lesión craneal quizá sería difícil. Dirigí el haz de la linterna sobre la mesilla, donde había una lámpara sin pantalla, un ejemplar de una novela de Ian Fleming, unas gafas, un vaso de algo más fuerte que el agua, y, lo más inquietante, una caja abierta de munición de nueve milímetros.

Sin dejar de buscar el arma me incliné con cautela sobre la cabeza de Merten; mientras que sus fuertes ronquidos olían intensamente a tabaco y schnapps, de su rotundo cuerpo emanaba un olor acre a sudor. Por cómo tenía la mano bajo la almohada deduje que seguramente empuñaba la Walther, lo que también quería decir que a menos que estuviera muy nervioso, o fuera muy temerario, debía de tener el seguro puesto. El seguro de una Walther solía ir bastante duro y quizá me diera otro segundo vital si me veía obligado a forcejear por ella. Me planteé tirarlo de la cama sin más ceremonias y luego descarté la idea, pensando que de todos modos seguiría con el arma en la mano cuando cayera por el otro lado de la cama. Me estaba planteando la siguiente opción cuando el hombre desnudo se movió, dejó escapar un sonoro gruñido y se volvió del otro lado, y entonces atiné a ver algo negro debajo de la almohada. Cuando se reanudaron los ronquidos, alargué la mano rápidamente hacia el objeto y la retiré con un Nuevo Testamento encuadernado en cuero, como si lo hubiera estado leyendo antes o después del ejemplar de *Casino Royale*. Me pregunté si quizá habría en el libro algún texto útil como guía espiritual para alguien que había ayudado a maquinar la muerte de sesenta mil judíos después de robarles hasta la última moneda. Mi padre, que era un nazi entusiasta pero no faltaba nunca a misa, seguramente habría sabido decírmelo.

Retrocedí de la cama y paseé la vista con presteza por el cuarto maloliente y esta vez vi la Walther en una mesa al lado de la ventana, junto a otra botella de Schladerer y un paquete de Fina. Aliviado, cogí el arma, comprobé el seguro y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta. Al barrer la mesa con el haz de la linterna también encontré el pasaporte de Merten y unos pasajes de ferry hasta Estambul, y desde allí, un billete de primera clase en el Orient Express a Alemania. Por las fechas de los billetes, Merten debería haber estado de regreso en Múnich en apenas unos días. Me los guardé también, pensando que a lo mejor los usaba yo si me veía en una situación desesperada. Sintíendome un poco más tranquilo, le di a la luz del techo, me puse una copa y encendí un pitillo, me senté en el único sillón del cuarto y mientras esperaba a que el tipo dormido se desvelara bajo el resplandor de la bombilla desnuda, eché un vistazo a su pasaporte. Merten solo tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba diez más, lo que no me pareció que fuera indicio fehaciente de una absoluta falta de conciencia. Unos instantes después gruñó un poco, se incorporó, bostezó, eructó, se frotó los ojos enrojecidos y me miró con cara de sueño y el ceño fruncido. Parecía un Buda crápula.

—Gunther —dijo, al tiempo que se rascaba los pechos colgantes y la barrigota—. ¿Qué demonios hace aquí?

—Soy el hombre que ha enviado Múnich RE a Atenas para investigar la reclamación del seguro por la Doris que interpuso Siegfried Witzel.

—Ya veo. Bueno, no; en realidad no lo veo. No es un experto en seguros marítimos. No distingue una punta del barco de la otra. ¿Por qué lo han enviado a usted, Bernie?

—Neff, el liquidador de reclamaciones marítimas, enfermó, y Alois Alzheimer me pidió que ocupara su puesto al timón. Aunque, a decir verdad, preferiría no haberlo hecho.

Merten tosió unos segundos, se dio unos golpecitos en el pecho y luego señaló el paquete de Fina.

—Tabaco —dijo, intentando recuperar el aliento.

Le lancé el paquete a la cama, seguido por un librito de cerillas.

Merten prendió un cigarrillo y lo fumó con agradecimiento.

—Diría que es una alegría verlo otra vez, pero es que no lo es. A estas horas me da la impresión de que ha venido a hacer algo más que una mera tasación. Venga, Bernie. Tiene que reconocer que esto resulta muy extraño.

—Mire, Max, no disponemos de mucho tiempo, así que más vale que escuche con atención. Mientras tanto, le sugiero encarecidamente que se vista, porque tenemos que irnos de esta isla lo antes posible.

—¿Irnos? Me está tomando el pelo.

—Ojalá.

—Ya me perdonará que se lo pregunte, pero ¿por qué? ¿Por qué iba a querer marcharme? —Expulsó una nube de humo y movió la mano para abarcar la habitación apenas acondicionada—. Estoy de vacaciones y, pese a lo que pueda parecer, lo estoy disfrutando.

—Es su cuello el que está en juego. Bueno, en resumidas cuentas, desde que llegué a Grecia he averiguado lo que se traían entre manos usted y sus amigos. Spiros Reppas me contó lo del oro judío de Salónica, incluido el detalle de que desde el hundimiento de la Doris delante de la costa del Peloponeso él y usted habían estado ocultándose aquí, en esta isla.

—Vaya, ¿por qué diría Spiros algo tan rocambolesco?

—Porque su jefe, Siegfried Witzel, está muerto y me imagino que Spiros supuso que no tenía mucho que perder si me lo contaba. Alguien le metió un balazo a Witzel en cada ojo.

—Oh.

—Durante un tiempo un policía local pensó que había sido yo, porque era

compatriota alemán y tal. A los polis les gusta que todo encaje en ese plan: un alemán asesina a otro alemán. Casi tenían razón. Sin embargo, fue su viejo amigo Alois Brunner quien mató a Witzel, aunque solo después de torturarlo durante varias horas. Le costaría creer cómo huelen los pies de un hombre después de pasarlos por el fuego, tal como hiciera Cortés con aquel pobre rey azteca, Cuauhtémoc. Es increíble lo cruel que puede llegar a ser un hombre cuando hay tanto oro de por medio.

Estaba cargando un poco las tintas para atemorizar a Merten.

—Yo había ido a ver a Spiros otra vez: teníamos planeado venir aquí anoche, de hecho. Había accedido a ayudarlos por los viejos tiempos; pero, por suerte para mí, vi a Brunner y un par de matones suyos llegando a la casa cerca de la Acrópolis, así que me largué a toda prisa antes de que me vieran. Como es natural, no fue un giro tan afortunado para Spiros y supongo que ahora Brunner no anda muy lejos.

—Ya veo. ¿Cuándo fue?

—Hará tres o cuatro horas.

Merten miró el reloj de muñeca y asintió con aire pensativo. Luego se levantó poco a poco, recogió los pantalones del suelo y se los puso. Señaló con un gesto de cabeza el cabestrillo que llevaba yo.

—Parece que ha ido usted a la guerra, Bernie. ¿Qué le pasa en el brazo?

—Un perro de tres cabezas me ha mordido cuando venía para aquí. Pero no es nada en comparación con lo que nos hará Brunner a los dos, probablemente. Brunner ha asesinado también a Samuel Frizis, ese abogado del bufete en Glyfada que encargaron robar. Mire, Max, seguro que no hace falta que le recuerde lo peligroso que puede llegar a ser Brunner. Ese tipo es un asesino y un sádico. Así que más vale que nos pongamos en marcha.

No obstante, Merten mantuvo la serenidad, y siguió moviéndose a paso de tortuga.

—Tiene un temperamento de lo más violento.

—No puedo decir que se lo reproche en lo que a usted respecta. Spiros me contó la historia de principio a fin. Estoy aquí por los viejos tiempos, para sacarlo sano y salvo de esta isla. Después supongo que su mejor baza de seguir vivo es pedirle protección a la policía de Atenas. Por suerte para usted, tengo allí un buen contacto, un tal teniente Leventis. Es el poli del que le hablaba, el que me tenía por sospechoso del asesinato de Siegfried Witzel. Esas esposas acabarán en mis muñecas si no encuentra nadie más a quien colgárselo, pero a quien quiere enchironar por esos dos asesinatos, si consigue atraparlo, es a Brunner. Creo que Leventis se apuntaría un tanto muy importante si llega aquí a Spetses y atrapa a Brunner con las manos en la masa, por así decirlo. Y con la masa me refiero a su sangre, Max. Esa clase de pruebas forenses tienen mucho más peso ante un tribunal que unos antiguos crímenes de guerra. Encontrar testigos de lo que les hizo Brunner a unos judíos de Salónica hace catorce años no sería tarea fácil. Como es natural, tendremos que dar con una razón mejor para pedir protección a la policía griega que la de que Alois Brunner intenta matarlo. Eso haría salir a la luz lo que han estado haciendo aquí.

—¿Qué clase de razón? No lo entiendo. Incluso suponiendo que quisiera que me protejan de Brunner, y no digo que quiera, ¿cómo iba a conseguirlo sin decirle a ese poli exactamente por qué intenta matarme?

—Se me ocurre que podría ofrecerse como testigo favorable a Arthur Meissner, el

intérprete a quien están juzgando en Atenas por todo lo que seguramente hicieron Brunner y Eichmann. Puede decirle a Leventis que el infortunio de su antiguo colega Meissner lo afectó hasta tal punto que decidió venir a Atenas para presentar testimonio a su favor, pero que también le preocupaba que al hacerlo pudieran causarle problemas los griegos que no aprecian a los alemanes, y sin duda hay muchos.

—¿Va todo bien? —preguntó Elli.

—¿Quién es esa? —indagó Merten.

—Una amiga. La chica que me ha traído en coche. No tengo el brazo izquierdo para conducir en estos momentos.

Fui a lo alto de la escalera y la encontré mirándome desde abajo con semblante ansioso.

—Sí, todo bien. Bajamos ahora mismo.

De nuevo en el dormitorio, Merten meneaba la cabeza.

—¿Presentarme ante un tribunal griego por mi propia voluntad? —dijo—. No lo sé. Los abogados detestan ir a los tribunales, ya debería saberlo. ¿Y si encuentran algún pretexto para detenerme? Con los griegos nunca se sabe. Mire cómo jodieron a Sócrates.

—¿Por qué habrían de hacerlo? La policía griega no lo busca por nada de lo ocurrido en 1943. Ya lo comprobé. Está fuera de toda sospecha. Es a esos cabrones de Brunner y Eichmann a quienes quieren atrapar, no a usted. ¿Y qué mejor prueba de su inocencia que ofrecerse de manera voluntaria como testigo en defensa de Meissner?

—Sí, eso ya lo veo. —Merten aplastó la colilla en un cenicero y encendió otro pitillo—. Por cierto, no sé qué tonterías le habrá dicho Spiros Reppas, Bernie, pero yo no tuve nada que ver con lo que les ocurrió a aquellos judíos. Fue todo idea de Brunner, que conste. Engañarlos para que le cedieran sus riquezas. Para cuando oí hablar del oro, ya era muy tarde para esa gente. Estaban a bordo de trenes rumbo a Auschwitz y Treblinka. —Suspiró—. Nunca conocí a nadie tan empeñado en deportar judíos como Brunner.

—Como decía, fue hace mucho tiempo. Y no es asunto mío.

—Solo quería que lo supiera, ya que intenta ayudarme. Cosa que le agradezco mucho. —Le dio una chupada al cigarrillo y se encogió de hombros—. ¿Por qué me está ayudando? Eso tampoco lo tengo del todo claro.

—Usted me ayudó, ¿no? Me consiguió el empleo en MRE. Ahora que estoy aquí, sería un desagradecido si no lo ayudara, Max.

—Bueno, visto así... Usted siempre me cayó bien, Bernie. —Merten asintió; se puso una camiseta, paseó la mirada por la habitación y frunció el entrecejo—. ¿Dónde he dejado la camisa limpia?

—Está fuera. En el tendedero. —Miré el reloj como si Brunner estuviera a punto de darnos alcance. Casi me las había ingeniado para convencerme de que en realidad Brunner había atrapado a Spiros Reppas y le estaba sacando información por la fuerza allá en la casa junto a la Acrópolis. Mi plan consistía en llevar a Merten de regreso a Atenas y, una vez allí, convencer al teniente Leventis de que, si bien Max Merten no era Alois Brunner, era la siguiente mejor opción; traicionar a Merten parecía el mejor modo de recuperar mi pasaporte y, de paso, entregar a un criminal para que se hiciera merecida justicia. Era lo correcto y aun así..., aun así, el engaño tenía algo que me dejaba un sabor amargo en la boca—. Tiene que darse prisa, Max. Cuanto antes nos

vayamos de esta isla, mejor. Una embarcación nos espera en el muelle, para llevarnos a Kosta, donde tengo un coche.

—Sí, claro. —Merten se sentó para ponerse los calcetines apestosos y luego los zapatos—. ¿Dice que le lleva tres o cuatro horas de ventaja a Brunner? ¿Desde que atrapó a Spiros?

—Así es.

—Podría ser mucho menos si Spiros canta enseguida. Piénselo. ¿Por qué iba a guardar silencio si Brunner le quema los pies, como a ese pobre azteca, Cuauhtémoc?

—Aunque Spiros podría decirle sin problema dónde ha estado ocultándose, Max, difícilmente puede revelarle a Brunner lo que más le interesa saber, que es la auténtica ubicación del Epeius, y el oro. Spiros me dijo que solo usted sabe dónde estaba, que no les reveló la ubicación ni siquiera a él y a Witzel, pero no alcanzo a imaginar que alguien como Brunner se crea esa historia, ni por un instante. Lo que, como digo, y por desgracia para Spiros, debería retrasar a Brunner solo el tiempo suficiente para que logremos poner algo de distancia entre nosotros y él.

—Sí, eso tiene sentido. Bastante malo es que te torturen, pero que te torturen por algo que en realidad no sabes... Dios. —Merten hizo una mueca—. Horroriza solo pensarlo, ¿verdad?

—Pues no lo piense. Eso no debería resultarle muy difícil, Max. No me parece de esos a los que les importune mucho la conciencia. Pero no hay tiempo que perder. No me haría ninguna gracia que mi teoría sobre Spiros resultara ser equivocada. Estando aquí ahora corro tanto peligro como usted. Y también la amiga que tengo esperando abajo. Nos va a llevar directos a Atenas. Se llama Elli.

—Diminutivo de Elisabeth, no me cabe duda. Qué ganas tengo de conocerla.

—Pues acabe de vestirse y baje.

—El caso es que agradezco de veras que me ayude. Siempre fue un buen hombre en una situación apurada. Sobre todo, ahora que tiene mi arma, por no hablar de mis billetes de regreso a casa. Si necesita un billete para volver a casa, Bernie, solo tiene que pedirlo. Tengo dinero más que suficiente para comprárselo. En agradecimiento por salvarme el cuello. Otra vez.

—Supongo que es el dinero que Schramma y usted le robaron al general Heinkel en Múnich, ¿no? El dinero que necesitaban para financiar esta expedición.

—Ese dinero se lo dieron al general los comunistas, con la intención de socavar la política germano-occidental. Dinero que probablemente le fue sustraído al proletariado que aseguran representar. Así que la procedencia de ese dinero no me preocupa mucho. Sea como fuere, ¿qué le importa a usted?

—Lo que me importa es cómo me dejó que lo convenciera de que se lo quedara, Max. Cómo se supone que yo iba a ser el pardillo que cargaría con la culpa. ¿Eso también lo planeó?

—No sea tan melodramático, Bernie. Claro que no. Y desde luego no le pedí a Schramma que matara al general y al otro Fritz que estaba con él. Esa estupidez fue idea suya. Ya sabe que si nos hubiéramos encontrado un poco antes, lo habría incluido en el plan en lugar de Christian Schramma. Nunca me sentí cómodo con ese tipo. Los bávaros tienen algo que sencillamente no me gusta, sobre todo ahora que vivo allí. A veces me pregunto si alguno de nosotros logrará volver a Berlín.

—No mientras los rusos estén bebiéndose nuestra cerveza.

—Pero bueno, vamos a olvidar todo eso tan desagradable. Múnich y sus autocomplacientes valores católicos de clase media quedan muy lejos. Usted y yo, Bernie; somos los dos berlineses, usted y yo, y eso marca la diferencia, ¿verdad? Somos viejos camaradas, chicos *Bolle*, ¿verdad? Así que tenemos que ser sinceros el uno con el otro. ¿Por qué no se olvida de toda esa estupidez de Arthur Meissner y el teniente Leventis y hablamos de la auténtica razón por la que ha venido a ayudarme? Vamos a hablar de eso, ¿quiere?

Merten me señalaba moviendo el dedo con una sonrisa torcida en la cara que hizo que me entraran ganas de quitársela de una bofetada.

—Quiere una parte, ¿verdad? Del oro. Claro que sí. ¿Y por qué no? ¿Tiene idea de cuánto hay ahí abajo, a quince brazas escasas de profundidad? Oro por valor de cientos de millones de dólares. Spiros y Witzel no podrían haberle dicho cuánto, porque ni siquiera ellos tenían la menor idea de la mitad de lo que hay. Ni en sus sueños más descabellados. Hay oro suficiente para que pasemos el resto de nuestras vidas en el lujo más exquisito, y libres de impuestos. Piénselo. Más oro del que Cortés y sus conquistadores pudieran soñar. Exento del impuesto sobre la renta, Bernie, exento de cualquier impuesto. Y es nuestro. Lo único que tenemos que hacer es ir a por él. Después podemos irnos a vivir a una isla en el Caribe. Comprar una, quizá. Una cada uno. O seguir cada cual su camino, como prefiera.

Merten le dio una calada al pitillo y lo usó para encender otro.

—Bien, trato hecho —dijo, sin esperar mi respuesta; me molestó que diera por sentado que yo era tan codicioso como Witzel o Schramma. Pero lo que me molestó aún más fue que llegué a plantearme su propuesta—. Bueno, pues le daré el veinticinco por ciento. Es justo, teniendo en cuenta que he corrido con todos los gastos. Además, tengo socios en Bonn a los que he de pagar. Políticos a quienes debo favores. Pero mire, en vez de ir a Atenas, deberíamos dirigirnos al norte, a Alejandrópolis, y cruzar a Turquía. Luego, algún día, en un futuro no tan lejano, cuando Alois Brunner haya renunciado a buscarme, podemos volver aquí, alquilar un barco e intentar otra vez recuperar el oro. Le aseguro que está a salvo donde se encuentra. Más seguro que en cualquier banco griego. Después de tantos años, unos pocos meses carecen de la menor importancia.

Negué con la cabeza, pero no dije que no me veía tentado. Hacerse muy rico tiene su atractivo para alguien que no tiene nada en el banco, ni siquiera una cuenta.

—No, gracias, Max.

—¿Qué quiere decir con «no, gracias»? ¿Está loco? ¿No quiere ser tan rico como el conde de Montecristo? ¿Más rico aún?

—La verdad es que no. No, mientras siga teniendo conciencia. Ese dinero está cubierto con la sangre de sesenta mil judíos muertos. Pensaría en ellos cada vez que me comprara otra isla en el Caribe.

—Piense un momento en lo que está diciendo, Bernie. ¿En serio sugiere que dejemos ahí el oro para el disfrute de los peces?

—Igual debería contárselo a alguien. Quizá incluso entregárselo al gobierno griego para que se lo devuelva a los judíos. Además, todos sus socios tienen la inoportuna costumbre de acabar traicionados o muertos. Prefiero arriesgarme con la policía griega

a emprender una travesía por mar con usted. Para serle sincero, no me fiaría de usted ni en un bote de remos en el Tiergarten. El teniente Leventis tiene mi pasaporte en el cajón de su mesa. Eso es lo único que necesito ahora. Puede volver aquí y bucear en busca del oro en otra ocasión, con algún otro. Yo solo quiero irme a casa. Gracias a usted tengo un empleo respetable, un sueldo. Incluso tengo un coche de empresa. Eso y dormir a pierna suelta vale más que cualquier tesoro hundido.

—Por los viejos tiempos, subiré al treinta por ciento.

—Mire, olvídense del oro por el momento y vamos a ponernos en marcha.

—¿De verdad cree que esos judíos llegarían a ver un solo céntimo del dinero si se lo entregáramos sin más al gobierno griego, o al nuestro? —Merten profirió una risotada desdeñosa—. No, claro que no. Los gobiernos y los puñeteros bancos son los peores ladrones del mundo. Le roban a la gente a diario, solo que lo llaman impuestos. O intereses sobre una hipoteca. O una multa impuesta por un tribunal. Esta nueva CEE que acaban de crear no es más que otra manera de robarnos a todos con más impuestos y multas en nombre de la paz y la prosperidad. Y esos judíos, ¿cómo cree que se hicieron con todo ese oro? Prestando dinero. Robándonos. Siendo banqueros a su vez.

—Me temo que todo eso suena muy cínico, Max. Pero supongo que no me sorprende. Es abogado, a fin de cuentas.

—Usted no es un hombre culto, Bernie, ¿verdad? Me refiero a que tiene su *Abitur*, pero no fue a la universidad. De haber ido, sabría que es intelectualmente respetable ser cínico. Es la única manera de ver las mentiras como lo que son. Si uno no se toma las cosas con cinismo, más le valdría renunciar a la vida. ¿Cree que soy cínico? Soy un aficionado en comparación con lo que hacen los gobiernos. Esos hombres respetables, nuestros líderes, son los mismos líderes, los mismos hombres que propiciaron la guerra en la que murieron cincuenta millones de personas. No son nunca los cínicos los que empiezan las guerras, sino los virtuosos dotados de firmes principios. Adenauer, Karamanlis, Eisenhower y Eden, los líderes del mundo libre, pero es esa misma mentira de siempre llamada democracia.

—Hitler no tenía nada de virtuoso.

—Sí, pero fue Neville Chamberlain quien le declaró la guerra a Alemania, ¿no? Eso confirma mi punto de vista.

—Bonita idea, Max. Aun así, gracias, pero no, gracias.

—Lo juzgué mal, Bernie. Después de todo lo que le ha ocurrido, ¿es posible que siga creyendo en el bien, que crea que aún queda moralidad en este mundo asqueroso? A estas alturas, la experiencia debería haberle enseñado que el bien sencillamente no existe, amigo mío. Ni para usted, ni para nadie, pero debo decir que especialmente no para usted. La gente suele perder el tiempo si cree que puede vencer al mal. Es una tontería. En este mundo prácticamente solo existen el mal y los grados de maldad. Si existe algo de bien, solo se da cuando un organismo, un ser humano como usted o yo, actúa impulsado por el interés propio o la necesidad biológica. Así es como se prospera y se sobrevive. Velando por uno mismo. Eso es sin duda aplicable a su caso.

—No lo creo —respondí, inquieto ahora ante la vaga sospecha que me rondaba de que no le faltaba algo de razón. ¿Acaso no lo estaba entregando a los griegos por mi

propio interés?—. Sería incapaz de creer algo así.

—Es una pena. El caso es que su conciencia no devolverá la vida a ninguno de esos judíos muertos, Bernie. La mayoría de esos pobres diablos de Salónica no tiene parientes a quienes devolver el dinero, aunque uno quisiera hacerlo. Brunner, Eichmann y otros como ellos se aseguraron por completo de eso. Han desaparecido todos; cualquier posible superviviente tendrá buenas razones para no llamar la atención, por vergüenza. Los únicos judíos que sobrevivieron son los que hicieron algo miserable para lograrlo. Y a esa gente no la matamos ni usted ni yo. Ahora no son más que cifras. Estadísticas en un libro de historia. Caras demacradas en un viejo noticiario en blanco y negro. Artículos sobre los pobres judíos en la revista *Life*. Lo que pasó, pasó, pero ya ha terminado. No tiene sentido lamentarse.

Max Merten esbozó una sonrisa cariada, lo que sirvió para recordarme lo podrida que tenía el alma. Entre todos los dientes ennegrecidos de Merten, su único incisivo de oro parecía una diminuta pepita hallada entre la tierra en el cedazo de algún curtido buscador de oro del Klondike y, en una boca tan brutalmente cínica como la suya, el oro no podría haber parecido menos precioso.

Gracias a Elli, la vida parecía merecer un poco más la pena, sobre todo ahora que había descartado mis sospechas previas de que tenía sus propios planes. Incluso después del incidente con la Beretta, seguía mostrando todas las señales de que estaba bastante encariñada conmigo y ahora me daba cuenta, igual que un perro idiota, de que a mí también me gustaba, aunque quizá no tanto. A decir verdad, seguía sin entender por qué se sentía atraída hacia mí, aunque había dejado de preocuparme por ello. Nunca me había parecido más inútil mirarle el dentado a un caballo regalado. Me hacía sentir bien otra vez, como me sentía cuando iba achispado de schnapps, como me sentía cuando un mendigo me bendecía por darle limosna o cuando entraba en la iglesia y percibía que quizá había una minúscula posibilidad de que Dios estuviera de verdad allí. Con ella cerca había un poco más de espacio para el optimismo. Con eso no quiero decir que le viera auténtico futuro a lo nuestro, pero por lo menos alcanzaba a ver un futuro para mí. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación de tener una amiga; quizá algo más que una amiga. Y pensar que casi la había ahuyentado con mis sospechas paranoicas... Cuando crucé la mirada con ella me sonrió, como preguntándose por qué le sonreía yo con tanta ternura. Nunca he sido muy risueño.

—¿Qué? —dijo.

—No, nada.

—Te estás riendo de mí.

—No, qué va. En serio. —Pero en honor al alemán corpulento que iba en el asiento trasero del Rover, añadí una mentira atenuante—: Es que me alegro de haber abandonado esa isla antes de que Brunner nos diera alcance.

—Ah, ese —comentó, como si el nombre careciera de importancia y, por primera vez desde que hablara con la reina de los bandidos, me pregunté dónde estaría Brunner. Oculto todavía en Atenas, quizá. O de regreso en Alemania Occidental. O tal vez en Egipto, trabajando para Nasser, a petición del servicio de inteligencia de Alemania. Pero estuviera donde estuviese, seguía considerándolo una amenaza.

—Sí, ese. Por eso vamos con tanta prisa, cielo.

—Espero no volver a verlo nunca —reconoció Merten—. Una vez vi a Brunner matar a un hombre en un tren porque le pidió un trago de agua.

—En el tren de Salónica a Atenas. En 1943.

—Sí. ¿Cómo lo sabía?

—Y la víctima era un banquero llamado Jaco Kapantzi. Brunner le pegó un tiro en cada ojo. Igual que al pobre Siegfried Witzel y a ese abogado griego al que robaron. Se lo dije. Ya solo por ese asesinato Brunner está en busca y captura en Grecia.

Elli se estremeció.

—Me da miedo.

—A mí también me da miedo, cariño.

Alargó la mano y, para tranquilizarla y darle a entender que todo iría bien, se la cogió y le di un apretón cariñoso.

En cuanto lo hube hecho —hecho delante de Merten, quiero decir— me di cuenta de que había cometido un error.

Íbamos por la carretera en dirección al norte, de regreso hacia Atenas y a bastante buena velocidad. Calculaba que llegaríamos a la capital para la hora de comer, pero antes tenía previsto hacer una llamada de teléfono cuando parásemos a repostar: al Megaron Pappoudof, para avisarle al teniente Leventis de que iba a llevar a Max Merten. Por el bien del alemán no quería que lo detuvieran, por lo menos no de inmediato. Quería dejarle claro a Leventis que Merten se iba a presentar como testigo en el juicio de Arthur Meissner. Eso redundaría en su favor cuando los griegos lo acusaran de crímenes de guerra.

—Qué coche tan bonito, Christof —comentó Merten.

—Es de alquiler —dije—. Y, por cierto, Elli sabe cómo me llamo de verdad. Hasta sabe que estuve en las SS.

—Fue usted muy valiente. Al decírselo.

—No crea.

—Es británico, ¿verdad? El coche, quiero decir.

—Sí. Un Rover.

—Qué romántico. Sus coches tienen nombres, y los nuestros, números. Es bueno. Pero no tan bueno como un Mercedes-Benz. No hay nada tan bueno como un Mercedes-Benz. —Suspiró—. A veces me pregunto cómo es que perdimos la guerra. Fabricamos los mejores coches, las mejores lavadoras, las mejores radios. Es posible que los británicos ganaran la guerra, pero no hay duda de que ya están perdiendo la paz. Dentro de diez años estarán mordiéndose nuestro polvo y no se podrá encontrar ni un solo coche británico en Grecia. Con esta nueva CEE, Alemania podrá erigirse en lo que siempre debió ser: dueña y señora indiscutible de Europa. Hay que reconocérselo al Anciano. Ha logrado lo que nunca podría haber logrado Hitler. Dentro de cincuenta años, el Reino Unido y Francia nos estarán pidiendo permiso para ir al servicio. Además, se lo haremos pagar a los franceses. Un franco por ir a mear.

—Es usted más nazi de lo que pensaba —observé.

—Eso no es nazismo. No es más que capitalismo.

—¿Qué diferencia hay?

—Si de verdad cree eso, es usted más izquierdista de lo que pensaba.

—De temperamento, quizá. Pero no ante la urna.

—Pobre Bernie. Como si votar cambiara algo. —Merten encendió otro cigarrillo—. Bueno, Elli. ¿Puedo llamarla Elli?

—Sí.

—¿Diminutivo de Elisabeth?

—Sí.

—¿Cómo conoció a Bernie Gunther?

—Me lo ligué en un bar —respondió—. En Atenas.

—¿Cuál?

—El bar del hotel Mega. Fui a reunirme con otra persona. Y vi que parecía muy triste, de modo que decidí animarlo un poco.

—Yo diría que lo consiguió.

—Yo también.

—¿Y dónde aprendió alemán, Elli? —preguntó Merten.

—De mi padre. Trabajaba para la Norddeutscher Lloyd. La naviera. Antes de la guerra fue segundo de a bordo del SS Bremen.

—Lo habla muy bien.

—Estoy mejorando desde que conocí a Bernie.

—Sí, se pueden aprender muchas cosas de Bernie. No sé qué tal es como profesor, pero es un hombre a quien conviene tener cerca en una situación difícil. Fue gracias a él como superé la guerra sin apenas ningún cargo de conciencia.

Lo dejé pasar para no amargarnos el trayecto de regreso a Atenas. Pero ¿de verdad lo creía?

—Un momento —dijo Merten—. ¿No sufrió un incendio el Bremen?

—Sí —contestó Elli—. Se hundió. En 1941.

—Yo estaba destinado en Bremen en 1941, y creo recordar que se habló de negligencia por parte del capitán.

—Eso no lo recuerdo —repuso ella, un poco incómoda—. Pero mi padre no era capitán. Era segundo de a bordo, como he dicho.

—¿Cómo se llamaba?

—Panatoniou. Agamenón Panatoniou. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. —Merten dio unas caladas al cigarrillo y Elli, con gesto de irritación, bajó su ventanilla—. Es una de las cosas que me encanta de Grecia —prosiguió él—. Resulta que aquí estoy, con la hija de Agamenón al volante. Y la mujer que venía a limpiar la casa de Spetses se llamaba Electra. Como salidas de Homero, ¿verdad, Bernie?

—Sí.

—No debería fumar tanto, Herr Merten —observó Elli—. No es bueno para usted.

—Tiene razón. Pero en Grecia, ¿quién se iba a dar cuenta?

—Yo me doy cuenta —respondió—. Porque no es bueno para mí.

—Cuando se ha sobrevivido a lo que sobrevivimos Bernie y yo, apenas merece la pena preocuparse por un pequeño peligro para la salud como un cigarrillo. Pero tiene razón. Debería fumar menos. Por el bien de mi familia.

Era la primera vez que oía a Merten mencionar una familia. En otras circunstancias quizá habría preguntado por ellos. Pero no quería pensar en ellos; no en ese momento.

Paramos a repostar en un pueblecito llamado Sofiko, donde entré en un bar e hice una llamada de teléfono para dejarle un mensaje en la jefatura de policía al teniente Leventis. Me sorprendió un poco que estuviera trabajando en domingo.

—Pensaba que estaría en misa —dije.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? No, por lo general los domingos vengo a ponerme al día con el papeleo. ¿Qué tiene para mí, comisario?

Le conté lo de Max Merten y el oro y su historia, y cómo lo estaba llevando para que pudiera presentarse como testigo voluntario en defensa de Arthur Meissner, y que creía

que eso lo favorecería si Leventis decidía detenerlo.

—No es Brunner —dijo Leventis—. Yo quería a Alois Brunner. Él es el motivo de que pusiera en marcha toda esta investigación. Ya se lo dije, comisario. Jaco Kapantzi, el hombre a quien asesinó en el tren, era amigo de mi padre. Además, mató a Witzel y mató a Samuel Frizis. Detener a Merten no beneficia mi índice de resolución de casos.

—No es Brunner, y no es Eichmann, pero quizá, si fuera usted un judío de Salónica, Max Merten sería la siguiente mejor opción. Era de la Wehrmacht, no de las SS. Eichmann, Brunner, Wisliceny..., todos tenían que pasar por él. Eso es lo que usted quería, ¿no? Algún alto cargo al que llevar a juicio. Un auténtico criminal de guerra nazi, y sin duda mucho mejor que un mero intérprete.

—Sí, supongo que está en lo cierto.

—Solo que, si se lo entrego, tiene que darle hasta la última oportunidad. En otras palabras, tiene que permitirle beneficiarse de asesoramiento jurídico.

—¿Cómo? ¿Un alemán me está diciendo cuáles son los derechos legales de un hombre en Grecia?

—Le hablo de las reglas de la justicia natural, eso es todo. No lo sé, probablemente las inventaron ustedes los griegos. Lo que quiero decir es que esto saldrá en la prensa y no solo estará llevando a juicio a Max Merten, sino a Grecia también. Y a Grecia ahora. Créame, sé de lo que hablo. Fíjese en la ejemplaridad con que celebraron los aliados esos juicios en Alemania. Hasta los rusos dieron la impresión de ser imparciales. Además, según su propia versión, Max Merten fue testigo de la muerte de Jaco Kapantzi en el tren de Salónica. Eso significa que cuenta con un testigo útil si consigue atrapar a Alois Brunner.

—Es verdad. De acuerdo. Se le asignará un abogado y se respetarán todos sus derechos.

—Otra cosa. Todo esto. Que yo haga de Judas y entregue a este hombre.

—Lo entiendo. Quiere sus treinta monedas de plata.

—Solo mi pasaporte. Esto me saca del apuro, ¿verdad? A mí y a Garlopis.

—Si es quien usted dice que es, claro, comisario. No hay inconveniente. Lo trae y podrá recuperar su vida. Si puede llamarla así ahora que es empleado de una aseguradora y no inspector, como yo.

«Nadie lo diría», sentí deseos de responder. Pero ya me había pasado de listo con policías y por lo general no les gustaba. A los polis nunca les gusta que los demás sean más listos que ellos. Les recuerda lo imbéciles que son. Yo había sido un poli imbécil en varias ocasiones cuando un caso no acababa de encarrilarse, y tampoco me gustó.

Salí del bar, regresé al coche y pagué la gasolina. Merten no estaba.

—¿Dónde está nuestro amigo? —le pregunté a Elli.

Señaló hacia el otro lado de la plaza del pueblo, engalanada de banderas griegas y con un intenso olor a patatas fritas. A lo lejos vi a Merten sentado en un banco junto a una parada de autobús con su maleta en la tierra reseca a su lado.

—¿Qué hace allí?

—Supongo que espera el autobús.

—¿Habéis discutido?

—No exactamente. Pero no me cae bien, Bernie.

—¿Seguro que no le has dicho adónde se podía ir?

—No, nada de eso. Sencillamente ha sacado la maleta del maletero, ha dicho algo en alemán que no he entendido y se ha largado sin más.

—Ah, ¿sí? ¿Qué ha dicho?

—Una palabra. *Hündin*, me parece. ¿Qué significa, por cierto?

—Ni importa.

—Creo que ha cambiado de parecer con respecto a lo de volver a Atenas con nosotros.

—Creo que tienes razón. Me parece que voy a tener que convencerlo.

—¿Cómo?

—Puedo ser muy convincente cuando quiero. Dame cinco minutos y luego pasa a recogerlos con el coche.

Permanecí sentado en el vehículo un momento, comprobé si la Walther de Merten estaba cargada, la guardé en el cabestrillo donde no se viera y luego fui a hablar discretamente con él. Aún no lo sabía, pero estaba a punto de intercambiar su futuro por el mío.

—No iré a dejarnos, ¿verdad, Max?

Merten adoptó un semblante de disculpa un momento.

—Sí, lo siento. Pero temía que me creyera muy estúpido y cobarde si le decía exactamente por qué huyo de esta manera.

—Póngame a prueba.

—Es lo que dice Goethe, eso es todo: más vale prevenir que lamentar. Cuando ha mencionado el asesinato de Jaco Kapantzi antes en el coche me he dado cuenta de que, de acuerdo con las leyes griegas, se me podría acusar de cómplice y encubridor. Porque estaba allí, en el tren, como bien sabe. Y no hice nada para evitar que Alo Brunner le disparara a aquel pobre diablo. Tampoco es que pudiera haber hecho nada, claro. Si hubiera interferido, me habría matado a mí también. Cuando a Alo se le calienta la sangre, es una puta furia. Para cuando me di cuenta de lo que iba a hacer, ya lo había hecho, si sabe a qué me refiero. Sí, siempre estuvo un poco chiflado en ese sentido. Era de gatillo fácil, o capaz de repartir estopa. Así que he decidido arriesgarme y seguir mi propio camino. No crea que no le agradezco que viniera a sacarme de esa isla, Bernie. Se lo agradezco. Quién sabe qué ocurriría si Alo llegara a dar conmigo. La primera vez que se presentó en el barco en el Pireo pensé que iba a matarme allí mismo. Solo sus ganas de echarle mano a una parte del oro se lo impidieron. Pero no me hace mucha gracia la idea de entrar en una comisaría griega con los pantalones por los tobillos. Piénselo. Solo un momento, haga el favor. Si el fiscal griego está dispuesto a acusar a un puñetero intérprete de crímenes de guerra, ¿qué posibilidades tendría un capitán del ejército alemán bajo cuyo mando estaba a veces ese intérprete? ¿Qué le impediría a Meissner decir que solo obedecía mis órdenes? Como ve, Bernie, recuerdo a Arthur Meissner muy bien. Fui yo quien le agenció sus casas en Atenas y Salónica. Solo es culpable de ser un poquillo codicioso. De algún que otro hurto. Eso no son exactamente crímenes contra la humanidad. Busque algún griego que no haya metido la puta mano en la caja, entonces y ahora. Pero de algún modo no creo que mis pruebas vayan a ser vistas con buenos ojos ante un tribunal. No me cuesta imaginarme en el banquillo de los acusados en lugar de Meissner, y ya empiezo a entrever que la idea de protección de ese poli suyo podría ser la misma que antes ponía en práctica la Gestapo. Una noche en los calabozos que se convierte en algo mucho más permanente. Por cierto, ¿ha estado en alguna cárcel griega? Son casi tan horrendas como los putos hoteles. A excepción del Grande Bretagne, pero ese es prácticamente el Adlon. No, era una bonita idea, Bernie, pero me temo que sencillamente no saldría bien. Me machacarían.

—De acuerdo, Max. Usted decide.

—No se preocupe por mí, sé cuidarme. Hablo griego con soltura. Y tengo dinero más que suficiente para volver a Ítaca. Quizá nos veamos de nuevo en Múnich. Lo invitaré a cenar en la Hofbräuhaus y nos echaremos unas buenas risas recordando el día de hoy.

—Quizá.

—Claro que sí. Si se porta bien, quizá le deje acariciar el vellocino de oro.

—Solo por curiosidad, ¿por qué le ha llamado zorra a Elli?

—Por la sencilla razón de que es una zorra. Por lo menos, en lo que a mí respecta. Está usted demasiado ciego de amor para verlo. ¿No se ha fijado en cómo me mira? Lo hace de una manera muy distinta a como le mira a usted, amigo mío. Muy distinta. A mí me desprecia.

—¿Qué esperaba? No es que tuviera planeado construir un orfanato griego con ese oro. Brunner y usted lo robaron para quedárselo. Sea o no una zorra, debería alegrarse de que viniera, Max. Sin ella, dudo que mi brazo me hubiera permitido conducir hasta aquí para salvarle el pellejo.

—Qué bobo romántico está hecho, Bernie. Es posible que tengan diferentes caras, pero todas las mujeres son iguales. Pensaba que eso ya lo entendía a estas alturas. Por su bien, espero que Elli merezca la pena.

Sin hacerle caso, saqué el billete del Orient Express del bolsillo, con la esperanza de llevarlo de regreso al coche por medio de la persuasión amistosa; que el gesto de devolverle el billete lo convenciera de que yo era de fiar.

—Supongo que querrá esto.

—Quédeselo. Úselo. Ahora que lo he pensado un poco mejor, puede que Estambul no sea tan buena idea para mí. Seguramente Italia me convenga más. Puedo coger un ferry a Brindisi desde Corinto y luego un tren a Bari, donde conozco a otro buen submarinista. Un colega de la Decima Flottiglia MAS, que instruyó a Siegfried Witzel, de hecho. Por supuesto, es italiano, no alemán. Pero nadie es perfecto.

Me creí muy poco de lo que decía. Saltaba a la vista que Merten no confiaba en mí. Lo veía en sus ojos. Y ahora que los miraba más de cerca vi que parecían dos caracoles viejos en el vidrio de un acuario muy verde. Lentos, viscosos e inhumanos. No es que le reprochara que no se fiase de mí; cualquiera que hubiese traicionado a tantos amigos como Max Merten debía de tener muy buen olfato para detectar cuándo estaban a punto de traicionarlo. Y si me estaba diciendo que pensaba ir a Brindisi y Bari, entonces era más probable que intentase tomar el Orient Express después de todo. Por un momento nos quedamos allí viendo cómo Elli se acercaba lentamente en el coche, sonriéndonos con pudor igual que dos viejos amigos enmudecidos al entender de pronto la incómoda realidad de que no eran amigos en absoluto, ya no, y seguramente nunca lo habían sido.

Lo que suponía que ya no había ninguna razón para no sacar el arma del cabestrillo y clavarle el cañón en la grasa que le cubría las costillas. Merten miró el arma como si fuera una mancha de tinta en la camisa.

—¿Es mi pistola? Desde luego lo parece.

—Suba al coche —dije, sin hacer caso del dolor en el brazo. Abrí la portezuela trasera del Rover, metí a Merten de un empujón en el asiento de atrás, le tiré la maleta

encima y me monté de un salto al lado de ambos. En cuanto la puerta estuvo cerrada, Elli pisó el acelerador. El Rover se bamboleó un poco sobre la grava antes de que los neumáticos se agarraran a la carretera y cogieran velocidad. Merten se incorporó, lanzó un fuerte suspiro y se quedó mirando el arma y a mí con algo parecido a lástima, como si fuera el pesado de la clase.

—Me preguntaba cuándo revelaría por fin sus intenciones, Bernie —dijo—. Y aquí está. Apuntándome con un Bismark. Qué decepción.

—Eso tiene gracia, viniendo de usted —repuse—. Me pregunto si su mano izquierda sabe siquiera lo que está haciendo la derecha a veces.

—Bueno, pues ya tenemos algo en común, usted y yo. Los dos somos traidores. ¿Qué tiene planeado? ¿Entregarme a la policía griega y recuperar su pasaporte?

—Algo por el estilo.

—Dios bendito, se tiene usted en muy poco, ¿no? Escuche lo que dice. Un pasaporte. Si se hubiera unido a mí, habría sido tan rico como Creso. Todavía podría serlo, si entra en razón.

—Su riqueza tiene un precio que no puedo permitirme pagar.

—«La conciencia nos hace cobardes a todos».

—Excepto a usted, por lo visto, Max.

Merten dejó escapar un bufido desdeñoso.

—¿Cuándo empezó a trabajar para el departamento de crímenes de guerra? Cualquiera diría que es usted judío, por cómo los menciona una y otra vez. No sea tan lúgubre, Bernie. Para ser alemán, tiene usted un lío enorme con todo esto. ¿Qué le importan los griegos, o los judíos? Que se ocupen de sí mismos. Yo velo por un servidor. Lo que me recuerda... ¿Le importaría dejar de apuntarme con eso? Las carreteras griegas no son las mejores. Si su amiga se encuentra con un bache, es posible que me dispare, por accidente.

—Y si lo hiciera, seguramente se lo merecería.

—¿Qué pasaría entonces con su pasaporte?

Merten sacó su hediondo tabaco egipcio y encendió un cigarrillo antes de adoptar una expresión muy seria.

—Escúcheme con atención, Bernie —dijo con gravedad—. Esta insensatez solo puede acabar mal para los dos. Le aseguro que la superioridad moral que cree tener se sustenta sobre arenas movedizas. Se lo advierto, como viejo amigo. Tal como una vez me lo advirtió usted, allá por el treinta y nueve. Déjeme marchar ahora mismo o lo lamentará. Y mucho antes de lo que cree.

—Parece olvidar que el arma la tengo yo, Max.

—Y usted olvida dónde está. En la silla eléctrica. Y yo tengo la mano en el interruptor. Puedo reducirlo a un montón de carne achicharrada y apestosa en un abrir y cerrar de ojos, amigo mío.

—No sé por qué cree que me tiene pillado, Max, pero va de farol. Esos judíos de Salónica se merecen justicia y voy a cerciorarme de que la obtengan.

—¿Justicia? No me haga reír. ¿De verdad cree que las vidas de sesenta mil judíos pueden compensarse tan fácilmente? De veras, Bernie, me asombra. No solo es un romántico sino también un idealista. Hoy está usted lleno de sorpresas. No hay justicia humana suficiente para lo que les ocurrió a esos pobres diablos. Y desde luego no

podría hacerla alguien tan humilde como yo. Así pues, lo que propone es absurdo. Además, yo no tuve absolutamente nada que ver con sus muertes. Yo solo era un chupatintas. Un burócrata.

—Pero no tuvo inconveniente en sacarles partido.

—No oí quejarse a los muertos de lo que hacía. Y le aseguro que no han perturbado mi conciencia desde entonces. Ya se lo dije. No puedo permitirme tenerla. No, son Eichmann y Brunner los que se merecen ir a juicio. No yo. No era más que un humilde capitán del ejército. Ni siquiera una nota a pie de página en la historia.

—Es posible. Pero de momento, tendremos que conformarnos con usted.

—Vaya mojigato está hecho. Es un mojigato y un estúpido. —Merten dio unas caladas al cigarrillo con gesto sereno, como si no tuviera la menor preocupación—. Sea sensato. Es la última oportunidad. Déjeme ir, Bernie. Lo lamentará si no lo hace.

—Cállese y fume.

—Le diré lo que voy a hacer —prosiguió con calma—. Voy a fumarme este cigarrillo hasta el final. Y luego, cuando haya acabado, si no ha parado ese coche y me ha dejado seguir tranquilamente mi camino, usted también estará acabado. Le doy mi palabra.

Max Merten tiró la colilla por la ventanilla del coche y la volvió a subir. Sonreía igual que un gran maestro del ajedrez a punto de hacer un movimiento decisivo. Yo, su estúpido rival, seguía sin ver cuál podía ser. Pero en lugar de decir nada, guardó silencio y cerró los ojos un buen rato y supongo que debió de dormirse; cuando volvió a abrirlos estábamos solo unos kilómetros al suroeste de Atenas.

—Casi hemos llegado —comentó Elli.

—Gracias por conducir hasta aquí —dije—. No podría haberlo hecho sin ti.

—Qué encanto —respondió—. Me alegra haberte ayudado.

—Vaya, qué bonito, ¿verdad? —dijo Merten—. El caso es que hay hombres a los que los idilios ajenos les conmueven. A mí no. Cuando veo algo así me pregunto si las dos partes implicadas de veras saben la verdad sobre el otro. Hablando como abogado, puedo decirles que la verdad ha dado al traste con más de un buen idilio. Ninguna relación, y desde luego ningún matrimonio, puede soportar un exceso de verdad. El mío no pudo.

—Sea lo que sea eso que cree saber —dijo Elli—, no quiero oírlo.

—Déjeme decirle algo sobre este hombre tan encantador que está sentado detrás de usted, Elisabeth —insistió en voz queda.

—No se moleste en tratarme como a un miembro de un jurado. Yo también soy letrada y me conozco todos esos trucos de abogado.

—Ah, no es ninguna molestia.

—Hasta donde alcanzo a ver, señor Merten, tiene usted una ventaja sobre mí y es que nunca ha tenido que soportar un trayecto en coche con Max Merten.

—Conozco al auténtico Bernie Gunther. Eso es una ventaja.

—La de veces que he oído decir a gente que sabían quién era yo en realidad y lo único que sabían era quién imaginaban que era. Cuanto más vivo, más veo que en el fondo nadie conoce a nadie. Así que hágase un favor y ahórrese esa saliva tan desagradable.

—Pero él le gusta, ¿no?

—¿Quiere una respuesta o una explicación?

—Una respuesta.

—Sí. Me gusta.

—¿Por qué?

—Ahora quiere una explicación. Y no estoy obligada a dársela. No estoy obligada y desde luego no me apetece nada.

—Conozco a este hombre desde hace casi veinte años, Elisabeth. Su reputación en

la jefatura de policía de Berlín lo precedía en los años treinta. Para muchos hombres más jóvenes e impresionables como yo, Bernie Gunther no era solo un inspector con éxito, sino que también era una suerte de héroe local.

—Recuerdo perfectamente haberle dicho que no me interesaba nada de lo que tuviera que decir.

—Ya ha oído a la señora, Max. ¿Por qué no lo deja correr?

—Logró la hazaña de atrapar a Gormann el estrangulador, un tipo que asesinó a unas cuantas jóvenes aspirantes a actriz. ¿Cuándo ocurrieron aquellos asesinatos de Kuhlo? ¿En 1929? No estoy seguro. Pero creo que debió de ser en 1931 cuando Bernie ingresó en el Partido Nazi y pasó a ser el oficial de enlace del partido en la Policía Criminal, porque sin duda fue al año siguiente cuando tomó parte en la formación de la Sociedad de Servicio Civil del Nacional Socialismo de la Policía de Berlín. Lo que significa que era un acérrimo nazi antes incluso de la llegada de Hitler al poder.

—Usted sabe que no fui nunca nazi. Ni en mis peores pesadillas.

—Anda, venga ya, Bernie. No sea tan vergonzoso. Déjeme decirle, Elisabeth, que este hombre fue uno de los primeros del cuerpo de policía que tuvo la valentía de declarar sus convicciones políticas. Y al hacerlo él, muchos otros lo imitaron. Yo incluido, aunque para ser sincero, solo lo hice para progresar en mi carrera profesional. A diferencia de Bernie, yo no estaba muy interesado en la política y mucho menos en perseguir a judíos y comunistas. No sé con seguridad qué piensa de los judíos, pero estoy convencido de que Bernie detesta a los comunistas. Luego, en otoño de 1938, su amigo aquí presente captó la atención del lugarteniente de Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich. Heydrich era un tipo muy escurridizo...

—Casi tanto como usted, Max. Podría sembrar toda esa bazofia que está soltando en un campo y tendría dos cosechas al año.

—... la encarnación misma de la maldad fascista y el artífice de numerosas atrocidades, razón por la que se lo conoce como el Carnicero de Praga. Para ser justos con Bernie, supongo que Heydrich vio a alguien a quien podía utilizar, tal como utilizaba a muchos otros. Pero fue Heydrich quien ascendió a Bernie al rango de comisario y, hasta la muerte de Heydrich, Bernie fue su principal apagafuegos. En la jefatura corría la broma de que, cuando Bernie veía un fuego, lo apagaba a tiros.

Mientras Merten reía su propia gracia, levanté el brazo herido, lo cogí por la corbata y se la retorcí, tal como él estaba retorciendo la verdad, aunque no lo suficiente como para hacerle callar.

—Empiezo a ver por qué Alo Brunner tiene tantas ganas de matarlo, Max. Con una bocaza como la suya, es un milagro que haya conseguido seguir con vida tanto tiempo.

Sin dejar de hablar por los codos, Merten retrocedió sobre el asiento de cuero para refugiarse en el rincón.

—Por ejemplo, en noviembre de 1938 se rumoreó que había asesinado a un médico llamado Lanz Kindermann, porque era homosexual. A los nazis no les gustaban mucho los maricas, y Bernie no era una excepción, desde luego. Pero para entonces era excepcional en un sentido, y era el grado de libertad que su jefe de cara pálida, Heydrich, le permitía tomarse, así que su crimen quedó impune, como ocurría por entonces con la mayoría de los auténticos crímenes. Al año siguiente, unos meses

antes de que estallara la guerra, a Bernie llegaron incluso a invitarlo a Obersalzberg, donde se alojaría en la casa de campo de Hitler, el Berghof. Hitler cumplía cincuenta años y era un honor excepcional para cualquiera que hubiera sido invitado, se lo aseguro. No muchos podían jactarse de ello, a menos que se les tuviera en gran estima. A mí nadie me invitó a pasar allí el fin de semana. —Merten rio entre dientes—. ¿Verdad que sí, Bernie? Lo invitaron a la casa del líder, ¿no? Cuénteselo.

Por un breve instante me planteé intentar explicar la auténtica razón por la que había estado en el Berghof —para investigar un asesinato—, pero casi de inmediato vi lo inútil que era hacerlo. Resultaba imposible ofrecer una explicación satisfactoria de mi presencia allí. Así pues, hice lo que haría cualquiera cuando se enfrenta a la mentira descarada de otro. Le resté importancia riéndome y respondí con otra mentira.

—Claro que no estuve allí. Es ridículo sugerir siquiera algo así. Debo reconocérselo, Max. Tiene que ser un gran abogado litigante. Antes de darme cuenta estará intentando convencerme de que Hitler era un tío mío del que no sabía nada desde hacía tiempo.

Elli se echó a reír.

—No le des ideas.

—En realidad la historia apenas está empezando. Un par de años después, en 1941, cuando Alemania invadió la Unión Soviética, muchos policías de alto rango de Berlín fueron reclutados por el SD, que era la agencia de inteligencia de las SS, y así es como Bernie aquí presente se convirtió en capitán del SD de uniforme, igual que Alo Brunner. Dígame, anciano, ¿qué parte de eso es falsa?

—Cállese, Max. Cállese. Le juro que voy a meterle un golpe con esta pistola como tenga que seguir oyendo esa monserga.

Capté la mirada de Elli en el espejo retrovisor. Lo que vi no me preocupó demasiado. Meneaba la cabeza como si no lo creyera.

—Veo exactamente lo que se trae entre manos —dijo ella—. Es una rata, y como cualquier rata se pone a chillar cuando se ve acorralada.

—Algunas ratas hay que exterminarlas —dije, y apoyé el cañón de la Walther en la mejilla de Merten.

—Adelante, dispare —me desafió Merten—. Hágalo. Métame un balazo en la cabeza. Eso es lo que mejor se le da, anciano. Ha tenido práctica de sobra, después de todo. Mejor muerto que condenado a cadena perpetua en una cárcel griega.

—No voy a pegarle un tiro, Max. Pero hay gente que pierde dientes de oro por cosas así.

—¿Se refiere a decir la verdad? Seguro que esta chica griega tan simpática se merece saber la clase de hombre que es en realidad.

—Su versión no tiene mucho que ver con la verdad, Max.

—Hace mucho tiempo que dejaron de darme miedo los cuentos —dijo Elli—. Sobre todo, si los cuenta un viejo gordo nazi.

—Eh, no soy tan viejo —replicó Merten—. Puede que me sobre algún kilo, pero soy por lo menos una década más joven que su amigo. Igual puede convencerla a ella de que fue un buen alemán, Bernie, pero yo sé que no es cierto. ¿Todavía tiene ese tatuaje de las SS bajo el brazo o se lo quemó para borrarcelo? ¿Qué le dijo a ella que era? ¿Una vieja herida de guerra?

Merten rio.

—Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres, Bernie? —me pidió Elli.

Me llevé un pitillo a la boca, lo encendí y se lo puse entre los labios.

—Gracias.

Un momento después tomamos una curva un poquito demasiado rápido, lo que hizo caer a Merten sobre mi regazo un instante. Lo aparté sin miramientos.

—Puede que en Grecia exista la pena capital, Bernie, pero a los griegos no les gusta mucho matar a gente. A diferencia de los alemanes. Alemanes como usted, quiero decir. Porque es aquí donde la historia empieza a ponerse desagradable de verdad, Elli. Lo lamento, pero no lo puedo evitar.

—Ojalá le pegaras un tiro, Bernie. Es lo que se merece, no solo por robar el oro, sino también por ser tan pesado. Estoy harta de oír su voz. Deberíamos pegarle un tiro y arrojar su cadáver a una zanja.

—Entonces, Bernie es el hombre que necesita, Elisabeth. Igual ya ha oído hablar de los asesinatos en masa que ocurrieron en Rusia y Ucrania durante el verano de 1941. Bernie se había ofrecido voluntario para unirse a otro policía de alto rango, su antiguo amigo de Berlín Arthur Nebe, como parte de un batallón de policía agregado a lo que se denominaba un *Einsatzgruppe* de las SS. No es nada fácil de traducir, mi querida Elisabeth. Significa que el grupo tenía asignada una sola tarea especial. ¿Se imagina cuál era? Sí. Eso es. Ya veo que lo ha adivinado. Esos hombres de las SS solo tenían la obligación de llevar a cabo una sentencia: la sentencia de muerte. En resumen, el Grupo Einsatz B era un escuadrón de la muerte itinerante que operaba detrás del Grupo de Ejércitos Centro, y estaba a cargo del exterminio de judíos y demás indeseables como comunistas, gitanos, discapacitados, retrasados mentales, rehenes y, a grandes rasgos, cualquiera que no les cayera muy en gracia, a fin de aterrorizar a la población local. Operaban en Minsk y sus alrededores, y tenían mucho éxito. A Nebe y Gunther aquí presente se les daba muy bien el genocidio y se las apañaron para llenar suficientes fosas comunes como para dejar esa parte de Ucrania sin judíos en la mitad de tiempo.

—Yo no maté a nadie en Minsk. Pero tiene mi palabra, Max, de que no me importaría nada matarlo a usted.

—Entonces no recuperaría su preciado pasaporte. Tampoco es que tenga mucho valor, porque lleva un nombre falso. Pregúntese por qué es así, Elisabeth. Cómo es que yo estoy aquí con un pasaporte a mi auténtico nombre y Bernie tiene un pasaporte con un nombre falso. Alguien podría llegar a la conclusión de que tiene más que ocultar que yo. Igual tiene algo que ver con que entre julio y noviembre de 1941, el Grupo B se las arregló para matar a casi cincuenta mil hombres, mujeres y niños. *Cincuenta mil*. Intente imaginar qué clase de tipos eran para hacer algo semejante, Elli. Yo lo he intentado a menudo y una y otra vez me veo sin respuesta. Es inexplicable. —Merten sonrió—. ¿Qué ocurre, Bernie? ¿Es la verdad demasiado para usted? Creo que está empezando a ser demasiado para la pobre Elli.

»Después de los horrores de Minsk, Arthur Nebe y Bernie volvieron a Berlín y a ambos los condecoraron por un trabajo bien hecho. ¿No le otorgó Martin Bormann la Insignia de Coburgo, la orden civil más importante de Alemania, por sus servicios a Hitler? Debió de sentirse muy orgulloso en ese momento. Bernie estuvo incluso como invitado en la casa de campo de Heydrich en Praga. Una vez más, todo un honor.

Entretanto, Nebe y Bernie retomaron sus deberes más rutinarios con la Policía Criminal, e incluso trabajaron para la Interpol, a pesar del detalle de que acababan de ser cómplices del crimen del milenio. Es de una arrogancia simplemente increíble, ¿no?

—Lo único increíble —repuso Elli— es su propia arrogancia.

—A mí, por mi parte —insistió—, un humilde capitán del ejército al que nadie consideraría un invitado nazi entretenido, me destinaron aquí, a Grecia. Tenga presente que no formé nunca parte de las SS, del SD ni de la Gestapo. Ni se me concedieron medallas o ascensos. Eso es fácil de verificar. Seguro que hasta Bernie lo reconoce. Es verdad que robé algo de oro a miembros de las SS que se lo habían robado a los judíos de Salónica. Pero hasta ahí llegan mis crímenes. Nunca maté a nadie. La única vez que vi morir a alguien a tiros fue cuando Alo Brunner mató a aquel pobre hombre en el tren de Salónica. Mientras tanto, Bernie pasó a hacer trabajos especiales para Heydrich y el ministro de Propaganda, el mismísimo Josef Goebbels, nada menos; incluso lo enviaron a Croacia con alguna clase de carta blanca del ministro en el bolsillo. Cualquiera diría que ya había matado más que suficiente, pero qué va. En Croacia ayudó a la Ustacha fascista a asesinar a millares de serbios y gitanos, por no hablar de judíos yugoslavos.

—Es usted bueno, Max. Me calumnia para ver si se me queda pegado algo de mugre.

—Es exactamente lo que haría cualquier abogado poco escrupuloso —señaló Elli—. Si estuviera desesperado por completo.

—El caso es que creo de veras que ella lo quiere, Bernie. O al menos piensa que lo quiere. Mire, Elisabeth, ya veo que puede ser difícil aceptar todo lo que le acabo de contar sobre un hombre al que aprecia. No se lo reprocho. Créame, después de la guerra muchas esposas alemanas tuvieron el mismo problema. ¿Pudo mi marido Fritz, al que tanto le gusta Mozart, haber asesinado a mujeres y niños? Dime que no mataste a tiros a ningún niño, querido esposo mío. Haz el favor de decirme que no tuviste nada que ver con eso.

—¿No me ha oído, *malaka* embustero? —dijo a voz en grito Elli—. No me creo ni una sola palabra.

—Pues esto sí que se lo puede creer, querida Elisabeth: Bernie también tiene una esposa. ¿Quizá ya le ha hablado de ella? Vive en Berlín. ¿No lo sabía? No, ya suponía que no. En ese caso, le aguarda una sorpresa aún mayor. Podría decirse que es una casualidad y quizá una casualidad oportuna, ya que Bernie no tendrá problemas para recordar cómo se llama usted. Supongo que bastante trabajo le cuesta recordar su propio nombre, o al menos el que está escrito en su pasaporte. Resulta que su mujer se llama Elisabeth, igual que usted.

Elli había detenido el coche y apagado el motor. Estábamos en un barrio residencial del oeste de Atenas rodeados de un extraño paisaje de depósitos de combustible y gasómetros. A lo lejos se alcanzaba a ver la cordillera que protegía la península del Ática cual los muros gigantes de una Troya más antigua. Un mendigo se acercó a la ventanilla del Rover y Elli meneó la cabeza con furia, lo que le hizo desistir. Agarró el volante con firmeza y mantuvo la mirada al frente como si hubiera estado planeando chocar con uno de los depósitos de combustible para que muriéramos todos en una explosión como en la escena final de *Al rojo vivo*. Lo más probable es que mi silencio le resultara más ensordecedor. A mí sí que me lo parecía. Merten también guardó silencio. Se había empleado a fondo y no hacía falta más. Era evidente para todos en el coche que cualquier otra cosa que dijera habría sido redundante, por no hablar del detalle de que se habría ganado un puñetazo en la boca. También era evidente que Elli estaba enfadada. Había ira en sus ojos y la voz le sonó áspera, como si se estuviera resfriando. De pronto yo también tenía bastante frío.

—¿Es verdad? —preguntó, poco después—. ¿Tienes una mujer en Berlín?

—Sí, pero estamos separados.

Antes incluso de que yo hubiera terminado la breve frase, Elli se había apeado del coche. Cogió el bolso del asiento del acompañante, cerró la portezuela de golpe a su espalda, se apoyó en la aleta del vehículo y encendió un pitillo con gesto furioso. Yo la seguí afuera.

—Me dejó hace más de un año mientras yo vivía en Francia, y regresó a casa en Berlín. A diferencia de ella, yo no podré volver nunca allí. Por lo menos, no mientras los comunistas estén en el poder. La Stasi es tan temible como la Gestapo. Peor aún, probablemente. Sea como fuere, en la última conversación que tuve con mi esposa me dijo que quería el divorcio. Y quién sabe si ya lo habrá obtenido. Teniendo en cuenta que la ciudad está rodeada por la RDA, es difícil comunicarse, por no decir otra cosa, por lo que hace mucho tiempo que no hablamos. Una carta que recibí el año pasado resultó ser una artimaña con la que los comunistas querían engatusarme para que volviera a Berlín.

—¿Y se llama Elisabeth, como ha dicho ese cabrón nazi?

—Sí.

Se quedó mirando el suelo casi un minuto mientras yo ofrecía, a muy duras penas, el resto de mi explicación. Puesto que mi mujer y yo llevábamos meses sin vernos, había dejado de pensar que era un hombre casado, e imaginaba que ella también. Nos conocíamos como amigos desde hacía más de veinte años. Nos casamos por

conveniencia más que nada, pues los dos habíamos tenido la necesidad de escapar de Berlín más o menos al mismo tiempo. De eso no hacía tanto —1954—, lo que debería haber servido como una útil instantánea de lo inconveniente que se había vuelto la conveniencia de nuestro matrimonio cuando, al final, ella se largó a Alemania y volvió a casa. No era muy buena explicación, pero era la única que tenía.

—¿Cuándo tenías pensado decírmelo? —preguntó—. Si es que pensabas hacerlo.

—Tendría que haberlo mencionado antes —reconocí.

—Sí, tendrías que haberlo hecho. Podrías haberlo mencionado anoche, por ejemplo. Antes de registrarnos en una habitación doble en el hotel Poseidonian. Pero no lo hiciste. Curiosamente, te callaste lo de tu esposa entonces.

—Tienes razón. Pero he de decir en mi defensa que ayer todavía estaba medio convencido de que ibas a pegarme un tiro con tu pequeña Beretta. Apenas había empezado a creer en ti y en mí, de modo que no pensé que fuera tan importante. Me pareció una nadería. Por lo menos, mientras intentaba dar caza a esa rata de Merten. Como si no pudiera concentrarme plenamente en ti, tal como te merecías, hasta haber perdido de vista a Max Merten. Pero sin duda habría acabado por decírtelo. Cuando estuviéramos los dos de regreso en Atenas. Lo habría hecho mejor, además, con una cena y bombones y flores. El caso es que todavía podría hacerlo.

—Unas flores no habrían servido de nada en este caso.

Al no decir ella nada más, me sentí obligado a añadir una explicación sobre todo lo demás que le había contado Merten.

—Por lo que respecta al resto de lo que ha dicho, no había ni un diez por ciento de verdad. Fui inspector en el *Praesidium* de Berlín y trabajé para los nazis, pero solo bajo una presión considerable, y aunque conocí a algunas de esas personas que ha mencionado, nunca asesiné a nadie, Elli.

—Maldito sea ese tipo —exclamó con furia—. Maldito sea por encontrar el punto débil. Y no me refiero al tuyo. Este es mi punto débil. Qué ironía. Buscaba el tuyo y ha encontrado el mío. Mira, lo siento, pero no me gustan los hombres casados. Sobre todo, cuando están casados con otra. Igual debería haberlo mencionado yo anoche. Hace unos años tuve una aventura con un hombre casado, uno del ministerio, y entonces juré que nunca me volvería a liar con un hombre casado. Tú no tienes la culpa. Pero así son las cosas, ¿entiendes?

—Ya te lo he dicho: estamos separados. Y nos vamos a divorciar.

—Esa es más vieja que la *Odisea* —repuso—. Tendrías que leerla alguna vez. Al final, Ulises vuelve con su esposa. Debo decir que eso fue lo que me pasó a mí.

—Conmigo no va a ocurrir.

—Como con todo lo demás, solo tengo tu palabra.

—Y mi palabra no basta, supongo.

—Si no diera la casualidad de que eres un hombre, lo más probable es que me fiara de ella.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —pregunté.

—No sé dónde te deja a ti, Bernie, o comoquiera que te llames en realidad, pero yo ya sé cómo salir de este laberinto en particular. Me voy a casa. Sola. Os dejo a ti y al gordo de tu amigo para que resolváis las cosas entre vosotros.

—Estás malinterpretando todo esto, cariño. Estaba arreglándolo para quedarme un

tiempo en Grecia, solo para estar contigo. Con la esperanza de que fuera para largo.

—Para eso necesitarías una caja de herramientas que no tienes ni sabes utilizar.

—Dime dónde conseguirlas e intentaré hacer que esto funcione.

—Estoy en terreno más elevado que tú, Bernie. Ya veo lo que no alcanzas a ver tú. Me educaron como católica bizantina griega y nosotros creemos en las esposas muertas, no en las divorciadas. Ahora que lo pienso. Estoy casi segura de que me dijiste que tu esposa murió hace ocho años, en Múnich.

—Kirsten. Así es.

Me pareció mejor no mencionar que había tenido otra esposa antes de Kirsten. Supuse que la pobre Elli solo podría soportar cierto número de exesposas, muertas o vivas.

—Eso lo explica, pero no lo justifica. No, según mis normas. Cuando te cambiaste de nombre, igual olvidaste que las mujeres no cambian tan fácilmente. De hecho, la mayoría no cambia en absoluto. Casi todas queremos las mismas cosas: un bolso bonito y un marido en el que poder confiar, pero por lo general nos conformamos con lo uno o lo otro.

—Lamento que te sientas así.

—No tienes ni idea de cómo me siento. Sinceramente, ni siquiera tienes la culpa. Yo soy esa clase de mujer y tú eres justo esa clase de hombre. Un superviviente. Supongo que la guerra te convirtió en eso. Quizá antes tenías unos valores y te mantenías a su altura. No lo sé, pero yo también tengo valores. Lo único que lamento de todo esto es haber tirado la Beretta de mi padre. Seguramente, más vale. Si la tuviera ahora, igual te pegaría un tiro. Quizá no te mataría. Lo que me has hecho a mí no es tan grave como para matarte si se valoran todas las circunstancias en conjunto. No puedo hablar por el resto de la humanidad. Pero siempre tendrías un agujerito que te recordara a mí.

—Sospecho que lo tendré de todos modos. No creo que te olvide, Elli.

—Creo que más te vale intentarlo —repuso, y se alejó a paso ligero.

La seguí con la mirada. Noté una punzada de pena al verla irse. Había una posibilidad real de que hubiera funcionado entre nosotros. Por otra parte, tal vez solo habríamos llegado a ser amigos, de los que tampoco iba sobrado. Nunca se sabe cómo saldrán estas cosas. Pero si he de ser sincero, debo reconocer que también sentí cierto alivio de que me hubiera dado plantón. La diferencia de edad solo era un detalle. También había otra cosa, y tampoco era culpa suya: que yo no tenía paciencia para ninguna mujer, ya no, y no solo para ella. Lo más probable era que hubiera pasado demasiado tiempo solo, y supongo que lo prefería así.

Seguí mirando a Elli durante un rato, pensando que igual ella volvía la vista, pero como es natural no lo hizo y en realidad no esperaba que lo hiciera. La seguí mirando hasta que la perdí de vista y luego me volví para mirar a Max Merten, todavía sentado en la parte de atrás del Rover. Saqué el Bismark de la cinturilla del pantalón y le hice con el arma un gesto para que se bajara, y cuando permaneció inmóvil abrí la portezuela y, sin prestarle atención a lo que me dolía el brazo, lo saqué agarrándolo por el cogote.

—Muévase.

—No irá a pegarme un tiro, ¿verdad?

Miraba nervioso la zanja que había detrás de él y la pistola que empuñaba yo, pues

bien podría haberlo hecho. Ya había matado a gente. En eso, al menos había dicho la verdad, aunque cabría aducir que la mayoría de ellos se lo tenía merecido. Pero llevaba tiempo sin dispararle a nadie y, aunque le hubiera estado bien empleado por su pico de oro de abogado, sabía que no habría resuelto gran cosa. Nunca la resuelve. Desde luego, no habría hecho volver corriendo a Elli.

—No, no voy a pegarle un tiro —dijo—. Quiero que conduzca. Conduzca el coche, Max.

—Claro. Lo que usted diga, Bernie. Basta con que me diga adónde.

Se sentó al volante y yo me acomodé en el asiento del acompañante.

—A la jefatura de policía. En la plaza de la Constitución. Al lado del hotel Grande Bretagne.

—Ahora mismo. —Miró mi expresión con nerviosismo y luego dijo—: Seguro que vuelve. En cuanto se haya tranquilizado un poco.

—Esta no.

—No es culpa de ellas. Son criaturas irracionales que necesitan protección de sí mismas. Se dejan llevar por lo que les dictan sus propios ovarios. Hágame caso, Bernie. Lo superará. Quizá no hoy. Quizá no mañana. Pero pronto. Mire, las mujeres son seres sensibles. Como niños. Sienten las cosas más que nosotros los hombres. Sobre todo, las griegas. Son muy excitables. Lo único que necesitan es alguien que las guíe con mano firme. Ves a una mujer así y entiendes a Aristófanes. Se lo aseguro, se pensará mejor lo que le ha dicho, sea lo que sea, y luego volverá arrastrándose. Siempre lo hacen.

—No lo creo, y usted tampoco.

—Tal vez debería haberme escuchado.

—Creo que ahí estriba el problema, Max. Mire adónde nos ha traído hoy escucharlo.

—Se lo advertí. Mire, Elli podría ser suya todavía si no hubiera querido retenerme a mí también. Podría haberme dejado marchar y haberse quedado con esa preciosidad sin el menor problema. Pero se ha pasado de codicioso.

—No me hable de codicia, Max. No se le ocurra volver a decir eso. Y no se plantee siquiera disculparse, porque entonces voy a hacer algo que lamentaré.

Max metió primera y nos pusimos en marcha. Por el camino adelantamos a Elli, que iba caminando por la calle, y cuando pasamos por su lado fue como si ella llevara orejeras y ni siquiera estuviéramos allí. Nos hizo menos caso que si hubiésemos sido otro par de caballos adelantándola por fuera en una gran carrera de obstáculos. Creo que fue en ese momento cuando supe que estaba en lo cierto con respecto a ella: no iba a regresar, nunca, y dejé escapar un suspiro que se podría haber oído en el monte Olimpo. Merten lo oyó también, y debió de llegar a la conclusión de que necesitaba decir algo —cualquier cosa— para que yo dejara de pensar en ella.

—¿Cómo atrapó a Gorman, por cierto? —preguntó Merten—. Siempre he querido saberlo.

Supongo que lo preguntaba para evitar que yo le pegara en toda la boca con la pistola. Era sin duda lo que más me apetecía, y si alguien necesitaba perder algún que otro diente, ese era Max Merten. Pero como el caballo regalado ya se había ido, no le vi mucho sentido a arreglarle la dentadura cariada. Así pues, contesté con toda la tranquilidad de la que fui capaz, lo que fue una manera muy útil de controlar mi

temperamento violento.

—No fue nada del otro mundo. Toda esa reputación de que gozaba en la Alex no tenía un fundamento muy sólido. La clave de ser un buen inspector es buscar tiempo para no hacer nada, lo que va en contra de la idea misma de ser alemán. La eficiencia teutona parece pedir a gritos que uno esté siempre ocupado. Ese es el problema de Alemania: veneramos la laboriosidad; pero eludir el trabajo, o al menos lo que otros percibían como trabajo, era lo único que me permitía tener tiempo para pensar. Cerraba la puerta, recogía los expedientes, descolgaba el teléfono con la orden de que no me molestaran bajo ninguna circunstancia. Solo así encontraba el momento de pensar. Uno está perdiendo el tiempo si no encuentra tiempo que perder. Dejar la mente en blanco para que sobrevuelen las nubes como Caspar David Friedrich es lo que hace de alguien un buen detective. A eso me refiero con no hacer nada. No hacer nada suele ser lo mejor que se puede hacer, por lo menos hasta que se descubre algo mejor. Como ahora mismo. Mi primer instinto cuando ella se ha apeado del coche y se ha ido a paso firme cual Aquiles enfurruñado ha sido pegarle un tiro en la cara a usted, Max. Solo que no voy a hacerlo. De hecho, no voy a hacerle nada que no fuera a hacerle antes de que se marchase ella.

Merten dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ahora que se ha ido, no hay motivo para que dejemos de ser amigos —dijo—. Usted estaba intentando hacer lo correcto a ojos de ella. Eso lo entiendo. Pero sus preciosos ojos se han ido. Y no va a conseguir gran cosa entregándome a la poli griega.

—Nunca fuimos amigos, que conste.

—Claro que lo fuimos, Bernie. ¿Cómo se llamaba aquel bar de brandis al que me llevó una vez, cerca de la Alex? ¿El que estaba al lado de aquel hotel raro con la palabra «Hotel» al revés? Ya sabe, aquel bar con el cuadro del león encima del piano mecánico.

—El Grüne Quelle.

—Eso es. ¿Recuerda el letrero en la pared? «Ruja como un león cuando necesite otro trago». Qué bien nos vendría ahora una copa de aquel mejunje, ¿verdad que sí, Bernie?

No contesté, pero recordé el bar, desde luego, y el sabor del brandy. Hasta me pareció oír las melodías de la pianola: «Le beso la mano, madame», seguida por la marcha «Gloria de Prusia» y todo el mundo en el bar harto de brandy barato y cantando a pleno pulmón. Hasta me vi recordando el gusto de las salchichas gigantes hervidas a cincuenta pfennigs que servían. Lo echaba todo en falta, y más de lo que quería reconocer; por lo menos no tenía intención de empezar a recordar los viejos tiempos con un hombre que acababa de ahuyentar a mi novia. Era importante no olvidar, pero a veces era mejor incluso no recordar, para que lo nuevo se impusiera a lo viejo.

Merten seguía charlando como un descosido acerca del viejo Berlín, pero como yo sabía lo que estaba haciendo, casi había dejado de escucharlo.

—Y seguro que se acuerda de aquel pequeño restaurante cerca de los tribunales, ¿verdad? El Hessel, ¿no? Había estado usted declarando sobre un caso de homicidio: los asesinatos de Spittelmarkt. Fue allí donde me dio el mejor consejo que he oído nunca. Acerca de que no me alistara en las SS.

—Tendría que haberlo seguido.

—Pero si lo seguí. Se lo he dicho, yo no era más que un capitán del ejército.

—Quizá no ingresó en las SS, Max. Y quizá no mató a nadie, como dice. Pero lo que hizo fue tan grave como lo que hicieron todos esos otros: Eichmann, Brunner, toda esa puñetera pandilla. Mintió a toda aquella gente de Salónica. Se quedó todo su dinero y todas sus esperanzas y luego los envió al matadero. Es terrible que hiciera algo así.

—Tonterías. Mire, la guerra es historia. A nadie en Europa le importa un carajo Hitler. Esa es la esencia de esta nueva CEE: que todos podamos olvidarnos de los horrores de la guerra y convertirnos en buenos europeos. La vida es un horror enorme, Bernie, y cada cierto tiempo la sociedad proclama su fascinación natural con el mal y entonces se ve obligada a destruirse. Por última vez, no hay alma, no hay creador, no existe más que este pobre ser de carne y hueso llamado hombre, al que, por la razón que sea, otros hombres se sienten obligados a gasear y quemar. Ocurre desde hace siglos. Se lo aseguro: nadie se acordará de los judíos de Salónica dentro de unos años. Apenas se acuerda nadie ya.

—En eso también se equivoca, Max. Fue otro alemán, Heinrich Schliemann, quien demostró que la guerra de Troya fue un acontecimiento histórico real. Homero escribió sobre ella quinientos años después de que ocurriera. Y seguimos hablando de ella hoy en día. Lo mismo pasará con la Segunda Guerra Mundial. Esto no va a esfumarse en un abrir y cerrar de ojos. Los alemanes tendremos que apechugar con ello, como les ocurrió a los griegos y los troyanos. Nos guste o no.

—Bueno, y ahora, ¿qué?

—Nos va a llevar al centro de Atenas. A la jefatura de policía. Y luego se presentará voluntario como testigo en el juicio de Arthur Meissner que se está celebrando. Después, serán los griegos quienes decidan su suerte.

—Mire, sigue sin ver las cosas con claridad. Igual ella se ha marchado, pero sigue habiendo peces de sobra en el mar. Piense en el oro de ese barco hundido. Piense en cuántas chicas como ella podría tener con una parte adecuada de ese tesoro.

—A lo mejor no estaba escuchando, pero no hay ninguna parte adecuada de un dinero obtenido de esa manera, Max. Y acabo de perder el único tesoro que con toda probabilidad iba a poseer. Esa es la naturaleza de un auténtico tesoro. Uno no sabe lo valioso que es hasta que lo pierde. Así que, venga, conduzca. —Le rocé el lóbulo con la mira de la pistola—. Y por favor, Max, no diga ni una palabra más hasta que lleguemos a la jefatura de policía. Si puede tener la boca cerrada hasta entonces, tendrá un cincuenta por ciento de probabilidades de llegar vivo al final de este día.

Cuando cruzaba el vestíbulo palaciego del hotel Grande Bretagne la vi, sentada bajo un enorme espejo de marco dorado, con la espalda contra la pared y de cara a la entrada principal. Era el mejor sitio para sentarse si uno quería ver a todos los que entraban o salían y si era un profesional del asunto y, teniendo en cuenta esa profesión, se tomaba muy en serio seguir con vida, cosa que en su caso resultaba evidente. En esta ocasión vestía un traje de calle de dos piezas marrón con botones cuadrados de charol color chocolate y una pequeña boina también marrón.

Me planteé no hacerle el menor caso y luego cambié de opinión. Me pareció poco probable que estuviera sola y, aunque no lo veía, no me cupo duda de que alguno de sus hombres más musculosos podría haberme mostrado el camino hasta el asiento vacío a su lado. Así pues, a mitad de camino por el suelo de mármol, corregí la trayectoria y regresé hacia ella. Se puso en pie y sonrió con simpatía, como si fuera un ama de casa normal y corriente que estuviera allí con intenciones más prosaicas que la venganza y el asesinato, y me tendió una mano enguantada para que se la estrechara, cosa que hice, aunque solo para demostrar que no tenía miedo.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¿Quién?

—El francotirador, claro. Detrás de la palmera en esa maceta, supongo. O escondido entre todas esas botellas del bar. Pues tenga cuidado de que no se lleve una mira equivocada al ojo. Podría ver las cosas de una manera muy distinta.

La reina de los bandidos sonrió. Era más baja de lo que recordaba y mejor parecida, aunque no tanto como para que le entraran a uno ganas de hacer nada al respecto. Sus ojos castaños me miraron y luego miraron a alguien a quien yo no veía, alguien detrás de mí que permaneció oculto de momento. Miré alrededor pero no lo identifiqué; el vestíbulo estaba lleno de hombres tirando a grandes con trajes baratos que asistían a un congreso en torno al aire acondicionado en una de las muchas salas de reuniones del hotel, y su guardia armado podría haber sido cualquiera de ellos. Ahora que estaba a punto de retomar mi amistad con la reina de los bandidos, no me habría importado disponer de un poco más de aire yo también. Con solo mirarla noté un nudo en el pecho, como si alguien fuera a meterme un balazo en un pulmón.

—Buena idea —dijo—. El bar Alexander, quiero decir. —Miró el Rolex de acero en la muñeca huesuda—. Y no muy temprano, quizá. Bueno. Déjeme que lo invite a una copa, Herr Ganz.

—Claro. ¿Por qué no? El veneno es más discreto en un lugar como este.

—Si quisiéramos hacerlo, ya estaría muerto. Confíe en mí. Le habríamos puesto un

ingrediente secreto en su dentífrico. Radio, quizá. Es el procedimiento habitual en estas circunstancias. El radio añade toda una nueva dimensión a la idea de la caries. Dicen que las víctimas tienen los dientes más limpios del depósito de cadáveres.

—A lo mejor debería cambiar de marca. Nivea no parece quitar muy bien las manchas de tabaco. Pero ya sabe, no me asusto tan fácilmente en este lugar. Ante todo, he empezado a ir armado.

—No tiene nada que temer, se lo aseguro.

—Me alegra oírlo.

La seguí al interior del bar hasta una mesa en el rincón más discreto con un cartel de reservada y un camarero que ya rondaba cerca de allí, como si le hubieran indicado que nos atendiera con especial atención. Quizá también trabajara para el Mossad, aunque no habría sabido decir si tenía aspecto de judío. Como poli que nunca asistió a las clases de educación racial bajo el mandato de los nazis, nunca se me dio muy bien identificar a judíos. Hay que reconocer que algunos tienen aspecto de judíos, pero no era el caso de la reina de los bandidos, ni el del camarero. Nos sentamos y pedimos un par de whiskis largos. Sacó un paquete de Tareyton de un bolso de mano de tela, prendió un cigarrillo y empezó a fumarlo con lo que pareció un suspiro de alivio, su primer indicio de debilidad.

—Estoy intentando fumar menos, así que hago el esfuerzo de esperar hasta que tengo una copa en la mano antes de encender uno.

—No es la mejor manera de fumar menos.

—¿Qué me recomienda?

—Podría intentar tomar una copa solo cuando esté celebrando haber asesinado a otro antiguo nazi.

—Para ser sincera, ya no hacemos eso. Antes sí, claro. Grawitz, Giesler. Geschke. En los tiempos en los que actuábamos por toda Europa.

—¿Solo le encargaban los de la G? Me está poniendo nervioso otra vez. Yo me apellido Ganz, ¿recuerda?

—Hoy en día preferimos mostrarnos bajo una luz más favorable, como un país democrático con juicios justos y procedimientos jurídicos apropiados. Por eso queríamos a Brunner, con B. Para someterlo a un juicio justo delante del mundo entero antes de ahorcarlo.

—Me gusta la idea que tiene de la justicia, sí, señora. No adolece de ninguna duda jurisdiccional puntillosa. Primero el juicio. Luego el ahorcamiento. Y al cuerno con cualquier duda razonable.

—No nos podemos permitir la duda. No cuando nos rodean nuestros enemigos. Siria. Jordania. Egipto. Al final tendremos que defendernos nosotros mismos, seguramente contra los tres al mismo tiempo. Eso imprime cierta convicción a todo lo que hacemos.

—Ya me di cuenta de eso la última vez que estuvimos juntos. Dígame una cosa. ¿De verdad tenía a un tipo con un rifle en la azotea, apuntándome a la cabeza?

—Nunca hacemos amenazas a la ligera.

—No tiene nada de malo tomarse algunas cosas a la ligera. Sobre todo, cuando se trata de amenazas. Hay demasiada gente empeñada en hacerle daño a otra gente. Así lo veo yo. Supongo que a todos nos vendría bien un poco más de humanidad.

—Espero que a usted le dé resultado. Pero a nosotros los judíos no nos lo dio.

El camarero regresó con las copas y ella se tomó la suya como si no fuese más fuerte que una infusión de té. Yo tomé unos sorbos de la mía con más cuidado. Conviene tener cuidado con el demonio de la bebida cuando se está bebiendo con un demonio de verdad, por mucho que en esos momentos se estuviera portando muy bien.

—Por cierto, ¿ya tiene nombre? ¿O sigue sin ser importante?

—Rahel Eskenazi.

—¿De verdad?

—En su mayor parte.

—Pero tengo razón al pensar que es del Mossad.

—Preferimos llamarlo el Instituto. O simplemente Gllilot. Es más discreto.

—Como empleado de una aseguradora, desde luego le veo sentido. ¿Para qué arriesgarse si no es necesario?

La reina de los bandidos levantó la vista hacia el techo y asintió.

—Siempre me ha gustado este hotel —dijo en voz queda—. El negocio de los seguros debe de ir bien en Alemania si se pueden permitir alojarlo aquí. En el hotel preferido de Göring. Sabía un par de cosas sobre el lujo.

—¿No se lo echa a perder? Saber eso, me refiero.

—Sabiendo lo que le pasó a Göring, no, en absoluto. De hecho, hace que este sitio me guste más. Me recuerda la rapidez con que se puede restituir el orden moral. Más o menos. Me gusta imaginar a Göring en su suite de arriba, ajeno al hecho de que, en la habitación de al lado, Némesis aguarda su oportunidad de infligirles justo castigo a quienes, como él, sucumben al orgullo desmesurado. Sí, eso pienso yo. —Sonrió con ironía—. También pienso que un hombre como usted está desaprovechado en el mundo de los seguros.

—Me pagan bastante para conducir un coche, comer salchichas y beber suficiente cerveza como para emborracharme una vez a la semana, no necesariamente en ese orden. En Alemania llamamos a eso ganarse la vida.

—No hay muchos agentes de seguros que vayan armados.

—Tal vez venderían más pólizas si lo fueran.

—Es posible que se gane la vida. Pero no es una vida. No para usted, Christof.

Me encogí de hombros y dejé pasar el comentario. Supuse que, si quería llegar a alguna parte, al final aparcaría y me dejaría echar un vistazo a lo que hubiera en el asiento delantero, por así decirlo.

—Tengo entendido que ha recuperado su pasaporte —dijo—. Y que se va de Atenas hoy mismo.

—Así es. Iba camino de la Acrópolis cuando la he visto. Tantas semanas como he estado aquí, y aún no he tenido ocasión de echarle un vistazo. Me parece que ha visto tiempos mejores; aun así, merece la pena.

—Ya la verá en otra ocasión. Seguirá ahí dentro de mil años.

—Sí, pero no sé si yo estaré.

—También tengo entendido que la policía griega ha detenido a Merten.

—Detenido no. Todavía no. Pero le han quitado el pasaporte. Y lo tienen en un piso franco en Glyfada. Solo lo detendrán después de que empiece a declarar en el juicio de Arthur Meissner. Es el acuerdo al que llegué en su nombre. Lo deja en mejor lugar.

—¿En Grecia? Lo dudo. Pero planteárselo así le hace sentirse un poco mejor, y eso también es importante, ¿verdad?

—También es lo correcto. —Me encogí de hombros—. Lo único que lamento es no haberle podido entregar a usted a Alois Brunner.

—Ya lo atraparemos algún día.

—Eso espero.

—¿Lo dice de corazón?

—Claro. Un hombre como Brunner deja a todos los alemanes en mal lugar. ¿Y quién mejor que los alemanes para ayudar a encontrarlo? No puedo decir que esté muy de acuerdo con la política de Adenauer en este asunto. Creo que acabará volviéndose contra nosotros. Es una de las razones por las que convencí a Merten de que se entregara a los griegos.

—Nosotros sin duda lo habríamos ahorcado.

—Esa es la otra razón.

—No se sostendrán, ¿sabe? —dijo la reina de los bandidos—. Los cargos contra Max Merten. No en un tribunal griego. No durante mucho tiempo, por lo menos.

—No veo por qué. Tienen que quedar muchos testigos vivos. Gente de Salónica, víctimas del genocidio, hombres y mujeres que regresaron de los campos, que testificarán contra él. Seguro que los nazis no los mataron a todos.

—Qué ingenuo es usted. Esto no tiene nada que ver con la justicia ni el genocidio ni los crímenes contra la humanidad. Entre bambalinas están ocurriendo muchas cosas que usted ignora por completo. Claro, los griegos seguirán la formalidad de someter a Merten a un juicio como es debido en audiencia pública. Y la gente disfrutará de lo lindo. Toussis, el fiscal del Estado, parecerá Áyax cuando narre los infortunios de este país. Es posible que el juez dicte incluso una pena de cárcel. Pero Merten tiene demasiados amigos en el gobierno como para llegar a cumplir condena en prisión.

—¿A qué gobierno se refiere?

—Buena pregunta. Pregúntese entonces por qué los griegos nunca han intentado extraditar a nadie de Alemania por crímenes de guerra cometidos en este país.

—De acuerdo, voy a seguirle la corriente. ¿Por qué?

—Hasta hace poco era muy sencillo: el gobierno griego quería que el gobierno alemán pagara indemnizaciones por sus crímenes de guerra. Propusieron amnistiar todos los crímenes de guerra cometidos en Grecia a cambio de quinientos millones de dólares. Una parte considerable de esas indemnizaciones era el oro robado a los judíos de Salónica. Pero el gobierno de Bonn no lo aceptó. Lo consideró un chantaje. Lo era. Y por eso llevaron a juicio a Arthur Meissner, como un ejemplo muy pequeño y casi irrelevante de lo que podía pasar si Alemania seguía dando largas a este asunto. A fin de cuentas, Grecia es un estado miembro de la OTAN y sería vergonzoso que empezara a solicitar la extradición de ciudadanos alemanes en territorio de otros miembros de la OTAN, como bien podrían hacer.

—Max Merten no es precisamente un don nadie —objeté—. Es lo que buscan, se lo aseguro. Un auténtico criminal de guerra. Quizá no ordenó la ejecución sumaria de ningún rehén, pero extorsionó cientos de millones de dólares en oro a su gente y luego los abandonó a su suerte.

—Oh, desde luego. No se lo dije, pero siempre hemos creído que la mayor parte de ese oro en realidad fue enviada a Alemania a bordo de un tren especial de las SS en 1943 y ahora está depositado en un banco suizo; que el gobierno de Alemania Occidental está al tanto de ello; y que solo un porcentaje minúsculo de la cantidad total fue subido a bordo de un barco propiedad privada de tipos como Merten y Brunner para

su perverso uso.

»Pese a lo que hayan podido decirle Merten y Meissner, no hay un inmenso tesoro en un barco hundido frente a la costa del Peloponeso. En realidad, sospecho que todo el tiempo que Max Merten ha estado en Grecia lo ha hecho como agente secreto del gobierno de Alemania Occidental, ya sea de manera voluntaria o involuntaria. Que la trama entera fue urdida por alguien del servicio de inteligencia alemán, con toda probabilidad Hans Globke, para convencer al gobierno de que Alemania no tiene nada del oro arrebatado a Grecia en el cuarenta y tres. Creo que a lo mejor lo han engañado, amigo mío. Lo han engañado sus jefes en Múnich, que estaban cumpliendo el encargo de otros en el gobierno de Alemania Occidental. He aquí mi predicción: antes de un año, Max Merten volverá a estar en su casa en Múnich, donde será muy generosamente compensado por sus molestias.

—No lo creo así. Mire, lo que dice no tiene ni pies ni cabeza, Rahel, si es que se llama así. A decir verdad, lo que sugiere es demasiado inverosímil. Merten financió esta expedición cometiendo otro crimen en Múnich. ¿Por qué iba a hacer tal cosa si el gobierno de Alemania Occidental lo respaldaba?

—Se refiere al general Heinrich Heinkel, ¿no? Un antiguo nazi por el que llegamos a interesarnos en el Instituto. Resulta que su Servicio Federal de Inteligencia alemán quería que el hombre de la Stasi que financiaba al general Heinkel fuera eliminado, de manera permanente. Y después de haberlo eliminado, decidieron que el dinero se podía usar para financiar a Merten. Christian Schramma trabajaba, de vez en cuando, para el SFI. En tanto que expolicía, seguro que entiende que las cosas funcionan así. A menudo una operación encubierta se disimula dentro de otra porque resulta conveniente. Y las agencias de inteligencia del Estado suelen emplear a muchos criminales, como Schramma, a un nivel inferior para así poder desmentirlo en caso necesario, de modo que puedan trabajar como agentes secretos sin revelar sus auténticas intenciones.

—¿Así entró usted a trabajar en el Mossad?

La reina de los bandidos me ofreció una sonrisa paciente. Más paciente de lo que nuestro anterior encuentro me había llevado a esperar.

—Antes fui coronel en Amán. Nuestra sección de inteligencia militar. Se lo digo porque quiero que me tome en serio, porque tengo que pedirle un favor, Christof. Si es que se llama así.

—No ha acabado de contarme por qué soy ingenuo con respecto a Max Merten. ¿Por qué habría de prestarse Merten a tomar parte en una trama como la que sugiere? ¿Por qué tendría que arriesgarse a ir a la cárcel de por vida?

—Tal vez forma parte de la conspiración, o tal vez no. Sigo sin estar segura de hasta dónde llega su complicidad en esta trama. Pero desde luego no hay riesgo de que pase el resto de su vida entre rejas. Si fuera usted un auténtico agente de seguros tasaría ese riesgo prácticamente en cero. Y en otros tiempos, mi explicación habría sido lo bastante sencilla para que la entendiese cualquiera. Pero ya no hay nada sencillo en este asunto. No desde que se firmó el Tratado de Roma.

—Tendrá que explicarme qué importancia tiene aquí la CEE, Rahel.

—¿Le sorprendería saber que la persona que firmó el Tratado de Roma con Konrad Adenauer fue el profesor Walter Hallstein?

—Su nombre me suena de algo. Creo recordar que Schramma lo mencionó allá en Múnich.

—Hallstein era miembro de varias organizaciones nazis y, después de la guerra, estrecho socio empresarial de Max Merten. Walter Hallstein será el primer presidente de la Comisión de la Comunidad Económica Europea.

—Sigo sin ver qué importancia tiene.

Rahel Eskenazi sonrió.

—Ya le he dicho que era complicado. A veces no estoy segura de entenderlo yo misma. Y no he hecho sino empezar. El caso es que Grecia ya ha solicitado ingresar en la nueva CEE. Sin embargo, mis fuentes alemanas me dicen que Adenauer y Hallstein con toda seguridad vetarán la solicitud de Grecia a menos que se ponga en libertad a Max Merten. Mientras tanto, mis fuentes griegas me dicen que Grecia los desafiará y llevará a juicio de todos modos a Merten, pero que después de que sea sentenciado lo enviarán a Alemania sin cumplir la condena. A cambio de su libertad y de una amnistía general para otros alemanes, Adenauer y Hallstein no solo aprobarán y agilizarán la solicitud de ingreso en la CEE de Grecia, sino que también autorizarán un préstamo de doscientos millones de dólares a Grecia por parte del Banco Central de Alemania. Un préstamo que Grecia no espera tener que devolver. Aunque no estoy tan segura de que los alemanes lo crean así. Ellos consideran que formar parte de la CEE será compensación más que suficiente. No tiene ni idea de lo ventajosa que es desde el punto de vista financiero esta nueva comunidad europea para todos los miembros del club. Pero sobre todo para Alemania. Nadie se beneficiará tanto como su país. Ni sufrirá tanto como Grecia si Alemania le da la espalda. ¿Qué cree, por ejemplo, que ocurriría con todo ese tabaco tan valioso que exporta Grecia a Alemania?

La reina de los bandidos apuró el whisky y chasqueó los dedos para pedir dos más como quien está acostumbrada a que le obedezcan. Excoronel militar, había dicho. No lo dudaba. Se terminó un cigarrillo, encendió otro y se retrepó en el sillón. Tenía los brazos casi del mismo color que el enmaderado de caoba, y seguramente igual de resistentes. No era difícil imaginársela combatiendo contra los árabes.

—Quizá crea que ha hecho una buena obra entregando a Merten a las autoridades griegas —observó—, pero me temo que, después de haberlo considerado detenidamente, él tenía la intención de dejarse atrapar.

—Pero ¿qué me dice de Brunner? Olvida que mató a tres personas en su afán por hacerse con el oro.

—Dudo que nadie del SFI esperase que Brunner fuera a presentarse aquí. Fue ahí donde el plan se torció del todo, como suele ocurrir con los planes. Por lo que respecta al oro en sí, dudo mucho que hubiera habido nunca oro por valor de más de un millón de dólares en ese barco. La mitad de un millón de dólares no es calderilla. Desde luego sería suficiente para despertar el interés de una rata como Alois Brunner. Pero ni se acerca a los cientos de millones de dólares que se enviaron a Alemania en 1943. Una cosa era robarles a los judíos, pero dígame, sinceramente, como inspector de la Kripo que fue, ¿cree que unos tipos como Eichmann, Brunner y Merten se habrían atrevido a robar a las SS? Quienes lo hacían y eran descubiertos corrían el riesgo de acabar en los campos, ¿no es así?

—Ahora que lo menciona, sí que parece un poquito improbable.

—Fíese de mi palabra, todo esto fue un montaje diseñado para inducir al gobierno griego a creer que los alemanes occidentales no tienen ni una sola onza de ese oro, que en realidad está en el fondo del mar Egeo en una ubicación secreta que solo Max Merten conoce. Y es absurdo pedirles a los alemanes que devuelvan ese oro porque no tienen ni idea de cuál es su paradero. Ingenioso, ¿no cree?

—Sí es cierto.

—Supongo que no lograremos demostrar nada de esto. Pero quizá podamos perjudicar a algunos de los principales implicados. El secretario de estado de Adenauer, Hans Globke, por ejemplo. Sí, es posible que le causemos problemas. Fue Globke quien promulgó las Leyes de Núremberg, y quien fue el funcionario más capaz y eficiente del Ministerio Nazi del Interior. Su participación en la denominada Ley de Ciudadanía del Reich es un hecho igualmente irrefutable. Piénselo un momento, Christof. Uno de los principales asesinos de judíos de Hitler tiene una mano en el timón del estado de Alemania Occidental. Es sin duda la prolongación del brazo del canciller y su confidente más íntimo. Pero, lo que es peor, eso significa que cuando Adenauer está de vacaciones, Globke se convierte en canciller federal de facto y en lo más próximo a Martin Bormann que existe hoy en día. Lo que me lleva a la pregunta que quería plantearle. ¿Va a volver ahora a Múnich?

—Sí.

—Entonces mi pregunta es la siguiente: cuando regrese a Alemania, cuando esté preparado, ¿nos ayudará a atrapar a Hans Globke?

—¿A qué se refiere con «atrapar»? ¿No quiere decir asesinar? Corre el rumor persistente de que los suyos atropellaron y mataron al jefe nazi de Globke, Wilhelm Stockart, en 1953.

—Me refiero a atrapar por cualquier medio que sea necesario.

—No sé por qué cree que yo puedo ayudarla a atrapar a un hombre así, y de esa manera.

—Se lo pregunto porque tengo la sensación de que necesita hacer algo para expiar los pecados de su país. Los suyos propios, quizá. No lo sé, pero creo que por eso ayudó al teniente Leventis a atrapar a Max Merten, ¿no? Porque le remuerde la conciencia lo que ocurrió aquí, ¿verdad?

Llegó la siguiente ronda y la reina de los bandidos cogió de un zarpazo una de las copas de la bandeja y empezó a bebérsela sin esperar a que la otra estuviese en la mesa. Pero aguardó a que el camarero se hubiera alejado antes de seguir hablando:

—Sé que «expiación» es una palabra emotiva. En el judaísmo es el proceso que lleva a que una transgresión contra Dios sea perdonada o absuelta. Así que quizá sea una blasfemia por mi parte arrogarme el derecho a brindarle esa oportunidad, Christof. Pero eso es justo lo que estoy haciendo. Le ofrezco la oportunidad de hacer algo bueno con lo que le queda de vida. Israelíes y judíos: de esos puedo captar a muchos para el Instituto. Ninguno con la experiencia que necesito. Lo que de verdad me hace falta son unos cuantos alemanes que no sean judíos. Alemanes con conciencia. Alemanes como usted que tengan trabajos respetables y que posean experiencia en inteligencia. Eso lo describe a usted, ¿no? No es tan inocente en estos asuntos como finge ser.

Asentí.

—Hace mucho tiempo que no me siento inocente en ningún sentido.

—Entonces, haga caso a alguien que sabe algo de culpa colectiva. Soy judía. Llevo dos mil años pagando por la muerte de Jesucristo. Bueno, desde luego yo no creo que pudiéramos o debiéramos siquiera intentar expiar ese cuento chino en particular. Pero sí creo que un individuo puede ayudar a expiar algo que ocurrió hace no mucho más de una década. Un individuo como usted, quizá. Alguien que podría influir para mejor en el futuro de su propio país y en el nuevo orden moral.

—Son palabras muy grandiosas para un hombrecillo como yo.

—Hágalas tuyas, Christof.

—¿De verdad cree que Max Merten saldrá libre?

—Hoy no. Pero antes de acabar el año, sí, estoy más o menos segura.

Lo pensé un momento. No es insólito que gente inteligente acabe trabajando en inteligencia; algunos son sumamente inteligentes, de hecho; pero me sorprendió la tremenda percepción de la reina de los bandidos, el modo en el que al parecer era capaz de ver a través de mi duro caparazón la parte de mí que era un hombre con un vestigio de conciencia. Era casi como si de algún modo esta jefa del espionaje israelí, como una suerte de profeta hebrea, se las hubiera ingeniado para espiar las profundidades de mi alma. Contesté con cautela antes de volver a negar con la cabeza.

—No sé cómo puedo ayudarla a atrapar a Hans Globke. Pero creo que puedo ayudarla a atrapar a otra persona.

Tomé un taxi de subida a la Acrópolis para ver el Partenón de cerca y tocarlo como podría haber tocado un valioso icono sagrado. Después de todos los dibujos impresos en trapos de cocina y las reproducciones en escayola del templo que había visto, no esperaba que el lugar en sí fuera tan impresionante como resultó ser. ¿Habría sido un ejemplo arquitectónico tan refinado para aquellos pobres espectros, los antiguos atenienses, como lo era para los mortales ahora con vida? No podía imaginar que no hubiera sido así, que no se hubiera visto siempre como una de las obras más magníficas del hombre, no menos extraordinaria ahora porque estuviera en ruinas en buena parte, quizá más extraordinaria aún, pues ¿acaso no recordaba a todo el que la veía su propia fragilidad temporal? No hay nada como unas ruinas griegas para hacer que te entren ganas de leer uno de esos viejos libros de Platón o Aristóteles.

Construida como el templo de Atenea, pasó a ser una iglesia cristiana en el siglo V d.C. y, durante un tiempo, pese a sus amorfos orígenes paganos, fue incluso un destino importante para los peregrinos cristianos. Me pregunté si de veras les importaría mucho a qué dios se rindiera culto. O cuáles fueran los himnos, ahora mudos, entonados antaño por esas sumas sacerdotisas de Atenea. Seguro que lo que más les impresionaría sería esta perfecta conmemoración de los inmortales. Era sin duda lo que me impresionaba a mí. Estaba oyendo voces, sin duda.

Después de la conquista otomana, este anónimo esplendor de piedra fue una mezquita durante más de doscientos años, hasta 1687, cuando fue fortificada y transformada en un almacén de pólvora con el resultado de que los venecianos aparecieron y la bombardearon con cañones, y el Partenón quedó destruido en parte, quizá el primer indicio de adónde nos conduciría la ciencia algún día. Pero de algún modo había perdurado. Y desde 1832, las ruinas dóricas habían sido el lugar histórico

más importante de Grecia, razón por la que estaba yo allí en ese momento, supuse, con una hora que entretener antes de que Garlopis me llevara al aeropuerto, y sintiéndome inesperadamente conmovido, quizá como uno de aquellos peregrinos cristianos. Había turistas de sobra por ahí, la mayoría americanos y japoneses del mundo real de los viajeros asalariados y las amas de casa entregadas a la cocina, pero supongo que yo era uno de los pocos allí presentes que veía la fachada del Partenón y sentía nostalgia de mi auténtica casa, que estaba en Berlín. Con edificios neoclásicos como la Puerta de Brandemburgo, el edificio de la Nueva Guardia y la Galería Nacional, Berlín tenía más ejemplos de resurgimiento griego que el culto a Dioniso y también sabía unas cuantas cosas acerca de la destrucción. Para cuando el Ejército Rojo hubo terminado con su propia obra pagana, la vieja isla de Berlín y sus copias del Partenón tenían un aspecto mucho más parecido al original de lo que nadie salvo Stalin habría deseado.

Mientras deambulaba por allí y atravesaba en silencio ese bosque petrificado de columnas y la épica afirmación de lo que era capaz el hombre, también tuve ocasión de reflexionar sobre la otra enseñanza importante que transmitía quizá el lugar, y que, al menos para mí, era que absolutamente todo podía cambiar, incluso algo tan maravilloso como el Partenón.

Y en ese caso, ¿por qué no iba a cambiar Bernie Gunther?

Parecía que cuando toda mirada cínica veía las cosas del pasado como si hubieran quedado irreparablemente destruidas, quizá todavía tuvieran futuro. Un futuro distinto, pero, tal vez, no menos importante. Al igual que Gunther, algunas zonas del Partenón aún parecían tristemente irreparables; la calzada elevada que llevaba hasta la fachada era un taller de desguace de frontones derrumbados, metopas dañadas y columnas rotas. Quizá se tardaría tanto tiempo en preservar y reparar el Partenón como se había tardado en construirlo. Más aún, quizá, pues la preservación siempre avanza a paso más lento y reverente que la construcción. Pero decidí que uno podía lamentarse del vandalismo cultural de los turcos y los venecianos, confiar en que alguien un poco mejor cualificado tuviera ocasión algún día de arreglar el lugar o, quizá, buscar una grúa, recoger algunos fragmentos de mármol y levantar un andamio con sus propias manos.

Mis himnos al amor probablemente también habían enmudecido para siempre, pero ¿y qué? De todos modos, ya era muy viejo para esas tonterías. Elli no podía saberlo, pero en cierto modo me había ahorrado penurias. Con toda seguridad nos las habíamos ahorrado mutuamente.

Y para conmemorar dónde había estado y dejar testimonio de lo que aún tenía fuerzas para lograr, solo necesitaba ese lugar en el nuevo orden moral que me había ofrecido la reina de los bandidos, donde un fantasma a la deriva como yo aún podría sentir algo real de nuevo y alentar el sueño de la auténtica expiación.

NOTA DEL AUTOR

El doctor Max Merten fue detenido en un tribunal de Atenas durante el juicio a Arthur Meissner por crímenes de guerra y saqueo de propiedades. La reina Federica de Grecia (que era alemana) puso en entredicho el procesamiento de Merten, preguntando si «es así como el señor fiscal de distrito entiende el desarrollo de las relaciones entre Alemania y Grecia». Cuando se le ingresó en prisión preventiva en la cárcel de Averof, el gobierno de Alemania Occidental protestó enérgicamente por su detención. Dos años después, el 11 de febrero de 1959, Merten fue a juicio acusado de homicidio, saqueo de propiedades, expropiación de monedas de oro y otros crímenes de guerra contra los judíos. El presidente del tribunal, un tal coronel Kokoretsas, excluyó a los letrados de la comunidad judía de Salónica de presentar pruebas ante el tribunal; solo se permitió presentar testimonio a demandantes judíos individuales, reduciendo así la magnitud real de los crímenes de guerra contra los judíos de Grecia. El 5 de marzo de 1959, Max Merten fue condenado por crímenes de guerra y sentenciado a veinticinco años de cárcel. Después de cumplir solo ocho meses, Merten fue indultado por el primer ministro Konstantinos Karamanlis en una amnistía general decretada el 5 de noviembre. En marzo de 1960, se firmó un «acuerdo económico» entre Grecia y Alemania que estipulaba el pago de solo 115 millones de marcos (unos 26 millones de dólares) en concepto de indemnizaciones. Una cifra irrisoria, teniendo en cuenta todo lo que había sufrido Grecia. Alemania también accedió a aportar sumas por separado como «préstamos» a Grecia. Max Merten regresó a Alemania, donde recibió una sustanciosa indemnización por el periodo que había pasado en la cárcel. Presentó testimonio por escrito durante el juicio a Eichmann en 1960, aunque no asistió, y falleció en 1971 o 1976. No volvió nunca a Grecia.

Después de servir en las SS, Alois Brunner probablemente trabajó para la inteligencia alemana antes de viajar a Egipto en 1954, donde se dedicó a la venta de armas. Más adelante se mudó a Siria y es posible que trabajara para los servicios de inteligencia sirios de Háfes al-Ássad. Se desconoce la naturaleza exacta de su trabajo. En 1954, fue condenado a muerte *in absentia* en Francia por crímenes de guerra cometidos en Drancy. En una entrevista de 1985 concedida a la revista alemana *Bunte*, en Damasco, Brunner no mostró arrepentimiento por haber trabajado para los nazis. Los israelíes intentaron matarlo dos veces, sin conseguirlo. De resultas de una carta bomba en 1961, perdió un ojo y los dedos de la mano izquierda. Murió en 2001 o 2010, dependiendo de a qué fuentes se dé crédito. En el momento de su muerte, era el criminal de guerra nazi

más buscado del mundo. Fue enterrado en Damasco.

El doctor Hans Globke presentó testimonio tanto para la fiscalía como para la defensa en los juicios de Núremberg. Dejó su cargo en 1963, después de los intentos del gobierno federal de influir en el juicio a Eichmann. El SFI entregó directamente a los abogados de la acusación de Eichmann material que exoneraba a Globke. Este murió en 1973, pero no sin antes ser condecorado por Konrad Adenauer con la Gran Cruz de la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania. Siguió siendo consejero en activo de Adenauer y la Unión Demócrata Cristiana hasta su muerte.

Toda mi información sobre Múnich RE procede de la página web de la propia empresa que, cosa que la honra enormemente, no mantiene en secreto la historia de la compañía durante la guerra. Declara que el presidente de Múnich RE en 1933, Kurt Schmitt, fue nombrado ministro de Economía del Reich y, en virtud de sus convicciones, Alois Alzheimer se unió al partido nazi. Fueron los dos únicos miembros de la junta directiva de MRE que lo hicieron. MRE aseguró en efecto las instalaciones y las «operaciones» en Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Ravensbrück y Sachsenhausen. Después de la guerra, el ejército estadounidense detuvo a Schmitt y Alzheimer. No se presentó ninguna acusación contra ellos, aunque otros miembros de la junta fueron condenados a penas de prisión. Alois Alzheimer fue nombrado presidente de MRE en 1950 y dirigió la compañía hasta 1968. Ojalá todas las empresas alemanas fueran tan comunicativas como MRE sobre su pasado. Hasta donde yo sé, el presidente de Múnich RE no estaba emparentado con el Alois Alzheimer más famoso que dio su nombre a una clase de demencia presenil.

En 1960, *Der Spiegel* publicó extractos de la declaración de Merten ante las autoridades alemanas en los que se afirmaba que varios miembros del gobierno griego y parientes suyos fueron informadores durante la ocupación nazi y fueron recompensados con empresas confiscadas a los judíos de Tesalónica. Algunas de esas mismas figuras demandaron con éxito a *Der Spiegel* en 1963.

Tras un golpe de estado en 1967, Grecia quedó bajo el dominio militar —el denominado Régimen de los Coroneles— durante un periodo de siete años. Miles de comunistas fueron encarcelados o se exiliaron a remotas islas griegas. Muchos sufrieron torturas. Después de restituirse la democracia en 1975, Grecia solicitó su ingreso en la CEE y le fue concedido en 1981. El país se sumó al euro en 2001, tras falsear las cifras que lo cualificaban para el ingreso. Desde entonces, Grecia ha estado lastrada por el peso de deudas que el Banco Central Europeo no parece tener intención de perdonar.

El oro de los judíos de Tesalónica no se ha llegado a recuperar. En 1945 se trasladaron

inmensas cantidades de oro nazi del Reichsbank de Berlín a Suiza para que estuviera «a buen recaudo». En un libro de 1984 titulado *Nazi Gold [El oro nazi]* de los autores Ian Sayer y Douglas Botting, se estimaba que ese oro tendría un valor de aproximadamente diez mil millones de dólares en el mercado hoy en día. Como es natural, cualquiera que haya visto la película *Los violentos de Kelly* (1970) sabe que el oro lo robaron Clint Eastwood y Telly Savalas.

En 2003, los espectadores del canal de televisión alemán ZDF votaron a Konrad Adenauer como el alemán más importante de todos los tiempos.

**PHILIP
KERR**
BERNIE GUNTHER

1. Violetas de Marzo

Berlín, 1936. En pleno auge del poder de Hitler, Bernie Gunther es un detective privado que ha dejado atrás su pasado en el cuerpo de policía. Un empresario le encarga la búsqueda de un collar de diamantes que está manchado de sangre. La investigación pronto se desvela como algo más que un simple robo. Hay redes muy poderosas que extienden sus tentáculos por todas partes.

2. Pálido criminal

Un asesino en serie anda suelto por las calles de Berlín. Es 1938 y Reinhard Heydrich obliga al detective privado Bernie Gunther a colaborar con la policía para atrapar al peligroso criminal. Desgraciadamente, son tiempos oscuros durante el apogeo del nazismo y la caza va a superar todas las expectativas de maldad que se pudieran esperar.

3. Réquiem alemán

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el corazón de Europa se convierte en un escenario en el que se va a desarrollar la guerra fría. Bernie Gunther acepta un caso que le va a sumergir en un mundo que se mueve entre las atrocidades cometidas en la guerra y las luchas por el poder de los servicios de inteligencia de las nuevas potencias mundiales.

4. Unos por otros

Alemania en 1949 se ha convertido en un caos. Bernie Gunther ha dejado atrás el peligroso Berlín y poco a poco intenta asentarse como detective privado en Múnich. Ha recibido el encargo de una mujer de seguir el rastro de su marido. Un trabajo aparentemente sencillo que se complica porque el hombre buscado es un escurridizo criminal de guerra.

5. Una llama misteriosa

Tras haber sido acusado falsamente de ser criminal de guerra, Bernie Gunther tiene la posibilidad de escapar a Buenos Aires. Allí se ha cometido el brutal asesinato de una chica. La policía tiene pocas pistas y recurren al detective berlinés para resolver el caso. Puede que alguno de los alemanes emigrados a Argentina tras la guerra esté detrás de ello.

6. Si los muertos no resucitan (Premio RBA de Novela Policiaca 2009)

En 1934 ya se notan los cambios que se han producido tras el ascenso de los nazis al poder. Por entonces Bernie Gunther ha abandonado la policía y es detective del famoso hotel Adlon, en Berlín. Mientras trabaja allí se asocia con una periodista norteamericana para investigar la profunda corrupción que avanza imparable hasta las altas esferas del gobierno alemán.

7. Gris de campaña

Harto de espiar a un mafioso en la isla de Cuba, Bernie Gunther decide huir de la isla y poner rumbo a Florida. Pero la fuga sale mal y es detenido. Es 1954 y el destino no parece estar de parte del investigador. Le van a hacer una propuesta que no va a poder rechazar: ingresar en una prisión alemana y localizar a un criminal de guerra francés. Si renuncia o fracasa le puede costar la vida.

8. Praga mortal

A mediados de la Segunda Guerra Mundial, Bernie Gunther recibe la orden de dejar todo lo que está haciendo en su trabajo y dirigirse a Checoslovaquia. Su destino final es la casa de campo que el mando nazi Reinhard Heydrich tiene en Praga. Allí Gunther tiene que pasar un fin de semana que, por culpa de un asesinato, se va a convertir en un peligroso desafío.

9. Un hombre sin aliento

Después de la derrota en Stalingrado, en 1943 la moral de los alemanes es baja. Los altos mandos del ejército nazi saben que hay que recuperar la confianza como sea. Una oportunidad aparece cuando se oyen rumores de que el ejército soviético cometió atrocidades contra el ejército polaco en el bosque de Katyn. Así que Bernie Gunther es obligado a desplazarse hasta allí para reunir las pruebas que demuestren la maldad del enemigo.

10. La dama de Zagreb

Cuando Joseph Goebbels da una orden directa no se le puede decir que no. Y, para su desgracia, Bernie Gunther lo sabe mejor que nadie. Esta vez las circunstancias le obligan a viajar primero a Yugoslavia, donde los nazis croatas dan a la palabra «crueldad» una nueva dimensión, y luego a una Suiza engañosamente neutral. Pero no todo van a ser penalidades para Gunther. Va a conocer a toda una estrella de cine. Una mujer como no existe otra.

11. El otro lado del silencio

En 1956, Bernie Gunther vive en la Riviera francesa, donde el pasado de la guerra le alcanza de la mano de un antiguo oficial nazi. Además, ha sido invitado a Villa Mauresque por el célebre escritor William Somerset Maugham, quien está siendo chantajeado y necesita ayuda. No sabe si es algo personal o está siendo víctima del espionaje internacional.

12. Azul de Prusia

Bernie Gunther sabe mejor que nadie que el pasado siempre vuelve para atormentarte. Corre el año 1956 y el general de la Stasi Erich Mielke quiere obligar al antiguo detective a asesinar a una mujer. Es una misión suicida y Gunther lo sabe. La única opción que le queda es huir. Durante su fuga, rememora un asesinato que tuvo que resolver en Baviera en 1939. En la mismísima residencia de montaña de Hitler.

13. Laberinto griego

En 1957, Bernie Gunther trabaja en una compañía de seguros de Múnich. La empresa le acaba de pedir que se desplace a Grecia para investigar la reclamación de un cliente alemán. Se ha hundido un barco y hay que determinar si se trata de un accidente o no. Cuando Gunther descubre que la embarcación perteneció a un judío deportado a Auschwitz, sabe que el pasado más tenebroso de Europa vuelve a cruzarse en su camino.

PHILIP KERR

SCOTT MANSON

1. Mercado de invierno

Scott Manson es el segundo entrenador de un equipo de élite de la liga inglesa. No solo entrena, sino que también evita y resuelve problemas. Ahora se va a enfrentar a uno de los retos más importantes de su carrera profesional: han asesinado al técnico estrella del equipo y hay que encontrar al culpable cuanto antes. Y como máximo responsable deportivo, Scott deberá hacer lo mejor para el equipo.

2. La mano de Dios

El equipo londinense entrenado por Scott Manson disputa un partido crucial en Atenas contra el Olympiacos. La derrota sería una mala noticia, pero desde luego no la peor. Durante el encuentro, una de las estrellas del equipo cae fulminado sobre el césped. ¿Ha sido un ataque al corazón o se trata de algo más turbio? Si Manson quiere seguir adelante con la temporada tendrá que averiguar lo que ha pasado. De lo contrario, puede perder algo más que un jugador.

3. Falso nueve

Jérôme Dumas, una joven estrella futbolística de nivel mundial, ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Ha huido, lo han secuestrado o ha muerto? Scott Manson, exfutbolista y técnico de élite, también ha demostrado una gran habilidad como investigador. Como una pequeña incursión en el fútbol chino no ha salido bien, Manson acepta el trabajo de buscar a esa joven promesa. Puede que sea la única persona del mundo capaz de encontrarla.



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon



Índice

Dedicatoria	5
Cita	6
Prólogo	7
1	9
2	13
3	18
4	23
5	28
6	32
7	36
8	41
9	45
10	48
11	53
12	57
13	63
14	68
15	73
16	80
17	84
18	92
19	97
20	101
21	104
22	109
23	115
24	120
25	125
26	129
27	134
28	142
29	146
30	150
31	155

32	159
33	164
34	168
35	174
36	179
37	185
38	191
39	197
40	203
41	209
42	213
43	217
44	224
45	227
46	230
47	235
48	239
49	242
50	247
51	252
52	256
53	261
54	267
55	271
Nota del autor	277
Philip Kerr. Bernie Gunther	280
Philip Kerr. Scott Manson	282